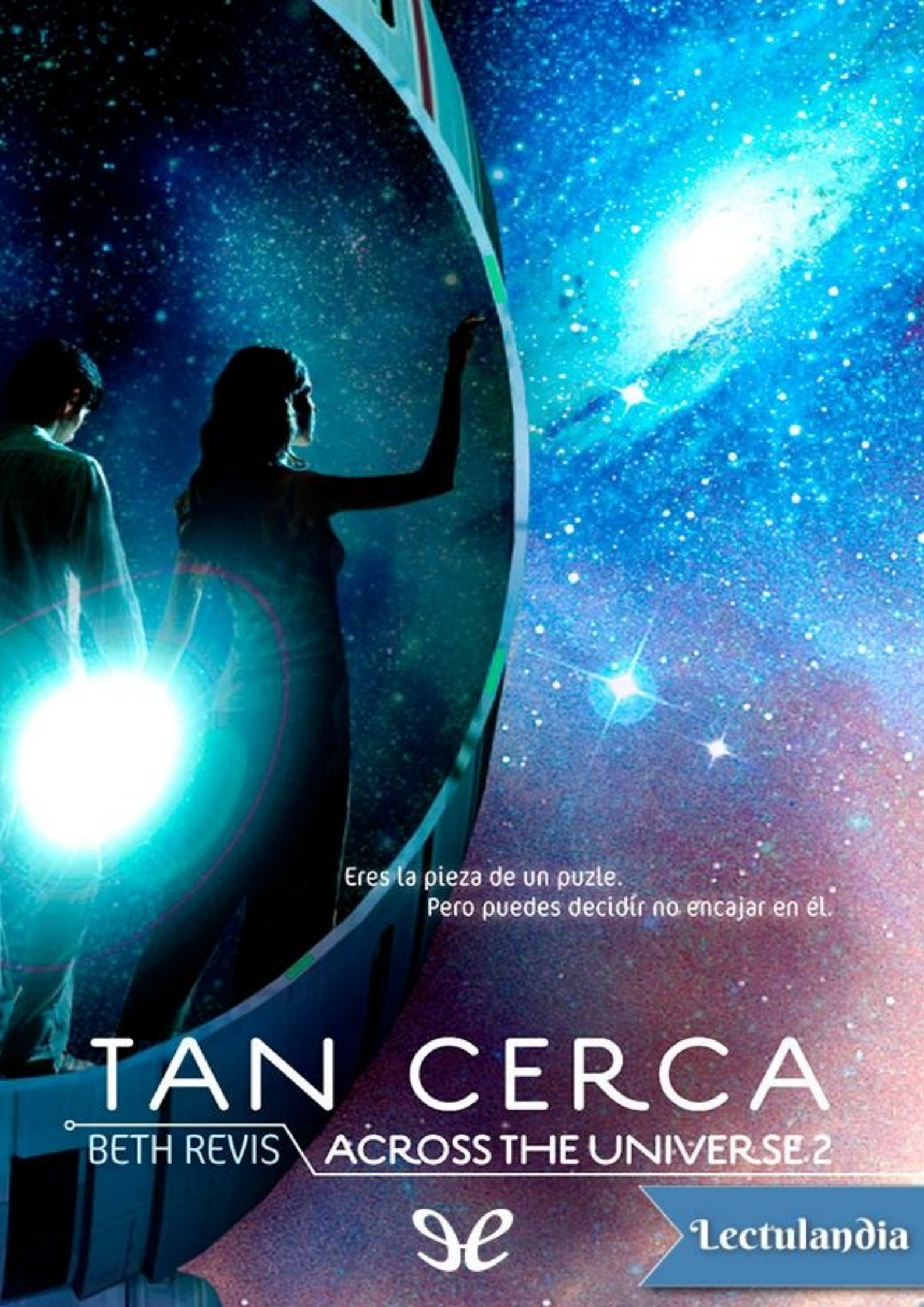




Eres la pieza de un puzle.
Pero puedes decidir no encajar en él.

TAN CERCA

BETH REVIS ACROSS THE UNIVERSE. 2



Lectulandia

Tras la muerte de Eldest, Elder se hace con el mando de la nave. Está decidido a convertirse en un líder distinto que no mienta ni suministre drogas a su gente. Pero la comida empieza a escasear y la semilla de la rebelión prende en la nave. Por si fuera poco, de nuevo hay un asesino suelto...

Amy, mientras tanto, sigue un retorcido juego de pistas que le ha dejado Orion antes de ser congelado por sus crímenes, sin darse cuenta de que su meta es un secreto que tal vez prefiera no saber.

En su búsqueda de algo que aún no comprenden, Amy y Elder acabarán por descubrir nuevas mentiras y secretos que jamás hubieran sospechado, y se enfrentarán a una decisión que va a cambiar el rumbo de su existencia y la de todos los habitantes de la nave.

Lectulandia

Beth Revis

Tan cerca

Across the Universe - 2

ePub r1.0

Titivillus 25.06.16

Título original: *A million suns*
Beth Revis, 2012
Traducción: Xohana Bastida

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

TAN CERCA

BETH REVIS ACROSS THE UNIVERSE 2



Dedicado

a Merrilee,
por proporcionarme la piedra,

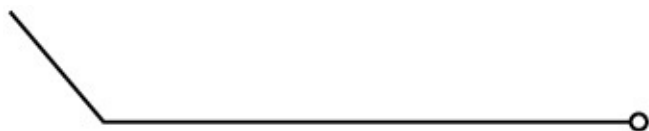
y

a Beth y a Gillian,
por darme el cincel.

Dei gratia.

«Cada bloque de piedra guarda una estatua en su interior.
El escultor solo tiene que descubrirla».

MIGUEL ÁNGEL



[1] ELDER

—No va a ser fácil —susurro mientras contemplo la puerta metálica de la sala de máquinas, en el nivel de navegación de la *Fortuna*.

En el reflejo mate veo los ojos oscuros de Eldest justo antes de morir, y también veo la sonrisa torcida de Orion mientras disfrutaba de la muerte de Eldest. En alguna parte, bajo mis rasgos clonados y el recuerdo de cada Eldest que me ha precedido, tiene que haber algo que sea solo mío, exclusivamente mío e imposible de encontrar en el material genético que hay en el laboratorio de abajo.

Al menos, eso me gusta pensar.

Paso el pulgar sobre el escáner biométrico. Al abrirse, las puertas se llevan la imagen de un rostro que nunca he sentido como mío.

Un olor mecánico —una mezcla de metal, grasa y alguna sustancia en combustión— me envuelve al entrar en la sala de máquinas. Las paredes vibran con el latido amortiguado del motor de la nave, un bruum, uiii, bruum que antes me parecía hermoso.

Los navegadores de elite me esperan en posición de firmes. En la sala de máquinas suele haber una actividad frenética, con decenas de navegadores que intentan localizar la avería de nuestro reactor refrigerado por plomo; pero hoy he solicitado un encuentro privado con los diez mejores navegadores, los oficiales de mayor graduación que dependen directamente de mí.

Comparado con ellos, me siento desaliñado. Llevo el pelo demasiado largo y despeinado, y debería haber reciclado mis ropas hace mucho tiempo. Ellos, sin embargo, van vestidos con túnicas y pantalones impecables. Los navegadores no tienen uniforme —nadie va de uniforme en esta nave—, pero Marae, la navegadora primera, exige pulcritud a todos los que trabajan a sus órdenes, y sus subordinados van ataviados con la misma ropa de tonos oscuros que lleva ella.

Marae pertenece a la generación de los veintitantos años. Es poco mayor que yo, pero

ya tiene patas de gallo y su boca dibuja una curva descendente. Un carpintero podría comprobar la precisión de su nivel guiándose por el corte del flequillo de Marae. Amy dice que todos los tripulantes de la *Fortuna* nos parecemos. Dado que somos monoétnicos, supongo que en cierto modo tiene razón. Pero nadie podría confundir jamás a Marae con ninguna otra persona, ni pensar que se encuentra ante alguien de menor categoría que un navegador de elite.

—Eldest —dice a modo de saludo.

—Ya te he dicho que me llames Elder.

Marae frunce el ceño. La gente empezó a llamarme Eldest en cuanto asumí el cargo. Siempre he sabido que en algún momento me convertiría en Eldest, aunque nunca soñé que sería tan pronto. Aun así, nací para este puesto. Soy este puesto. Y aunque sea incapaz de identificarme con él, lo noto en el modo de cuadrarse de los navegadores y en cómo Marae espera a que le diga algo.

Pero no puedo aceptar ese nombre. La primera vez que alguien me llamó Eldest delante de Amy, ella entornó los ojos y se quedó helada durante un minuto. Fue más que suficiente para comprender que nunca podría soportar que me mirase y viese a Eldest.

—Puedo hacer de Eldest sin cambiar de nombre —digo.

Marae no parece estar de acuerdo, pero lo deja pasar.

Los otros navegadores de elite me miran expectantes. Están inmóviles, con la espalda recta y cara de perplejidad. Sé que su perfección se debe en parte a la mano dura de Marae como primera navegadora, pero también sé qué otra parte es herencia del pasado, de lo mucho que les exigía Eldest antes de que lo matasen.

En su obediencia estoica no hay ni rastro de mí.

Me aclaro la garganta.

—Necesitaba... eh... hablar con vosotros, los navegadores de elite, sobre el motor.

Trago saliva y noto en la boca un sabor amargo. Procuro no dirigir la vista hacia ellos. Si miro sus rostros —esos rostros mayores y más experimentados que el mío—, perderé los nervios.

Pienso en Amy. La primera vez que la vi, solo distinguí su pelo de un rojo intenso arremolinándose como tinta helada en el agua, y su piel pálida, casi tan traslúcida

como el hielo que la rodeaba. Ahora, al recordarla, veo el gesto decidido de su mandíbula, su postura erguida que la hace parecer más alta cuando se enfada.

Respiro hondo y doy unas zancadas hacia Marae. Nuestras miradas se cruzan; tiene la espalda recta y los labios apretados. Aunque estoy invadiendo su espacio, ella no retrocede. Levanto los brazos y le empujo los hombros con tanta fuerza que se estampa contra la mesa de mandos de detrás. Las emociones asoman a las caras de sus subordinados: la navegadora segunda Shelby parece confusa; el navegador noveno Buck entorna los ojos y aprieta los dientes; el navegador tercero Haile le susurra algo al navegador sexto Judee.

Pero Marae no reacciona. Su comportamiento demuestra lo diferente que es de los demás habitantes de la nave: ni siquiera cuestiona mi autoridad cuando la empujo.

—¿Por qué no te has caído? —pregunto.

Marae se separa de la mesa de mandos.

—El borde ha frenado mi trayectoria —contesta en tono frío, aunque capto cierto recelo en sus palabras.

—Habrías seguido cayendo si algo no te lo hubiese impedido. Es la primera ley del movimiento —cierro los ojos brevemente, intentando recordar todo lo que he estudiado para preparar esta conversación—. En Tierra Solar había un científico llamado Isaac Newton.

Se me traba la lengua al decir el nombre; no estoy seguro de cómo hay que pronunciar una palabra con dos aces seguidas. Seguro que lo he hecho mal, pero no me importa. Además, los otros saben de sobra a quién me refiero. Shelby mira a Marae con nerviosismo; sus ojos recorren una, dos, hasta tres veces la cara extrañamente impertérrita de la navegadora primera. La fría pose de los demás navegadores se derrite.

Reprimo una sonrisa de amargura: cualquiera diría que me dedico a quebrar el orden perfecto que a Eldest tanto le costó crear.

—Al tal Newton se le ocurrieron algunas leyes del movimiento. Las cosas sobre las que escribió parecen evidentes del frexo, pero...

Niego con la cabeza, perplejo por lo sencillas que eran las leyes que formuló. ¿Cómo no se me había ocurrido pensarlo antes? Y Eldest... ¿Por qué me enseñó los fundamentos de todas las ciencias pero no se le ocurrió nombrar a Newton ni a sus leyes del movimiento? ¿No las conocería, o es que también quería ocultarme esa

información?

—Lo que más me llama la atención es lo que dice de la inercia —digo mientras echo a andar, una costumbre que me ha pegado Amy.

Me ha pegado muchas cosas, incluida la costumbre de dudar acerca de todo. Todo.

Mi duda principal es un temor que no me he atrevido a expresar hasta ahora, hasta el momento de plantarme frente a los navegadores mientras el motor vibra a mis espaldas.

Cierro los ojos unos segundos y, en la negrura que hay tras mis párpados, veo a mi mejor amigo, Harley. Veo el vacío del espacio cuando se abrió la escotilla y su cuerpo salió despedido. Veo el esbozo de una sonrisa en sus labios justo antes de morir.

—En el espacio no hay fuerzas externas —explico en un tono de voz apenas más alto que el bruum, uiii, bruum del motor.

Ninguna fuerza podría haber impedido que Harley saliese disparado por la escotilla hace tres meses. Y ahora que está en el espacio, no hay fuerza alguna que pueda impedirle flotar eternamente entre las estrellas.

Los navegadores me observan expectantes. Marae entorna los ojos. No piensa facilitarme las cosas: voy a tener que arrancarle la verdad.

—Eldest me dijo que el motor estaba perdiendo rendimiento, que llevábamos cientos de años de retraso y que teníamos que arreglarlo si queríamos llegar a Tierra Centauri —prosigo. Me doy media vuelta y escruto el motor como si pudiera responderme—. Pero no lo necesitamos, ¿verdad? No necesitamos combustible. Solo hace falta el suficiente para alcanzar la velocidad máxima. Luego podríamos apagar el motor. Aquí no hay fricción ni gravedad: la nave seguiría atravesando el espacio hasta llegar a nuestro destino.

—Sí, esa es la teoría —no sé si la voz de Marae suena recelosa porque no confía en la teoría o porque no confía en mí.

—Si el motor no funciona, y lleva décadas sin funcionar, el problema debería ser que vamos demasiado rápido, ¿no? Que corremos el peligro de pasar de largo el planeta al que nos dirigimos...

Mi voz empieza a vacilar. Lo que estoy diciendo contradice todo lo que creía saber, pero desde la muerte de Eldest he estado investigando el problema del motor y no encuentro una correlación entre lo que me contó Eldest y lo que he aprendido en los

libros de Tierra Solar.

—¡Frexo! —estallo—. En realidad, nuestro problema debería ser que vamos a estrellarnos contra Tierra Centauri porque no podemos reducir la velocidad, ¡no que vamos a flotar sin rumbo por el espacio!

Me imagino que el motor tiene ojos y que él también está observándome.

Recorro a los navegadores con la mirada y, en ese momento, comprendo que todos — ¡todos!— saben que nuestro problema no reside en el combustible ni en la aceleración. Lo saben desde el principio, no les he dicho nada nuevo. Claro que los navegadores de elite conocen a Newton, las leyes físicas y la inercia; faltaría más. Nunca se han creído las mentiras de Eldest sobre el combustible y el retraso en nuestro viaje.

He sido un estúpido del frexo al pensar lo contrario.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto, y mi bochorno alimenta la rabia que siento—. ¿Le ocurre algo al motor? ¿Y al combustible?

Las miradas de los navegadores se dirigen a Marae, pero ella me escruta en silencio.

—¿Por qué me mintió Eldest sobre esto?

Siento que pierdo el control. No sé qué me esperaba. ¿Que resolvería el gran problema y que los navegadores se apresurarían a arreglarlo? No sé; creí que sería suficiente con decirles que las leyes de la física contradicen todas las explicaciones que me dio Eldest. No pensaba que diría lo que he acabado diciendo, y que mirarían a la navegadora primera en vez de a mí.

—Eldest te mintió —responde Marae con calma— porque nosotros le mentamos a él.





Una gota de agua se estrella contra el suelo metálico.

Cierro los ojos sin hacer caso del frío y me concentro en la oscuridad que se oculta tras mis párpados.

—Voy conduciendo por una autopista vacía —digo en voz alta, y mi voz rebota en las paredes metálicas—. Las ventanillas están bajadas y la música suena a todo volumen —intento recordar más detalles—. Está tan alta que hace vibrar la puerta del coche; tan alta que el retrovisor se estremece y el reflejo se ve borroso. Saco el brazo por la ventanilla con la palma de la mano hacia abajo, como si volara.

Cae otra gota de agua, esta vez sobre mi pie descalzo, y me estremezco desde la punta de los pies hasta la raíz del pelo.

—Montar en coche: eso es lo que más añoro —susurro.

Abro los párpados y dejo caer los brazos, que había levantado tontamente mientras me imaginaba que conducía.

Se acabaron los coches. Se acabaron las autopistas interminables.

Solo queda esto.

Dos cápsulas de criopreservación descongelándose a bordo de una nave espacial que cada día se me hace más pequeña.

Plip. Plip.

Estoy jugando con fuego, lo sé. Mejor dicho, con hielo. Debería volver a meter a mis padres en sus cámaras de criopreservación antes de que se descongelen aún más.

Pero no lo hago.

Jugueteo con la cruz que llevo al cuello, una de las pocas cosas que me quedan de la

Tierra. Esto —quedarme sentada en el suelo del nivel de criopreservación, mirando a mis padres congelados y recordando una por una todas las cosas que echo de menos — es para mí una especie de oración.

Elder se burló de mí una vez por rezar y me pasé una hora reprochándoselo. Al final, acabó levantando las manos entre risas y me dijo que, si iba a aferrarme a mis creencias con tanta fuerza, podía creer en lo que quisiera.

Qué ironía: todo lo que soy, incluido aquello en lo que antes creía, se me escapa ahora entre los dedos.

Antes, la vida era más sencilla. Más fácil. Todo estaba planificado. Mis padres y yo seríamos crionizados, despertaríamos trescientos años más tarde y el nuevo planeta estaría esperándonos.

Pero lo único que sucedió según lo previsto fue que nos crionizaron a los tres. Y luego yo me desperté antes de... No. No. Fue Elder quien me despertó antes de tiempo. No puedo olvidar eso. No puedo olvidar que por su culpa yo estoy ahora aquí. Los tres meses que hemos pasado juntos no pueden borrar la vida que me arrebató.

Por un momento imagino la cara de Elder. No lo veo guapo y noble como ahora sé que es, sino desdibujado como la primera vez que lo vi, cuando se agachó sobre mi cuerpo desnudo y tembloroso después de sacarme del ataúd de cristal donde me había encontrado. Recuerdo la cálida cadencia de su voz, sus palabras al decirme que todo iría bien.

Mentiroso...

Y sin embargo, no lo es. De todos los habitantes de la nave, incluidos los cuerpos congelados de mis padres, Elder es el único que me ha dicho la verdad y ha esperado a que la acepte.

La imagen borrosa de Elder cobra nitidez en mi cabeza. Ahora lo recuerdo bajo la lluvia. Aquella noche, en el nivel de alimentación, los aspersores del techo soltaron «lluvia» sobre nuestras cabezas con tal fuerza que las flores se doblaron. Yo estaba asustada, insegura. Las gotitas de agua se escurrían por el pelo de Elder, le caían sobre los pómulos y de ahí le bajaban hasta los labios...

Niego con la cabeza: soy incapaz de odiarlo. Pero tampoco puedo... En fin, digamos que soy incapaz de odiarlo. A quien sí odio es a Orion.

Me abrazo las rodillas y observo los rostros helados de mis padres. Lo peor de

despertar en una nave tan desquiciada como esta es que no tengo nada que hacer salvo matar el tiempo y lamentarme.

Aquí no sé quién soy. Sin mis padres, no soy hija de nadie. Sin la Tierra, apenas me siento humana. Necesito algo que vuelva a llenarme, algo por lo que definirme.

Cae otra gota.

Han pasado noventa y ocho días desde que desperté, más de tres meses. Y lo que debería ser una espera de cincuenta años hasta el aterrizaje se ha convertido en un interrogante. ¿Aterrizaremos algún día?

Esa es la pregunta que me hace bajar hasta aquí, la pregunta que me hace abrir las cámaras de criopreservación de mis padres y quedarme mirando sus cuerpos congelados. ¿Aterrizaremos algún día? Porque si es verdad que esta nave está perdida en el espacio y no hay posibilidad de llegar al nuevo planeta... entonces, bien puedo despertar a mis padres.

Y, sin embargo, le prometí a Elder que no lo haría. Hace cosa de un mes le pregunté qué sentido tenía mantenerlos congelados. Si no íbamos a aterrizar, ¿por qué no podía despertarlos ya?

Cuando nuestras miradas se cruzaron, vi compasión y tristeza en sus ojos.

—La nave sí que va a aterrizar.

Tardé unos segundos en entender lo que quería decir: la nave aterrizará, pero nosotros no. Por eso mantengo la promesa que les hice a mis padres y a él. No voy a despertarlos. No mientras haya alguna posibilidad de que se cumpla su sueño de llegar al nuevo mundo.

De momento estoy dispuesta a conformarme con esa posibilidad. Pero ¿qué pasará dentro de otros noventa y ocho días? Quizá entonces ya no me importe que la nave pueda aterrizar en el futuro. Quizá entonces seré lo bastante valiente para pulsar el botón de reanimación y dejar que sus cápsulas se descongelen hasta el final.

Me incorporo un poco para que mis ojos queden a la altura de los de mi padre, aunque los suyos sigan cerrados tras unos cuantos centímetros de hielo salpicado de motas azules. Trazo su perfil con el dedo, y el cristal empañado se hace transparente al contacto con mi piel. El frío penetra en mí y recuerdo fugazmente el momento — apenas una fracción de segundo— en que sentí frío antes de no sentir nada.

No recuerdo cómo es mi padre cuando sonrío. Sé que las comisuras de los ojos se le

arrugan al reírse y que le tiemblan los labios, pero no puedo imaginarlo mirando su cara helada.

Este hombre no se parece a mi padre. Él estaba lleno de vida, y este cuerpo inmóvil... Sé que mi padre está ahí dentro, en alguna parte, pero me cuesta creerlo.

No lo veo.

Devuelvo las cápsulas a su sitio y cierro las puertas de golpe.

Me pongo en pie lentamente, sin saber qué hacer. Pasadas las cámaras de criopreservación, hay un pasillo lleno de puertas bloqueadas. Solo se abre una, la que tiene una mancha de pintura roja junto al panel de control. Da paso a una ventana hacia las estrellas.

Antes iba mucho por allí, porque mirar las estrellas hacía que me sintiese normal. Ahora, sin embargo, hace que me sienta como la anomalía que casi todos los habitantes de la nave dicen que soy. ¿Y por qué? Pues porque soy la única que las echa de menos de verdad. De las dos mil y pico personas que hay en la nave, yo soy la única que sabe lo que es tumbarse en el césped, estirar los brazos para atrapar las luciérnagas que flotan perezosamente entre las estrellas. Soy la única que sabe que el día debe transformarse en noche lentamente, y no encendiendo y apagando un interruptor. Soy la única que ha abierto los ojos de par en par y ha visto únicamente el cielo.

No quiero volver a quedarme embobada mirando las estrellas.

Antes de salir del nivel de criopreservación, me aseguro de que las puertas de las cámaras de mis padres están bien cerradas. En la puerta de mi padre aún se ve el rastro de una equis. Repaso los brochazos con las yemas de los dedos: los pintó Orion para señalar a la gente a la que pensaba matar.

Ya en el ascensor, saco la cabeza para mirar la puerta del laboratorio genético. El cuerpo congelado de Orion está allí dentro.

Podría despertarlo. No sería tan sencillo como reanimar a mis padres: tendría que hacer bastantes más cosas que pulsar un botón de reanimación, pero sé que podría hacerlo. Elder me dijo que su tubo de crionización era diferente a las demás cámaras, y me enseñó el temporizador que habría que conectar para reanimar a Orion y el orden en que debería pulsar los botones. Podría despertarlo y, mientras volviese lentamente a la vida, podría hacerle la pregunta que me deja vacía por dentro cada vez que miro sus ojos saltones a través del hielo.

¿Por qué?

¿Por qué asesinó a varias personas congeladas, indefensas? ¿Por qué señaló a mi padre como el siguiente de la lista?

Y lo que es más importante, ¿por qué empezó a matarlos cuando lo hizo?

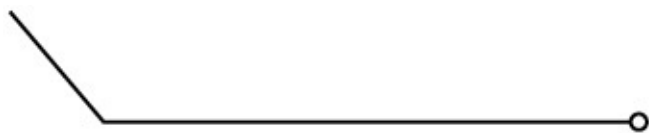
Sí, Orion pensaba que los militares congelados obligarían a los nacidos en la nave a convertirse en soldados o en esclavos. Pero ¿por qué desconectarlos ahora, cuando el aterrizaje en el nuevo planeta resulta imposiblemente lejano?

Orion llevaba muchos años oculto para que no lo descubriera Eldest. Podría haber seguido oculto si no hubiese empezado a matar.

Creo que la pregunta que me hago no es solo «¿Por qué?», sino...

¿Por qué ahora?





[3] ELDER

Me quedo mirando a Marae, boquiabierto.

—¿Qué... qué frexo dices? —tartamudeo por fin.

Marae echa los hombros hacia atrás y eleva la barbilla un poco más. Observo de soslayo a los demás navegadores. Los ojos de Marae solo enfocan a los míos: no necesita a nadie más para confirmar quién es ni ratificar lo que cree.

—Como comprenderás, Eldes... Elder —dice—, nuestro cometido principal como navegadores no es arreglar el motor.

Levanto la voz con indignación.

—¡Pues claro que es arreglar el motor, frexo! ¡El motor es la parte más importante de la nave!

Marae niega con la cabeza.

—El motor es una parte más. Tenemos que centrarnos en la *Fortuna* como un todo.

Espero a que prosiga mientras el motor zumba detrás de nosotros. Es el latido de la nave.

—A la *Fortuna* le pasan muchas cosas, como ya habrás podido comprobar —Marae frunce el ceño—. La nave no es nueva precisamente. Conoces las leyes del movimiento, pero ¿has estudiado la entropía?

—Pues... eh... —me vuelvo hacia los otros navegadores. Tienen la mirada fija en mí, expectantes, pero yo no dispongo de respuestas.

—Todo avanza constantemente hacia el caos, hacia un estado de desorden, destrucción y desintegración, Elder —afirma Marae, y esta vez no vacila al pronunciar mi nombre—. La *Fortuna* es muy antigua y se está cayendo a trozos.

Quiero negarlo, pero no puedo. El bruum, uiii, bruum del motor se convierte en un estertor que rebota por toda la sala. Cierro los ojos, pero no oigo el ruido mecánico de los engranajes ni huelo la grasa recalentada: oigo a dos mil setecientas sesenta y tres personas respirando con dificultad y percibo el hedor de dos mil setecientas sesenta y tres cadáveres en estado de descomposición.

Así de frágil es la vida en una nave generacional: el peso de nuestra existencia descansa sobre un motor renqueante.

Hace tres meses, Eldest me dijo que mi trabajo consistía en ocuparme de la gente, no de la nave; sin embargo, yo sé que ocuparse de la nave es lo mismo que ocuparse de la gente. Detrás de los navegadores están los mandos que distribuyen la energía por todos los sistemas. Si destrozase el panel que hay a la espalda de Marae, la nave se quedaría sin aire. Si rompiese el de al lado, se quedaría sin agua. Sin su vecino, no habría luz. Sin el de más allá, se desactivarían los sensores de gravedad. El corazón de la nave no es solo el motor: es toda esta sala, con lo que tiene dentro, y late con tanta vida como las dos mil setecientas sesenta y tres personas que hay en este nivel y en el de más abajo.

Marae estira una mano y Shelby, la navegadora segunda, le pasa un flexible donde ya parpadea la información. Marae lo toca para bajar por la pantalla y me lo ofrece.

—La semana pasada tuvimos que hacer dos arreglos muy importantes en el compartimento de fusión interna de la lámpara solar. El rendimiento de los cultivos está muy por debajo de lo normal, y en el sistema de riego no dejan de aparecer fugas. La producción de alimentos apenas es suficiente desde hace más de un año, y pronto habrá escasez. La productividad laboral ha descendido considerablemente en estos dos últimos meses. Mantener viva la nave no es poca cosa.

—Pero el motor... —digo estudiando el flexible, lleno de diagramas con flechas que apuntan hacia abajo y gráficos de barras que se hunden hacia el final.

—¡Al frexo el motor! —grita Marae, y los demás navegadores dan un respingo al oírla gritar. Ella respira hondo, temblorosa, y se aprieta con los dedos el puente de la nariz—. Lo siento.

—No pasa nada —musito, porque sé que no abriré la boca hasta que se lo diga.

—Nuestro cometido está muy claro..., Elder —prosigue Marae, haciendo hincapié en cada palabra y controlando su mal genio—. La nave va antes que el planeta. Si tenemos que elegir entre mejorar las condiciones de vida a bordo de la nave y trabajar en el motor para acercarnos más a Tierra Centauri, siempre elegiremos la nave.

Aferro el flexible, sin saber qué decir. Marae casi nunca revela sus sentimientos y jamás pierde el control. No estoy acostumbrado a ver en su cara nada que no sea calma y compostura.

—Pero podríamos hacer algunos sacrificios para mejorar el rendimiento del motor...

—La nave primero, el planeta después —replica Marae—. Esa ha sido la prioridad de los navegadores desde que aparecimos, después de la epidemia.

No pienso soltar mi presa.

—De eso hace... —intento sumar los años, pero nuestra historia es demasiado confusa por culpa de las mentiras y del fides para determinar con exactitud el tiempo transcurrido—. Desde la epidemia han pasado generaciones y más generaciones. Aunque la nave sea prioritaria, en todo ese tiempo se os ha tenido que ocurrir algo para mejorar el motor de forma que podamos llegar a nuestro destino.

Marae no responde. En su silencio detecto algo sospechoso.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Por primera vez, ella se gira para mirar a los otros navegadores. Shelby asiente con la cabeza tan discretamente que apenas advierto el gesto.

—Fue antes de que me nombrasen navegadora primera. Antes de que nacieses. En aquella época, el navegador primero era un hombre llamado Devyn —Marae vuelve a mirar a Shelby—. Los Eldest siempre han escogido minuciosamente a aquellos que recibían información sobre el motor.

Claro: cuantas menos personas conocieran la verdad, mejor.

—Entonces yo era una simple aprendiz —prosigue Marae—, y recuerdo que Elder... el otro Elder, el que te precedió...

—Orion —digo.

Marae asiente con la cabeza.

—Eldest lo envió a realizar alguna labor de mantenimiento en la nave y, cuando volvió, no informó a Eldest. Fue directo a hablar con Devyn. No sé qué le diría, pero a Devyn le impactó mucho. Durante una temporada cesó toda la investigación.

—¿Los navegadores se declararon en huelga? —pregunto horrorizado.

De todos los habitantes de la *Fortuna*, los navegadores son los más leales. No sé si es porque los Eldest confiaban en ellos incluso sin *fidus*, porque han sido modificados genéticamente o simplemente porque les gusta el sistema de mando centralizado en un Eldest. Sea por lo que sea, su lealtad siempre ha sido inquebrantable.

—No se declararon en huelga exactamente; al menos, no como hicieron los tejedores la semana pasada. Cumplían su cometido con normalidad, salvo en lo relativo a la investigación del motor.

—¿Y cuándo volvieron a investigar? —pregunto.

Soy vagamente consciente de la presencia de los demás navegadores, del profundo silencio y de su incomodidad, pero sigo centrado en Marae.

—Cuando Elder murió —se limita a decir.

Se refiere a Orion. Cuando Orion era Elder, fingió su propia muerte para evitar una mucho más real a manos de Eldest.

—Después de aquello —prosigue Marae—, el navegador primero Devyn retomó la investigación del motor. Sin embargo, el acceso a la información se restringió todavía más. Cada vez permitían acceder al motor a menos navegadores, y Devyn no era precisamente sincero con Eldest. Cuando pasé a ocupar su puesto, seguí haciendo las cosas como él me había enseñado. Pero empecé a detectar... irregularidades.

—¿Irregularidades?

Marae asiente.

—Las cosas no encajaban. Algunos de los problemas del motor parecían nuevos, como si alguien los hubiese creado intencionadamente poco antes. Todos los registros de la investigación habían desaparecido. Debieron de destruirlos, porque nunca los hemos encontrado.

Así que Devyn engañó a Marae, su aprendiz. Lo que le había contado Orion hizo que Devyn lo cambiara todo, e incluso ocultara información a sus navegadores y a Eldest. Orion me dijo que la *Fortuna* funcionaba en piloto automático y que podría llegar a Tierra Centauri sin nosotros. ¿Por qué iba a decirme algo así, cuando era el único que sabía que los problemas del motor eran más graves de lo que creía todo el mundo?

—Eldest empezó a sospechar, ¿no? —pregunto.

Marae se mira las manos.

—El trabajo de un Eldest es ocuparse de la gente. El de los navegadores consiste en ocuparse de la nave. Pero antes de... antes de morir, sí, creo que se dio cuenta de que algo iba mal.

Me frotó la cara. Recuerdo el momento en que advertí que algo no funcionaba bien: durante sus últimas semanas de vida, antes de que Orion lo matase, Eldest pasaba cada vez más tiempo en el nivel de navegación.

¿Cuándo empezaría todo esto? Eldest me dijo que tenía que centrarme en la gente, pero tuvo que haber algún otro Eldest en el pasado que empezara a prestar atención al motor. ¿Qué les pasaría a los demás? Todo esto está relacionado con la epidemia, con el comienzo de las mentiras y del fidus. En algún momento entre la epidemia y el presente, la verdad se perdió. Y, sin embargo, nosotros —todos nosotros: Eldest, los navegadores, los alimentadores, yo...—, estuviésemos o no bajo los efectos del fidus, creímos ciegamente en lo que nos contaban.

—Estoy harto —digo dejando caer los brazos—. Estoy harto de mentiras, de la forma en que se hacían antes las cosas en esta nave. ¿Qué le pasa exactamente al motor? Si nuestro problema no es el rendimiento del combustible, ¿qué es? ¿Vamos demasiado rápido? ¿Vamos demasiado lento? ¿Qué pasa?

Marae se encorva de repente.

—No vamos ni demasiado rápido ni demasiado lento —dice; parece triste y preocupada—. En realidad, no nos movemos.





Miro la hora en un flexible cuando vuelvo a mi habitación del hospital. Mierda, es más tarde de lo que pensaba. Cada día paso más tiempo en el nivel de criopreservación. Al principio iba corriendo y aprovechaba para hacer ejercicio, pero luego dejé de hacerlo. Ahora solo voy para obligarme a recordar una por una las cosas que añoro de la Tierra, para revivirlas con todos sus detalles. Y al final, me obligo a despedirme de mis padres. Una vez más.

La lámpara solar se enciende e ilumina todo el nivel de alimentación. Aunque la persiana metálica de mi ventana está bajada, por el suelo se desliza un hilo de luz.

Oficialmente, ya es de día. Genial.

Pulso con fuerza el botón que hay en la pared, junto a la puerta. ¡Bip! Unos segundos después, se abre una puertecita metálica y una bocanada de vapor se cuela en la habitación.

—¿Eso es todo? —le digo al pastelito que veo dentro.

Lo saco; la comida que sale de la pared nunca ha sido muy apetitosa, pero esta es la primera vez que la ración me parece pequeña. Me cabe en la palma de la mano, qué deprimente. Dos bocados después, mi desayuno ha terminado.

Alguien llama a la puerta. Aunque está cerrada con llave, se apodera de mí un miedo irracional.

—¿Amy?

—¿Doc? —pregunto mientras abro y me encuentro con su rostro solemne.

—Quería ver cómo estabas —dice entrando en el cuarto.

—Bien —respondo inmediatamente.

Doc se ha ofrecido en más de una ocasión a proporcionarme mediparches de color azul claro. Según él, son para los nervios, pero yo no los quiero. No confío en sus parches; no confío en ningún medicamento hecho en una nave donde antes se hacía fidus.

—No hablo de tu salud —replica Doc, moviendo la mano para quitarle importancia al asunto—. Me refiero a que... eh... En fin, que me preocupa... tu seguridad.

—¿Mi seguridad? —me dejo caer sobre la cama deshecha.

Doc mira la única silla de la habitación, pero no se sienta. Del respaldo cuelga una chaqueta, y la mesa contigua está atestada de flexibles y libros que me he traído del archivo. No creo que esté dispuesto a sentarse en ninguna parte sin pasar antes una toallita antiséptica y limpiarlo todo con lejía.

Aunque aquí no hay lejía.

Me llama la atención la postura de Doc: tiene los brazos pegados al cuerpo y la espalda rígida. Su cara muestra una expresión seria.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que ha aumentado la... En fin, está claro que la gente ya ha eliminado todo rastro de fidus de su organismo. Y ahora lo que tenemos es... La nave no es un lugar especialmente seguro, y menos para alguien con...

—¿Alguien con una pinta tan rara como la mía? —pregunto, pasándome la melena roja por encima del hombro.

Doc se estremece como si mi pelo fuese una blasfemia.

—Sí.

No me está diciendo nada nuevo. Soy la única persona de la nave que no nació aquí. Y mientras que a los habitantes de la *Fortuna* los modificaron genéticamente para que fuesen monoétnicos, yo tengo la piel pálida, los ojos de un color verde intenso y un pelo rojo que me diferencia de los demás. Eldest, el antiguo líder de la nave, no me hizo ningún favor al decirles a todos que yo era un experimento genético fallido. En el mejor de los casos, la gente piensa que soy una anomalía.

En el peor, me echan la culpa de que las cosas se hayan deteriorado tanto.

Hace tres semanas salí a correr por la mañana, como de costumbre, y paré junto a la granja avícola para echar un vistazo a los polluelos. El granjero, un hombre enorme

con los brazos tan gruesos como mis piernas, salió acarreando un cubo lleno de pienso, lo dejó en el suelo y... y se me quedó mirando. Luego fue hasta la puerta y agarró una pala. La levantó como si la sopesara y pasó un dedo por el borde afilado y brillante. Eché a correr sin dejar de mirar por encima del hombro. Él siguió observándome, con la pala en la mano, hasta que lo perdí de vista.

Desde entonces no he vuelto a correr.

—No soy tonta —le digo a Doc mientras me levanto—. Ya sé que aquí las cosas no son maravillosas.

Abro la puerta del armario y saco una tira de tela de un granate tan oscuro que casi parece marrón. El tejido es fino y un poco elástico. Empezando en la oreja izquierda, me enrosco la tela alrededor de la cabeza hasta ocultar el pelo. Cuando llego al final, la retuerzo y hago un nudo con las puntas para formar una especie de moño. Recojo la chaqueta de la silla, me la echo por encima de los hombros y me calo la capucha. Por último, oculto la cadena con la cruz bajo la camisa para que no la vea nadie.

—Vale, no es perfecto —digo mientras Doc me examina—. Pero si agacho la cabeza y meto las manos en los bolsillos, no creo que nadie se dé cuenta de lo diferente que soy, a menos que se acerque mucho. Y yo no tengo intención de acercarme demasiado a nadie.

Doc asiente con la cabeza.

—Me alegro de que se te haya ocurrido. Estoy impresionado —pongo los ojos en blanco—. Pero creo que no es suficiente —añade.

Me quito la capucha y le miro a los ojos.

—No pienso quedarme encerrada en esta habitación eternamente. Sé que pensáis que no estoy a salvo ahí fuera, pero no pienso ser más prisionera de lo que ya soy. No puedes retenerme aquí.

Doc niega con la cabeza.

—No, tienes razón. No puedo. Pero creo que necesitas... —su mano se mueve hasta el cuello, donde lleva el intercom implantado bajo la piel.

—¡No!

Esta es una discusión que ya hemos mantenido muchas veces. Ni Doc ni Elder entienden por qué me niego a llevar un intercom. Sé que Elder quiere que lo lleve

porque se preocupa por mí, y en cierto modo, a mí también me gustaría poder hablar con él en cualquier momento. Con solo pulsar un botón, podría subir en el tubo gravitacional hasta su nivel, llamarlo o averiguar en qué lugar de la nave se encuentra.

Estaríamos siempre conectados.

Pero también estaría conectada a esta nave, a esta máquina que no es mi hogar. No: no pienso instalarme un intercom, del mismo modo en que no pienso quedarme encerrada en este cuarto. Los intercoms son demasiado... demasiado ajenos a la Tierra. No permitiré que me unan a esta nave. No permitiré que me abran, me implanten algo tan ajeno a la Tierra y me lo conecten al cerebro. Ni hablar.

Doc se mete la mano en el bolsillo, saca algo con un movimiento extrañamente fluido para su rigidez habitual y me lo ofrece.

—Es un... —vacila—. Es un intercom especial.

Miro el objeto que tengo en la mano: es un botón menudo, no más grande que una moneda de diez centavos, del que salen tres cables por cada lado. Si fuera un intercom normal, estaría escondido bajo la piel, detrás de la oreja izquierda, y los cables se adentrarían en la carne. Pero Doc ha trenzado los cables de este hasta formar un círculo que parece una pulsera.

—Dame la mano.

Levanto el brazo de manera automática, pero enseguida tengo dudas y hago ademán de retirarlo. Antes de que lo haga, Doc me agarra la muñeca y me pone la pulsera. La aprieta rápidamente, con cuidado de no cortarme la circulación, y sujeta los cables con una cincha metálica sin darme tiempo a protestar.

—Tendrás que acercártelo a la boca para hablar —dice—. Y a la oreja para oír las comunicaciones. Eso de ahí es un amplificador —señala la malla negra que envuelve el botón.

Aunque es más pequeño que los auriculares que llevaba cuando salía a correr antes de entrar en clase, está claro que su potencia es mucho mayor. Doc lo prueba enviándome una solicitud de comunicación, y el aparato pita lo bastante alto para oírlo desde la muñeca. Intrigada, me llevo la mano a la oreja y escucho la vocecita electrónica del intercom: «Enlace de comunicación: Doc».

—¿Lo has hecho tú? —pregunto, asombrada.

Doc vacila. Su expresión de inquietud es tan rara en él que dejo de mirar el intercom y escruto su rostro.

—No —dice por fin—. No lo he hecho yo. Me lo he encontrado.

—¿Dónde? —pregunto; el miedo se desliza por mis venas como un puñado de lombrices retorciéndose en el barro.

—En el archivo.

Me miro la muñeca con repugnancia. Solo puedo pensar en la cicatriz con forma de telaraña que atravesaba un lado del cuello de Orion, justo debajo de la oreja izquierda. Me lo imagino arrancándose de la piel un manojo de cables ensangrentados: los cables que llevo trenzados alrededor de la muñeca.

—¿Esto era suyo?

Doc asiente con la cabeza.

—Lo he encontrado entre sus cosas. Fue él quien lo modificó. No sé por qué lo conservaba, pero este diseño funciona a la perfección —se queda callado. Por increíble que parezca, se muestra aún más incómodo que antes—. Junto a él había una nota. Decía que había hecho este intercom especialmente para ti.

—¿Para mí? —pregunto, mirando la cosa que llevo alrededor de la muñeca.

—Orion decía en la nota que estaba preocupado por tu seguridad, sobre todo si a él le pasaba algo y Eldest era derrocado... como finalmente sucedió.

No sé cómo tomarme sus palabras. Orion, que intentó matar a mi padre y asesinó a otras personas congeladas e indefensas, se preocupaba por mí hasta el punto de legarme su intercom... La idea me hace sentir una emoción contradictoria, en parte agradecimiento y en parte repugnancia.

—No es que quiera un intercom, pero ¿no podrías hacer otro, uno nuevo que no haya estado bajo la piel de nadie?

—Nuestros recursos son limitados. No tenemos suficientes intercoms listos para todos los niños que nacen; los navegadores están fabricando más a toda prisa. Y no puedo programar uno usado para un bebé, porque hay muchas posibilidades de que deje de funcionar dentro de cierto tiempo.

Toqueteo el cierre metálico para quitarme el dichoso trasto.

A Doc le tiembla la mano, pero no intenta detenerme.

—Amy, necesitas un intercom. Si no aceptas este, habrá que implantarte uno.

—No puedes obligarme a...

—Yo no —me corta—. Pero Elder sí. Los dos estamos de acuerdo en que tienes que ser capaz de pedir ayuda si...

Dejo la mano quieta. «Si...».

¡Frexo! Tiene razón.

Doc asiente, satisfecho de que haya cambiado de idea.

—Bueno, solo vine para darte esto. Si necesitas algo más, dímelo —dice alejándose, y cierra la puerta al salir.

Yo me quedo tan helada como cuando estaba en el ataúd de cristal y el hielo acallaba los latidos de mi corazón.

«Frexo» es una de sus palabras.

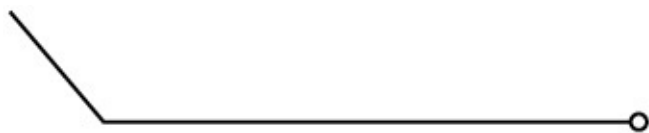
Pero yo no soy uno de ellos.

Yo, con mi intercom en la muñeca, no soy uno de ellos.

No lo soy.

No lo soy.





[5] ELDER

Tardo un buen rato en comprender la frase.

—¿No... no nos movemos?

Examino las caras de los navegadores en busca de alguna pista que indique que mienten, pero no la hay. El modo en que Marae aprieta la mandíbula es prueba más que suficiente de que dice la verdad.

¡Frexo! ¿Cómo voy a decírselo a Amy?

—¿Cuánto tiempo llevamos parados? —pregunto levantando la voz. Debo de parecer un niño enrabiado, pero no puedo evitarlo.

—No estamos seguros. Ciertó tiempo. Quizá desde la epidemia —contesta Marae, y se muerde el labio.

—No hubo ninguna epidemia —replico automáticamente.

En realidad, Marae ya lo sabe; lo que ocurre es que está acostumbrada a llamar epidemia al motín que se produjo hace varias generaciones. Esa mentira perpetuó durante mucho tiempo el sistema de mando basado en los Eldest.

A mis espaldas sigue sonando el latido de la nave: bruum, uiii, bruum.

—¿Cómo podemos estar parados? ¡El motor funciona! —exclamo, sin poder ocultar la desesperación de mi voz. Parezco un niño que se negara a dejar de creer en las hadas.

—Llevamos años usándolo para dotar de energía a los sistemas internos; de hecho, lo hacemos desde que empezó el sistema de los Eldest. La lámpara solar ya no es lo bastante potente para iluminar la nave por sí sola.

Me obligo a mirar a Marae a los ojos.

—Entonces, ¿dónde estamos?

Marae niega con la cabeza, desconcertada por mi pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—¿A qué distancia nos encontramos de Tierra Centauri? Si llevamos tanto tiempo parados, la fecha prevista para el aterrizaje es... inexacta, por decir algo. ¿A qué distancia estamos?

—No lo sabemos —contesta Marae—. El aterrizaje no está entre nuestras prioridades. Tenemos que mantener la *Fortuna* en marcha.

La autoridad que desprende su voz —en el fondo, me está dando una orden— trepa por mi espalda como una garra de uñas afiladas.

—Vamos a cambiar las prioridades —ordeno—. Uno de vosotros quedará encargado exclusivamente de la navegación. Si logramos averiguar a qué distancia estamos, podremos calcular el alcance de la reparación que debemos hacerle al motor. Quizá podamos hacerlo funcionar a medio gas hasta alcanzar el planeta, y es posible que al final tengamos que adoptar medidas más drásticas —miro a Marae a los ojos—. Por el momento, vamos a procurar que la nave llegue a Tierra Centauri.

La navegadora segunda abre la boca para decir algo, pero Marae levanta la mano para impedirse.

—Me ocuparé yo personalmente —dice—. Sin embargo, antes tenemos algo que pedirte.

Ha pronunciado la palabra «pedirte» como si en realidad quisiese exigirlo, pero aun así asiento con la cabeza.

—Queremos que los alimentadores vuelvan a tomar fidus.

Meto las manos en los bolsillos. Por un instante, me pregunto si Marae sabrá que llevo encima los cables de la máquina que distribuía el fidus desde el día en que Amy los arrancó, hace tres meses.

—No —contesto, con una firmeza dirigida tanto a ellos como a mí mismo.

—No sería difícil reparar el sistema de distribución —replica Marae—. De hecho, la navegadora segunda Shelby ya ha elaborado un informe previo de reparación...

Marae alarga la mano y Shelby le entrega otro flexible donde brilla un diagrama.

Miro el flexible: sería una reparación muy sencilla. Una reparación sencilla para una solución sencilla. Con un poco de fidus —quizá no tanto como usaba Eldest antes— podríamos eliminar buena parte de los conflictos que han empezado a estallar. La gente volvería al trabajo sin más alborotos...

—No —repito categóricamente en voz baja—. No vamos a repartirlo con el suministro de agua.

—De acuerdo. No hay por qué hacerlo con el agua —repone Marae—. Doc ha estado trabajando en unos mediparches con los que podría administrarse el compuesto del fidus.

—Nadie necesita fidus —le espeto con brusquedad.

Marae frunce los labios, se me acerca y pasa el dedo por la parte superior del flexible. Un gráfico sustituye a los diagramas mecánicos.

—La productividad disminuyó un diez por ciento la primera semana que los alimentadores estuvieron sin tomar fidus. Ahora ha bajado un treinta por ciento y nada parece indicar que vaya a recuperarse —me ofrece el flexible, pero no lo agarro—. Se nos están acabando las provisiones. Esa es nuestra principal preocupación, pero también nos estamos quedando sin otros artículos imprescindibles como ropa nueva, por ejemplo.

Abro la boca para hablar, pero ella prosigue sin alterar la voz.

—Ahora tenemos delincuencia, cuando antes no existía. Violencia doméstica, robos, vandalismo... Con el fidus...

Ya está sembrada la duda: tienen más confianza en el fidus que en mí.

—Yo me ocuparé de la gente —digo con firmeza—. Vosotros ocupaos de la nave.

—Pero Eldes... Elder —replica Marae posando su fina mano en mi brazo—. ¿Qué sentido tiene? No necesitan ser nada más que obreros. Nosotros no necesitamos que sean nada más.

—Entiendo lo que me dices —contesto, aferrando los bordes del flexible.

No le digo que todo esto ya lo he pensado yo muchas veces.

No le digo que si llevo los cables de la máquina del fidus en el bolsillo día tras día, es precisamente por eso.

—Lo que necesitamos es un cuerpo de policía —afirmo—. Algo como lo que tenían en Tierra Solar. Necesito gente en la que pueda confiar, personas que me ayuden a hacer que todo funcione a la perfección.

—¿Un cuerpo de poli... qué? —pregunta Marae estirando la espalda.

Esta vez soy yo quien comienza a dar toquitos en la pantalla del flexible. Unos segundos después, aparece un artículo sobre la sociedad de Tierra Solar que habla del concepto de policía. Marae lo ojea y se lo pasa a Shelby.

—Es simple: necesito personas que me ayuden a hacer respetar las normas, que investiguen los delitos y que le impidan a la gente hacer cosas malas —explico—. Si hay problemas, necesitaré algo de apoyo.

—Los navegadores siempre hemos respetado la autoridad de los Eldest. Cumpliremos la función que se nos encomiende para asegurarnos de que el sistema no fracasa.

Lo que quiere decir es que acepta utilizar a la policía en lugar del fidus. No estoy lo suficientemente seguro de mí mismo para preguntarle qué hará si el experimento sale mal.

Conozco a los navegadores de elite mejor que nadie, y eso que solo he trabajado con ellos durante el último mes, desde que murió Eldest. Sé interpretar la expresión de sus caras. Haile, Judee y Tailor asienten con la cabeza al mismo tiempo que Marae, dispuestos a aceptar su nuevo cometido. Prestyn, Brittne, Buck e incluso la navegadora segunda Shelby parecen recelosos. De todos modos, sé que seguirán a Marae aunque no estén dispuestos a seguirme a mí. Y aunque a veces Marae intenta mangonearme porque soy más joven que ella, nunca olvida que ocupó el puesto de Eldest, aunque no quiera que me llamen así.

Esto podría funcionar.

Apenas he acabado de pensarlo cuando Shelby deja escapar una exclamación de sorpresa. Todos la miramos: sostiene el flexible en las manos. Primero se lo ofrece a Marae, pero lo piensa mejor y me lo entrega. Los navegadores rompen filas y se arremolinan en torno a mí mientras leo las palabras blancas que llenan la pantalla oscura.

**NO ACEPTES LA OPRESIÓN DEL ELDEST
NO HAY LÍDER
SÉ TU PROPIO LÍDER**

—Alguien ha pirateado la red de flexibles —gruñe Marae, y su mirada feroz se cruza

con la mía—. ¿Te referías a esto cuando decías que necesitábamos un cuerpo de pola... policía?

—Sí —contesto en tono neutro.

Las palabras que brillan en el flexible dicen que yo no soy nada. Por primera vez desde la muerte de Eldest, pienso que quizá tengan razón.

Marae me arrebató el flexible e intenta borrar la pantalla. Las últimas palabras, «SÉ TU PROPIO LÍDER», se hacen más grandes y la ocupan por entero. Marae vuelve a pasar los dedos por la pantalla, pero el flexible no reacciona.

—¡Frexo! —es la primera vez que la oigo soltar un taco.

Los navegadores se congregan alrededor de ella; parecen preocupados. Haile y Judee comienzan a cuchichear y Brittne se lleva la mano al intercom. Shelby lee la frase una y otra vez para sí, moviendo los labios en silencio.

—Calma —espetó Marae, y todos prestamos atención de inmediato—. Esta es nuestra primera misión como policías, y no fallaremos a Eldest.

Entrega el flexible al navegador cuarto Prestyn.

—Quien haya hecho esto es un buen *hacker* —comenta él tras examinarlo unos segundos—. Haré que mi grupo lo solucione de inmediato.

Marae asiente con la cabeza y Prestyn echa a andar hacia la puerta ladrando órdenes por su intercom.

—Yo comprobaré todos los vídeos de seguridad —se ofrece la navegadora segunda Shelby.

—De acuerdo. Tenemos que empezar a investigar métodos para aumentar la seguridad de la red de flexibles —añade Marae.

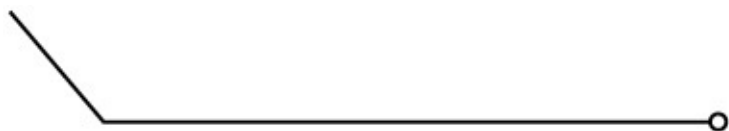
Los demás navegadores se alejan y comienza una intensa actividad que ahoga el ruido del motor. Marae me toca el hombro y me lleva aparte. Aún veo las enormes letras blancas en el flexible, burlándose de mí.

—¿Qué piensas hacer, Elder?

La miro a los ojos.

—No tengo ni idea.





[6] AMY

Se supone que este intercom me conecta con la nave, pero lo único que consigue es que me sienta aún más desconectada de mi pasado. Y sin embargo... sin embargo, lo necesito, como ha dicho Doc. Aquí no estoy a salvo.

Me agarro una muñeca. Ya hace mucho que desaparecieron los cardenales, pero hace tiempo, unas manos me aferraron las muñecas y me obligaron a tumbarme...

Abro los dedos y respiro hondo. No voy a pensar en eso. No puedo pensar en eso.

Para distraerme, miro el intercom. Me imagino los cables trenzados separándose, deslizándose bajo mi piel y atravesando mi carne. Llevo una pulsera que estuvo dentro de otra persona. Es como llevar un colgante hecho de dientes o pendientes hechos con recortes de uñas... Y lo peor de todo es que pertenecía a Orion. Me gustaría arrancarme de la muñeca esto que fue suyo y destruirlo, pero algo dentro de mí me lo impide.

Al menos, con el intercom puedo llamar a Elder. Estas últimas semanas lo he visto cada vez menos. Lo entiendo, claro; sé que está muy ocupado. Pero no puedo evitar sonreír; será agradable poder hablar con él.

Pulso el botón y pronuncio su nombre. Me acerco el intercom a la oreja esperando oír su voz. ¡Bip!

—Enlace de comunicación denegado —dice una bella voz de mujer.

Bueno, me gustaría poder hablar con Elder... si contestase a mi llamada.

Me acerco el aparato a los ojos. En uno de los cables hay unas diminutas letras negras; si no hubiera mirado el intercom tan de cerca, nunca habría reparado en ellas. Separo con el dedo el cable rojo para verlas con más claridad.

Es una sola frase, tres palabras repetidas una y otra vez con letras pequeñísimas:

Abandonad toda esperanza.

¿Cómo es posible que Doc haya pasado esto por alto?

Dijo que había limpiado el intercom. Supongo que es otra prueba más de lo trastornado —por decirlo suavemente— que estaba Orion. No me extrañaría que Doc hubiese visto el mensaje y me hubiese dado el intercom de todos modos: al fin y al cabo, unas palabras impresas en un cable no hacen que el aparato funcione o deje de funcionar. A Doc le preocupa más la utilidad que los restos de locura de Orion que puedan quedar trenzados en este trasto.

Por otra parte, la frase es de lo más acertado: si hay algo que ya no tengo, es esperanza. Es como si Orion hubiese dejado ese mensaje exclusivamente para mí.

Entonces caigo en la cuenta: lo dejó para mí.

Doc dijo que el intercom venía con una nota. En cierto modo, es la herencia que Orion me legó.

La cabeza me da vueltas. No hace falta que nadie me diga que no hay esperanza para mí en esta nave; a esa conclusión he llegado yo sola. Pero tal vez... tal vez quisiera decir otra cosa. Sé de dónde viene esa frase. Según la señora Parker, mi profesora de Lengua de segundo, es una de las frases más reconocibles de la literatura, al mismo nivel que esa en la que Rhett le dice a Scarlett que le importa un bledo o la otra en la que Hamlet se pone a dudar entre ser o no ser. «Abandonad toda esperanza» es la frase que hay escrita sobre las puertas del infierno en *La divina comedia* de Dante.

Como los libros no estaban al alcance de cualquiera hasta que Elder asumió el mando de la *Fortuna*, lo más seguro es que Doc no lo sepa. De todos los que viajamos a bordo de la nave, es probable que yo sea la única familiarizada con los libros de la Tierra.

Aparte de Orion, claro, que pasó casi toda su vida escondido en el archivo con la única compañía de las palabras y los personajes de ficción.

Cuanto más lo pienso, más convencida estoy: no es una frase casual que Orion garabateó porque sí. «Abandonad toda esperanza» es una frase muy concreta de un libro muy concreto, escrita en un intercom que Orion dejó expresamente para mí.

A lo mejor estoy viendo cosas donde no las hay. Seguramente no sea nada. Pero ya estoy harta de tanta nada; estoy lista para hacer algo. Lo que sea. Prefiero ir al archivo a buscar la frase en *La divina comedia* antes que quedarme aquí sentada mirando las paredes. Me subo la cremallera de la chaqueta, salgo de la habitación y me dirijo al ascensor. Estoy nerviosa; me gustaría echar a correr. Pero cuando salgo al

exterior, recuerdo que si corro llamaré más la atención, así que echo a andar con la cabeza gacha y me pongo la capucha.

Al subir la escalera que lleva al archivo, miro hacia arriba. En una especie de hornacina junto a la puerta hay colgado un retrato de Elder, uno de los últimos cuadros que pintó Harley. Es lo más cerca de Elder que he estado en varios días; cada hora que pasa está más ocupado dirigiendo la *Fortuna*. En cierto modo, él está aún más atrapado que yo.

El Elder del cuadro contempla su reino limitado por paredes de metal. Me vuelvo y miro en la misma dirección que sus ojos pintados.

El brillo de la lámpara solar me ciega momentáneamente y, en ese segundo de oscuridad, me doy cuenta de algo que no sabía: no necesito ver el paisaje para conocer hasta el último rincón del nivel de alimentación que tengo delante. Aunque cierre los ojos, sigo viendo los campos que se extienden entre colinas idénticas y equidistantes. Sé de qué color están pintados los remolques que forman la ciudad al otro lado de la nave. Conozco el punto exacto donde se pierden de vista los remaches que mantienen unida la cúpula. Podría dibujar cada nube pintada en el techo.

Intento hacer memoria para recordar mi casa de Colorado, pero no soy capaz de verla con exactitud. ¿Las contraventanas eran rojas o granates? ¿Qué flores tenía plantadas mi madre en el jardín?

Ya conozco mejor la *Fortuna* de lo que recuerdo la Tierra.

—Aparta, anomalía —dice una mujer robusta, empujándome con el hombro al salir del archivo. Debo de parecer aún más rara que de costumbre, arrebuja en una chaqueta cuando todo el mundo lleva manga corta y plantada como una idiota en el umbral del archivo.

Por el camino del hospital pasa una mujer seguida de un chico alto y delgado que se queda mirándome. Me ajusto aún más la capucha. Mientras baja la escalera, el chico se gira para no perderme de vista. Hay algo en sus ojos que me incita a dar media vuelta y entrar a la carrera en el archivo.

La *Fortuna* no solo ha sustituido a la Tierra en mi cabeza; además, ahora es el único hogar que tengo. Un hogar lleno de gente que esconde pensamientos siniestros tras sus ojos oscuros.

Sacudo la cabeza en un intento de despejar los recuerdos de mi antiguo hogar y la imagen del chico que acabo de ver. No me sirve de nada pensar en ello.

En el archivo reinan la penumbra y el silencio. Hay varias personas dentro, pero no me prestan atención. En el exterior, donde la falsa luz del sol resalta la palidez de mi piel y el rojo de los mechones que asoman bajo el pañuelo, su actitud sería muy diferente. Pero aquí, concentrados en la información que ven y entienden por primera vez, no reparan en mí.

Por eso me gusta venir.

Casi todos se agolpan ante las pantallas gigantes que cuelgan de las paredes. Aunque Elder ha abierto el archivo entero a todos los habitantes de la nave, los escasos alimentadores que acuden se quedan plantados ante las pantallas. Muy pocos se aventuran en las salas llenas de libros, y menos todavía van a las otras dos plantas a visitar las galerías de arte.

Cada flexible colgado en la pared tiene un rótulo que indica el tema al que está dedicado. Los más populares son los de Historia, Agricultura y Ciencia. Un grupo de unas diez personas observa un diagrama de un reactor nuclear en el flexible de Ciencia y discute en voz baja sobre algún detalle del dibujo.

El flexible menos frecuentado es el de Literatura. Solo hay unas cuantas chicas leyendo un ejemplar de *Romeo y Julieta*. Les cuesta entender el lenguaje más que a mis compañeros de primero. Me pregunto si, una vez superados los «vos», los «vuestra merced» y el lío de Capuletos y Montescos, se marcharán de aquí pensando que eso es el amor. Por un momento me tienta detenerme a su lado para hablarles del debate que mantuvimos en clase de primero, en el que yo defendía que Romeo y Julieta no estaban enamorados de verdad. Por entonces estaba muy segura de mí misma. Gané el debate (como premio, aquel día me fui a casa sin deberes), y recuerdo que rebatí la tesis del equipo contrario tan apasionadamente que toda la clase se puso de mi lado. Pero ahora... ahora soy incapaz de recordar ni uno solo de mis argumentos. ¿Cómo voy a defender que *Romeo y Julieta* no representa el amor de verdad, ante un grupo de gente que no tiene ni idea de lo que es el amor? Claro que tampoco lo sé yo; solo sé lo que no es.

De pronto, las pantallas de todos los flexibles de la pared se funden en negro.

—¡Eh! —grita una de las chicas que estaban leyendo a Shakespeare.

—¿Qué pasa? —gruñe un hombre corpulento ante el flexible de Agricultura.

Unas letras grandes y brillantes se deslizan por las pantallas y llenan el vestíbulo con una sola frase repetida una y otra vez.

SÉ TU PROPIO LÍDER

Abro los ojos como platos y me calo la capucha, tirando tanto de ella que las costuras se tensan contra la nuca. Mientras todos están distraídos leyendo las frases, me escabullo deprisa al fondo, hacia las salas de los libros. Tenía que pasar algo así. Elder ha estado mucho tiempo conmigo en el archivo leyendo cosas sobre el orden público y la organización social, pero creo que no ha entendido esto: hay gente que querrá rebelarse simplemente porque ahora puede hacerlo.

—¿Quién ha sido? —pregunta una voz de hombre entre los murmullos de la gente. Su tono es receloso, asustado incluso, pero también agresivo, como si quisiera encontrar y castigar a quien haya pirateado la red de flexibles.

—¿Qué significa? —dice una mujer cerca de mí. Su amiga abre los ojos exageradamente y sacude la cabeza con tanta vehemencia que el pelo le azota las mejillas.

Una chica que está ante el flexible de Ciencia se pone a dar toques en la pantalla para intentar que desaparezca el mensaje. Las demás comienzan a susurrar, incómodas, al ver que no lo consigue: quien haya pirateado la red ha hecho un buen trabajo.

—Eldest tiene que arreglarlo —comenta el primer hombre, y tardo un segundo en comprender que está hablando de Elder. Muchas de las personas que lo rodean asienten con la cabeza sin dejar de mirar la pantalla, atónitos.

—Los flexibles se han estropeado cuando la anomalía ha pasado por delante —salta una de las chicas que leían *Romeo y Julieta*, y se pone a buscarme entre la gente que se agolpa en el vestíbulo.

Agacho la cabeza y entro corriendo en la sala del fondo; solo respiro aliviada cuando la puerta de la sala de Narrativa se cierra a mis espaldas. No tiene cerradura —casi ninguna estancia de la nave la tiene—, pero si consigo pasar inadvertida un rato, tal vez la gente del vestíbulo acabe por olvidarse de su rabia y de mí.

La sala de Narrativa es más pequeña que otras de esta misma planta; está claro que los constructores de la nave decidieron que la historia y la ciencia son más importantes que las novelas. Me encantaría que se pareciese más a la biblioteca a la que iba yo en la Tierra: pufs enormes repartidos por la sala, moqueta oscura, pósteres de escritores famosos en las paredes, ventanucos cuadrados y polvorientos por los que se filtraba la luz del sol... Esta sala, sin embargo, es fría, aséptica y demasiado limpia, como todas las demás. Me recuerda a una habitación de hospital con libros en lugar de camas: pavimento de baldosas blancas, paredes revestidas con paneles y una mesa metálica.

Aunque todo está limpiísimo, los libros desprenden un olor a polvo y papel viejo que

llena la sala. Aquí casi todo está en orden alfabético, independientemente del tema de los libros. Chaucer está junto a Agatha Christie, J. K. Rowling junto al Dr. Seuss, y este junto a Shakespeare. Llego al final del estante y miro en el siguiente, pero solo veo títulos ilegibles, algunos escritos en idiomas que me suenan vagamente (francés, alemán, italiano) y otros que soy incapaz de descifrar (¿chino, coreano, japonés?).

Podría entretenerme aquí hasta perder la noción del tiempo, pero tengo que comprobar si Orion me dejó alguna pista que siga a la del intercom. Abandono la sección de cuentos y poesía (Grimm, Goethe) y vuelvo al primer estante para pasar los dedos por los lomos desiguales de los libros. Me fijo en los títulos —*El progreso del peregrino*, *El juego de Ender*, *La ratonera*...— hasta llegar al que busco.

Infierno. PARTE PRIMERA DE *La divina comedia*, de Dante Alighieri. Está junto a un delgado volumen de sonetos de Shakespeare. Qué ironía: un libro de poemas de amor junto a un libro sobre el infierno. Saco el libro de poemas y lo dejo sobre la mesa metálica para colocarlo después en su sitio. Luego engancho con el dedo el lomo del *Infierno* de Dante.

Solo leer el título me trae a la mente las semanas que pasamos estudiándolo en clase de Lengua con la señora Parker. Recuerdo el duro asiento del pupitre. Recuerdo lo mucho que Ryan, Mike y yo nos reímos mientras hacíamos el trabajo de fin de curso.

Es curioso que un libro sobre el infierno me recuerde a la Tierra.

Al sacar el libro de la estantería, algo más cae al suelo. Me agacho para recogerlo: es una lámina rectangular de plástico negro, del grosor de una hoja de papel y del tamaño de mi mano. Al tacto me recuerda a un flexible, pero es más pequeño y en una esquina tiene algo en relieve, un trocito duro poco mayor que una uña. Me lo meto en el bolsillo: seguro que Elder sabe lo que es. Vuelvo a ponerme en pie y estiro el brazo para agarrar el libro de Dante.

Se abre la puerta y aparece la cara de una mujer. Tiene los ojos desorbitados de miedo y está muy despeinada. Pasa corriendo junto a mí y al llegar al otro extremo de la sala se esconde detrás de la última estantería.

Corro hasta allí y me arrodillo junto a su cuerpo tembloroso.

—¿Qué pasa? —pregunto estirando un brazo para tocarla.

Ahora que puedo verla con claridad, me doy cuenta de quién es: Victria, la amiga de Harley y Elder, la chica que se dedica a escribir. La última vez que la vi, le hablé de cómo era el cielo de la Tierra. Ella me escupió en la cara y me denunció ante todo el mundo.

Ella me aparta la mano. Está bañada en sudor y jadea con fuerza.

—Luthe... Luthor. Está...

Es él.

Se me hace un nudo en el estómago.

Es él: el hombre que me forzó hace tres meses y que utilizó la época reproductora como excusa para intentar violarme. Como Harley y Elder, era perfectamente consciente, ya que el fidus no le embotaba el cerebro. Sabía lo que hacía cuando me derribó y se tumbó sobre mí con todo su peso. Lo sabía cuando vio que la esperanza abandonaba mis ojos, cuando dejé de ofrecer resistencia.

Me dijo que se llamaba Luthe, pero Victria lo ha llamado Luthor, como el archienemigo de Superman. Sin embargo, las hazañas de un supervillano calvo parecen un chiste comparadas con la maldad que se oculta tras la piel de este Luthor. Caigo en la cuenta de que Luthe es su apodo, el nombre por el que lo conocen sus amigos. La simple idea de llamarlo así me llena de asco: no me gusta pensar en él en los mismos términos que sus amigos.

La puerta vuelve a abrirse y Victria gimotea en voz baja, tapándose la cara. Me levanto de un salto.

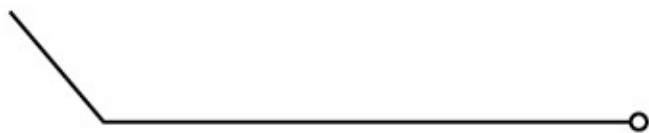
Luthor está en el umbral. Recorre la sala con la mirada.

Sus ojos se clavan en mí.

Su boca se ensancha en una sonrisa extraña.

Seductora.





[7] ELDER

La puerta está cerrada con llave, tal como la dejé.

Después, cuando acabó todo.

Después de que

Orion quedara congelado,

Amy descubriese la verdad y

Eldest muriese

delante de mis ojos...

Delante de mis ojos.

Después de todo eso, volví a subir al nivel de mando. Al vacío y desierto nivel de mando. Entré en la habitación de Eldest, encontré el alcohol que tenía guardado y me pasé dos días borracho. Luego pasé otros dos días vomitando y volví a cerrar con llave su puerta, una de las pocas que tienen cerradura.

Y coloqué una mesa delante.

Aparto la mesa con tanta fuerza que se vuelca y cae al suelo.

Antes, el nivel de mando me parecía muy grande: tanto como para acoger a todos los habitantes de la nave y mentirles mientras miraban al cielo y contemplaban asombrados las bombillas a las que llamábamos estrellas.

Cuando Eldest y yo vivíamos aquí, este lugar parecía enorme, y el espacio que se

abría entre los dos estaba lleno de vacío y silencio. Ahora que estoy solo, el nivel de mando me parece claustrofómicamente pequeño.

Mi intercom pita y le doy un toque con un dedo para acallarlo.

Antes de que pueda convencerme de que es una mala idea, antes de que pueda marcharme y prometer que ya volveré a su habitación más tarde...

... abro la habitación de Eldest.

Al entrar, las partículas de polvo se arremolinan en la luz. Aspiro hondo con la esperanza de oler el jabón almizclado que usaba Eldest, pero la estancia solo huele a moho.

Los pies se me quedan pegados al suelo. Hay una botella abierta tirada junto a la puerta. El alcohol se ha secado y lo ha dejado todo pringoso. Esta es la huella que dejé en el cuarto de Eldest.

La habitación está desordenada y llena de trastos, pero así es como la tenía él. La cama está sin hacer, con las mantas arrebujadas a los pies. Por debajo asoma un montón de ropa arrugada. Un plato sucio descansa peligrosamente cerca del borde de la mesita de noche.

Me siento como un intruso en la intimidad de Eldest, hasta que caigo en la cuenta de que, en teoría, ahora Eldest soy yo, y esta habitación es más mía que de un muerto.

Por la mesa se esparcen las piezas de una maqueta de resina, una reproducción del motor. Agarro el pequeño núcleo del reactor nuclear y le limpio el polvo con mucho cuidado. La primera vez que vi este chisme del frexo fue cuando Eldest quiso esconderlo. Sopeso la pieza. Entonces, él ya sabía que algo iba mal. Si hubiera tenido la chulza suficiente para contarme la verdad desde el principio, a lo mejor podríamos haber colaborado para arreglar nuestros problemas. ¡Frexo! ¡Si todo el mundo hubiera sido sincero, a estas alturas ya estaríamos en Tierra Centauri!

Lanzo la pieza por los aires. Se estrella contra la pared y cae sobre la cama, convertida en una lluvia de astillas que rebotan en la almohada y se acumulan en la marca de la cabeza de Eldest.

Mierda.

Me paso las manos por la cara.

Mierda.

El mensaje pirata de los flexibles y el entusiasmo con el que Marae ha aceptado formar el cuerpo de policía me han hecho olvidar por un rato la verdad más dura de todas.

No vamos a ninguna parte. Estamos parados.

Mientras observo los fragmentos del motor, decido algo: no voy a contárselo al resto de la nave. Ni hablar. Me disgusta acabar enredado en la red de mentiras que Eldest tejó en torno a la *Fortuna*, pero no puedo hablar de esto. No puedo aparecer ante la gente y decirles que no es que avancemos despacio, es que no avanzamos en absoluto. Si retirarles el fidus les ha hecho montar una revuelta virtual en la red de flexibles, decirles que no vamos a ninguna parte hará que destrocen la nave: desgarrarán el metal con los dientes hasta que la negrura del espacio nos trague a todos. Como a Harley.

Me paso los dedos por el pelo y lo enredo aún más. ¿Qué estoy haciendo? Tal vez Eldest sospechase que estábamos parados, pero no creo que escondiese la clave para reactivar el motor en su habitación.

El flexible que hay sobre la mesa suelta un destello; las palabras blancas se oscurecen y, con un pitido, el flexible se reinicia. Pasados unos segundos, aparece la pantalla de inicio. No sé qué habrán hecho Marae y los navegadores de elite, pero ha funcionado: el mensaje pirata ha desaparecido.

Mi intercom vuelve a pitar.

Estoy a punto de contestar cuando reparo en algo: otra puerta. Acallo el pitido de mi oreja izquierda y avanzo hacia allí, pisando el montón de ropa sucia de Eldest. ¿Qué pinta ahí otra puerta? He visto la del baño, claro, pero en esta no me había fijado nunca. Solo he estado dos veces en la habitación de Eldest, y las dos buscaba otra cosa: la primera, la maqueta del motor; la segunda, algo de alcohol.

Hay una marca nacarada en el suelo de metal: Eldest abría esta puerta con frecuencia. Me tiemblan las manos cuando agarro el tirador metálico, de Tierra Solar. No gira, pero al tirar de él se abre la puerta. Lleno de curiosidad, me asomo al otro lado.

Es un armario empotrado en la pared.

Los armarios empotrados escasean en la nave: casi todas las habitaciones tienen armarios normales. Sin embargo, reconozco que esperaba algo más emocionante. Decepcionado, empiezo a retroceder cuando algo me llama la atención: un trapo

asoma de una caja en el suelo del armario. Su tono azul verdoso me remueve por dentro.

Tomo aire, pero luego se me olvida expulsarlo. Me agacho y tiro de la tela para sacarla de la caja, con las manos entumecidas.

Cuando vine a vivir al nivel de mando, una de las pocas cosas que traje era una manta pequeña, manchada y raída en algunas zonas. Lo más especial era su color, un azul verdoso muy particular.

Esta manta era la más antigua de mis posesiones. De pequeño creía que me la habían dado mis padres, a quienes nunca conocí. A los Elder no se nos permitía conocerlos, porque no habríamos sido imparciales con ellos; al menos, eso fue lo que me dijo Eldest. Pero la verdad es que no tenía padres: en realidad, los Elder somos clones. Más que nacer, podría decirse que nos fabricaban.

Eldest me hizo trasladarme de familia en familia hasta que cumplí doce años: seis meses con los pastores, seis meses con los carniceros, seis meses con los recolectores de soja...

Con tanto movimiento, nunca logré decidir qué familia era la mía.

Pero la manta sí que era mía.

Mi primer recuerdo es el de esconderme bajo la manta cuando me dijeron que tenía que volver a cambiar de casa. No recuerdo con qué familia estaba ni adónde me trasladaba, pero sé que me escondí bajo la manta y pensé que, a lo mejor, mi madre —mi verdadera madre— me había envuelto en ella y me había abrazado siendo yo bebé.

Cuando solo llevaba unos días en el nivel de mando, Eldest y yo nos peleamos. Me dijo que era un niño imposible, mimado y malcriado. Yo irrumpí en mi habitación, di puñetazos a las paredes, tiré al suelo todo lo que había en mi estantería... y entonces vi la manta, el símbolo inequívoco de que aún era un niño.

Intenté desgarrarla, pero no pude, así que la tiré a la basura.

No sé cómo, pero Eldest salvó este trocito de mí y lo guardó durante años. Me llevo la manta a la cara y pienso en todo lo que era Eldest y en todo lo que no era.

Lo único que cuelga de la barra del armario es una prenda pesada, la toga ceremonial

que Eldest se ponía en las ocasiones verdaderamente importantes. Vuelvo a dejar la manta en la caja y agarro la toga. Pesa mucho más de lo que pensaba. Es de lana, no me cabe duda: antes de que Eldest comenzase a adiestrarme en el nivel de mando, me harté de cardar e hilar, y reconozco bien el tacto entre ceroso y áspero del tejido. La prenda está bordada de arriba abajo: en los hombros danzan estrellas, en el dobladillo crecen plantas verdes y en la parte media se extiende una franja de horizonte interminable.

El broche se abre al tocarlo. Me cuelo dentro de la toga y su peso hace que me encorve. El dobladillo arrastra casi un palmo, y mi cuerpo no es lo bastante ancho para llenar la prenda. Las estrellas parecen hundirse alrededor de mis hombros.

Tengo una pinta ridícula.

Me quito la toga y vuelvo a meterla en el armario.



Tengo que salir de aquí, tengo que escapar. No puedo quedarme con él. Escapar. Tengo que escapar. Ahora. AHORA. Pero no tengo adónde ir.

Cruza el umbral, se planta delante de mí en dos zancadas y se acerca tanto que noto el calor de su cuerpo quemándome la piel. Cuando tomo aire para gritar, respiro parte del aliento que ha exhalado él. Estira el brazo y el grito muere en mi garganta.

Luthor me aparta la capucha de la cara y agarra la tela granate. Cuando intento zafarme, la tira de tela se desenrosca y el pelo se derrama sobre mis hombros. Doy un paso atrás, pero la estantería que hay a mi espalda no cede. Luthor me roza la cara con la mano, aferra un puñado de pelo y tira con fuerza para acercarme a él. Yo tiro en sentido opuesto: aunque me arranque la melena entera, no pienso dejar que me controle. Estiro los brazos hacia atrás y agarro dos libros de la estantería. Mientras Luthor se enrosca mi pelo alrededor de la mano para obligarme a mirarlo, le golpeo con un libro en cada lado de la cabeza.

Él suelta un grito inhumano de dolor, se lleva las manos a la cabeza, lanza una sarta de palabrotas —unas las conocía, otras no— y trata de seguirme cuando suelto los libros y me escabullo bajo su brazo.

—¡Vamos! —le grito a Victria, que sigue escondida detrás de la última estantería. En cuanto asoma, la agarro de la muñeca y me la llevo a rastras hacia la salida.

Luthor se abalanza tras las dos, pero le llevamos ventaja suficiente para llegar hasta el atestado vestíbulo antes de que nos alcance. Me detengo al llegar al centro de la estancia. El mensaje que apareció antes se ha desvanecido y los flexibles han recobrado la normalidad. Una mujer bajita que lleva la ropa oscura y almidonada de los navegadores está plantada junto al flexible de Ciencia, charlando con el grupo que antes examinaba el diagrama del motor. Algunas personas levantan la vista, asustadas por nuestra repentina entrada, pero casi nadie se fija en nosotras.

Luthor se queda plantado en el umbral, fulminándonos con la mirada. No se atreve a

hacer nada delante de toda esta gente. Ya no hay fidus ni época reproductora; ahora no tiene excusa.

Victria me aparta la mano.

—Gracias —murmura casi gruñendo.

—¡Eh! —la voz de Luthor retumba en el vestíbulo.

Casi todo el mundo se gira para mirarlo, pero Victria agacha la cabeza y escapa a la carrera mientras Luthor avanza hacia mí.

—¿Crees que puedes largarte así, sin más? —grita.

—Claro que sí —contesto, y echo a andar hacia la salida. Antes de que pueda alcanzarla, Luthor me agarra del codo y me obliga a dar la vuelta.

Miro a mi alrededor: todo el mundo nos observa. Unos cuantos se han acercado; por la preocupación que veo en sus miradas, comprendo que están a punto de acudir en mi ayuda. Y sin embargo, vacilan. Luthor es uno de ellos. Yo no.

—Las cosas han cambiado —le digo entre dientes, zafándome de su mano—. Si piensas que puedes hacer lo que te dé la gana, te equivocas.

Me alejo rápidamente, decidida a no dejar que me toque de nuevo. Oigo su risa, un graznido que me estremece.

—¡Vaya si han cambiado! —brama—. ¡Ahora ya no tenemos líder!

Giro sobre mis talones.

—¡Elder es el líder! —exclamo con voz chirriante, recordando el mensaje de los flexibles.

Luthor suelta un bufido de desdén.

—¿Crees que ese chaval puede controlarme? ¿Crees que puede controlar a alguno de nosotros? —pregunta mientras abarca con un ademán a las personas que miran con curiosidad la escena que se desarrolla en el vestíbulo, habitualmente tan silencioso—. Podemos hacer lo que queramos —añade en voz baja para que solo yo pueda oírlo.

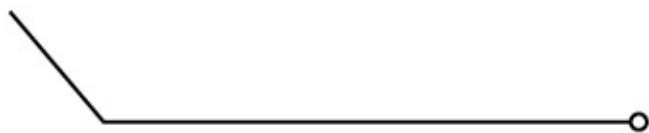
Sonríe de oreja a oreja y mira a su alrededor. Acto seguido, levanta la voz y grita:

—¡Podemos hacer lo que queramos!

Y entonces veo algo en las caras de la gente que nos rodea.

Acaban de comprender que lo que ha dicho Luthor es verdad.





[9] ELDER

—¿Elder? —pregunta alguien justo cuando la puerta de Eldest se cierra a mis espaldas.

—¿Pero qué frexo...? —musito mirando a mi alrededor. Solo yo tengo acceso a este nivel.

Por la puerta del centro de aprendizaje asoma una melena roja.

—¿Amy? —pregunto asombrado, y echo a correr hacia ella.

Amy sonríe, pero no abiertamente, sino con una ligera curvatura de los labios que no se ve reflejada en su mirada.

—Supuse que estarías aquí —dice.

—¿Cómo... cómo has entrado?

Amy echa a andar a mi lado hacia la gran sala y levanta la mano izquierda por toda respuesta.

—¡Doc te lo dio! —exclamo al ver el intercom que lleva en la muñeca.

Ella asiente con la cabeza.

—Al haber pertenecido a Orion, pensé que me daría acceso al nivel de mando —se encoge de hombros—. Y así ha sido. Traté de llamarte antes, pero no me contestaste. O a lo mejor he hecho algo mal...

—No, he recibido algunas llamadas y las he rechazado.

Amy me propina un puñetazo suave en el hombro.

—Conque pasas de mí, ¿eh?

—No podría hacerlo aunque quisiese.

Sonríe de nuevo, pero vuelve a ser el mismo gesto de los labios que no se refleja en su mirada. Nos separan unos pasos: ella está cerca de la puerta del centro de aprendizaje; yo, más cerca del centro de la gran sala. El silencio se instala entre los dos como un objeto extraño y tangible. Amy se saca el colgante de la camisa y hace girar la cadena entre los dedos.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

—Nada —contesta inmediatamente, y suelta el colgante.

Entorno los ojos, pero lo dejo pasar.

—Hace tiempo que no te veo —comenta por fin.

Como no parece dispuesta a avanzar más, me acerco un poco a ella. Se mete una mano en el bolsillo y, por un momento, parece que va a sacar algo.

—He tenido que solucionar algunos problemas en la ciudad, y luego más en... en el nivel de navegación.

—Vale, ahora me toca a mí preguntártelo —dice Amy sacando la mano del bolsillo—. ¿Qué te pasa? ¿Has visto ese mensaje en los flexibles?

—Sí —contesto con un gruñido—. Los navegadores han podido solucionarlo, pero...

—Me encojo de hombros; aunque quiero parecer despreocupado, sé que el gesto es de amargura—. El daño ya está hecho. Les he pedido a Maraë y a los navegadores de elite que sean mi cuerpo de policía.

—Bien —responde Amy con una vehemencia que me sorprende, y añade—: Bueno, es que... me alegro de que por fin te hayas decidido a hacerlo. A crear un cuerpo de policía, quiero decir...

—Debería haberlo hecho hace un mes.

Mueve ligeramente la mano como si quisiera tocarme, pero no lo hace.

—Hay algo que no me estás contando —dice en voz baja.

Lo mismo digo, pienso, y sin embargo, la dureza de su mirada indica claramente que no va a contarme lo que le preocupa. De modo que soy yo quien le confiesa la verdad. Le cuento lo de los motores. Y lo de las mentiras. Y que no nos estamos moviendo, que ni siquiera sabemos dónde estamos. Le cuento lo que no le he contado

a nadie más.

—No podemos decir nada —remacho—. Si los alimentadores se enteran...

Amy se muerde el labio, pero no discute. De momento.

Me paso los dedos por el pelo como si la respuesta estuviera enterrada en mi cráneo.

—Llevamos parados mucho tiempo. La nave no va a durar eternamente. La *Fortuna* se está cayendo a trozos.

En cuanto se lo digo, comprendo por fin que es verdad. De pronto veo cosas que antes no veía y comprendo su significado. La producción de alimentos está en declive, a pesar de que estamos inundando los campos de fertilizantes y nutrientes; es cierto que la mayoría de los alimentadores no rinden tanto como antes, cuando tomaban fidus, pero su falta de productividad no justifica que las plantas apenas tengan fuerza suficiente para abrirse paso a través del suelo. Y aquel año que llovió tanto, ¿fue para investigar o es que se rompió el sistema de riego? Y el sucedáneo de carne que se sirve en la comida al menos dos veces por semana, ¿sirve realmente para mejorar nuestra dieta, o es lo mejor que pudieron inventar Doc y los científicos cuando el ganado ya no bastaba para alimentarnos a todos?

Empiezo a entender por qué Eldest estaba tan... tan desesperado.

Pienso en el ruido que hace el motor, aunque solo funciona a medio gas para atender las funciones internas de la nave: ese uiiii entre los bruum no suena nada bien.

Caigo en la cuenta de que Amy lleva callada un buen rato.

—¿Amy? —pregunto en voz baja.

Me mira a los ojos.

—¿Significa eso que puedo despertar ya a mis padres?

—¿Cómo? ¡No!

—Pero si no vamos a aterrizar... Si no hay esperanzas, ¿por qué no?

—¡Aún podríamos hacerlo! ¡Frexo, dame la oportunidad de arreglar este problema!

—Quizá alguna de las personas congeladas pudiera arreglarlo. Entre ellos también hay científicos e ingenieros.

—Amy, no. No. Mi gente puede solucionarlo.

Ella murmura algo que no entiendo.

—¿Qué?

—¡Hasta ahora no se las han arreglado especialmente bien! Mierda, Elder, ¿cuánto tiempo llevan los motores sin funcionar? ¡Desde antes de que nacieses! Pueden llevar así varias décadas... ¡o más!

—Ah, ¿es que tú también vas a ponerte ahora en contra de mí? —bramo—. ¿También vas a querer manejarme? ¿Me vas a recordar constantemente que no estoy a la altura?

—¡No pongo en duda tu capacidad! —me espeta Amy—. Solo digo que quizá alguien de la Tierra pudiera solucionar el problema.

—Lo único que quieres es despertar a tus padres.

—¡Esto no va con ellos!

—¡Tratándose de ti, siempre va con ellos! ¡No puedes despertar a tus padres solo porque estás muerta de miedo!

Amy me fulmina con la mirada y se pone roja de ira.

—¡Si reconocieses que no eres capaz de hacerlo todo en esta nave, tal vez te dieras cuenta de que ahí abajo hay gente que podría ayudarte!

Sé que solo dice esto porque está enfadada, pero sus palabras me duelen como si me hincara un cuchillo al rojo vivo en el corazón.

—¿No te has parado a pensar que la mitad de mis problemas son por tu culpa? ¡Si no tuviese que cuidar a la anomalía, a lo mejor podría hacer alguna otra cosa!

En cuanto esas palabras salen de mi boca, deseo poder agarrarlas con las manos y aplastarlas.

Pero no puedo.

Ya están flotando en el aire.

He llamado anomalía a Amy, justo lo que juré que nunca haría.

Hasta ahora, yo era la única persona de la nave que no la había llamado así.

Ya no lo soy.

Amy vuelve bruscamente la cabeza, como si mis palabras le hubieran dado un puñetazo en la mejilla. Gira en redondo y sale disparada hacia la puerta del centro de aprendizaje, donde está el tubo gravitacional.

—¡Amy! —grito echando a correr tras ella.

Ella agacha la cabeza como si no me oyera y el pelo le tapa la cara. Cuando está atravesando el umbral, logro agarrarla del codo y la obligo a dar la vuelta. Se zafa de mí, pero al menos se detiene.

—Lo siento, Amy. No pienso eso de verdad. Lo siento, lo siento, lo siento —levanto la mano de nuevo, pero ella hace ademán de apartarse y vuelvo a bajarla.

Sus ojos rehúyen los míos.

—Tienes razón —dice por fin, parpadeando rápidamente y levantando la vista para mirar las estrellas artificiales.

—No, no tengo razón. Lo siento, no eres ninguna anomalía.

Ella niega con la cabeza.

—No me refiero a eso, sino a lo de que tengo miedo —susurra.

Hace girar el intercom una y otra vez en su muñeca hasta dejarse una señal roja. No es la primera vez que la veo callada y pensativa. A veces, mientras hablamos, de pronto se ausenta de la conversación y se repliega durante unos segundos antes de volver a la realidad. Al principio siempre pensaba que era culpa mía, que Amy estaba recordando mi traición o que le había dicho algo que le recordaba su pasado perdido. Ahora me pregunto si no será otra cosa.

—¿Qué te pasa? —pregunto casi en un susurro; el enfado que sentía hace un momento se ha evaporado, dando paso a la preocupación. Amy da un respingo al oír la pregunta—. ¿Te ha hecho daño alguien, te han amenazado?

Me acerco más a ella. Quisiera agarrarle las manos y atraerla hacia mí, pero está rígida como una tabla.



¿Qué puedo decir? ¿Que sigo teniendo pesadillas por algo que me sucedió hace tres meses? Qué bobada: si quería contárselo, debería haberlo hecho en su momento. Pero entonces había otras cosas que parecían mucho más importantes: las muertes de Harley y Eldest, la captura de Orion, la retirada del fidus... Elder es responsable de casi tres mil personas, cada una con un problema que espera que él solucione. ¿Cómo voy a cargarlo con uno más? Si hay alguien a quien podría contárselo, sería a él... Pero no puedo. No puedo y ya está. No es solo porque hayan pasado tres meses, ni porque esté ocupado con la nave, ni porque tema que no vaya a creerme.

Es porque, cuando sucedió, no fue él quien me salvó.

Y si entonces no pudo salvarme, ¿cómo va a salvarme ahora?

—Podría protegerte —dice Elder acercándose a mí, pero sin mirarme a los ojos—. Podrías venirte a vivir conmigo... —añade, bajando el volumen hasta que su voz se apaga.

Estamos tan cerca que podríamos tocarnos. Bastaría con que yo tendiese la mano, pero ninguno de los dos mueve un dedo.

—No hace falta —contesto automáticamente.

Puedo cuidarme. No necesito correr a esconderme. No permitiré que Luthor me convierta en una niña boba.

Y tampoco quiero que Elder piense que debe cuidar de mí. Porque si piensa que quiero su protección, tal vez crea que quiero algo más.

Me pongo a andar de un lado a otro, pero solo consigo aumentar mi sensación de encierro.

Elder se pasa las manos por el pelo y se despeina todavía más.

—No lo digo solo para que estés a salvo —dice por fin—. Podrías venir conmigo por... por otros motivos.

—No —susurro.

Sé lo que va a decir a continuación. No puedo. No estoy preparada. No... no sé. No sé lo que quiero; lo único que sé es que no quiero oír lo que va a decirme, igual que sé que lo va a decir de todos modos.

Me agarra del brazo, pero no enfadado como antes, sino con suavidad, para invitarme a que me acerque a él. No me muevo.

—Amy, tú eres... —Mira al suelo y respira hondo—. Eres importante para mí. Me gustaría que vinieras a vivir aquí —añade sin alzar la mirada—. Conmigo.

Me suelta, y levanta una mano para apartarme el pelo de la cara. No puedo evitarlo: cierro los ojos y apoyo la mejilla en su mano para sentir la cálida aspereza de sus dedos. Él suelta un suspiro entrecortado.

Me acerco a él.

Levanto la vista. Me está buscando los ojos, igual que cuando me besó por primera vez bajo la lluvia.

—¿Qué buscas? —digo.

No contesta.

No hace falta.

Sé lo que quiere. Y no es justo.

—Elder, el que tú y yo seamos los únicos adolescentes de la nave no significa que tenga que quererte. ¿Por qué no puedo tener elección? ¿No hay más opciones?

Él da un paso atrás, dolido.

—No es que no me gustes —me apresuro a añadir. Estiro el brazo para tocarlo, pero él se aparta—. Lo que pasa es que...

—¿Qué? —masculla.

¿Qué pasaría si estuviese en la Tierra y no en esta dichosa nave? Si hubiese conocido a Elder en el instituto, en un bar o en una cita a ciegas; si hubiese podido elegir entre

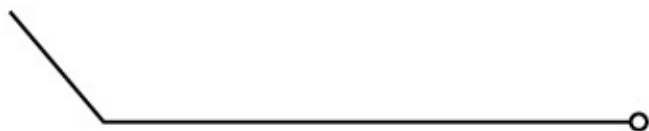
Elder y cualquier otro chico del mundo... ¿lo querría?

¿Me querría él a mí?

El amor sin posibilidad de elección no es amor.

—Que no quiero estar contigo solo porque no hay nadie más.





[11] ELDER

—Pero...

Ya se ha ido.



A la mañana siguiente, voy directamente a ver a mis padres. Me quedo mirando sus caras heladas hasta que me duelen los ojos, y entonces los cierro con fuerza. Pero los vea o no, la verdad sigue siendo la misma: están congelados y yo no. Y la *Fortuna* está parada.

Parada.

Destierro esos pensamientos e intento pensar en algo que decirles a mis padres, algún recuerdo que eche de menos, pero soy incapaz de concentrarme. Dejo escapar un suspiro, me levanto y vuelvo a encerrarlos en sus cámaras de criopreservación. Desde que Elder y yo peleamos, me siento mal. No puedo seguir viviendo en el pasado, en el de mis padres y en el de Elder y mío.

Qué curioso: en la Tierra me llamaron cosas mucho peores que anomalía. Sin embargo, aquí esa palabra tiene un significado diferente. Cuando te la lanza una de las pocas personas en las que confías, duele de otro modo.

Al incorporarme, algo se clava en mi pierna. Me meto la mano en el bolsillo y saco el rectángulo de plástico negro que encontré ayer en el archivo. Estuve a punto de enseñárselo a Elder, pero al final no fui capaz. Cuando llegué al nivel de mando, solo me apetecía estar con él; no quería que nos distrajesen los mensajes macabros de Orion. Un momento después, lo único que quería era escapar.

El rectángulo parece una versión reducida de un flexible, así que paso los dedos por la parte de arriba. En mitad de la pantalla se enciende un recuadro brillante donde aparecen las palabras ACCESO RESTRINGIDO.

Levanto la vista. Sin proponérmelo, me he puesto a andar sin rumbo fijo y he llegado al laboratorio genético, en el extremo opuesto de este nivel. Al otro lado de la puerta están las cubetas de material genético que Doc y Eldest utilizaban para modificar los embriones durante la época reproductora, la bomba hidráulica que usaban para distribuir el fidus en el agua... y Orion. Bueno, lo que queda de él: ahora solo es un

cascarón congelado, como mis padres.

Paso el pulgar por el escáner biométrico de la puerta y entro. Alguien ha puesto una silla junto al tubo de crionización, frente a la ventana circular de la parte frontal; me recuerda a la silla que podría ocupar un médico o un sacerdote junto a la cama de un enfermo terminal. La aparto de una patada para encarar al hombre que hay al otro lado del cristal.

Orion.

—Te odio —digo.

Sus ojos parecen salirse de las órbitas y sus dedos arañan el cristal, pero no puede atraparme. No puede reaccionar, parpadear ni moverse. Está congelado, que es como estar muerto.

Aun así, lo odio.

Este es el castigo de Orion por haber asesinado a varias personas congeladas y a Eldest. Cuando aterrice la nave —si es que aterriza— y el resto de personas crionizadas despierten, deberán juzgarlo por sus asesinatos y hacer con él lo que mejor les parezca: esa es la condena que le impuso Elder cuando apretó el botón para dejarlo ahí encerrado. Pero yo sé —y soy la única de esta nave que lo sabe— que el verdadero castigo es estar congelado. Mi cerebro recuerda lo que se sentía al estar dormida sin dormir. Mi cuerpo recuerda que mis músculos no querían —no podían— moverse. Mi corazón jamás olvidará lo que se siente al entrar y salir del río del tiempo sin saber si ha pasado un año o mil, torturándote al pensar que tu alma estará atrapada bajo el hielo eternamente.

Sé que el hielo es una tortura.

Me acerco más al cristal y veo las venitas rojas que recorren los ojos de Orion. Me imagino reflejada en sus pupilas, aunque sé que no puede ver nada. Tiene la mano apoyada en la ventana. Poso durante un segundo mi mano caliente sobre la suya, pero luego vuelvo a mirarle a los ojos y la aparto inmediatamente.

En la otra mano llevo aún el pequeño flexible que encontré en el archivo. Observo la huella que ha dejado mi mano en el cristal, ante la cara de Orion, y vuelvo a las palabras de la pantalla: ACCESO RESTRINGIDO. Algunas secciones de la red de flexibles están reservadas para los Eldest y Elder: solo se puede entrar en ellas con la huella de su pulgar. No creo que mi huella sirva, pero...

Apoyo el pulgar en el recuadro.

Toda la pantalla se ilumina.

Y veo la cara de Orion.

<<cargando grabación>>

En la pantalla, Orion está justo como lo recuerdo antes de su crionización: pelo revuelto y más bien sucio; una mirada que parece curiosamente amable, teniendo en cuenta su afición a matar a gente, y unos labios que se curvan hacia arriba en una expresión que le disimula las arrugas de la cara. Está sentado al pie de una escalera tan grande que su parte superior se pierde de vista. Nunca he visto esa escalera, y eso me resulta curiosamente reconfortante. Me gusta que siga habiendo cosas de la *Fortuna* que no conozco.

La imagen tiembla cuando Orion ajusta la cámara.

ORION: Si estás viendo esto, es que algo ha salido mal.

Levanto la vista para mirar al Orion congelado. Sí, algo ha salido mal. La nave está parada, Elder ha empezado a ocultar cosas a la gente y yo no sé hasta cuándo podremos sobrevivir.

ORION: Así que, con suerte, nadie verá jamás esta grabación. Espero que todo haya salido tal como planeé, que Elder se haya unido a mí y que juntos hayamos derrotado a Eldest y puesto en marcha un nuevo sistema de gobierno en la Fortuna, un sistema que no esté basado en la tiranía sino en la colaboración.

Orion deja escapar un fuerte suspiro.

ORION: Pero no estoy seguro de que Elder vaya a unirse a mí, y sé que Eldest no lo hará. Hay demasiado en juego para dejar algo al azar. Necesito un plan de emergencia. Y tú, Amy, eres ese plan.

Orion se gira hacia mí, como si supiese que estaría un poco a su izquierda, y me traspasa con la mirada.

ORION: Confío en que Elder sea el líder que necesito... el que necesita su nave. Pero si no lo es y yo me... En fin, si no puedo estar a su lado para ayudarle, lo único que nos queda es este vídeo y la esperanza de que tú, alguien de Tierra Solar, sepa qué hacer. No puedo dejar esta información en manos de gente que ha nacido en la nave. Ellos no tienen los conocimientos necesarios; no pueden decidir cuando solo han conocido una cosa en su vida. Pero tú, Amy, has conocido la vida en la nave y en un planeta. Puedes ser objetiva. Sabrás cuál es el mayor de los dos males. Cuando sepas todo lo que sé yo, todo lo que Eldest intentó

ocultarnos... tú también sabrás lo que hay que hacer.

Miro al Orion crionizado e inmóvil y vuelvo a enfocar la pantalla.

ORION: Amy, vas a tener que tomar una decisión. Y pronto. Mira a tu alrededor: el sistema de mando de los Eldest lleva varias generaciones herido de muerte. Yo no fui el primer Elder que se rebeló, y Elder no será el último. El control que antes tenían los Eldest se está desvaneciendo. La nave se muere. Te has dado cuenta, ¿verdad? Seguro que has advertido el óxido. Te habrás dado cuenta de que la lámpara solar no brilla tanto como debería, de que las plantas tardan más en crecer, si es que llegan a hacerlo. Lo único que ha mantenido a la gente tranquila y a raya ha sido el fidus. Pero yo conozco a Elder: sé que va a intentar gobernar sin el fidus, y no hay nada más peligroso. Cuando los alimentadores dejen de tomarlo, cuando vean en qué se está convirtiendo su mundo, tendréis una auténtica rebelión entre manos.

Pienso en el grito airado de Luthor y en cómo resonó por el archivo: «¡Podemos hacer lo que queramos!».

ORION: La Fortuna no durará mucho. No la diseñaron para que durase eternamente; de hecho, es un milagro que se haya conservado hasta ahora. Te diré por qué te necesito, Amy, y por qué necesito que tomes la decisión que, por la razón que sea, yo ya no puedo tomar. Sé que me odias, que tienes que odiarme.

Se inclina hacia delante y su cara ocupa toda la pantalla.

ORION: ¿En ningún momento te has preguntado por qué empecé a desconectar a los crionizados justo cuando lo hice?

Jadeo: llevaba un rato sin respirar.

ORION: ¿Por qué no esperé a que alguna generación futura se ocupase de ese problema?

Aunque está en la pantalla y no aquí, en persona, el tono apremiante de su voz me remueve por dentro.

ORION: Se acerca el momento de tomar una decisión, Amy, y va a recaer sobre ti. Debes elegir por todos los demás.

Se queda callado unos segundos.

ORION: Pero no puedo decirte cuál es. Tendrás que averiguarlo.

Levanta un brazo y se pasa la mano por el pelo, exactamente igual que Elder cuando está preocupado.

ORION: Tardé años en averiguar la verdad y más años aún en aceptarla. Cuando te conocí... Sé que debes de odiarme porque dejé morir a personas de Tierra Solar...

¿Que las dejó morir? Fue algo mucho peor que eso: las sacó de sus cámaras de criopreservación y las vio morir. Hay una gran diferencia. No las dejó morir: las mató.

Entorno los ojos hasta que la cara que aparece en la pantalla no es más que un borrón. Miro al auténtico Orion, congelado tras el cristal. *No tienes ni idea de cuánto te odio, pienso.* Podría acusarlo de todo lo que me va mal ahora mismo.

ORION: Pero Amy, tú eres especial. Vienes de Tierra Solar, pero no tienes una misión como todos los demás... como tus padres, por ejemplo. Tú careces de un cometido concreto. Tú, y solo tú, puedes determinar qué camino tomar, decidir si vale la pena arriesgarse. No puedo confiar en nadie más para tomar esa decisión, ni siquiera en Elder o en los que antes consideraba mis amigos. Voy a esconder varias pistas de modo que solo tú, criada en Tierra Solar, puedas encontrarlas. No confíes en nadie, Amy. Ni en Elder, ni en Doc, ni en nadie que tuviera relación conmigo en el pasado. Todos son de la Fortuna, no de Tierra Solar. No saben —no pueden saber— que hay que tomar una decisión.

No me gusta que Orion me diga que no confíe en Elder; no me gusta nada. Y sin embargo, me acuerdo de ayer, cuando le oculté mis secretos más oscuros. Empecé a obedecer a Orion incluso antes de oír sus palabras, y me odio un poco por eso.

ORION: Tendrás que empezar por la primera pieza del rompecabezas. Lo que pasa, Amy, es que ya te la he dado. Encuéntrala. Encuentra todas las pistas que te he dejado. Cuando lo hagas, confío en que elijas la opción correcta...

Orion mira hacia atrás y acto seguido vuelve a mirarme a mí.

ORION:... porque se te acaba el tiempo.

<<fin de la grabación>>



Me siento solo.

Noto la soledad igual que noto la manta sobre mi cuerpo, o las plumas de la almohada bajo la cabeza, o la goma de los pantalones del pijama retorcida a la altura de mi cintura. Noto la soledad como si fuera algo tangible que se extiende por este nivel como una neblina, que llega a todos los rincones de mi habitación pero no encuentra a ningún ser vivo salvo a mí. Es una sensación fría.

Cuando por fin salgo de la cama, lo único que me apetece hacer es buscar a Amy y pedirle perdón. Quizá podamos recuperar lo que teníamos antes de la pelea, aunque solo fuese una extraña amistad interrumpida por algunos silencios de lo más elocuente. Tengo que averiguar qué hacer con los motores de la nave —si es que se puede hacer algo—, pero no puedo arreglar la nave sin antes arreglar lo que le rompí a Amy.

Estoy tan decidido a llevar a cabo mi plan que solo cuando estoy en el tubo gravitacional, a medio camino del nivel de alimentación, recuerdo la mirada que me dedicó ayer antes de irse —una combinación de ira, dolor y tristeza— y comprendo que no querrá verme. La lámpara solar se enciende justo cuando mis pies se posan en el suelo. Echo a andar por el camino y la neblina de la mañana se evapora ante mis ojos.

En vez de ir al hospital a ver a Amy, giro hacia la izquierda en dirección al archivo. Si le llevo a Maraé algunos de los libros sobre orden público que he leído, quizá sepa organizar mejor a los navegadores para su nuevo cometido. Bueno, eso es lo que me digo a mí mismo; la verdad es que me da miedo ver a Amy porque estoy seguro de que sigue enfadada conmigo. Y tiene todo el derecho del mundo.

Cuando entro en el archivo, me sorprende que a esta hora haya tanta gente reunida frente a los flexibles del vestíbulo. Casi todos se arremolinan alrededor de la sección de Ciencia. La navegadora segunda Shelby señala el generador en un diagrama del motor y explica su funcionamiento a la gente que se sienta a sus pies. Nuestras

miradas se cruzan y Shelby me saluda con un cabeceo. Sabía que, con mi permiso y el de la navegadora primera, Shelby había empezado a instruir sobre los aspectos técnicos de la nave a los alimentadores que estuvieran interesados, pero no se me había ocurrido pensar que las clases comenzasen tan solo quince minutos después de encenderse la lámpara.

Vacilo antes de echar a andar hacia las salas de libros. ¿Qué sentido tiene lo que hace Shelby? El motor no funciona, aunque los alimentadores aún no lo sepan. ¡Frexo! Ni siquiera sabemos a qué distancia estamos de Tierra Centauri. Aunque los alimentadores reuniesen la información suficiente para hacer que la nave volviese a moverse, lo más probable es que no llegasen a ver el planeta.

Una de las alimentadoras que escuchan a Shelby se pasa la mano por la barriga lentamente, describiendo un círculo. Está embarazada de tres meses, pero la túnica esconde el crecimiento de su vientre. Su movimiento, por inconsciente que sea, me recuerda que esa es la finalidad de todo esto: las charlas de Shelby no tienen por objeto solucionar el problema del motor, sino dar esperanza a esta gente.

Eso fue lo único que Eldest hizo bien: aunque mintiese, les dio una razón para conservar la esperanza.

Algo que ahora todo el mundo echa de menos.

Me escabullo por el pasillo hasta llegar a la sala dedicada a Estudios Sociales.

—¿Pero qué...? —grita alguien desde dentro cuando abro.

Doy un respingo, asustado. El corazón se me acelera.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamo, y me dejo caer en la silla que hay junto a la mesa, justo enfrente de Bartie.

Bartie se echa a reír a carcajadas al darse cuenta de lo exagerada que ha sido su reacción, y por unos segundos la situación me recuerda a los viejos tiempos. Bartie y yo nos hicimos amigos durante mi estancia en el hospital, el año anterior a irme a vivir con Eldest al nivel de mando. Éramos un buen grupo: Harley, Bartie, Victria, Kayleigh y yo, que daba gracias por tener amigos por primera vez.

Nos pasábamos los días en el hospital o en el jardín. Harley pintaba mientras Bartie tocaba la guitarra y Victria escribía. Kayleigh siempre andaba por allí, trasteando con todo. A Harley le fabricó un caballete metálico que a punto estuvo de rebanarle los dedos, y también intentó descifrar los planos de una guitarra eléctrica de Tierra Solar con la que Bartie casi se electrocutó.

En aquellos tiempos todo eran risas y felicidad.

La sonrisa se borra de mi cara al mismo tiempo que Bartie se pone serio. No me hace falta mirarlo para saber que los dos estamos pensando lo mismo: todo cambió tras la muerte de Kayleigh. Ella era la que mantenía unido al grupo; sin ella, ya no éramos nada. Harley cayó en una oscuridad de la que solo lo sacaban las medicinas de Doc. Para cuando empezó a recuperarse, yo ya me había trasladado al nivel de mando, y Bartie y Victria se habían ido cada uno por su lado. Victria se pasaba el tiempo en el archivo con Orion, y Bartie, que yo sepa, se refugió en su música.

—¿Cómo estás? —pregunto inclinándome hacia delante.

Él se encoge de hombros. Está rodeado por un montón de libros, pero todos son volúmenes gruesos y sesudos de la sección de Sociales; no hay libros de música.

—Resulta curioso verte sin Amy —dice.

—Bueno, es que hemos... —suspiro y me paso la mano por el pelo.

Últimamente, Amy y yo hemos pasado mucho tiempo en el archivo, en esta misma sala, desarrollando un plan para crear un cuerpo de policía. Sé que recelaba de mí, que no me veía con los mismos ojos desde que confesé que la había despertado yo... Pero al menos había dejado de estremecerse cuando la tocaba, y me sonreía con más naturalidad.

Hasta que la llamé anomalía.

Frexo.

—¿Va todo bien? —pregunta Bartie con una mueca de preocupación.

—Sí —musito—. Es que Amy...

Bartie frunce el ceño.

—En esta nave hay problemas más importantes que una anomalía de Tierra Solar.

—¡No la llames así! —exclamo, y le lanzo una mirada asesina girando la cabeza tan bruscamente que me cruje el cuello.

Bartie se recuesta en la silla y levanta las dos manos, en un gesto que no sé si es de defensa o de rechazo.

—Solo decía que tienes cosas más importantes de las que preocuparte.

Entorno los ojos para leer el título del libro que Bartie está leyendo. En la cubierta hay una mujer de piel más pálida que la de Amy, con un vestido tan ancho que dudo mucho que entrase por la puerta de esta sala. Leo el título. Es una historia de la Revolución Francesa.

—¿Por qué lees eso? —pregunto, e intento soltar una carcajada que más bien suena como un bufido.

De pronto, veo a Bartie a una luz distinta. Ha pasado mucho tiempo desde que veníamos con Kayleigh y Victria al archivo y hacíamos carreras de mecedoras en el porche.

Nunca me hubiese imaginado que a Bartie pudiera interesarle la Revolución Francesa.

¿Estará interesado en esa mujer tan anónima...? No, no debo ni pensar esa palabra. ¿Estará interesado en esa mujer tan atípica que hay en la cubierta del libro? ¿O le interesará la historia de cómo cortaron la cabeza al rey en la guillotina? Me propino un pescozón imaginario: no puedo volverme tan paranoico.

—Por la comida —dice Bartie.

—¿La comida?

Asiente con la cabeza, y luego me ofrece el libro y abre otro más fino encuadernado en piel verde.

—Me ha parecido... interesante. Eso de «que coman pasteles...». Me pregunto si se habrían sublevado de no haber escaseado la comida.

—A lo mejor se sublevaron por llevar vestidos como este —digo, señalando las voluminosas bandas de seda que asoman bajo la falda de la mujer de la cubierta.

Bartie no se ríe. Yo tampoco. Recuerdo la línea roja del gráfico que me enseñó Marae, la línea que mostraba el descenso en la producción de alimentos. Cuando el resto de la nave vea con qué rapidez desaparece la comida —cuando caigan en la cuenta de que la nave está parada en mitad del espacio y que pronto estaremos todos muertos—, ¿cuánto tardarán en convertir sus aperos en armas y sublevarse, como la gente del libro?

Bartie mira fijamente sus páginas, pero no mueve los ojos por el texto. Me da la impresión de que está esperando a que yo diga o haga algo. Ya no estoy tan seguro de que lo mío sea paranoia.

—Algo tiene que cambiar, y pronto —dice Bartie sin levantar la mirada—. Algo se cuece desde hace meses. Desde que los transformaste a todos.

—Yo no los... —contesto a la defensiva, aunque no lo ha dicho en tono acusatorio—. Yo solo... Bueno, supongo que los transformé, pero solo para que volvieran a ser lo que eran. Lo que tenían que ser. Lo que son.

Bartie no parece convencido.

—Sea como sea, ahora son diferentes, y la cosa está empeorando.

La primera causa de discordia, pienso, es la diferencia.

Bartie pasa las páginas del libro verde.

—Alguien tiene que hacer algo.

La segunda causa de discordia es la ausencia de un fuerte liderazgo central.

¿Qué se cree que estoy intentando? ¡Mierda, si últimamente no hago otra cosa que ir corriendo de un problema a otro! Cuando no es una huelga en un distrito, son protestas en otro... y cada problema es peor que el anterior.

Bartie me fulmina con la mirada. Ya no me cabe duda: en sus ojos hay ira y desprecio, aunque no alce el tono de voz.

—¿Por qué no actúas? ¿Por qué no mantienes el orden? Eldest sería un chulza, pero al menos uno no tenía que preocuparse por sobrevivir cuando él estaba al mando.

—Hago lo que puedo —protesto.

—¡Pues no es suficiente! —Sus palabras resuenan por toda la sala y me retumban en los oídos.

Sin pensarlo, doy un puñetazo en la mesa. Bartie se sobresalta, y por un momento me olvido de mi rabia. Sacudo la mano mientras el dolor se me extiende por el brazo.

—¿Qué lees? —gruño.

—¿Cómo?

—¡Dime qué lees, frexo!

Nuestras miradas se cruzan y, de pronto, nuestra ira desaparece. Somos amigos;

aunque ya no esté Harley, seguimos siendo amigos. Y aunque la nave no haya sido un lugar muy agradable últimamente, aún podemos recurrir a nuestro pasado común.

Bartie levanta el libro para que vea el título. *La República*, de Platón.

—Lo leí el año pasado —digo—. Es lioso del frexo. La parte de la caverna no tiene ningún sentido.

Bartie se encoge de hombros.

—Voy por la parte en que habla de la aristocracia.

Lo pronuncia así: a-ris-to-cra-cía. Eldest me dijo que se acentuaba en la penúltima sílaba, no en la última, pero es probable que él también lo pronunciase mal. En el fondo, ¿qué más da?

Conozco bien la parte de la que habla: era el núcleo de la clase que Eldest me había preparado. También era, a grandes rasgos, la base de todo el sistema de mando centralizado en un Eldest.

—Un aristócrata es alguien nacido para gobernar —digo—. Alguien nacido con el talento innato de guiar a los demás.

Me pregunto si Bartie estará pensando lo mismo que yo: que la única razón de que yo naciese para gobernar fue porque, cuando era un embrión, me sacaron de un tubo lleno de clones cuyo ADN había sido modificado para convertirlos en líderes natos.

—Sin embargo, hasta Platón dice que el estado ideal de la aristocracia puede entrar en decadencia —replica Bartie.

La palabra «decadencia» me recuerda a la entropía que mencionó Marae, a cómo se acaba perdiendo el control de todo, incluida la nave. Incluido yo.

—Un Eldest es como un aristócrata —añade Bartie.

Se ha olvidado del libro y de nuevo me busca con la mirada, como si quisiera dar un significado más profundo a lo que está diciendo. Intento olvidar por un momento el motor estropeado y las mentiras de Marae para centrarme en la conversación.

—Pero el sistema de mando de los Eldest no está entrando en decadencia —digo—. Funciona. Está funcionando, como ves.

—Tú no eres Eldest —señala Bartie—. Sigues siendo Elder.

Niego con la cabeza.

—Solo en nombre. Puedo gobernar sin adoptar el título.

—Los títulos me confunden —Bartie vuelve a coger *La República*, lo cierra y observa la cubierta—. Este libro habla de la aristocracia y la tiranía como si fueran dos cosas distintas, pero yo no veo la diferencia. Además, hay otras formas de gobierno.

—¿Adónde quieres ir a parar? —pregunto receloso.

Bartie se pone en pie y yo hago lo mismo.

—No tienes por qué estar solo en esto —dice—. Fíjate en la realidad de la situación: aunque seas el único aristócrata de la nave, el único líder, solo tienes dieciséis años. Quizá en el futuro seas un gran gobernante...

—¿En el futuro?

Se encoge de hombros.

—Ahora la gente no te respeta. Quizá dentro de cinco o diez años lo hagan.

—¡La gente me respeta por lo que soy!

Bartie deja caer el libro sobre la mesa y el golpe resuena en la superficie metálica. Echa a andar hacia la puerta y me roza con el hombro al pasar.

—Nos has dado la oportunidad de pensar, de elegir por nosotros mismos lo que queremos —dice en voz baja, casi en un susurro—. Y yo respeto eso. Pero tienes que entender que tal vez, cuando hayamos tenido ocasión de reflexionar sobre el tema, no queramos elegirte como líder.

Recoge de la mesa dos libros: la historia de la Revolución Francesa y un libro de la sala de Ciencia, *Funcionamiento de los sistemas de comunicaciones*, y deja abandonado el libro de Platón. Cuando la puerta se cierra a su espalda, siento que han quedado muchas palabras flotando en el silencio.

La última causa de discordia es el pensamiento individual.

Ni siquiera sospecha que no he dormido una noche entera en tres meses. Que me paso el día pensando en cómo evitar que se autodestruya una nave llena de personas furiosas, apasionadas y conscientes de sí mismas. Y que ahora, para colmo, tengo que preocuparme por un motor averiado. No, no lo sospecha: lo único que ve es mi

fracaso.

Si no logro hacer que este sistema funcione sin fidus, ninguno verá más que eso.

Mi fracaso.

Por haberles devuelto sus vidas y no haber sido capaz de salvarlos de sí mismos.

Cuando vuelvo a salir, tengo que parpadear para acostumbrarme a la luz. Fuera todo parece más tranquilo, más silencioso, casi reverente. No es que hubiera mucho jaleo en el archivo, pero estaba lleno de murmullos.

Algo me llama la atención. Me giro lentamente.

Junto a la puerta de archivo hay un cuadro, un retrato mío, colgado en un lugar de honor. Fue uno de los últimos cuadros que pintó Harley.

Alguien lo ha hecho trizas.

Es como si una zarpa gigantesca hubiese destrozado el lienzo: cinco largos cortes me recorren la cara y el pecho. Están rodeados de trozos de lienzo y pintura seca, como si fueran coágulos. El fondo del cuadro —un reflejo de los campos y granjas de la *Fortuna*— está prácticamente intacto. Quien ha hecho esto se ha esmerado en destrozarme la cara y dejar intacto el resto del cuadro.

No estaba así hace un rato, cuando entré en el archivo. Han esperado a la ocasión perfecta para asegurarse de que lo veo, para que no me quepa duda de que lo han hecho conmigo cerca.

Doy media vuelta para otear los campos y el camino. No hay nadie. El gamberro ya se ha ido... o ha entrado en el archivo para desaparecer entre la gente y observarme al pasar.



De vuelta en mi habitación, no dejo de dar vueltas. De modo que Orion dejó pistas para mí... Pistas sobre algo importante, un asunto de vida o muerte, según dice. ¿Podría ser sobre el fin de la nave? ¿Sobre la avería del motor?

¿Y qué es eso de que ya me ha dado la primera pista?

Me detengo y miro la tabla que pinté en la pared de mi habitación. Han pasado tres meses desde que Elder detuvo a Orion antes de que asesinara a más militares criopreservados. Antes de eso, yo intenté identificar al asesino pintando la lista de sus víctimas en la pared. Repaso con el dedo las letras trazadas con descuido; la pintura es tan espesa que los bordes proyectan sombras diminutas en la pared blanca. De un nombre han escurrido varias gotas negras, que se estiran como dedos de bruja hasta llegar al suelo. Uno de los rastros, más largo y grueso que los demás, pasa por encima del friso de hiedra que Harley pintó hace mucho tiempo para su novia, que vivía en esta habitación.

Unos garabatos negros en una pared sucia: eso es todo lo que me dio Orion, aparte de los cadáveres de sus víctimas.

Cierro los ojos y respiro hondo, recordando cómo olía la pintura cada vez que mojaba el pincel de Harley en ella.

Pintura.

Harley.

Eso es lo que me dio Orion, lo único que me dio realmente: el último cuadro de Harley. Antes de reventar el escáner de la sala de la escotilla para suicidarse en el vacío del espacio, Harley le entregó a Orion el último cuadro que había pintado... Y Orion, a su vez, me lo dio a mí. Cuando Harley murió, mirar el cuadro me ponía tan triste que le pedí a Elder que se lo llevase. Él lo guardó en la habitación de Harley.

Y allí debe de seguir. Salgo corriendo de mi habitación y enfilo el pasillo. La

habitación de Harley es fácil de encontrar: las manchas de pintura forman un camino multicolor que lleva hasta su puerta.

Su habitación huele a polvo y aguarrás, un aroma que me hace pensar en errores antiguos. Sobre la persiana cerrada se abre una rendija; la franja de luz que se cuela ilumina un tarro convertido en tiesto, con una planta que parece llevar bastante tiempo seca. En el rayo de luz se arremolinan las partículas de polvo.

Me parece una profanación estar aquí. Apoyo una mano en el marco de la puerta, con el otro pulgar todavía posado en el escáner biométrico.

Entro despacio, sin despegar la mano todavía de la puerta, reacia a internarme en lo que fue la guarida de Harley. Mis dedos se deslizan por la pared hasta llegar al armario y dejan cuatro senderos brillantes. ¿Todo este polvo se ha acumulado en tres meses, o ya estaba antes? Nunca vi a Harley en esta habitación; lo más cerca que estuve fue una vez en que lo vi salir. No puedo imaginármelo aquí: el cuarto es demasiado pequeño y está lleno de trastos. Se acerca más a un almacén que a un hogar.

Pero Harley era un artista de los de verdad, y el contenido de este almacén es más valioso que muchos museos. Los lienzos se acumulan, apoyados contra las paredes. Echo un vistazo a varios que están en fila. Uno de ellos es una maraña de salpicaduras de pintura y tinta negra; un experimento fallido, supongo. También hay una carpa china parecida a la que Harley pintó para mí; pero esta es menos realista, con colores claros que resultarían sosos si no contrastaran tanto.

El último cuadro está de cara a la pared, pero no me hace falta darle la vuelta para advertir los desgarrones deshilachados en el lienzo.

Es un retrato de una chica. En sus labios hay una sonrisa que no se extiende a sus ojos profundos y húmedos. Parece que acabase de salir de una bañera o de una piscina: tiene el pelo mojado, y las gotas de agua trazan rastros oscuros en su cara.

No sé quién desgarraría el lienzo, pero a juzgar por lo desigual de los cortes, lo hizo en un acceso de rabia. Alguien —¿Harley?— intentó repararlo más tarde, pero el daño no se puede arreglar.

Kayleigh: tiene que ser ella. Recorro con los dedos las gruesas pinceladas de su pelo. Esta es la chica que perdió Harley, la chica que le hizo perder el juicio.

De pronto, me siento como una intrusa profanando un santuario. Da igual que Harley esté muerto; esta sigue siendo su habitación, no la mía.

He venido a por mi cuadro; debería encontrarlo y marcharme. Miro a mi alrededor en busca del único cuadro que me pertenece. Sí, allí, debajo de la ventana, veo el espacio negro salpicado de estrellas plateadas y la carpa china anaranjada que nada alrededor de su tobillo. Harley.

Echo a andar hacia el lienzo y, al pasar junto a la mesa, rozo con la cadera una regla que sobresale y tiro un montón de papeles que estaban apilados encima. Me arrodillo para recogerlos. Son bocetos: una chica que nada, otra que flota, un estanque lleno de peces panza arriba... Me gustaría contemplarlos con calma. Y sin embargo, algo en mi interior me dice que no debería hacerlo, que hasta tocarlos está prohibido.

—¿Qué haces aquí? —susurra una voz desde el umbral.

Mi temor acaba de hacerse realidad. No, no está bien haber entrado en esta habitación.

Levanto la vista y distingo el contorno de Victria, recortado ante la luz del pasillo. Cuando entra, la cubre un manto de sombras.

—¿Qué haces? —insiste, y su tono de irritación me indica que ya ha olvidado lo que pasó antes en la biblioteca. Lo único que le importa ahora es que he profanado la habitación de uno de sus pocos amigos.

Lleva en la mano un libro con encuadernación de piel, aferrado con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. No entiendo a esta chica: me odia por haberle hablado del cielo, pasa por alto el que la salvara de Luthor y me desprecia simplemente por entrar en la habitación de Harley.

—No deberías estar aquí —me espeta.

—Sí, lo sé. Es que...

Victria cruza la habitación y me arrebató los papeles de la mano. Los agarra con tanta fuerza que las hojas se arrugan y algunas se rompen un poco.

—¡Esto no es tuyo!

Entorno los ojos.

—Pero esto sí —digo tirando del cuadro.

Al fin y al cabo, es la pura verdad.

—Lo que tú digas.

Se arrodilla y empieza a recoger los dibujos que hay tirados por el suelo: me está dando a entender que sobro.

Echo a andar con el lienzo a cuestas, pero antes de salir de allí me doy la vuelta. Victria me ignora: ha vuelto a colocar los papeles sobre la mesa y está alisando uno. Aguzo la vista para ver el boceto. Creo que es un retrato de Elder a carboncillo, pero parece mayor, y en sus labios hay una media sonrisa que nunca he visto en la cara de Elder. Es raro ver una inexactitud así en un dibujo de Harley.

Me acerco a Victria y ella ni siquiera se da cuenta. Es la primera vez que veo esa mirada de añoranza en su cara. Claro que nunca le he visto una expresión así a nadie... salvo a Harley cuando hablaba de Kayleigh.

—¿Victria? —pregunto.

Ella da un respingo y manda el dibujo de Elder al otro lado de la mesa.

—¿No tienes tu cuadro? ¡Pues vete!

La miro fijamente. Sus ojos se desvían hacia el dibujo y, al posarse en él, se llenan de ternura.

Me voy sin decir más.

Solo cuando vuelvo a mi habitación y meto el pincel en la espesa pintura blanca caigo en la cuenta de que el del dibujo no era de Elder. Las arrugas junto a los ojos, la mueca de los labios... No, no era Elder. Era Orion.



No ha dado ni dos pasos cuando Doc me llama por el intercom.

—¿Dónde estás?

—Saliendo del archivo.

—Bien. Ven a la pared que da al jardín.

—¿Por qué?

—No puedo explicártelo. Tú ven.

—Pero quería hablar con...

—¿Con Amy? —pregunta, haciendo hincapié en cada sílaba.

Exacto. El arranque de ira de Bartie y el destrozo de mi retrato me han recordado que Amy es una de las pocas habitantes de esta nave del frexo que no está esperando para verme fracasar. Tengo que pedirle perdón una vez más por haberla llamado anomalía; quiero decirle que, necesite lo que necesite para sentirse a salvo en la *Fortuna*, yo se lo daré. Que si lo único que consigue devolver la alegría a sus ojos es despertar a sus padres, quizá debamos hacerlo. Y aunque esto último no puedo decírselo, quiero mirarla a los ojos para que se dé cuenta de que lo haría gustoso si pudiese.

Mi silencio contesta la pregunta de Doc.

—Elder, este es tu trabajo. No puedes decidir cuándo eres Eldest y cuándo no. Eres Eldest a todas horas, aunque no hayas aceptado llamarte así.

Ya: la reprimenda que estaba esperando.

Dejo escapar un suspiro.

—Vale. Enseguida estoy ahí.

Kit, la aprendiz de Doc, se reúne conmigo en el jardín. Doc no quería tener un aprendiz, pero dada su edad, no tardará mucho en necesitar a alguien que lo sustituya, así que yo insistí. De todos los enfermeros que solicitaron la plaza, Kit fue la que me pareció más adecuada. No es la que más sabe de medicina —Doc siempre está quejándose de que aprende muy despacio—, pero es la que mejor sabe tratar a la gente, y a mí me parecía que Doc necesitaba trabajar junto a alguien más humano. A él no le gustó mi decisión, pero la acató.

—Gracias por venir —dice Kit—. No sabíamos qué hacer.

—¿Qué pasa? —pregunto, avanzando junto a ella por el camino. Pasamos junto a los parterres de hortensias y el estanque hasta llegar a la pared metálica que hay al otro lado del jardín.

Doc está sentado en el césped; por una vez, no parece importarle que se le manche la ropa.

Frente a la pared hay una mujer arrodillada. Me recuerda a algunas fotografías de gente rezando en Tierra Solar: está inclinada hacia delante y tiene la cara apoyada en la pared metálica. Sus manos descansan en el suelo, con las palmas hacia arriba.

—No quiere levantarse —dice Doc.

Me agacho a su lado.

—¿Qué le pasa?

Doc niega con la cabeza en un gesto de perplejidad.

—Que no quiere levantarse.

Apoyo la mano en la espalda de la mujer. No se mueve. Es más, ni siquiera advierte mi presencia. Le pongo la mano en el hombro y tiro de ella suavemente hasta que se incorpora un poco y se sienta sobre los talones.

Su cara me suena mucho.

Siempre me esfuerzo por recordar la cara y el nombre de todos los habitantes de la nave, pero no puedo: son demasiados. Pero a esta mujer la conozco.

Ya está: se llama Evalee y trabaja en la ciudad, en el distrito de almacenaje de comida. Viví una temporada con su familia cuando era pequeño, no recuerdo exactamente cuándo. No creo que ella tomase fidus cuando yo vivía con su familia, pero sé que empezó a tomarlo más adelante, cuando le hice una visita antes de

mudarme al nivel de mando. Aun así, siempre se portó bien conmigo. Me puso ungüento en la mano cuando me quemé mientras aprendía a enlatar judías, y pasó por alto que llorase, aunque yo ya era lo bastante grande para saber que no debía llorar por una quemadura tan pequeña.

—Evie —digo—. Soy yo, Elder. ¿Qué te pasa?

Me mira, pero sus ojos parecen tan muertos como si aún estuviese drogada, o más muertos aún. Levanta una mano y, sin girarse, araña la pared que tiene delante.

—No hay escapatoria —susurra.

Lentamente, vuelve la cabeza de nuevo hacia la pared y, como una niña que hundiese la cara en la almohada, apoya el rostro en la superficie metálica. Su mano baja lentamente por la pared, arañándola tan suavemente que apenas se oye. Cuando llega al suelo, la deja muerta con la palma hacia arriba.

Doc me mira con expresión grave.

—¿Qué le pasa? —pregunto.

Frunce los labios y respira hondo.

—Es una de mis pacientes; sufre de depresión. Desapareció ayer. Creo que ha estado recorriendo el perímetro de este nivel hasta que se ha cansado y se ha parado aquí.

Miro los pies de Evie. Están teñidos de marrón rojizo, y bajo las uñas se le acumulan unas líneas oscuras de barro.

—¿Qué podemos hacer? —pregunto.

En realidad, lo que quiero saber es si todos reaccionarán igual cuando averigüen que la nave se ha detenido. Siempre pensé que lo peor que podía pasar era una rebelión; pero esta depresión, esta muerte interior, me hace sentir vacío. ¿Qué sería mejor, destrozar la nave en un arrebató de ira o arañar las paredes en silencio hasta dejar de respirar?

Doc mira a su aprendiz. Kit se mete la mano en el bolsillo de la bata y saca un mediparche verde pálido.

—Por eso te he llamado —dice Doc mientras Kit me entrega el parche—. He desarrollado un nuevo medicamento para los pacientes depresivos.

Le doy la vuelta al parche. Los hace Doc con ayuda de algunos navegadores del

laboratorio de investigación química. En un lado hay cientos de agujas diminutas, adheridas como limaduras metálicas a una cinta adhesiva; cuando el parche entra en contacto con la piel, se clavan e inyectan sustancias.

—Úsalo —digo dándoselo a Doc.

Él agarra el parche por los bordes para evitar las agujas.

—Tengo que pedirte permiso. Quería que vieses con tus propios ojos por qué es necesario, pero tengo que pedirte permiso. Para hacer los parches he utilizado fidus.

Me vuelvo hacia él. ¿Fidus? Le dije que destruyese todas las reservas. Está claro que no me hizo caso... y que no me teme lo suficiente para mentirme y decirme que ha obedecido mis órdenes.

Al menos, tiene la chulza suficiente para pedirme permiso antes de usarlo.

Kit se remueve a nuestro lado, nerviosa; hasta Doc parece preocupado por mi reacción. Evie, con la cara aplastada contra la pared metálica y los pies llenos de barro y durezas, es la única a quien no le importa.

—Úsalo —repito poniéndome en pie.

Doc aplica el mediparche y Evie suelta un suspiro en cuanto la sustancia química le entra en el cuerpo. Doc le pide que se levante y lo siga al hospital y ella obedece en silencio.

Los sigo. El vacío interior de Evie es aún peor que la falta de voluntad que mostraban los alimentadores cuando aún tomaban fidus. Me acuerdo de los ojos de Amy, apagados y muertos por la droga. Doc dijo que el fidus le había causado una reacción imprevisible y exagerada. ¿Estará sufriendo Evie una reacción imprevisible por dejar de tomarlo?

—Llévala a una de las habitaciones de la cuarta planta —le indica Doc a Kit.

Mientras Kit conduce a Evie al ascensor, fulmino a Doc con la mirada.

—Ahora en la cuarta planta solo hay pacientes normales —me asegura Doc; sabe que estoy pensando en los mayores, en cómo los mataba por orden de Eldest para hacer sitio a la gente joven—. ¿Quieres que te entregue ahora mi informe semanal, ya que estás aquí? Podemos ir a mi despacho.

Asiento y lo sigo en silencio hasta el ascensor. Al llegar a la tercera planta nos bajamos los dos y dejamos que Kit y Evie sigan hasta la cuarta. Mientras Doc camina

hacia su despacho, yo me detengo ante la puerta de Amy. Me gustaría entrar y pedirle disculpas una y otra vez hasta que las acepte. Pero giro a la izquierda y entro en el despacho de Doc.

—En el hospital estamos muy ocupados últimamente —dice Doc—. Esta es la primera vez que vengo al despacho en dos días. Siento mucho el desorden.

Resoplo. El despacho parece immaculado, pero Doc se pone a arreglar los papeles que hay sobre la mesa igualmente.

No obstante, tiene razón: la plantilla del hospital está más ocupada que de costumbre. Magulladuras y cortes ocasionados en peleas; heridas causadas por máquinas agrícolas mientras los operarios estaban distraídos por culpa de ensoñaciones inútiles, que nunca se les habrían ocurrido de haber seguido tomando el fidus; incluso hay varios heridos por hacer tonterías solo para demostrar la chulza que tenían. Otros casos, los más curiosos, son personas que se hacen daño a sí mismas o a los demás, solo porque de repente tienen la capacidad de sentir, y hacen cualquier cosa con tal de sentir algo.

Hace unos días, Amy me dijo que se podía medir la velocidad a la que se desvanecen los efectos del fidus contando los pacientes que acuden al hospital cada día.

Algo se me revuelve por dentro al pensar en ella. Estará al otro lado del pasillo, sentada en su habitación, concentrada en odiarme.

—Mi informe —dice Doc deslizando un flexible sobre la mesa mientras se sienta.

—¿Se pondrá bien Evie? —pregunto antes de examinarlo.

Doc asiente con la cabeza.

—Le he administrado un mediparche como cualquier otro, solo que la sustancia que contiene es un derivado del fidus. Es lo bastante fuerte para actuar de inmediato. En cualquier caso, también he desarrollado un mediparche que lo contrarresta, por si acaso.

Aunque el uso del fidus en cualquier forma me sigue pareciendo nocivo, decido dejarlo estar. Al menos, ahora hay un antídoto.

Por un momento me planteo si decirle a Doc que la nave está parada. Si Eldest lo hubiera sabido, se lo habría contado. Pero ni yo soy Eldest, ni Doc no es amigo mío. En lugar de abrir la boca, le echo un vistazo al informe que acaba de pasarme.

INFORME MÉDICO DE LA NAVE

Población actual: 2763

Fluctuación demográfica: -2

Jordee (ganadero): suicidio

Ellemae (operaria de invernadero): complicaciones en heridas externas

Enfermedades y lesiones:

+3: infección causada por lesiones previas

+18: gastroenteritis por preparación indebida de alimentos

+6: accidentes laborales

+9: violencia y heridas autoinfligidas

+43: problemas relacionados con el alcohol (intoxicación, lesiones, etc.)

+24: desnutrición

+63: sobrealimentación

Problemas de salud mental:

-1: depresión (mismo nivel): acaparamiento

+6: hipocondría

+2: comportamiento sexual anormal

Notas médicas:

+2: embarazos

Hago clic en las muertes, leo los nombres y los memorizo. Porque el fondo de la cuestión es esto: si yo no hubiese cortado el suministro de fidus, Jordee y Ellemae seguirían vivos. Y aunque se puede opinar que es mejor una vida corta con sentimientos que una vida larga sin ellos, los muertos no pueden contarme su versión de la historia.

Me detengo en los desnutridos y los sobrealimentados. Estoy seguro de que tiene que ver con los casos de acaparamiento. Hay gente que teme que la comida se acabe dentro de algún tiempo y prefiere guardarla a comérsela. Otras personas comen tanto como pueden antes de que se agoten las reservas.

Me viene a la mente la advertencia de Bartie: las revoluciones se fraguan en los estómagos de la gente.

—¿Dos nuevos embarazos? —pregunto al llegar al final del informe.

Doc agarra el flexible y lo lee, aunque tiene que saber lo que hay escrito.

—Ah, sí —contesta—. Las dos vivían en el pabellón y prefirieron no participar en la época reproductora. Sin embargo, después han decidido procrear y...

—Doc —le interrumpo—. La época reproductora no es un método demasiado eficaz para aumentar la población de la nave, ¿verdad?

Apaga el flexible, lo deja sobre la mesa y le da varios toques hasta dejarlo perfectamente alineado con el borde de la mesa.

—Pues... eh... ¿por qué lo dices?

Me inclino hacia delante y me siento en el borde de la silla.

—Antes pensaba que la época reproductora era la manera natural de hacer las cosas, igual que se aparean los animales cuando les toca. Sin embargo, está claro que la época reproductora no es algo natural en los humanos. Se supone que llevamos años intentando recuperar el nivel de población de antes de la epidemia, ¿verdad? Pero si es así, la época reproductora no tiene sentido. El que solo haya una época reproductora por generación no hace más que reducir la población...

Mi voz se va apagando, pero Doc no dice nada. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de ello: la época reproductora es un método descabellado si lo que realmente se quiere es reconstruir la población.

—Bueno, durante varias generaciones hubo dos épocas reproductoras —aduce Doc al fin—. Y en cualquier caso, hacíamos que muchas parejas tuviesen partos múltiples.

Durante unos segundos, nos miramos fijamente.

—Todo empezó hace unas generaciones —reconoce Doc por fin con voz sorda, como si estuviese confesándome un pecado—. Pensamos que sería bueno ralentizar el ritmo de crecimiento de la población; bastantes problemas teníamos ya para producir alimentos.

—¿Y qué pasará cuando la producción de alimentos no sea suficiente?

Doc me mira en silencio. Sé que está intentando decidir si contestarme o no. A los navegadores puedo exigirles la verdad; sé que me la dirán. Pero con Doc no me queda más remedio que confiar en que me la diga. Doc aprobaba el uso que hacía Eldest del fidus, y también apoyaba los métodos de Orion; después de todo, fue él quien mantuvo con vida a Orion cuando Eldest le ordenó matarlo. Pero creo que aún no ha decidido si soy un buen sustituto de cualquiera de esos dos hombres.

Al cabo de un rato que se me hace eterno, suspira: parece haber decidido que puede confiarme la verdad. Al menos, en este caso.

—Eldest ya lo había pensado. Tenemos almacenados más de tres mil mediparches negros —contesta por fin.

—¿Negros? —pregunto. Nunca he visto mediparches negros.

Doc asiente con gesto cortante.

—En el caso de que la nave no pueda mantener a su población, los parches negros serán distribuidos a todos sus habitantes.

Ya entiendo qué son los parches negros: la garantía de una muerte rápida.



Apoyo el último cuadro de Harley en la cabecera de mi cama y retrocedo unos pasos. Sus ojos risueños están a la altura de los míos, pero no hay ningún efecto estilo Mona Lisa que dé la impresión de que me está mirando.

—A ver —le digo en voz alta al Harley del cuadro—. ¿Dónde está esa pista que Orion escondió aquí?

Prefiero no tocar el cuadro para no estropearlo, así que lo examino con la mirada en busca de algún mensaje oculto.

Me pierdo en la imagen: la cara de Harley, las estrellas, la carpa china que flota junto a su tobillo... Todo me trae recuerdos, y me pregunto cómo ha podido dejar tanta huella en mí alguien a quien he conocido durante tan poco tiempo. Verlo así, libre y feliz, me hace recordar esa chispa, esa alegría, ese algo indefinible que me hace desear que Harley siga aquí.

Dejo de centrarme en la imagen y miro el resto del lienzo, pero no veo nada.

Paso las manos por los lados del bastidor, salpicados de pintura. Nada.

Entonces le doy la vuelta.

Nunca había mirado el cuadro por detrás, pero ahora que lo veo, detecto un boceto casi invisible hecho a carboncillo o a lápiz. Entorno los ojos, me acerco y luego agarro el cuadro y lo levanto hacia la luz.

Es un animal pequeño. No puede ser obra de Harley: sus dibujos eran mucho más realistas. Esta caricatura recuerda a un hámster, aunque sus orejas enormes y exageradas parecen las de un conejo. A su lado hay un círculo... No, más bien es un óvalo. En el centro tiene un cuadradito que me recuerda la tarjeta de memoria de la cámara de fotos de mi madre. Está pegado al lienzo, pero salta en cuanto hago palanca con la uña.

Levanto el objeto en la yema del índice. En el interior del plástico se distingue una fina banda dorada que se entrelaza con varios circuitos plateados. ¿Qué será? El caso es que me resulta familiar. Le doy la vuelta, pero por el otro lado solo se ve el plástico negro.

Entonces caigo en la cuenta: claro que he visto algo parecido. Corro hasta la mesa y levanto la pantallita donde descubrí el primer vídeo de Orion. Conectada a un pequeño puerto, en una esquina de la pantalla, hay una pieza idéntica. Lo que he arrancado del cuadro de Harley es una tarjeta de memoria; ojalá supiese cómo cambiarla por la que está ahora en la pantalla.

Entorno los ojos y vuelvo a mirar la parte trasera del cuadro con la esperanza de encontrar alguna otra pista. Y ahí, justo debajo del boceto, hay unas palabras diminutas, apenas legibles:

Sígueme por la madriguera del conejo.

—Curiorífico y rarífico —digo.

Elder tarda unos dos segundos y medio en llegar a la habitación tras mi llamada.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras entra derrapando.

Me río al ver cómo escruta el cuarto con la mirada en busca de un dragón al que matar para salvar a esta damisela en peligro.

—¿Cómo has llegado tan rápido?

—Estaba en el despacho de Doc.

La risa se me pasa de golpe. Y recuerdo cómo me llamó anomalía, y la forma que adoptaron sus labios al pronunciar la palabra.

—Oye, Amy, lo siento —abro la boca para decir algo, pero Elder añade—: En serio. No quería decirlo. Lo siento mucho.

—Yo también —digo mirándome las manos.

Me niego a dar demasiada importancia a una palabra dicha en un momento de enfado, cuando tenemos una nave entera en la que pensar. Se hace el silencio, pero al menos Elder no mira para otro lado.

—Dime, ¿te pasa algo? —pregunta por fin.

—No, no es que me pase nada —contesto—. Lo que pasa es que he descubierto algo... curioso. Mira.

Le enseño el chip negro que he encontrado en la parte trasera del cuadro y el flexible que encontré en *La divina comedia*.

—¡Una tarjeta de memoria y una pantalla de vídeo de uso específico! —dice Elder entre risas—. ¡Hace años que no veía una! Los flexibles polivalentes las sustituyeron.

—¿Cómo se usa la tarjeta de memoria? —pregunto enseñándosela.

—Una pantalla de uso específico es una membrana digital —dice Elder mientras extrae con cuidado la tarjeta de memoria original y la sustituye por la nueva. El chip cuadrado se pega a la pantalla como si lo atrajese una fuerza magnética—. Es como un flexible, pero para funcionar necesita tener instalada una tarjeta de memoria en el dorso.

Deja la antigua tarjeta de memoria en el borde de la mesa, enciende la pantalla y pasa el dedo por encima hasta que aparece un recuadro brillante.

—Déjame a mí —digo, y le quito la pantalla.

Apoyo el pulgar. El recuadro brillante desaparece, sustituido por un vídeo que comienza a reproducirse automáticamente.

—Ese... ese es el nivel de criopreservación —susurro. El encuadre de la imagen sugiere que está grabada por una cámara de seguridad.

Elder niega con la cabeza.

—No puede ser. Alguien destrozó las cámaras de ahí abajo antes de que Orion empezase a...

... a descongelar a la gente.

Durante unos segundos no sucede nada. Estoy a punto de preguntarle a Elder si cree que la pantalla se habrá estropeado cuando veo algo que se mueve en una esquina.

Primero es una sombra que se arrastra por el suelo como una garra.

Y entonces...

—Ese soy yo —susurra Elder. Lo miro sin saber por qué parece tan preocupado—. Sería mejor... eh... sería mejor que no lo viéramos. Creo que no deberíamos verlo.

Hace ademán de apagar la pantalla, pero yo le aparto la mano.

—¿Por qué? —pregunto.

Elder se muerde el labio.

El Elder de la pantalla avanza con sigilo. El vídeo no tiene sonido, por lo que resulta sorprendente ver cómo el Elder de la pantalla se detiene como si hubiera oído algo. Pasados unos segundos, se gira hacia una de las puertecitas cuadradas que se alinean al fondo, la abre y saca la bandeja.

Y entonces ya no estoy viendo a Elder, sino a mí.

Esa de ahí soy yo, crionizada bajo el hielo, tan inmóvil que parezco muerta. En mis labios se dibuja una mueca de terror. Eso de ahí es mi cuerpo desnudo. Y ese es Elder, mirándolo.

—¡Elder! —grito, y le doy un manotazo en la cabeza.

—¡Aún no te conocía! —protesta.

—¡Eres... eres asqueroso!

—¡Lo siento! —exclama él, agachándose para esquivarme.

De pronto, el Elder de la pantalla levanta la vista y los dos volvemos a concentrarnos en el vídeo. Pero después de escuchar atentamente, con la cabeza ladeada como un pájaro, el Elder de la pantalla se concentra de nuevo en mí. Levanta una mano —se nota que le tiembla— y la apoya sobre mi cápsula de cristal, justo sobre el corazón. Luego da un respingo, obviamente asustado por algún ruido, echa a correr y sale de plano.

—¿Me dejaste así, tal cual? —pregunto.

Sabía que sí; me lo confesó él mismo. Pero verlo así, verme abandonada a mi suerte, sin más...

Elder parece desconsolado. En vez de mirar la pantalla, me observa con esa mirada que pone cuando desearía que le gritase y le pegase un puñetazo para acabar con todo cuanto antes.

Pero yo ya no estoy enfadada. Solo triste y también un poco asqueada. No sé qué palabras poner al sabor a bilis que noto en el fondo de la lengua, así que me limito a prestar atención a lo que sucede en la pantalla, sin decir nada.

Durante unos minutos todo sigue igual. Un hilillo de agua baja desde el borde de mi ataúd de cristal y cae al suelo en gotas diminutas y silenciosas. Me estoy descongelando.

De pronto decido que no quiero seguir viéndolo. No quiero ver cómo me despierto; no me veo con fuerzas para recordar la sensación de ahogarme en el líquido azulado, ni las arcadas al notar los tubos en la garganta. Cierro los ojos y aparto la mirada, aunque falta mucho mucho tiempo para que la Amy de la pantalla se descongele del todo. Pero entonces Elder suelta un grito ahogado y vuelvo a mirar la pantalla.

Otra sombra, más ancha y más larga que la suya, avanza hacia la Amy crionizada. Un rayo de luz le ilumina el cuello, donde una telaraña de cicatrices le sube por detrás de la oreja izquierda.

Orion.

Lo primero que hace es volver a meterme en la cámara de criopreservación. Cierra la puerta, se da media vuelta y hace ademán de marcharse.

Entonces se detiene.

Durante unos segundos se queda mirando fijamente a un punto que queda fuera de plano, en la dirección por la que Elder ha desaparecido, y da golpecitos con los dedos en la puerta de la cámara. Luego, muy despacio, deliberadamente, vuelve a sacarme, me observa durante un instante y se aleja de allí.

Orion me dijo que la idea de desconectar a los congelados se le ocurrió al ver que Elder me descongelaba. Aquí está: este es el momento en que se dio cuenta de lo fácil que sería matar a gente incapaz de defenderse.

La pantalla se nubla.

—Por eso destrozó las cámaras de vigilancia del nivel de criopreservación —dice Elder.

Bueno, al menos esa es una de las razones.

Elder deja la pantalla sobre la mesa y se pone en pie. El pelo le cae sobre la cara, pero sé que me mira. Está esperando a que reaccione.

Pero yo no sé qué hacer. No sé cómo debo sentirme al ver cómo me miró Elder, cómo Orion me quiso matar sin mirarme siquiera. Mi cerebro es incapaz de procesar esa información.

—¿Amy?

Elder levanta la vista y en sus ojos veo reflejado el miedo. No es él quien ha hablado.

Los dos nos abalanzamos sobre la pantalla que está en la mesa. La imagen se ha aclarado de nuevo, y ahora la cara de Orion llena la pantalla. Debía de estar solo a unos centímetros de la cámara.

Antes de que la pantalla se funda en negro, se oye claramente su voz:

—Amy, ¿estás lista para esto? ¿Estás lista para averiguar la verdad?



La imagen desaparece y la última pregunta de Orion queda flotando en el ambiente, pero en los ojos de Amy sigo viendo reflejada una imagen: un chico —yo— sacándola de su cámara de criopreservación.

—¿Amy? —susurro, vacilante.

Ella se frota la mejilla. Tiene los ojos rojos.

—¿Amy? —insisto.

—No pasa nada —dice, pero se le quiebra la voz—. Lo hecho, hecho está.

Y eso me mata, porque fui yo quien lo hizo. Y por más que desee que Amy pueda verme como la veo yo a ella, que me desee como yo la deseo a ella, sé que nunca podrá olvidar esa escena: yo sacándola de su cámara de criopreservación y largándome. No me extraña que no quiera irse a vivir conmigo al nivel de mando.

Me gustaría darle un puñetazo al responsable de esto. Aprieto los puños. No es que yo sea maravilloso, pero desde luego no necesito que nadie le enseñe a Amy lo chulza que fui. ¡Frexo!

—¿Quién te ha dado esto? —pregunto.

Sus ojos verdes se encuentran con los míos.

—Orion —contesta con voz firme.

—¿Qué?

—Bueno, más o menos. Él me dejó el intercom. Tiene algo escrito, ¿lo ves? —Me lo enseña—. Es una cita de un libro. El libro me llevó al cuadro y el cuadro me condujo a... esto.

—¿Por qué te ha dejado mensajes? ¿A qué está jugando?

Amy vacila un momento y luego sustituye la tarjeta de memoria por la que estaba antes en la pantalla. Cuando apoya el pulgar en el recuadro de identificación, el vídeo se pone en marcha. Orion dice que Amy es su plan B, y solicita su ayuda para una misión en el caso de que él haya fracasado... y yo también.

—¿De dónde lo has sacado?

—Ya te lo he dicho —dice Amy—. Orion me dejó estas pruebas.

—¿Y qué crees que pasará si le sigues el juego?

—No lo sé. Pero la forma en que dice que alguien de Tierra Solar debe tomar una decisión me hace pensar...

De pronto se me ocurre algo: Marae me contó que Orion había convencido al navegador primero Devyn de que no dijera nada sobre la avería en el motor. Y Eldest intentó matar a Orion poco después. Si Orion ha grabado estos vídeos para hacer público su descubrimiento, tal vez podamos hallar en ellos alguna pista para hacer que la *Fortuna* vuelva a avanzar.

Esto es algo importante: quizá al final de esta descabellada búsqueda de pistas y claves se encuentre la solución para arreglar el motor. En ese caso...

—Deberíamos despertarlo —digo.

Amy me mira como si le hubiera sugerido que impongamos de nuevo el sistema de épocas reproductoras.

—Podríamos hacerlo —insisto—. Podríamos despertarlo y obligarlo a que nos contase lo que sabe.

—No se lo merece —masculla Amy, con más vehemencia de la que esperaba.

—Pero, Amy...

—Además —se apresura a añadir—, aunque lo despertásemos no podríamos confiar en él. Tal vez estas grabaciones sean lo más cercano a la verdad que podamos obtener.

Me muerdo el labio inferior: sé que a Amy no le gustaría oír lo que pienso acerca de Orion. Creo que en parte hizo bien. No en lo de matar a gente, evidentemente, sino en atacar a Eldest, en averiguar todo lo que pudo sobre la nave y actuar en consecuencia. Para eso hace falta chulza, algo que en el fondo envidio.

Me alegro de que Amy no pueda leerme el pensamiento.

—En este último vídeo no había ninguna pista, de modo que la siguiente tiene que estar aquí —Amy agarra el último cuadro de Harley y le da la vuelta.

Examino el boceto de los campos de cunicultura y la frase que hay escrita: Sígueme por la madriguera del conejo.

—¿Crees que escondió algo en la granja de cunicultura? —pregunto, dubitativo.

En realidad, nuestros conejos no cavan madrigueras, sino que hacen nidos. Son más grandes que los conejos de Tierra Solar, más parecidos a las liebres.

—Exacto —contesta—. O a lo mejor se refiere a otro libro.

Ah, eso es. Amy no piensa de verdad que la pista esté en la granja; solo intenta desviar mi atención. Lo más probable es que ya tenga en mente el título del libro.

Pero si necesita espacio, es lo menos que puedo darle, por más que ese espacio se interponga entre ella y yo como un océano.

Contemplo en silencio cómo Amy se prepara para alejarse de la seguridad de su cuarto. Se envuelve el pelo en una tira larga de tela y se hace un moño. Con una mano se mete la cruz bajo la túnica mientras agarra con la otra una chaqueta de manga larga y capucha. Lo hace rápidamente y con soltura, como si ya lo hubiera ensayado muchas veces. No me gusta nada que se haya acostumbrado a esconderse, pero prefiero no decírselo.

No volvemos a abrir la boca hasta llegar al camino del archivo.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —pregunto.

—Seguro —contesta, y no sé si su voz suena apagada porque tiene que abrirse paso por las sombras que se ocultan bajo la capucha o si es porque está disimulando su miedo. Sea lo que sea, no me lo va a contar; está decidida a enfrentarse a ello sola.

Amy echa a andar hacia el archivo. Yo me vuelvo hacia el campo de los conejos, aunque sé perfectamente que la siguiente pista de Orion estará en algún libro que Amy ya tiene en mente. La miro una vez más: parece derrotada, con la capucha subida, los hombros encorvados y la mirada fija en el suelo.

—No —digo.

Echo a andar y la alcanzo en dos zancadas. La agarro del codo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—Sé que aún estás enfadada conmigo.

—La verdad es que no...

—Sí, pero no pasa nada. Me lo merezco. Sé que quieres demostrar que eres fuerte y que no me necesitas, pero no hay motivo para separarnos. No seas cabezota, Amy. Escucha... —titubeo y bajo el tono de voz—. Sé que hay algo que no me cuentas. Y no me parece mal; puedes guardarte el secreto, si quieres. Pero sea lo que sea, sé que te da miedo, y no pienso permitir que estés asustada y sola. Así que te vas a quedar conmigo y yo me voy a quedar contigo.

Ella abre la boca para protestar.

—No admito un no por respuesta —digo.

Y por primera vez en mucho tiempo, en sus ojos veo reflejada una sonrisa.

Primero visitamos la granja, aunque estoy seguro de que Amy piensa que las respuestas están en el archivo. Después de mi arranque, no decimos nada más; pero en algún lugar entre los campos de soja y los de cacahuetes, nos relajamos y el silencio se vuelve cómodo y recíproco. Durante un rato, nos limitamos a caminar tranquilamente codo con codo.

El camino se estrecha justo antes de llegar a la granja y los dos nos movemos hacia el centro al mismo tiempo. El dorso de mi mano roza la mano de Amy. La aparto rápidamente y me la meto en el bolsillo para no volver a tocarla sin querer; cuando miro a Amy para comprobar si se ha dado cuenta, me encuentro con sus ojos. Los dos sonreímos, y luego ella me empuja con el hombro y yo le devuelvo el empujón, y los dos nos echamos a reír sin hacer ruido.

Entonces se cruza con nosotros un conejo que avanza a saltitos.

—Qué raro —digo—. ¿Por qué estará suelto?

—Alguien ha desgarrado la cerca —contesta Amy señalando el punto donde alguien ha arrancado la malla y la ha pisoteado hasta dejar un hueco lo bastante grande para que pase una persona—. ¿Crees que habrá ocurrido algo? —susurra.

No contesto. No hace falta: el cadáver que hay tirado en mitad del campo es respuesta

suficiente.



La primera vez que sentí verdadero terror estaba en esta granja. Había tenido miedo muchas veces en mi vida, tanto en la nave como en la Tierra. Pero no sabía lo que era el terror hasta que miré a los ojos a la chica de la granja de conejos y me di cuenta de que estaba vacía por dentro.

Ahora, cuando Elder le da la vuelta al cadáver para verle la cara, compruebo que la chica vuelve a tener los ojos vacíos.

Me arrodillo a su lado. Elder se lleva la mano al cuello para llamar por el intercom a Doc y a su cuerpo de policía, pero ya es tarde. Demasiado tarde.

Mi mente registra los detalles con objetividad, aunque tengo el estómago revuelto. En las muñecas de la chica hay magulladuras de color morado oscuro, y alrededor del cuello se le ven marcas de dedos. Tiene la falda subida, y sus ojos completamente abiertos miran sin parpadear el cielo metálico. Un conejo enorme le acaricia un pie descalzo con el hocico. Tiene las plantas de los pies manchadas de hierba, y las rodillas, de barro, como si hubiese tratado de escapar y se hubiese caído más de una vez.

Le bajo la falda hasta las rodillas con mucho cuidado; casi le tapa el barro. Luego le cierro los párpados.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —pregunta Elder.

«Podemos hacer lo que queramos», dijo Luthor.

Abro la boca para decir algo, pero no me sale ni una palabra. Intento obligarme a pronunciarlas, pero lo único que sale es un gemido apenas audible.

—¿Qué ha pasado? —grita Doc mientras se acerca corriendo por el campo seguido de Kit.

En cuanto llega a nuestra altura, Doc se pone a examinar el cadáver. Estorbo, lo sé,

pero no puedo moverme hasta que Kit me pone una mano en el codo y tira de mí hacia arriba. Me aparta del cadáver y me coloca hacia la pared, mirando en dirección opuesta a la muerta.

—Toma —dice ofreciéndome un pequeño mediparche verde.

—No —contesto automáticamente: no me fío de las medicinas elaboradas en esta nave.

—Te calmará —insiste Kit.

—No.

Vuelvo a mirar el cadáver. Elder y Doc están arrodillados junto a la chica, hablando en tono apremiante. Discutiendo.

—¡Elder! —grita alguien desde el otro extremo del campo.

Una navegadora alta y esbelta con un corte de pelo impecable corre hacia nosotros. Elder se pone en pie.

—Gracias por venir, Marae.

—Me pediste que lo hiciera —responde ella.

Los tres se quedan plantados junto al cadáver. Elder y Doc hablan de realizar una autopsia mientras Marae da toquecitos rápidos en un flexible. Doc le ordena a Kit que prepare una sala de reconocimiento y ella se aleja a la carrera. Pronto llegan otras personas, todas vestidas con la ropa oscura y recién planchada característica de los navegadores de elite; hablan un momento con Elder y Marae antes de alejarse para cumplir sus órdenes. Uno va a atrapar a los conejos que se han escapado; otro arregla la valla, y otro más trae un carrito eléctrico para cargar a la chica muerta.

Yo me mantengo apartada. No puedo despegar la mirada de la cara de la chica, de sus ojos cerrados, y recuerdo una y otra vez aquel día en que lloró sin saber por qué.

Elder se mueve con rapidez y diligencia. Es la persona más joven de la nave, casi un año más joven que yo, pero en cuanto da una orden la gente se apresura a obedecer. Siempre he pensado que Elder es el líder que necesita la *Fortuna*, pero nunca lo había visto dar órdenes de este modo. Y aunque esto demuestra que puede dirigir la nave, como yo pensaba, también me aleja de él. No lo conozco, o al menos solo conozco

una de sus facetas. Conozco al Elder encantador que se entrega casi como un perrito, pero no sé nada de este chico que da órdenes a personas mayores que él, confiado en que le obedezcan de inmediato. Elder nunca me había resultado tan ajeno.

—Intentaré recoger todo el ADN que pueda durante la autopsia —dice Doc mientras dos navegadores colocan el cadáver en el carrito.

Me gustaría decir que creo que sé quién es el culpable.

—¿Crees que bastará para identificar al asesino? —pregunta Elder—. Te daré acceso a la base de datos del escáner biométrico.

Doc echa a andar detrás del carrito.

—Quizá encuentre algo de tejido bajo las uñas. Si no, es más que posible que haya fluido seminal. Podría tardar un par de días en procesarlo y revisar todos los historiales.

Me gustaría decir que solo la vi una vez, pero que es como si la conociera mejor que cualquiera de ellos.

Cuando Doc se va, Elder reúne a los navegadores.

—Shelby, comprueba si hay grabaciones de esta zona en el momento de la agresión. Buck, quiero que localices a todos los alimentadores de los alrededores y los interrogues; quizá haya testigos de lo sucedido.

Abro la boca. Me gustaría decir que me estoy rompiendo, que necesito que alguien me ayude a no partirme en pedazos.

Pero no emito ningún sonido. Noto dos manos que me aprietan el cuello y me aplastan la tráquea. Trago, pero no hay saliva. Él no está aquí, ya no: la ha matado y se ha ido.

Intento hablar una vez más. Debería decir algo; tengo que decir algo.

Pero no puedo.

Así que echo a correr.

Mi cuerpo se estremece. Hace una eternidad que no corro; he estado demasiado asustada para hacer deporte. Pero en este momento no pretendo hacer ejercicio. Corro como si el aire que me azota fuese suficiente para evitar que todas las piezas que forman mi cuerpo se desmoronen.

Dejo atrás la valla, enfilo el camino y paso junto a los campos de soja. Cuando llego al camino que une el archivo con el hospital, giro hacia el archivo. No sé por qué lo hago; debería odiar este lugar. La última vez que vi a Luthor fue aquí, en el archivo. Pero estoy segura, más segura que de ninguna otra cosa, de que la pista que me dejó Orion se encuentra aquí. Si puedo encontrarla, tal vez también hallaré algo que arregle las cosas.

No dejo de correr al entrar en el archivo. Paso junto a un grupo de gente que se arremolina alrededor de los flexibles y sigo hacia la sala de Narrativa. Abro la puerta con tanta fuerza que rebota en la pared, y no me detengo hasta llegar a la estantería donde se encuentra el libro que quiero ver.

Saco el grueso tomo de la estantería, jadeante. En la portada veo la imagen de una niña, un árbol y un gato sonriente. La encuadernación se ha agrietado con el paso de los años y la ilustración está desvaída. Mientras llevo el libro hasta la mesa del centro, noto que se me acelera el corazón. Me derrumbo en una silla y dejo que el libro caiga con todo su peso sobre la superficie metálica. Puedo imaginar la cara que pondría Elder si me viera tratar así el libro. Él trata los libros como si fuesen objetos excepcionales y muy valiosos. Y supongo que aquí lo son, pero mi padre acostumbraba a doblar las esquinas de las páginas a medida que avanzaba en la lectura, y releía sus libros favoritos hasta que se caían a trozos. Su método me gusta más.

Abro el libro y leo la primera página.

Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas

por Lewis Carroll

Edición crítica y anotada © 2022

Este libro ya lo había visto antes; no este en concreto, sino algún otro ejemplar. Era una lectura obligatoria en el Curso Avanzado de Literatura de mi instituto de Colorado. Tenía pensado matricularme en esa asignatura en el último curso.

Pero abandonamos la Tierra antes de que pudiera acabarlo.

En el instituto, aquellos libros estaban nuevos. Este, sin embargo, se encuentra muy deteriorado por el paso de los años, a pesar de que la sala está climatizada.

Lo cierro y de sus páginas escapa una nubecilla de polvo. Mientras aspiro el olor

mohoso de sus páginas viejas y su tinta seca, algo se rompe en mi interior.

Dejo caer la cabeza sobre la cubierta, apoyo la cara en la ilustración donde el Gato de Cheshire sonrío malévolamente y sollozo hasta ahogarme. Me vienen a la mente las últimas veces que me ahogué: con unos tubos mientras salía del hielo medio derretido, cuando Elder me descongeló, y más tarde, cuando Luthor me inmovilizó aplastándome la garganta con el brazo. Y entonces solo puedo pensar en cómo se habrá ahogado la chica de la granja de conejos. De pronto, soy incapaz de llenar mis pulmones de aire, igual que ella tampoco ha podido llenar los suyos.

Ha muerto sola y asustada. Yo no estoy muerta, pero sí que estoy sola y asustada.



—Te encontré —digo mientras abro la puerta.

Amy está sentada en mitad de la sala de exposiciones que hay en el segundo piso del archivo. Se abraza las piernas dobladas y apoya el mentón en las rodillas. A su lado hay un libro abierto, un tomo grueso, pero ella no le hace caso. La sala está abarrotada: en uno de los lados se acumulan esculturas y cuadros de artistas de la generación anterior, mientras que en la pared opuesta hay colgadas docenas de pinturas. La mayoría son de Harley, pero también hay algunas de otros artistas. Los habitantes de la *Fortuna* no son especialmente aficionados al arte, y aunque Orion hizo algún esfuerzo por convertir esto en una sala de exposiciones respetable, la verdad es que dedicaba mucho más tiempo a los libros que a las obras de arte.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —me pregunta Amy mientras me dejo caer a su lado, y yo le doy un tirón al cable del intercom que lleva en la muñeca.

—Estos aparatos tienen un localizador, ¿recuerdas?

Ella asiente sin decir nada y apoya la cabeza en mi hombro. Su melena roja me acaricia el brazo.

—Siento mucho que vieras aquello —le digo.

—Yo solo siento que ocurriera. ¿Sabéis...? —La mirada de Amy se pierde por un instante—. ¿Sabéis quién lo hizo?

—Tenemos algunos sospechosos. La navegadora segunda Shelby dice que ayer vio a un alimentador que vociferaba en el archivo. Parece que gritaba que podía hacer lo que quisiera, o algo así.

Observo a Amy con atención: Shelby también me ha dicho que ese tipo se encaró con ella. En apariencia, Amy no reacciona ante mis palabras, pero yo puedo atisbar en sus ojos un secreto que pugna por salir.

—¿Por qué te fuiste corriendo? —le pregunto suavemente.

Lo último que vi de ella fue un borrón de tela parda. No me gustó que se marchara ella sola, sin nadie que la protegiera, pero no podía abandonar la investigación: los navegadores estaban pendientes de mí, y tenía que asegurarme de que disponían de toda la información necesaria para encontrar al asesino. Me tuve que limitar a seguir el localizador de su intercom hasta que pude escaparme.

—Quería empezar a investigar sobre la pista que me dejó Orion —responde con voz quebradiza.

Se le nota que ha estado llorando, pero prefiero hacer como si no me diera cuenta. La muerte de la chica parece haber afectado más a Amy que a los nativos de la nave.

—¿Has averiguado algo?

Amy le da un empujón al libro para acercármelo. Me estremezco al ver que trata así a un libro —¡un libro de Tierra Solar!—, pero lo recojo sin decir nada. Leo el título y lo hojeo por encima.

—¿Por qué crees que hay otra pista aquí?

—Alicia sigue a un conejo que se mete en una madriguera —responde Amy, pasando páginas sin quitarme el libro de las manos hasta llegar a uno de los primeros capítulos. Me da la impresión de que evita el contacto conmigo, de la misma forma que sus ojos esquivan los míos—. Pensé que esto encajaba, pero ahora no estoy tan segura.

Observo la ilustración que abre el capítulo: es una niña con un vestido acampanado, que se asoma con aire curioso a un agujero bajo un árbol.

—¿Y por qué has venido a la sala de exposiciones? —pregunto mientras cierro el libro y lo dejo en el suelo con cuidado.

—Porque esta sala siempre está vacía —responde en voz baja—. No quería quedarme en la sala de Narrativa, y pensé que aquí no me encontraría nadie.

No puedo evitar preguntarme si ese «nadie» me incluye también a mí.

Amy da vueltas al intercom que lleva en la muñeca; debe de hacerlo con frecuencia, porque tiene la piel irritada. Me gustaría extender el brazo para detenerla, pero me limito a agarrar de nuevo el libro. En este momento no comprendo a Amy; pero si logro desentrañar la siguiente pista, tal vez salga del rincón de su mente al que parece

haberse retirado.

—Ah... —jadeo, y Amy levanta bruscamente la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué te pasa?

Alzo el libro y le muestro la parte de atrás.

—Otros títulos de Lewis Carroll —leo—. *A través del espejo*.

—Ya. ¿Y qué? —pregunta Amy con expresión intrigada.

—La primera pista estaba en la parte trasera de un cuadro, ¿verdad? —digo, y Amy me anima a que siga con un gesto de impaciencia—. Bueno, pues tal vez ocurra lo mismo con la segunda.

—*A través del espejo* es un libro, no un cuadro.

En vez de replicar, me levanto de un salto y me dirijo hacia un montón de lienzos apoyados en la pared. Harley pintó tanto, y esta sala es tan pequeña, que resulta imposible colgarlos todos. Los voy apartando con rapidez: sé perfectamente cuál estoy buscando.

—Harley pintó un cuadro justo después de que se suicidara su novia, Kayleigh. Cuando lo acabó, recuerdo que Orion le dijo que era «su mayor logro».

Amy me observa con escepticismo.

—¿Qué pasa? —protesto.

—¿De verdad crees que Orion usaría otro cuadro para esconder la siguiente pista?

—Pues no sé. A lo mejor sí —respondo encogiéndome de hombros, sin dejar de pasar lienzos—. Sí, las pistas están dedicadas a ti, pero la verdad es que Orion no te conocía especialmente bien. En el poco tiempo que pudo observarte, debió de ver lo cerca que te sentías de Harley; tal vez pensara que el mejor lugar para dejarte pistas fueran sus cuadros.

Amy no advierte la amargura que encierran mis palabras: hasta Orion se dio cuenta de que se sentía más cercana a Harley que a mí.

—Vale. ¿Y dónde está ese cuadro que buscas?

—No sé. Antes estaba colgado.

—¿Dónde? —insiste Amy. Se ha levantado y ahora está en el centro de la sala, observando la única pared que está desnuda.

—Pues, de hecho, estaba en esa pared en la que ahora no hay nada —contesto, avanzando hacia el segundo montón de lienzos—. La cosa es que Orion le dijo a Harley que las buenas obras de arte debían tener un título. Harley no estaba de acuerdo, pero Orion se empeñó y acabó por bautizar el cuadro con el título de...

—... *A través del espejo* —completa Amy.

—Exacto.

Me vuelvo hacia ella: está inclinada frente a la pared vacía, leyendo un letrero.

—*A través del espejo*, óleo sobre lienzo de Harley, alimentador —lee, y se gira para mirarme—. ¿Dónde puede estar? Hay un enganche, pero la pintura ha desaparecido.

—Aquí tampoco está —suspiro mientras dejo los cuadros en su sitio.

—Orion debía de dar mucha importancia a ese cuadro. Es el único que tenía placa.

Tiene razón: frente al desorden que reina en el resto de la sala, esta pared está limpia y despejada, claramente separada de lo demás. Orion quería que fuera el centro de atención, aunque ya no quede nada en ella que observar.

—De modo que le puso título, lo colgó en la mejor parte de la sala y se molestó en encargar una placa con su nombre... Está claro que se trata de la siguiente pista —concluye Amy, y sus ojos verdes buscan los míos como si pudiera encontrar en ellos el lienzo de Harley.

Avanzo hasta situarme a su lado y contemplo la pared vacía.

—Sí. Pero ¿dónde está?



—¿Quién pudo llevárselo? —pregunto—. ¿Alguien cercano a Harley, tal vez?

—Aparte de mí, no tenía tantos amigos. Bartie, Victria...

—¿Pudo ser alguno de los dos?

Elder niega con la cabeza. Creo que tiene razón: Bartie es una persona demasiado seria para ir por ahí robando cuadros, y aunque no creo que Victria tuviera escrúpulos a la hora de hacerlo, habría robado un retrato de Orion y no de Kayleigh, a juzgar por el bosquejo que se llevó del cuarto de Harley.

—Si de algo estoy seguro es de que no fue Doc —añade Elder.

Suelto una risita irónica: no, Doc no pudo ser.

—Pero bien podría ser que...

—¿Qué? —pregunto con impaciencia.

—Tal vez los padres de Harley hayan...

Es absurdo, pero sus palabras me sorprenden: nunca se me había ocurrido pensar que Harley tuviera padres. Existía, y ya está. Aunque sé muy bien que los internos del hospital estaban allí para separarlos del resto de alimentadores, nunca caí en la cuenta de que podía haber un pedazo de Harley allí fuera, más allá del hospital y de las estrellas.

—Venga, apura —me espolea Elder—. Vamos a comprobarlo.

Llevo más de tres meses viviendo en la *Fortuna*, pero en todo este tiempo no creo haber ido de un lado a otro andando. Lo he hecho corriendo docenas de veces —al menos, hasta que a la gente se le empezaron a pasar los efectos del fidus—, pero nunca he caminado de un extremo al opuesto.

Emprendemos camino por la misma ruta que tomamos para ir a la granja de conejos. Cuando llegamos a la bifurcación, torcemos a la izquierda en vez de subir las colinas hacia los campos. Echo la mirada atrás: la valla vuelve a estar entera, como si nada hubiera pasado en esa zona. Un par de conejos se desplazan a saltitos y olfatean la tierra sobre la que su cuidadora murió hace solo unas horas.

—Háblame del cuadro —digo, en un intento desesperado de reemplazar el recuerdo de la chica muerta por cualquier otra cosa.

—Era bueno del frexo —contesta Elder—. Aunque también resultaba... extraño, no sé. Harley solía pintar escenas realistas, pero este cuadro era diferente. Era un retrato de Kayleigh justo antes de que muriera.

En el fondo no me sorprende que el cuadro que Harley pintó con motivo de la muerte de Kayleigh sea raro; al fin y al cabo, el otro cuadro surrealista que pintó fue el de su propia muerte.

—Lo de Kayleigh nos sorprendió a todos. Si me hubieran dicho que uno de nosotros iba a suicidarse, yo hubiera pensado inmediatamente en...

—¿En Harley?

—Sí. Lo intentó varias veces, ¿sabes? Una antes de lo de Kayleigh y dos después... No, tres. Tres después.

Había olvidado contar el tercer intento, el definitivo.

—Harley empezó el cuadro justo después de que Kayleigh muriera —explica Elder—. Literalmente. Ajustó el lienzo al marco el mismo día en que encontramos su cadáver y se pasó toda la noche pintando. Al final, Doc tuvo que ponerle un mediparche. Se durmió sin soltar el pincel, y cuando se lo saqué de entre los dedos, vi que lo agarraba con tanta fuerza que le había dejado marcas —añade con voz sorda.

Pasamos junto a un campo lleno de polluelos amarillos que pían al vernos pasar. La lámpara solar brilla justo sobre nuestras cabezas, de forma que apenas arrojamos sombra en el camino polvoriento. La ciudad está bastante lejos, y aunque veo a la gente que se apresura por las calles, no distingo sus caras. En cuanto al archivo y el hospital, han quedado muy atrás, tanto que ya no siento el peso de las miradas de la gente. Me bajo la capucha, desenrosco la tira de tela que me oculta el pelo y disfruto del roce del aire en el cuero cabelludo.

Aquí, en este paraje desierto de la nave, con la única compañía de Elder, no siento miedo.

Elder arrastra los pies por el camino, con la cabeza gacha y la preocupación reflejada en el rostro. Lo entiendo: sé muy bien cómo el silencio y los secretos pueden roerte por dentro. Le rozo el codo y él se detiene con un respingo.

—Cuéntame cómo murió Kayleigh —le pido.



Yo tenía trece años y aún vivía en el hospital. A la nave le faltaban cincuenta y tres años y ciento cuarenta y siete días para aterrizar; cuando llegase ese momento, yo sería el encargado de dirigir el desembarco de la *Fortuna* en el nuevo mundo. Llevaba en el hospital el tiempo suficiente para saber que Harley era mi mejor amigo, que Doc no era mal tipo y que no tardaría mucho en empezar mi adiestramiento como Elder.

La vida me sonreía.

Y entonces...

Harley me había desafiado a subirnos a la estatua del primer Eldest que había en el jardín del hospital. Cuando yo aún no había pasado del pedestal, él ya estaba colgado del benévolo brazo izquierdo de nuestro patriarca. Desde allí podía ver el estanque que hay cerca de la pared trasera de la nave.

—Hay algo grande flotando en el agua —dijo entonces. Se balanceó, se soltó y aterrizó con un golpe seco en el mantillo artificial del suelo. Sus manos habían dejado un manchurrón de pintura morada en el codo del primer Eldest—. ¡Venga, vamos a ver qué es!

Harley era más alto que yo y tenía las piernas más largas; aun así, tuve la tentación de proponerle que echara una carrera conmigo. Pero Harley tenía cuatro años más que yo, y las carreras eran cosa de niños.

—¡Te echo una carrera! —dijo entonces Harley, y echó a correr levantando terrones de mantillo.

Me miró por encima del hombro, se echó a reír y estuvo a punto de tropezarse con una hortensia en flor que se inclinaba sobre el camino. Algunos pétalos azules salieron despedidos y me rozaron los tobillos antes de caer al suelo.

Yo iba ganando terreno, y estaba a punto de agarrar la camisa de Harley para tirar de

ella y poder adelantarlo cuando él se detuvo en seco.

Puso los brazos en cruz; yo iba tan deprisa que no pude detenerme a tiempo y me golpeé con uno en el pecho. Me dolió tanto que me quedé sin resuello.

—¿Por qué frexo has hecho eso? —pregunté, jadeante y encorvado.

Harley no contestó.

Tenía la cara sudorosa, pero estaba mortalmente pálido.

Miré hacia el estanque.

Supe de inmediato que aquella chica que flotaba boca abajo estaba muerta. Su melena se extendía hacia delante, y los largos mechones oscuros se hundían bajo la superficie como anclas enganchadas en el fondo lodoso. Tenía los brazos extendidos a los lados del cuerpo, con las palmas hacia abajo. Mientras los miraba, fueron desapareciendo poco a poco bajo el agua.

Había algo en ella que...

... que me resultaba familiar...

El dobladillo de su túnica estaba salpicado de diminutos puntos blancos.

Casi recordaban a las florecillas que Harley le había pintado a su novia Kayleigh en su túnica favorita, la misma noche en que se había pasado ocho horas seguidas cubriendo las paredes de su habitación de un friso de hiedra y flores.

Eran las flores de Kayleigh.

Era la túnica de Kayleigh.

Era Kayleigh.

Harley soltó un grito gutural y se lanzó hacia el borde del estanque, con tanta fuerza que su pie dejó una hendidura rojiza en el suelo. Se metió en el agua y avanzó haciendo aspavientos como si quisiera borrar todo lo que veía delante de él.

El agua no quería dejarla ir. La cabeza de la chica se hundió un poco más.

Harley se zambulló y agarró a Kayleigh de la muñeca. Le dio la vuelta y la abofeteó para despertarla, pero ella se limitó a cabecear suavemente. Entonces Harley nadó un poco, tiró del cuerpo de su novia, nadó un poco más y volvió a tirar. Ella flotaba

pacíficamente a su lado, como una marioneta de madera a la que le hubiesen cortado todos los hilos.

Harley resbaló, pero enseguida afianzó los pies en el fondo del estanque y empezó a caminar por el barro. Con un último tirón, sacó el cuerpo de Kayleigh a la orilla y se desplomó a su lado.

De la boca de Kayleigh salió un hilillo de agua sucia, justo por la comisura que levantaba primero cuando esbozaba una sonrisa. El agua resbaló por un lado de su cara, hasta el borde de la mandíbula, y empezó a gotear en el suelo.

Harley empezó a sollozar y gritó algo que no entendí.

Yo no era capaz de moverme. Estaba allí plantado, con la boca ligeramente abierta.

Como la de Kayleigh.

La pierna izquierda se le había torcido hacia atrás en un ángulo extraño. Uno de sus brazos reposaba sobre el estómago, y el otro estaba estirado como si señalara el camino del hospital.

De repente, a Harley le invadió la urgencia de colocar bien el cuerpo de Kayleigh. Le enderezó la pierna y le alisó la ropa. Le colocó los brazos a los lados y le frotó la palma de la mano derecha con el pulgar. Recordé ese gesto: siempre lo hacía cuando pensaba que nadie los miraba, justo antes de acercar su cara a la de ella y darle un beso, ajenos a todo lo que no fuera su amor.

—Harley... —dije, rompiendo el hechizo.

Di unos pasos al frente y me arrodillé en la orilla, notando cómo el agua tibia me empapaba las perneras. Estiré el brazo, no sé si hacia Harley o hacia Kayleigh.

—¡No la toques! —me espetó él.

Antes de que pudiera apartarme, Harley se abalanzó sobre mí y me dio un puñetazo salvaje en la mandíbula. Los dientes se me cerraron sobre la lengua; el sabor de la sangre inundó mi boca mientras rodaba por el suelo pegajoso, encogido de miedo y tapándome con los brazos.

Cuando me atreví a mirar de nuevo, Harley tenía el rostro hacia arriba. Seguía sujetando la mano de Kaileigh y le pasaba el pulgar una y otra vez por la palma fría.

—¿Por qué me ha dejado? —le susurró al cielo de metal pintado.

Porque aquello no había sido un accidente.

No podía haber sido un accidente.

A Kayleigh le encantaba bañarse con las carpas chinas del estanque. Se metía con los puños llenos de comida y los abría bajo el agua para que los tímidos peces acudiesen a su lado y le mordisqueasen las manos. Era capaz de aguantar la respiración más que ninguno de nosotros. Nadie podía alcanzarla nadando, ni siquiera Harley, que siempre lo intentaba.

Kayleigh no podía haber muerto accidentalmente. En el agua, no.

Me quedé mirando lo que quedaba de ella.

En el interior de los dos brazos llevaba unos parches de color amarillo claro, de los que te hacen dormir. Aquello era lo que la había matado. No fue un accidente, sino una elección. Kayleigh se había echado a dormir en un lecho de agua y se había asegurado de que no volvería a despertarse. Un suicidio; tenía que ser un suicidio. Llevaba semanas —o meses— hablando de lo poco que le gustaba vivir atrapada en la nave. No era más que un comentario suelto por aquí y una observación irónica por allá, nada que nos llamase la atención. Hasta que...

Aparté la mirada de su cadáver y contemplé el agua casi inmóvil que la acariciaba. Mis ojos sobrepasaron los juncos y los lotos de la otra orilla y rozaron la hierba de un verde intenso.

Hasta estrellarse contra una pared metálica.

Contra aquella pared dura, fría e implacable, salpicada de remaches y manchada de grasa y de tiempo. Recorrí con la mirada un ribete que se extendía hacia arriba y se curvaba hasta encontrarse con la lámpara solar en el centro del techo. Fijé allí los ojos a pesar del dolor. Más arriba estaba el nivel de navegación, y más arriba aún, el nivel de mando.

Y más allá, detrás de toneladas de un metal impenetrable, había un cielo que yo nunca había visto.

Un cielo que Kayleigh nunca había visto.

Un cielo sin el que no podía vivir.



Elder termina su relato al llegar a la ciudad. Me gustaría decir algo para consolarlo, pero lo que ha contado ocurrió hace años y, de todos modos, no se me ocurre nada que decir.

Nunca me había internado tanto en la ciudad. Desde aquí, a la luz del mediodía, el nivel de alimentación parece diferente, aunque en realidad la luz de la lámpara solar es casi igual a primera hora de la mañana —cuando yo salía a correr— que a mediodía. Este sol de pega no se desplaza por el cielo, no tiñe el horizonte de rosa, naranja y azul.

La ciudad es más grande de lo que parece desde el otro lado del nivel. Cuando me detengo delante del hospital o del archivo para observarla, me recuerda una construcción de Lego: los edificios amontonados son piezas de colores, y la gente es tan pequeña que apenas se ve.

Desde aquí, sin embargo, es muy diferente. Las calles están abarrotadas de hombres —y algunas mujeres— que tiran de carros, avanzando a toda velocidad por la calzada de cemento como si su carga no pesara nada. Hortalizas, carne, cajas y rollos de tela pasan de un lado a otro ante mis ojos. Hay más ruido del que esperaba: la gente se llama a voces de una acera a otra, y una pareja discute a gritos en una esquina, con grandes aspavientos. Me llega un olor a humo; por un momento me preocupa pensar que hay un incendio, pero enseguida me doy cuenta de que viene de una parrilla al aire libre.

La ciudad es un caos de gente, y por primera vez caigo en la cuenta de que cada uno de ellos es un individuo con una historia propia. Trato de imaginarme sus vidas. Por una ventana atisbo un hombre que corta una tira de costillas con un cuchillo de carnicero: ¿estará aburrido, o querrá descargar su frustración en ese trozo de carne? La chica sudorosa que se abanica apoyada en una pared, ¿habrá salido de la comodidad de su casa por alguna razón, o solo querrá tomar el aire? ¿Estará esperando a alguien?

¿Y qué harán todos cuando se enteren de la verdad? ¿Qué partes de la ciudad quedarán arrasadas cuando sus habitantes descubran —como sin duda harán— que la nave no se mueve?

Yo camino con la cabeza gacha por temor a estas personas que tan fácilmente podrían volverse contra mí, pero Elder saluda sonriente a la gente con la que se cruza. Parece conocerlos a todos, y ellos le devuelven la sonrisa.

Sin embargo, su expresión cambia cuando me ven, y la mayor parte susurra «la anomalía» en voz tan baja que Elder ni siquiera se da cuenta. Me vuelvo a poner la capucha con disimulo y me aseguro de que no queda ningún mechón a la vista.

—La familia de Harley vive en el distrito de los tejedores —dice Elder señalando hacia delante—. Eso está en el centro.

Cada manzana lleva el nombre de una ocupación diferente, dependiendo de quiénes vivan en ella. Debemos de estar en el barrio de los carniceros, porque en el aire flota un leve olor a sangre mezclado con el tufo de la grasa rancia. Aguzo la mirada: por las ventanas se ven moscas que zumban perezosamente sobre grandes trozos de carne a la espera de ser procesados.

—¿Puedes esperar aquí un momento? —dice Elder—. Acabo de ver una cosa de la que tendría que ocuparme.

Asiento sin decir nada y miro cómo entra en el local de la esquina. Me acerco un poco para oír lo que dicen y atisbo por la puerta abierta. Aunque hay cinco puestos de trabajo, solo se ven dos operarios, ambos de la generación de los mayores. Uno de ellos levanta la mirada cuando Elder entra y le da un codazo a su compañero para avisarle.

—Ah, hola, Eldest —le dice a Elder mientras se limpia las manos ensangrentadas en el delantal.

—¿Dónde están vuestros compañeros? —pregunta Elder, sin molestarse en pedirle que no lo llame Eldest.

Los dos operarios cruzan una mirada nerviosa. El primero se vuelve hacia la vaca que está despiezando y empieza a separar un cuarto trasero con un enorme cuchillo de sierra. El otro clava la mirada en el mostrador, indeciso.

—Pues no han... no han venido hoy —masculla al fin.

—¿Por qué?

El operario se encoge de hombros.

—Les dijimos ayer que necesitábamos su ayuda porque Bronsen iba a traernos un mínimo de tres vacas, pero...

—Pero no se han presentado.

El hombre asiente.

—¿Por qué no habéis hecho nada al respecto?

—Porque... porque no... no es cosa nuestra —farfulla el hombre sin dejar de frotarse las manos en el delantal, aunque a estas alturas hay más sangre en la prenda que en sus manos.

—¿El qué no es cosa vuestra?

—Decirles a los compañeros que vengán a trabajar.

Elder aprieta la mandíbula, se da la vuelta y sale del local, con el sonido de la campanilla de la puerta como única despedida. Echa a andar a grandes zancadas, con el ceño tan fruncido que la gente aparta la mirada al cruzarse con él.

—Eldest nunca se encontró con este tipo de problemas —masculla de manera que solo yo lo oiga—. Gente que no trabaja por pura dejadez... Jamás le pasó algo así. La gente le obedecía; nadie se atrevía a faltar al trabajo. Con Eldest todo funcionaba a la perfección.

—No era mérito de Eldest —replico, y él se queda tan asombrado al oírme que se detiene—. No era cosa de él: era por el fidus.

Elder esboza una sonrisa sarcástica y parece relajarse un poco. Pasamos junto a un grupo de hilanderos que trabajan sentados en la acera, charlando con animación mientras los hilos corren entre sus dedos. La manzana de los tejedores, sin embargo, está silenciosa y vacía, y no hay un alma a la vista. Elder lo observa todo con expresión tormentosa y se acerca a una escalera que sube por un costado de la nave donde están los telares. Elevo la mirada para ver dónde termina y veo varios cubos de colores vivos apilados en la parte superior.

—Ahí, en el amarillo —dice Elder señalando un cubo en el tercer nivel—. Ahí vivía Harley cuando era pequeño.

Le sigo por la escalera. Cuanto más subimos, más manchurroneos de pintura se ven en la barandilla y los peldaños: Harley también dejó aquí su huella. Elder se detiene ante

una puerta y hace ademán de llamar. Vacila por un momento, y su puño se queda suspendido frente a una mancha de color aguamarina antes de golpear el metal.

No contesta nadie.

Elder vuelve a llamar.

—Tal vez hayan salido —digo—. Estamos en mitad de la jornada.

Al ver que nadie contesta a la tercera llamada, Elder empuja la puerta y entra.



En el interior de la casa hace calor y huele a leche agria. También aquí se ve el rastro de Harley en el friso de espirales amarillas que recorre la parte superior de las paredes. En el centro de la sala hay una mesa con solo una silla delante; el resto de las sillas están apiladas en una esquina. La mesa es un caos de retales, tijeras y frasquitos de tinte, los útiles con los que trabajan los tejedores.

—¿Hola? —llama Amy—. Creo que hay alguien al fondo —añade, señalando con la cabeza la cortina tras la que se esconde el resto de la casa.

Me acerco y aparto la cortina; esta habitación está aún más oscura y apesta a almizcle y sudor. Es el dormitorio principal. En la pared del fondo hay otra cortina que da paso a un baño y a otro dormitorio más pequeño.

En medio de la cama hay una persona acurrucada: es Lil, la madre de Harley. Está vestida, pero tiene la ropa muy sucia y el pelo revuelto.

—¿Qué hacéis aquí? —murmura con voz átona.

—¿Dónde está...? —Hago un esfuerzo por recordar cómo se llamaba el padre de Harley—. ¿Dónde está Stevy?

Lil se encoge de hombros sin incorporarse.

Amy da un paso adelante, duda por un momento y luego se sienta en el borde de la cama.

—¿Va todo bien? —pregunta estirando la mano para tocar a Lil.

Ella levanta la cabeza y, al ver lo clara que es su piel, da un respingo y retrocede. Amy deja caer la mano en el regazo, se levanta y avanza hasta situarse detrás de mí.

—¿Dónde está Stevy? —insisto.

—Se ha ido.

—¿Hasta cuándo?

Lil vuelve a encogerse de hombros. Oigo un gruñido extraño y tardo unos segundos en darme cuenta de que viene de su estómago.

—Tienes que comer algo —digo, y me acerco para agarrarle la mano. Lil no me esquivo, pero tampoco reacciona a mi contacto.

—¿El qué? —pregunta—. No hay comida.

—¿Cómo que no hay comida? —Mis ojos se dirigen instintivamente a la cortina de entrada: el distribuidor de comida está en la sala de estar—. ¿Se ha roto el distribuidor? Les diré a los navegadores de mantenimiento que vengan a repararlo.

—No servirá de nada —murmura.

Sin hacerle caso, llamo al nivel de navegación y pido que envíen a alguien lo antes posible. Corto y me vuelvo de nuevo hacia Lil.

—¿Qué pasa? —le pregunto—. ¿Por qué no has ido al trabajo? ¿Quieres que llame a Doc?

—No puedo trabajar —contesta ella clavando la mirada en el techo—. Los colores del tinte me recuerdan a él. Colores, colores por todas partes...

—Lil, ¿te llevaste algún cuadro de Harley del archivo? —digo, pensando que Doc tiene que verla, lo quiera Lil o no.

Ella se incorpora de repente.

—¡No! —grita, y sus ojos se dirigen por un instante a la cortina del fondo.

Me vuelvo hacia la cortina y ella se da cuenta.

—¡Son míos! —dice—. Es mi hijo... Era mi hijo. Es lo único que me queda de él.

—Solo queremos verlos —interviene Amy con un hilo de voz.

Lil se deja caer de nuevo sobre la almohada.

—¿Para qué? Harley no va a volver. Ninguno de ellos va a hacerlo.

Pasa un rato y Lil no vuelve a moverse, así que Amy y yo nos acercamos con sigilo a

la cortina del fondo. La aparto y los dos pasamos.

Un baño. No han tirado de la cadena, y el lavabo está lleno de manchas. Avanzamos rápidamente hacia el lado derecho de la estancia, donde hay un nuevo umbral tapado por una cortina.

Es la habitación de Harley, o al menos lo era hasta que se mudó al hospital. Aún quedan objetos que delatan su uso como dormitorio —un colchón fino apoyado en la pared, una mesilla que aún tiene un reloj encima...—, pero está claro que, con los años, la estancia pasó a convertirse en una especie de almacén para la familia. Voy esquivando los montones de cajas hasta ver lo que he venido a buscar: *A través del espejo*.

—Es precioso —jadea Amy.

Supongo que tiene razón. Pero cuando lo miro, no soy capaz de ver la pintura: solo puedo ver el motivo por el que Harley la hizo.

La imagen resplandece de color, aunque en mi recuerdo de la escena todo es oscuro: el agua, el lodo, los ojos de Kayleigh... En la parte superior del lienzo hay cinco figuras de pie que observan el estanque: Harley, Victoria, Bartie y yo, con Orion a nuestra espalda. Harley usó una especie de barniz reflectante en el agua, pero justo bajo la superficie del espejo se entrevé una chica que flota boca arriba, mirando hacia fuera con ojos risueños. Entre sus dedos nadan varias carpas chinas, y en su pelo negro se enredan las raíces de un loto.

—A Harley le encantaban estos peces —susurra Amy.

—Era el animal favorito de Kayleigh.

Un regusto a lodo se me extiende por la boca. En las yemas de los dedos creo sentir el tacto frío y pegajoso de la piel de Kayleigh. Ante mis ojos aparece su cara hinchada cediendo bajo las manos de Harley.

—Vamos a buscar la pista —dice Amy, apartándose con delicadeza del estanque que hay en mi mente—. Quizá esté en la parte trasera, como la otra.

Alzo el lienzo para que le dé la luz y le doy la vuelta.

—Mira... —musita Amy.

En la superficie blanca se ve un rectángulo dibujado con trazos finos, con otra tarjeta de memoria en su interior. La desprendo con la uña y recorro el resto del lienzo con la

mirada. En la parte inferior hay un mensaje desvaído, escrito con la misma letra que la de la primera pista:

1, 2, 3, 4...
Si la puerta quieres desbloquear,
todos los números has de sumar.

—¿Querría decir Orion que tenemos que ir a la cuarta planta del hospital para acceder al ascensor que lleva al nivel de criopreservación? —reflexiono en voz alta.

—No creo. Fue él quien te guio hasta ese ascensor, y sabía que yo conocía ese nivel. Si dejó estas pistas para ayudarme a descubrir algo que no conozco, tiene que referirse a alguna de las puertas bloqueadas que hay en la nave —replica Amy.

—No hay ninguna... —empiezo a decir, pero me interrumpo a mitad de la frase.

No hay muchas puertas cerradas con llave en la *Fortuna*, y bastantes de ellas se abren con el escáner biométrico de Elder/Eldest. Pero las pocas puertas que no puedo desbloquear, las pocas que solo se abren si se introduce una combinación numérica que ni siquiera Eldest conocía, se concentran en una zona.

—¡Las puertas del nivel de criopreservación! —exclamo—. Tiene que referirse a las que hay junto a la escotilla.

—Eso mismo creo yo —asiente Amy.

—¿Tienes aquí la pantalla de uso específico?

La saca del bolsillo y yo introduzco la tarjeta de memoria en la ranura. Amy desliza el dedo por el panel de identificación y la pantalla se ilumina mostrando la cara de Orion. Tras un instante de vacilación, Amy avanza un poco y se inclina sobre la pantalla, lo suficientemente cerca para distinguir bien la imagen, pero no tanto como para rozarme.

<<cargando grabación>>

Los rasgos de Orion quedan desdibujados por la penumbra. Está sentado en el cuarto peldaño de una escalera grande que se eleva a su espalda hasta perderse de vista. Su mano derecha tamborilea sobre la rodilla en un gesto inquieto, casi nervioso.

—¿Dónde narices está? —salta Amy.

Me encojo de hombros sin apartar la vista de la pantalla.

La imagen tiembla cuando Orion ajusta los controles de la cámara. Luego empieza a hablar con un tono suave, casi cariñoso.

ORION: En primer lugar quiero pedir perdón por lo de Kayleigh. Yo no quería matarla.

—¿La asesinó? —jadea Amy.

Me quedo callado, sintiendo que mi estómago se hunde como si fuera de piedra.

ORION: No fui yo quien la mató, pero aun así me siento responsable. Kayleigh lo averiguó: descubrió el gran secreto de Eldest, el que Eldest nunca ha querido revelar a nadie.

—¿A qué crees que se...?

—Chssst.

Orion hace una pausa y traga saliva como si tuviera un nudo en el estómago.

ORION: Amy, si vas a seguir investigando, tienes que saber esto: la muerte de Kayleigh fue un aviso. Tal vez Eldest la matara, pero hay otras cosas que yo puedo hacer, cerrojos que puedo cambiar. Y a ese viejo chocho ni siquiera se le ha ocurrido comprobarlos.

Orion se interrumpe y su mirada se pierde en el vacío.

ORION: Ya no sé qué está bien y qué está mal. Dejé de saberlo cuando Kayleigh murió. No logro decidir si lo que Kayleigh sabía era algo que toda la nave debería saber. No sé si Kayleigh habría averiguado la verdad.

Cambia de postura, aún sin mirar a la cámara.

ORION: No sé si su muerte fue útil para salvar a la nave.

Se encoge de hombros como si el asesinato de Kayleigh pudiera considerarse una medida necesaria y excusable, incluso comprensible.

ORION: Tal vez lo fuera; tal vez Eldest tenga razón, al fin y al cabo. La verdad que descubrió... No creo que nadie quiera saberla.

Orion coloca un mechón detrás de su oreja.

Yo hago lo mismo.

ORION: Por eso te necesito, Amy. Tú sabrás qué hacer, porque naciste en un planeta pero también conoces la vida a bordo de la

Fortuna. Eres la única persona de esta nave que puede decidir qué hacer con esa verdad.

Levanta el rostro hacia la cámara y sus ojos parecen clavarse en los míos.

ORION: He descubierto el arsenal. Eldest me lo enseñó un día, justo antes de que... En fin, no importa. La cosa es que empecé a hacerme preguntas. Preguntas como: si esta es una misión pacífica de exploración, como afirma Eldest, ¿por qué vamos armados como si fuéramos a la guerra?

Miro a Amy de reajo, pero ella está concentrada en la pantalla. Mi estómago se hace aún más pesado. Amy nunca ha creído que Orion tuviera motivos para matar a sus víctimas; piensa que estaba loco, y que su teoría de que los militares criopreservados nos esclavizarían a los demás a nuestra llegada al planeta es una alucinación sin sentido. Sospecho que ni siquiera cree en la existencia del arsenal del que habla Orion.

Orion vuelve la cabeza, primero hacia un lado y luego hacia el otro, con el miedo pintado en la cara. Parece sentirse culpable o asustado, o tal vez las dos cosas.

ORION: En fin, Amy, esto es lo que te pido que hagas: quiero que veas el arsenal con tus propios ojos. Creciste en Tierra Solar y tu padre trabajaba en el ejército; seguro que puedes calcular si el armamento que llevamos en la nave es razonable para una misión como la nuestra. Ve al arsenal. Decide por ti misma.

Orion se echa a un lado y desaparece de la pantalla por un momento. Luego, de pronto, su rostro aparece en primer plano, ocultando el resto de la imagen.

ORION: Ah, olvidaba que necesitas el código para desbloquear la puerta, ¿verdad, Amy? Solo te diré esto: vete a casa. ¿Me oyes? Vete a casa: allí encontrarás la respuesta. VETE A CASA.

La pantalla se funde en negro.

<<fin de la grabación>>



¿Que me vaya a casa? ¿Que me vaya a casa? ¿Qué narices se supone que quiere decir eso? ¿Que vuelva a la Tierra? Como si pudiera hacerlo... ¿Al nuevo planeta? Igual de imposible.

—¿Se referirá a que la próxima pista está escondida en un atlas, o algo así? —dice Elder.

Ja, ja, Orion. Me muero de risa. Ahora resulta que mi casa es un libro lleno de mapas de lugares a los que ya nunca podré ir.

—Tal vez —contesto simplemente, porque prefiero no decir lo que siento—. Deberíamos comprobarlo.

Elder deposita el cuadro en el suelo con delicadeza, casi con reverencia, y se queda mirándolo por encima del hombro mientras sale del minúsculo dormitorio. Atravesamos el baño y entramos en la habitación grande. Lil todavía está echada, pero se sienta en la cama al vernos.

—Os lo vais a llevar, ¿verdad? —dice con amargura.

—No —responde Elder—. Es tuyo.

Ella parpadea y sus ojos enfocan a Elder. Luego me mira a mí, pero aparta la mirada rápidamente; supongo que le impresiona mi aspecto.

—Me aseguraré de que te llegue comida —añade Elder—. Doc vendrá a verte dentro de un rato; está trabajando en unos mediparches nuevos que tal vez te vengan bien.

Lil asiente, pero no hace ademán de levantarse mientras salimos de su casa. *¿Saltará de la cama en cuanto desaparezcamos para abalanzarse sobre el cuadro?*, me pregunto. *¿O se tumbará de nuevo, demasiado amodorrada para hacerlo?*

A mitad de la escalera, Elder aprieta su intercom y empieza a dar órdenes, primero

para que le traigan comida a Lil y luego para que avisen a Doc. Está tan concentrado que no se da cuenta de que abajo nos espera un hombre de aspecto furioso.

—¿Dónde está? —ladra el hombre en cuanto pisamos la calle, acercándose tanto a Elder que este retrocede hasta toparse con el pasamanos.

—¿El qué? —pregunta Elder.

—Lil. ¿Vas a mandarla al trabajo? ¡Porque yo no tengo por qué esforzarme si ella no lo hace!

—Stevy, está enferma. Tiene que ponerse bien. He llamado a Doc y...

—¡No está enferma! ¡Lo que pasa es que es una vaga! —ruge el hombre.

—Stevy, estoy haciendo todo lo que puedo —dice Elder alzando las manos—. En cuanto se ponga bien, Lil volverá al tra...

Sin darle tiempo a terminar la frase, Stevy alza el puño y lo estampa contra la mandíbula de Elder, que lo mira atónito. Elder cae al suelo y se levanta con ayuda de la barandilla, pero en cuanto lo hace, Stevy le propina otro puñetazo. Esta vez, Elder se tambalea pero no se cae.

No me doy cuenta de que estoy chillando hasta que no oigo mi voz. Veo de reojo a los hilanderos trabajando en la calle: se levantan, se abalanzan hacia nosotros, chillan como yo, retroceden, intercambian susurros tapándose la boca con las manos...

Giro sobre mis talones para encararlos.

—¡Que alguien haga algo! —grito. He presenciado suficientes peleas en el patio del instituto para darme cuenta de que sería inútil interponerme entre Elder y Stevy: los dos son mucho más altos que yo, y el puño de Stevy podría dejarme fuera de combate en un segundo.

Tres de los hilanderos —dos hombres y una mujer poco más robusta que yo— se acercan con decisión. Sin embargo, antes de que nos alcancen, Stevy se derrumba y cae aferrándose la cabeza. Los hilanderos frenan y lo miran, extrañados.

Elder se limpia la sangre del labio con el dorso de la mano.

—¡Haz que pare! —dice Stevy, en un tono a medio camino entre un gemido y una orden.

—Se detendrá automáticamente en dos minutos —repone Elder con calma; en su voz

hay una indiferencia que me aterra—. Para entonces, creo que habrás aprendido que pegarme no es buena idea.

—¿Qué has hecho? —le pregunto.

Me mira. Su labio no deja de sangrar, y tiene los dientes teñidos de rojo.

—Algo que me prometí a mí mismo no hacer jamás —masculla—. Vámonos.

En vez de seguir por la calle principal, Elder tuerce por un callejón que parece llevar a los invernaderos.

—He distorsionado la frecuencia de su intercom —explica Elder, aunque yo no he insistido—. Eldest me lo hizo una vez. Es muy efectivo.

—¡Elder! —grita alguien a nuestra espalda.

Él se detiene y se da la vuelta lentamente. Stevy aún yace en el suelo, gimiendo y agarrándose la cabeza. A su lado está Bartie, erguido, señalando a Elder con el dedo.

—¿Con qué derecho castigas así a este hombre? —brama—. ¡Decías que eras mejor que Eldest, y mírate ahora! ¡La primera vez que alguien discute tus acciones, le castigas con tanta dureza que ni siquiera puede tenerse en pie!

Elder entrecierra los ojos y se abalanza hacia Bartie y Stevy.

—Primero: sí que puede levantarse. Solo he hecho que su intercom emita ruidos desagradables. Segundo: él me pegó. Él-me-pegó.

Aunque están tan cerca como para hablar en tono normal, tanto Bartie como Elder se desgañitan. Bartie lleva su guitarra colgada a la espalda y, por un segundo creo que va a agarrarla por el mástil y se la va a estampar a Elder en la cabeza. Pero no: por ahora, se limita a chillar.

—¿Y qué piensas hacer la próxima vez que alguien esté en desacuerdo contigo? ¿Matarlo?

—¡Deja de exagerar, frexo!

Sin embargo, la gente que los rodea no parece creer que Bartie exagere. Todos tienen la vista fija en Stevy, que gime y se retuerce en el suelo. Elder lo mira también.

—Vamos, no es para tanto —le dice—. Además, ya debería habérsete pasado.

Pero Stevy no se levanta. ¿Estará haciendo teatro para llamar la atención, o de verdad le dolerá tanto como parece?

—No podemos confiar en ti, Elder —dice Bartie sin bajar la voz, de modo que todos puedan oír sus palabras.

El incidente está atrayendo a una pequeña multitud: los hilanderos, que han abandonado sus ruecas para ver qué pasa; los panaderos, que asoman las caras manchadas de harina por las ventanas de sus tahonas; los carniceros, que salen de sus locales con los cuchillos en las manos...

—¿Cuándo os he mentado? —protesta Elder—. ¡Siempre he sido sincero con vosotros!

Pero no le has dicho a casi nadie que la nave está parada. Intento apartar la idea de mi mente: al fin y al cabo, no ha mentado. Lo único que ha hecho es... retener parte de la verdad.

—¡Todo lo que hago, lo que he hecho siempre, ha sido por el bien de la nave! —insiste Elder.

—¿Ella también? —pregunta Bartie señalando a algo que está detrás de Elder.

Ese algo que señala soy yo.

—No metas a Amy en esto.

Me quedo petrificada mientras todos vuelven la mirada hacia mí. Todos, incluso Stevy.

La primera vez que atravesé la *Fortuna* después de despertar, fui a correr y llegué sin darme cuenta al borde de la ciudad. Pero era una ciudad diferente de esta. Los habitantes de aquella tenían la mirada perdida y caminaban como robots; si daban miedo, era por lo vacíos que estaban. Ahora, sus emociones parecen bullir. Un amasijo de miedo, ira y desconfianza se retuerce en sus mentes y se filtra en forma de miradas aviesas, muecas de desprecio y puños apretados.

—Sal de aquí, Amy —murmura Elder lanzándome una mirada de preocupación. Me acerco un poco, y él me agarra las manos y les da un ligero apretón antes de soltarlas—. Vuelve al hospital y enciérrate.

Yo no quiero irme. Quiero demostrarle a Elder que no soy un nuevo error que Bartie puede usar para atacarle. Quiero quedarme tras él para que sepa que le apoyo.

Hasta que un hombre se asoma entre el gentío. Luthor.

No es más que una cara anónima entre la muchedumbre. Bartie grita algo más y Elder le replica con aspereza. La gente mira a uno y a otro, absorta en la discusión.

Salvo Luthor.

Sus ojos están clavados en mí. Sus labios se curvan en una sonrisa que se retuerce en las comisuras y me recuerda a la del Grinch que robó la Navidad.

Su boca se mueve sin emitir ningún sonido. Nunca he aprendido a leer los labios, pero sé muy bien lo que está diciendo: «Podemos hacer lo que queramos».

Me doy la vuelta y empiezo a andar. A trotar. A correr.



Me alivia que Amy se haya marchado: prefiero que no se vea metida en esto. Me preocupa la forma en que Bartie la ha involucrado.

Y también me preocupa la multitud que nos ha rodeado en un momento. Presiono mi intercom.

—Marae, te necesito en la ciudad. Trae a la gente del cuerpo de policía.

Ella empieza a decir algo, pero yo corto la comunicación: tengo que centrarme en Bartie.

—Qué, ¿pidiendo refuerzos? —suelta con aire desdeñoso.

—¿Por qué haces esto, Bartie? Pensé que éramos amigos.

—Esto no tiene nada que ver con la amistad —responde, ahora sin levantar la voz. Estas palabras son solo para mí, aunque haya una multitud escuchándolas—. Lo que está en juego en este momento es la oportunidad de convertir esta nave en un sitio en el que queramos vivir.

—Y en ese sitio no quepo yo, ¿no es eso?

—No cabe ningún Eldest. Ni siquiera aunque se haga llamar Elder.

Por el rabillo del ojo veo varios borrones negros y azules que se deslizan por el tubo gravitacional de la ciudad. Marae llegará en un momento con seis o siete navegadores.

Stevy lanza otro quejido y se pone trabajosamente en pie.

—Se acabó —digo—. Venga, a trabajar todo el mundo.

Algunos se alejan del grupo. La tensión ha empezado a disiparse.

Y entonces aparece Marae.

—¡Disolveos! —ruge mientras se acerca a la carrera, y la gente se tensa de nuevo.

—Ah, qué bien, aquí llega el último invento de Elder: el cuerpo de policía —grita Bartie con una voz que rezuma sarcasmo—. Vienen a asegurarse de que nos portamos como chicos buenos, porque si no, será peor para nosotros.

—¡No es así! —protesto, tanto para él como para Marae.

—¿Es que nadie se da cuenta de lo que está pasando? —grita alguien que no es Bartie entre la masa de gente.

Cómo no: Luthor. Siempre ha disfrutado de las peleas, incluso hace años, cuando vivía con nosotros en el hospital. La única diferencia es que ahora no se molesta en disimularlo.

—¡Tiene miedo! —dice—. ¿Habéis visto? Nuestro Elder tiene miedo. ¿Y qué le asusta? ¡Vosotros! ¡Porque tenéis el poder! ¡No puede controlarnos a todos!

—¡Podemos hacer lo que queramos! —grita otra voz entre la muchedumbre.

—¡Eres tu propio líder! —responde Bartie.

La gente empieza a corearlo: «¡Eres tu propio líder! ¡Eres tu propio líder! ¡Eres tu propio líder!».

Marae y sus navegadores tratan de ahogar la cantinela pidiendo silencio a gritos. La gente empieza a protestar, y el lema se mezcla con quejas y amenazas. Los navegadores responden en el mismo tono y pronto ponen en práctica sus amenazas. Marae aparta de un empujón a un hombre el doble de grande que ella, que se ha acercado demasiado a nosotros, y Shelby esquiva un puñetazo de otro tipo.

Conecto mi intercom de un manotazo.

—¡Enlace de comunicación: todos los intercoms en quince metros a la redonda! —ordeno. En cuanto suena el pitido que anuncia que estoy conectado, empiezo a hablar—. Por favor, calmaos. Parad. Esto no tiene por qué ser así.

Algunas personas se detienen, y sé que están escuchando mis palabras. Otras muchas, sin embargo, siguen gritando sin hacer caso.

—¡TRANQUILIZAOS! —grito, y mi voz resuena en los oídos de todos—. ¡Mirad a vuestro alrededor! —digo, y muchos de ellos me hacen caso—. Quienes tenéis

delante son vuestros amigos, vuestra familia. Estamos enfrentándonos entre nosotros, y eso no puede ser. Dejad de pelear ahora mismo. Ya.

Respiro hondo: la mayor parte de la gente se ha tranquilizado.

—¿Y qué pasa con el Punto de Distribución? —berrea Luthor rompiendo el silencio.

—¿Qué? —digo volviéndome hacia Marae—. ¿Qué pasa ahí?

—¿No lo sabes? —interviene Bartie con tono incrédulo—. ¿Afirmas que eres nuestro líder y ni siquiera sabes que la distribución de alimentos se ha interrumpido?

Fulmino a Marae con la mirada y ella se encoge de hombros.

—Acabábamos de enterarnos —dice—. Estábamos a punto de llamarte para contártelo.

Sin pararme a oír más explicaciones, echo a correr hacia el Punto de Distribución. La gente se queda sorprendida: no se esperaban que me abalanzara de repente hacia ellos. Algunos no logran apartarse de mi camino a tiempo, y yo los empujo al pasar pero no me detengo a pedir perdón. Oigo sus voces y el ruido de sus pasos detrás de mí, pero estoy tan enfadado que apenas puedo pensar con claridad: si algo no necesito es que el Punto de Distribución venga a sumarse a mis problemas.

Frexo. Frexo, frexo, frexo.

El Punto es un almacén gigantesco encajado entre el borde de la ciudad y la pared del nivel de alimentación. Desde allí se controla la distribución automática de comida, o al menos debería controlarse.

Cuando llego a la enorme nave de ladrillo y metal, veo que las puertas están cerradas con cadenas. Fridrick, el gerente, está plantado ante ellas, con los brazos cruzados y expresión beligerante.

Todas las partes de mi cuerpo se tensan: mis puños, mi mandíbula, mis ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto con una voz que es casi un gruñido.

El gentío que nos rodeaba antes a Bartie y a mí se acumula ahora detrás de nosotros, y me da la impresión de que ha crecido. Marae y sus navegadores se mueven por los bordes pidiéndole a la gente que se marche y nos deje resolver los problemas en paz, pero nadie hace caso.

—A partir de ahora, la distribución de comida se hará de forma manual —responde

Fridrick—. Así podré asegurarme de que todo el mundo recibe la ración que merece.

—¿Qué significa eso?

—¡Quiere quedarse con toda la comida! —grita una mujer.

—¡No es justo!

—¡Hay que echar las puertas abajo!

—¡Calmaos, frexo! —berreo, y giro sobre mis talones para encararme a la gente. No parecen calmarse, pero al menos se callan—. Vamos a ver —digo volviéndome de nuevo hacia Fridrick, que ha sido el gerente del Punto desde antes de que yo naciera—. ¿Qué problema ha detenido la distribución de alimentos?

—Ninguno —contesta—. En cuanto se vayan todos estos, empezaremos el reparto.

Señalo las cadenas de la puerta y le miro levantando las cejas.

—¡Solo va a dar comida a algunos! —dice un hombre de voz profunda.

—¡A los que nos lo merezcamos! —añade otro.

Me armo de valor y vuelvo a mirar a la gente. Los navegadores están justo detrás de mí, conteniendo a la multitud. Hay unas doscientas personas, tal vez más; se mueven en oleadas, y esas oleadas se acercan cada vez más a Fridrick y a mí.

—La comida no es de tu propiedad —le digo a Fridrik con una voz deliberadamente alta para que todos me oigan con claridad.

—Sí que lo es —responde en tono airado.

—No puedes decidir quién merece comer y quién no —replico.

—Cada vez tenemos menos reservas.

Lo sé muy bien.

—¿Qué quieres que haga? —pregunta Fridrick en tono burlón—. ¿Racionar la comida a todo el mundo? ¿O actuar con justicia? ¡Solo debería comer quien se lo haya ganado!

A mi espalda estalla un coro de gritos de indignación, vítores, tacos y silbidos.

—Quedan bastantes reservas para alimentar a todo el mundo normalmente durante

varias semanas. Cuando se acaben, discutiremos cómo se raciona la comida.

Fridrick entrecierra los párpados.

—No pienso dar comida a la gente que no trabaje.

—¡Todo el mundo trabaja! —grito con exasperación.

No podría haber hecho un comentario más desafortunado. Fridrick ni siquiera se molesta en contestar: la gente lo hace por él. Todos gritan nombres de gente que no trabaja: vecinos, parientes, enemigos, amigos... Hablan de los tejedores, que aunque volvieron a los telares porque prohibí que siguieran en huelga, apenas sacan la producción adelante; del personal de los invernaderos, que han sido sorprendidos más de una vez acaparando hortalizas para su familia; de personas que han decidido no trabajar porque les da pereza o porque están deprimidas, como Evie o Lil.

Y por encima de los gritos se eleva un nuevo cántico: «¡Sin trabajo no hay comida! ¡Sin trabajo no hay comida!».

—¿Y la gente del hospital? —chilla alguien.

—¡Yo trabajo! —replica una voz al fondo.

Dirijo los ojos hacia allí y veo a Doc, nervioso porque alguien haya puesto en tela de juicio su querido hospital.

—Sí, pero ¿y los internos? —interviene Fridrick. Hay algo más que no dice, pero que todos tenemos en mente: «¿Y Amy?».

Mierda.

Entonces, Bartie aparece entre la gente y se acerca a mí apartando de un empujón a Marae, que lo mira con expresión asesina.

—Tienes razón —dice—. Ahora mismo voy a apuntarme para hacer algún trabajo productivo.

La gente se queda en silencio: todos tienen los ojos fijos en él. Lo observo con asombro. ¿Cómo lo consigue? ¿Cómo ha podido captar así la atención de la gente? Antes, cuando Fridrick y yo discutimos, todos se callaron para escucharnos, pero no había respeto en su silencio. Estaban esperando a que alguno de los dos cometiera un error, almacenando munición con la que atacarnos. Ahora, sin embargo, todo el mundo está centrado en Bartie, aguardando con expectación sus próximas palabras.

En vez de hablar, Bartie se lleva la mano a la espalda, agarra el mástil de su guitarra, se la descuelga y se la ofrece a Fridrick.

—Te entrego esto como pago por mi comida de esta semana —dice—. Y dado que ya no hay nadie que se ocupe del archivo, me ofrezco para ocupar ese puesto.

Fridrick toma la guitarra y la mira con expresión perpleja. Al cabo de unos segundos, asiente sin decir nada: sí, le vale como pago.

—Bien, esto queda cerrado —digo yo, poniendo en mi voz la poca energía que me queda—. Y algo más, Fridrick: seguirá habiendo comida para todo el mundo.

Él me observa estrechando los ojos.

—No quiero discutir más al respecto —añado con calma antes de que pueda abrir la boca—. El reparto de alimentos seguirá como de costumbre.

Aparto la mirada y empiezo a andar; no quiero darle la oportunidad de protestar. Sin embargo, cuando llego a la altura de Marae, Fridrick susurra algo que resuena en el silencio:

—Por ahora...

Me estoy dando la vuelta, dispuesto a replicarle —aunque aún no sé qué voy a decir —, cuando un chillido se eleva en la parte exterior del grupo. La gente se gira, desplazando su atención de la disputa entre Fridrick y yo hacia la mujer que se arrodilla en el suelo junto a un hombre inmóvil.

Achino los ojos para ver mejor.

Es Stevy.



Cuando llego al hospital estoy sin aliento; he perdido el fondo que tenía cuando salía a correr por el campo en la Tierra. Kit me ve entrar y me intercepta cerca de la puerta.

—¿Qué pasa? Doc acaba de llamarme desde la ciudad.

Suspiro.

—Un grupo de gente está montando un alboroto. Bartie, Luthor, unos cuantos alimentadores...

—Doc dice que la cosa se está poniendo fea —repone Kit. Se me cae el alma a los pies, y ella debe de darse cuenta porque añade—: Bueno, Elder está con los navegadores. Seguro que no pasa nada.

Una enfermera le pide ayuda y Kit se apresura hacia ella, dejándome a solas con mis sombríos pensamientos. Me vuelvo hacia el ascensor para ir a mi habitación, pero de pronto recuerdo lo que dijo Orion en la última grabación: «Vete a casa: allí encontrarás la respuesta. Vete a casa». Y aunque no estoy segura de lo que quiso decir con eso, hay algo que sí sé con certeza: el pequeño dormitorio del hospital puede ser mi refugio, pero desde luego no es mi casa.

De modo que salgo del hospital y me dirijo al archivo. Tal vez Elder tenga razón al decir que la clave está dentro de un atlas, aunque no creo que Orion haya hecho algo tan simple. Aun así, el archivo es un lugar relativamente seguro al que ir, ahora que Luthor está ocupado en la ciudad.

Al subir las escaleras del archivo veo que en la hornacina donde estaba el retrato de Elder ya no hay nada. Vuelvo la mirada atrás: desde aquí no se ve nada de lo que ocurre en la ciudad, pero no me gusta la forma en que Kit me ha asegurado que no pasa nada. Cuando la gente dice esas cosas es porque sin duda pasa algo.

El archivo está menos concurrido que de costumbre, y no hay apenas gente en los flexibles de pared ni en las salas. Casi todos están agrupados en corros, y cuchichean

con tono urgente y preocupado. Algunos levantan la mirada cuando entro, y caigo en la cuenta de que no me he puesto el pañuelo ni la capucha. Hago ademán de cubrirme el pelo, pero ya es tarde: uno de los hombres que hay junto a la puerta se acerca a mí.

—¿Vienes de la ciudad? —me pregunta.

Asiento con la cabeza. Su expresión es más intrigada que amenazante, pero noto cómo se me tensan los músculos de las piernas para echar a correr si hace falta.

—¿Es verdad lo que dicen de una revuelta?

—Bueno, yo no lo llamaría así. No era más que un grupo de gente montando jaleo.

Una mujer agacha la cabeza para concentrarse en una llamada de intercom. En realidad, todos ellos están mejor informados que yo: pueden llamar a sus conocidos de la ciudad para que los pongan al corriente, mientras que yo solo puedo hablar con Elder. Mi dedo vacila un instante encima de mi intercomunicador... hasta que recuerdo a Bartie y a Luthor, y la forma en que me han utilizado para azuzar a la gente poniéndome como ejemplo de la ineptitud de Elder. Seguro que se las arregla mucho mejor sin mí.

La gente de los corrillos acoge con escepticismo mi respuesta, pero no me quedo a dar explicaciones. Me subo la capucha y me dirijo a las salas donde se guardan los libros. Me lleva un buen rato encontrar lo que busco, pero al final localizo un libro grande con un mapa de la Tierra en la cubierta. Mientras lo saco de la estantería, caigo en la cuenta de que es absurdo tener este libro aquí, dado que no vamos a la Tierra. Supongo que lo incluirían como simple referencia.

Busco el capítulo dedicado a América y decido examinar primero el mapa de Florida, donde pasé la mayor parte de mi infancia. Recorro el mapa con el dedo, pero enseguida veo que no hay nada fuera de lo normal: ningún flexible pegado, ninguna tarjeta de memoria, ninguna nota manuscrita. Paso varias páginas hasta llegar a Colorado, el último lugar al que consideré mi casa. Inviernos fríos, cielos despejados, larguísimas noches estrelladas...

Y páginas vacías. Aquí tampoco hay nada.

Me pregunto si en esta nave habrá algo más que remita a la Tierra: ¿un globo terráqueo, quizá? Entonces recuerdo haber visto uno en el nivel de mando. Pero estoy buscando una pista que Orion dejó para que yo la encontrara; no creo que la escondiera en un nivel en el que solo entra Elder.

Salgo de la sala y me dirijo a la entrada. Solo al llegar advierto que todo está en

silencio: no parece haber nadie en el archivo aparte de mí. Los pocos que cuchicheaban antes en la entrada se han ido. Me quito la chaqueta y el aire fresco me cosquillea los brazos. Estar aquí sola, expuesta, sin la protección de la chaqueta, hace que me sienta en peligro... pero también me hace sentir libre.

Echo un vistazo a las paredes, preguntándome con poco entusiasmo si debería revisar los mapas de la red de flexibles, cuando mi mirada resbala hacia arriba y se posa en las maquetas que cuelgan del techo: una reproducción a escala de la *Fortuna* entre dos grandes planetas de arcilla.

La maqueta de la Tierra es más pequeña que la de Tierra Centauri, y está tan detallada que localizo sin dificultad la silueta alargada de Florida y los bultitos de las montañas Rocosas. Doy un salto para tocarla, pero mis dedos ni siquiera rozan el polo Sur. Por un momento me planteo si ir en busca de una escalera, cortar el alambre del que pende la Tierra y abrirla como una piñata, pero dudo mucho que los secretos de Orion puedan salir despedidos como caramelos. La maqueta se instaló antes del despegue de la nave; es imposible que Orion haya metido nada dentro.

Mis ojos se posan en la reproducción de la *Fortuna*. Esa sí que se puede descolgar: no me sería difícil alcanzarla subiéndome en una silla, y cuelga de un gancho que no parece estar cerrado. El único problema es... que la *Fortuna* no es mi casa. No sé si puedo llamar casa a Florida o a Colorado, pero estoy segura de que no puedo llamárselo a esta nave.

En algún lugar suena un pitido suave: pi-pi-piiii. Otra vez: pi-pi-piiii.

¡Es mi intercom! Me pego la muñeca a la oreja y aprieto el botón.

—Enlace de comunicación: Elder —dice la voz del intercom.

—¡Acepto!

—¿Amy? —Elder suena tenso.

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás? ¿Qué pasa en la ciudad?

—¿Dónde te encuentras, Amy? —pregunta Elder sin hacer caso a mis preguntas.

Abarco con la mirada la sala vacía.

—Estoy en el archivo. Se me ocurrió buscar la siguiente pista de O...

—¿No puedes ir a un sitio más seguro? —Me corta Elder—. Enciérrate en tu cuarto, ¿quieres?

—¿Pero qué pasa?

—Nada, solo que me quedo más tranquilo si sé que estás protegida. Tengo que cort...

—La llamada se interrumpe sin darle tiempo siquiera a terminar la palabra.



—¡No os apiñéis! ¡Dejadnos aire! —Se desgañita Doc. Pero nadie le hace caso: los pocos que se mueven lo hacen para acercarse todavía más.

—Me alegro de que estuvieras ya por aquí —le digo, arrodillándome a su lado mientras examina a Stevy.

Doc posa la mano en el cuello de Stevy, sacude la cabeza y se sienta sobre sus talones.

—¿Qué ha pasado? —dice Bartie.

Su tono ya no es desafiante: ahora suena como mi amigo de siempre, el que echaba conmigo carreras de mecedoras en el porche del archivo. Y algo más: también parece asustado.

—¿Qué le has hecho a Stevy? —insiste.

—Yo no le he hecho nada.

—Sí que lo hiciste: modificaste algo en su intercom y ahora está muerto —replica, alzando de nuevo la voz. Ya no es mi amigo: ha vuelto a convertirse en mi adversario—. ¿Esto es lo que reservas para la gente que se enfrenta a ti, Elder? ¿La muerte?

—Guárdate la chulza para otro momento —refunfuña Doc mientras despega algo del brazo de Stevy.

Es un mediparche de color verde claro. Nuestras miradas se cruzan durante un instante: se trata de uno de los nuevos parches de fidus que Doc ha empezado a producir.

—¿Para qué sirve ese parche? —pregunta Bartie.

Noto las miradas de la gente clavadas en mi espalda. Marae, tan eficaz como siempre,

ha organizado una barrera con los navegadores para protegernos, pero no creo que pueda mantenerla mucho tiempo.

—Para administrar un compuesto especializado —responde Doc. Se lo lleva a los ojos y lo examina de cerca, olvidándose por un momento de todo lo que le rodea—. Tiene algo escrito —murmura de forma que solo yo pueda oírle.

Me ofrece el parche. Bartie se acerca y trata de arrebatármelo, pero yo soy más rápido.

—«Seguid» —leo en voz alta.

Una sola palabra escrita con gruesos trazos negros: «Seguid».

—¿Pero cómo ha podido matar este parche a Stevy?

—No ha sido este —contesta Doc mientras remanga al cadáver: en el antebrazo hay dos parches más—. Un parche es inocuo; tres son mortales —dice mientras los despega.

Esto no me gusta: es verdad que los mediparches tienen que ser de acción instantánea, pero la dosis de fidus que contienen estos basta para producir una sobredosis fulminante. Parece excesivo, la verdad.

—¿Qué hay escrito en los otros dos? —grita Luthor mientras intenta apartar a Marae para abrirse paso hasta nosotros.

Doc extiende la mano hacia mí, pero en esta ocasión Bartie logra hacerse con los parches.

—«Al» —dice en voz alta y clara mirando el primero, y luego sus ojos se posan en el segundo—. «Líder».

Levanta la cabeza y me lanza una mirada despavorida: cree que lo he hecho yo.

—«Seguid al líder» —recita—. Estos parches... Estos parches especializados que han matado a Stevy nos dan una orden. Nos avisan. Nos dicen que sigamos al líder. Al líder.

Sin darme tiempo a decir que yo no tengo nada que ver con esto, que yo no escribí esas palabras ni le puse esos parches a Stevy, Bartie se vuelve hacia el gentío.

—¡Esto es lo que pasa cuando no sigues al líder! —exclama con desprecio, lanzando los parches sobre el cadáver de Stevy.

—¡Esto es lo que pasa! —corea Luthor, y sus palabras resuenan por toda la ciudad—. ¡Esto es lo que pasa cuando no sigues al líder! ¡Si no sigues a Elder, te matará!

—¡Eh, un momento! —protesto—. ¡Eso no es verdad! ¡No es cierto!

Pero es demasiado tarde: las palabras de Bartie y Luthor se han extendido como veneno entre la multitud. Veo miedo y repugnancia en los ojos de la gente mientras se abalanzan sobre Marae y los demás navegadores. Muchos de ellos traspasan la barrera, me derriban al pasar y apartan a Doc de un empujón para agarrar el cuerpo sin vida de Stevy. Han empezado a gritar «¡Seguid al líder!» una y otra vez, pero es un cántico lleno de ira y desprecio, una burla.

Es un grito de guerra.

Que suena más fuerte a medida que las personas que estaban observando se suman a él. El cuerpo de Stevy se convierte en el estandarte de la revuelta: la gente lo alza y lo va pasando de mano en mano como si avanzara en la cresta de una ola.

—Ya basta —digo.

—No te oyen —repite Doc. Aunque sus ojos brillan, en su rostro hay una expresión neutra.

Conecto mi intercom.

—¡YA BASTA! —rujo, y esta vez me oyen todas y cada una de las personas que hay a bordo de la nave—. Queda declarado el toque de queda. Meteos en vuestras casas y no salgáis. Los navegadores patrullarán las calles esta noche para asegurarse de que todo el mundo respeta el toque de queda. Todos, y quiero decir TODOS, debéis dejar lo que estéis haciendo y encerraros.

Si Eldest hubiera dado esta orden, lo habría hecho con fría autoridad. Yo no. Estoy tan rabioso que me estremezco, y mi voz suena trémula de furia. Recorro con la mirada la gente que hay ante mí, aunque sé que todos los habitantes de la nave están oyendo esta comunicación.

—¡Mirad lo que estáis haciendo! ¿Os parece forma de tratar el cadáver de uno de los vuestros? ¡Es repugnante! Dejadlo ahora mismo en el suelo para que Doc pueda enviarlo a las estrellas.

Silencio.

—Marchaos ahora mismo —digo, y ahora mi voz suena exactamente como sonaba la

de Eldest.

Se marchan.

Refunfuñan, maldicen, ponen mala cara... pero se marchan.

Marae se desliza a mi lado.

—Aún te temen —dice.

—Temen al pasado. Recuerdan a Eldest.

—Con eso basta. Al fin y al cabo, lo has conseguido, ¿no?

Pero no sé si lo he conseguido. Porque aunque mi voz conserve la autoridad suficiente para mandarlos a todos a sus casas, ¿cómo podré controlar lo que dicen una vez cierren la puerta?



Entro en el ascensor del hospital y mi mano se mueve sola hacia el botón de la tercera planta. Pero en vez de apretarlo, la elevo y pulso el cuatro. No quiero esconderme en mi cuarto. Si las cosas van mal, si tengo que ocultarme en un lugar seguro... prefiero estar con mis padres. Además, el nivel de criopreservación es uno de los sitios más seguros de la nave; aunque Elder habló a todo el mundo de su existencia después de retirar el suministro de fidus, poca gente se interesó por conocerlo, y además no tienen permisos para acceder a él con su escáner biométrico.

Echo a correr por el pasillo de la cuarta planta y, al llegar al fondo, paso el pulgar por el escáner del ascensor que lleva abajo. La puerta del ascensor se cierra a mi espalda justo en el momento en que mi intercom empieza a pitar.

A pesar de lo lejos que está el altavoz del intercom de mi oreja, oigo perfectamente el grito de Elder: «¡YA BASTA!». Me llevo la muñeca al oído mientras me inunda una sensación de vértigo que no tiene nada que ver con el descenso, sino con las palabras de Elder. Sé que ha muerto alguien.

Ha muerto alguien más. Primero, la chica de la granja de conejos, y después, otra persona en la ciudad.

Ahora más que nunca, tengo que averiguar lo que significan las pistas de Orion. Aún no sé cuál es esa elección que dice que tendré que hacer ni adónde quiere llevarme con sus mensajes, pero no puede ser peor que el miedo y la ira que se están apoderando de la nave. Y cuando la gente se entere de que la nave no se mueve, la cosa irá a peor.

Me muerdo el labio, pensativa. Orion sabía que esto iba a ocurrir; lo tenía todo pensado desde el principio, desde que me sacó de la cámara de criopreservación. Y también debía de saber que necesitaríamos averiguar su secreto justo ahora. Entonces, ¿por qué narices me dejó una pista tan confusa? «Vete a casa...». ¿Qué quiere decir eso? ¿Es que no se daba cuenta de que ya no tengo casa?

La puerta del ascensor se abre y echo a andar hacia las cámaras cuarenta y cuarenta y uno, siguiendo el camino que he recorrido todas las mañanas durante los últimos tres meses. Al llegar, saco a mis padres y me siento en el suelo. No pueden darme respuestas, pero tal vez, si me concentro en sus rostros helados, pueda organizar las piezas del puzle de Orion dentro de mi cabeza. Estoy empezando a poner orden en mis pensamientos cuando el ascensor tintinea.

El estómago me da un vuelco: viene alguien.

Elder, pienso de inmediato. Pero no puede ser: Elder está en la ciudad.

Mis padres, pienso justo después. Me levanto de un salto y vuelvo a meterlos de golpe en sus cámaras, con el corazón en la garganta. Las puertas se cierran con un chasquido en el preciso instante en que se abre el ascensor.

Es Victria.

—¿Qué haces tú aquí? —le espeto, furiosa. No debería ponerme así; no tengo ninguna razón para tratarla de ese modo. Pero tengo los nervios de punta.

Sin dignarse a contestar, Victria me lanza una mirada desdeñosa y echa a andar a grandes zancadas hacia el laboratorio de genética.

—Está cerrado —le digo cuando llega a la puerta.

Ella se limita a pasar los dedos por el escáner biométrico. Cuando el escáner se ilumina, teclea la clave y entra en el laboratorio con paso decidido.

—¡Eh! —digo levantándome de un salto—. ¿Cómo has hecho eso?

Echo a correr hacia el laboratorio. Al asomarme, veo a Victria inclinada sobre la mesa de trabajo en la que Eldest y Doc amontonaban sus replicadores de ADN/ARN.

—¿Quién te ha dicho cuál es la clave de acceso? —le pregunto—. ¿Y cómo es que el escáner biométrico ha respondido a tus parámetros? Los únicos que pueden abrir este nivel son Elder, Doc y algunos navegadores.

—Y tú —replica, lanzándome las dos palabras como si fueran una acusación.

Tiene razón: no es justo que yo goce de privilegios como ese. Aun así, en vez de discutir con ella, me quedo mirándola a la espera de una explicación.

—Elder me dio acceso hará cosa de un mes —admite al fin.

—¿De verdad? —digo con sorpresa, y Victria se vuelve para mirarme.

—¿Sabes? Elder ya existía cuando tú apareciste. Frexo, hasta tenía amigos y todo.

—Sí, ya... ya lo sé.

La cara de Victria está congelada en una mueca inexpresiva, pero los músculos de su mandíbula se tensan cada pocos segundos: está empleando toda su energía para contener sus emociones.

—¿Te puedes marchar? —me dice, pero sus ojos ya no me miran: ahora están clavados en el tubo criónico.

Sigo su mirada y observo a Orion: sus ojos desorbitados, las manos engarfiadas tras el cristal. Cierro la puerta del laboratorio y dejo sola a Victria.

Elder me ha contado que, cuando Kayleigh murió, el grupo de amigos se deshizo. Aparte de Harley, la que más perdió debió de ser Victria, porque no había más chicas en su entorno. Sabiendo lo mucho que le gustan la escritura y los libros, supongo que empezaría a frecuentar el archivo. Y allí estaba siempre Orion.

Debe de odiarme. Primero la aparté de Elder y Harley, dos de los pocos amigos de infancia que le quedaban. Y luego le arrebaté a Orion.

Es extraño, pero nunca se me ocurrió pensar que nadie pudiera querer a Orion. Todos los recuerdos que guardo de él giran en torno a la última vez que lo vi despierto. Aunque al principio me pareció un hombre cálido y amistoso, cuando pienso en él ahora, solo puedo ver la expresión enloquecida de sus ojos mientras le sugería a Elder que matara a todos los congelados. Pero Victria no vio aquello: lo único que puede ver es la cara de su amigo el archivero, con los rasgos congelados en una mueca de sufrimiento.

Y ahora que Elder ha ordenado a todo el mundo que se vaya a casa, en un momento en el que tiene que estar asustada, porque todos lo estamos, Victria ha desobedecido. En lugar de meterse en su cuarto, ha venido junto a Orion.

Es entonces cuando caigo en la cuenta: en realidad, no ha desobedecido. Elder ordenó a todo el mundo que se fuera a casa. Y a veces, la casa de uno no es un lugar, sino una persona.

Echo a correr hacia las cámaras de criopreservación. Victria acaba de darme la respuesta; al fin entiendo lo que quería decir Orion. Me dijo que me fuera a mi casa, y yo lo hice aun antes de haberlo comprendido.

Poso la mano en el tirador de la cámara cuarenta y dos. Este es el sitio donde yo debería estar; la única casa que me queda.

Abro la puerta.

Aunque debería estar acostumbrada —vengo a ver a mis padres todas las mañanas—, el olor del líquido de criopreservación me revuelve el estómago. Contengo una arcada, recordando la sensación de ahogarme en aquel líquido dulzón. Por un momento no puedo respirar, y al siguiente aspiro una bocanada ansiosa que me lleva el olor del líquido hasta el fondo de los pulmones, y ese olor me mata.

Revivo la quemazón del líquido en mis fosas nasales, la forma en que mi visión se diluyó en un borrón azul claro.

Observo la cápsula. Le falta la tapa: a Doc y a Elder les resbaló de las manos mientras se afanaban en sacarme antes de que me ahogara.

Los recuerdos desfilan por mi mente. Sé que fue muy doloroso, aunque el tiempo ha borrado el recuerdo de qué me dolía y de cómo era el dolor. Sin embargo, aún me parece oír con toda claridad la voz profunda de Elder consolándome. Yo estaba aterrada, desorientada, pero su voz disipó el pánico que me impedía pensar.

Me obligo a volver al presente, a la cápsula de cristal que tengo ante mis ojos aquí y ahora. Está fría al tacto, y me asombra comprobar lo estrecha que es, el poco espacio que tenía para debatirme en mis esfuerzos por escapar.

De pronto, me quedo helada.

Ahí, justo donde estaría mi corazón si estuviera metida en la cápsula, hay una hoja de papel doblada por la mitad.

La abro con manos trémulas.

EFFECTIVOS MILITARES A BORDO DE LA FORTUNA

1. Katarzyna Bergé
4. Lee Hart
12. Mark Dixon
15. Frederick Krasczinsky
19. Brady MacPherson
22. Petr Plangariz
26. Theo Kennedy
29. Thomas Collins
30. Ximena Roge
33. Alastair Potter
34. Aigus Wu

- 38. Jeremy Doyle
- 39. Mariella Davis
- 41. Robert Martin
- 46. Grace Spivey
- 48. Dylan Farley
- 52. Inés Gómez
- 58. Aislinn Keenan
- 63. Emma Bledsoe
- 67. Jagdish Iyer
- 69. Yuko Saitou
- 72. Huang Sun
- 78. Chibueze Kopano
- 81. Mary Douglass
- 94. Naoko Suzuki
- 99. Juliana Robertson
- 100. William Robertson

Después de recordarle a Doc que se pase por casa de Lil antes de llevarse el cadáver de Stevy, me voy con los navegadores a inspeccionar las calles de la ciudad. La gente mira por la ventana cuando pasamos; algunos muestran una expresión sumisa teñida de incertidumbre y miedo, pero la mayor parte nos fulminan con la mirada. Sí, aparentemente se pliegan al toque de queda que he ordenado, pero sus ojos rebosan de ira y desafío.

El estómago me ruge —no he comido nada desde ayer—, pero solo me detengo a tomar algo cuando Marae insiste. Aunque no hay nadie en la calle, no dejamos de patrullar hasta que no se apaga la lámpara solar. Mientras subo por el tubo gravitacional hacia el nivel de navegación, veo que casi todas las casas tienen luces encendidas: no hace falta ser muy agudo para suponer de qué está hablando todo el mundo, en vez de dormir.

Casi todos los navegadores se quedan en la ciudad —viven allí, y solo suben al nivel de navegación para trabajar—, pero Marae sube detrás de mí por el tubo. Mientras nuestros pasos retumban por el corredor metálico, me doy cuenta de que esta noche, cuando Marae se vaya a dormir, estaré todavía más aislado del resto de la nave, con dos niveles vacíos solo para mí.

Nos acercamos cada vez más al bruum, uiii, bruum del motor. Aunque la sala de máquinas está en penumbra, el motor lanza una sombra más oscura. Sigue desprendiendo el mismo olor a grasa recalentada, pero ahora que sé que no mueve la nave, me parece más pequeño. Marae pasa a su lado sin mirarlo y se dirige a una escotilla hermética que hay al fondo.

El puente de mando.

Recuerdo lo primero que me dijo Eldest antes de empezar a adiestrarme: «El puente de mando es para los navegadores. Yo me ocupo de la gente, no de la nave».

Marae abre la escotilla y espera hasta que entro yo. El techo del puente es una bóveda

de metal, y la estancia tiene forma de óvalo con un extremo más afilado que el otro. Me acerco, irresistiblemente atraído por los monitores que sobresalen de dos mesas corridas. En la pared opuesta hay empotrado un enorme panel de controles con forma de uve.

Tomo asiento frente al panel y trato de imaginarme cómo sería pilotar esta nave gigantesca hacia un nuevo mundo.

Pero no puedo; estamos tan lejos de ello que ni siquiera soy capaz de figurarme como el líder triunfante que hace aterrizar la nave.

Me levanto de un brinco. Eldest tenía razón: yo no pinto nada aquí.

Marae está de pie delante de una mesa de monitores. Frente a ella hay dos pantallas apagadas, cada una con un rótulo de metal: COMUNICACIÓN y NAVEGACIÓN.

—Hoy empecé a trabajar en esto como me ordenaste, pero me llamaste para que fuéramos a ayudarte con el... problema —dice, acariciando los rótulos con la yema de los dedos.

—¿Tuviste tiempo de averiguar dónde nos encontramos? —pregunto, intrigado.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—Esto no funciona —alza una tapa metálica que hay debajo de las pantallas y me muestra un amasijo de cables y circuitos enredados—. En mi opinión, esto es un sabotaje que alguien perpetró hace muchos años, en la época de la epidemia, tal vez. Al fin y al cabo, las comunicaciones con Tierra Solar quedaron interrumpidas en esa época.

—¿Me estás diciendo que alguien, quizá el primer Eldest, cortó la comunicación con Tierra Solar y destruyó de paso todo el sistema de navegación? —pregunto, asombrado por la idea de que los dos sistemas estuvieran alojados en el mismo sitio.

Marae se encoge de hombros y vuelve a esconder los circuitos destrozados bajo la tapa de metal.

—Estoy haciendo todo lo que puedo —repone, y aunque se esfuerza por mantener un tono ecuánime, distingo un rastro de desprecio en su voz.

—Siento lo que pasó hoy —digo—. Sé que los problemas del nivel de alimentación interrumpieron tu trabajo.

Ella me observa.

—Lo hiciste bien —dice finalmente.

—¿Que lo hice bien? —resoplo—. Estuvimos al borde de una revuelta; la próxima vez, es muy posible que estalle. De todos modos, gracias. No habría aguantado si los navegadores no me hubierais respaldado.

—Los navegadores siempre respaldamos a los Eldest —responde Marae sin más, en el mismo tono que usaría para decirme que esta nave se llama *Fortuna* o que las paredes que nos circundan son de acero—. Sin embargo, yo... espero que te des cuenta, Elder, de que no habríamos hecho falta allá abajo si volvieras a administrar fidus a la gente. Si nos ahorráramos este tipo de complicaciones, los navegadores y yo podríamos centrarnos en los problemas del motor y el sistema de navegación.

—No voy a volver al fidus —respondo de inmediato.

Sin embargo, incluso yo me doy cuenta de que la determinación que había antes en mi voz ha desaparecido. Aun cuando la muerte de Stevy fuera causada por una sobredosis de fidus, Marae tiene razón. ¿Cuánto tiempo se ha perdido hoy en la nave, no solo por parte de los navegadores, sino de todos los trabajadores? Tenemos que trabajar; si no, moriremos. No podemos permitirnos disrupciones como esta.

—Eldest... —dice Marae.

—Soy Elder.

—Sin fidus, las cosas van a ir de mal en peor. A la gente no le importa el tipo de líder que seas: quieren otra cosa. Otro líder, o tal vez ninguno. En el fondo de su alma, la gente se mueve constantemente hacia la entropía, igual que esta nave. Estamos todos cayendo en un estado de descontrol. Por eso necesitamos el fidus: el fidus es control.

Suelto un suspiro.

—Admito que la forma en que he manejado la situación durante los últimos tres meses no está funcionando bien. Confié en que la gente siguiera haciendo las cosas como las había hecho siempre.

—¿No lo ves? —insiste Marae con voz casi tierna, como una madre que hablara con su hijo—. Es exactamente por eso por lo que nos hace falta distribuir fidus. Si quieres controlar la nave como Eldest, eso es lo primero que debes hacer.

—Es que no quiero.

—¿Cómo?

—Que no quiero controlar la nave como hacía Eldest —digo—. Amy...

La sola mención de su nombre hace que Maraë entorne los ojos. Continúo sin hacer caso, con una voz que casi es un gruñido.

—Amy, te guste o no, me hizo ver que Eldest nunca controló a la gente: solo controlaba las drogas que se les administraban. Creo que yo puedo hacerlo mejor; espero hacerlo mejor.

—Sin fidus, es posible que estalle un motín. ¿Te das cuenta?

Asiento.

Lo sé muy bien.

Lo he sabido todo el tiempo.



Examino la lista impresa y suelto un taco: otro rompecabezas de Orion.

Me vuelvo hacia la puerta del laboratorio, pero Victoria sigue encerrada. Las indicaciones de Orion eran sencillas: 1, 2, 3, 4. Si la puerta quieres desbloquear, todos los números has de sumar. Cuento los nombres: hay veintisiete personas en la lista. Las puertas de este nivel se abren con una clave numérica; tal vez alguna de ellas se desbloquee tecleando 27.

Sin pararme a pensarlo, hago ademán de llamar a Elder por el intercom: seguro que le gustaría estar conmigo cuando descubra el secreto. Sin embargo, recuerdo la ira que había en su voz cuando ordenó el toque de queda y mi mano se detiene antes de apretar el botón. Le prometí que iría directamente a mi cuarto y me encerraría allí. Si se entera de que no le he hecho caso, se va a poner furioso.

Aferrando la lista, salgo a paso ligero de la sala de los congelados y me dirijo al corredor que hay al fondo del nivel. En él hay cuatro puertas de metal reforzado, cada una con un panel numérico de acceso. La que da a la sala de las estrellas es la segunda. Tiene el panel manchado de pintura roja, un recuerdo de la última noche de Harley. Está flanqueada por otras dos puertas, y al final del pasillo se abre otra más, la mayor de todas.

Empiezo por la primera, que tiene un panel de acceso con letras y números. Empiezo tecleando 27, pero un mensaje parpadeante aparece de inmediato en la pantalla: ERROR. LA CLAVE DEBE CONSTAR DE UN MÍNIMO DE 4 DÍGITOS. Pruebo con 0027, y al ver que no funciona, lo escribo: V-E-I-N-T-I-S-I-E-T-E. Nada.

Avanzo hacia la derecha, paso la puerta de la escotilla y pruebo lo mismo en las dos puertas que quedan.

Nada.

Exasperada, cuento de nuevo a las personas de la lista: veintisiete. Vuelvo corriendo

al descansillo del ascensor y compruebo en un flexible que hay encima de una mesa la lista oficial de congelados. Veintisiete también.

De todos modos, no se me escapa la razón por la que Orion me ha dejado esta lista: quiere recordarme que el porcentaje de militares entre las personas crionizadas es alarmante para los nativos de la nave. A Orion le parecía que ese era motivo suficiente para matarlos a todos, incluido mi padre. Y aunque es verdad que veintisiete personas son muchas para un total de cien, estoy convencida de que las sospechas de Orion son fruto de una mente enferma: mi padre jamás aceptaría esclavizar a nadie.

Vuelvo a las puertas e intento abrirlas otra vez, pero no se inmutan. No sé cuál será la clave, pero desde luego no es 0027 ni V-E-I-N-T-I-S-I-E-T-E.

Soltando un bufido de frustración, vuelvo al ascensor, subo hasta el hospital, me encierro en mi cuarto como le prometí a Elder que haría y me quedo mirando la hoja de papel hasta dormirme.

Por primera vez en mucho tiempo sueño con Jason, el novio que tenía en la Tierra. En el sueño, estamos juntos en la fiesta en la que nos conocimos. Todos los recuerdos que guardo de esa fiesta son escenas divertidas, llenas de risas y bailes, pero en el sueño no hay más que humo de cigarros y cretinos que derraman encima de mí la cerveza de sus tazas rojas de plástico.

Cuando Jason y yo salimos de la casa, empieza a llover. Y no es una romántica tormenta de verano, sino un chaparrón frío al que mi padre habría llamado «una tromba», que se me mete en los ojos y me hace daño en la piel.

—Ahora que no puedo tenerte, te quiero —dice Jason cuando nos separamos.

—Fuiste el primero para todo —contesto yo.

Él niega con la cabeza.

—No, no lo fui.

Antes de que logre comprender a qué se refiere, Jason vuelve a besarme. Es un beso viscoso y torpe; nuestros dientes entrechocan y su lengua se agita dentro de mi boca como un pez agonizante.

Retrocedo y, al mirarle, descubro que no es Jason sino Luthor.

—Nunca escaparás —dice.

Intento huir, pero me quedo petrificada mientras Luthor se aproxima aún más. Su boca se ensancha en una sonrisa que descubre unos dientes negros, podridos. Abro la boca para chillar, pero antes de que pueda hacerlo, sus labios se pegan a los míos.

Me incorporo, debatiéndome contra la sábana enredada. Tengo las mejillas húmedas, pero no sé si es sudor o lágrimas. Me levanto a toda prisa, corro al baño y me lavo la cara con agua fría, aún jadeante por el esfuerzo de contener el chillido.

Apoyo las manos a los lados del lavabo, incapaz de dejar de temblar. No reconozco a la chica del espejo: ojos rojos, labios agrietados, miedo que rezuma por todos los poros... No me gusta admitir lo mucho que Luthor me asusta. Me abrazo el torso y aprieto fuerte. ¿Por qué tengo tanto miedo de él, si apenas ha llegado a hacer nada? ¿Es ese «apenas» razón suficiente para temerle?

Sí.

El cuarto de baño parece encogerse a mi alrededor. Lo que necesito ahora mismo es salir a correr, pero me da miedo lo que puede acecharme en la oscuridad, en los sitios donde no hay nada más que vacas y ovejas y nadie puede oír un grito de socorro.

Y eso me pone furiosa.

Porque no solo se trata de Luthor, aunque él sea lo peor. También me asustan los ojos que se clavan en mí cuando entro en la ciudad. La forma en que algunos de ellos, como Lil, la madre de Harley, siguen dando un respingo al verme. La conciencia de que ya toda mi vida será así y no hay nada que pueda hacer para cambiarlo, aunque fuera capaz de arrancar el motor de la nave en segunda. No puedo cambiar quién soy ni de dónde vengo, y eso hace que ellos no puedan aceptarme.

Me visto tan deprisa que me lío con la tira del pelo y tengo que empezar de nuevo. No creo que haya nadie fuera aún —es demasiado temprano—, pero prefiero no correr riesgos. Me aseguro de que la lista que encontré ayer está a salvo dentro de mi bolsillo y salgo de mi cuarto. Tardo poco en atravesar el hospital y recorrer el camino que lleva al tubo gravitacional; justo cuando alcanzo la plataforma, la lámpara solar se enciende y me ciega por un momento. Aprieto el botón del intercom para activar el tubo gravitacional.

El aire empieza a empujarme hacia arriba, y por un momento me tienta la idea de salir de un salto y llamar a Elder para que venga a recogerme. Mi pelo comienza a

flotar en mechones y, de pronto, el aire se acelera y toda mi melena se estira hacia arriba como un bosque de bracitos. Por un instante estoy de puntillas sobre la plataforma de cemento, y al siguiente —¡fiuuuu!— salgo disparada por el tubo. Cierro los párpados: no quiero ver cómo el nivel de alimentación disminuye a medida que yo me elevo más y más. Solo vuelvo a abrirlos cuando el aire se detiene y me deposita en el nivel de mando.

Trato de recolocarme la tira de tela, pero es inútil. Me la quito con exasperación y la meto en un bolsillo: de todos modos, no me hace falta camuflarme ante Elder.

Abro la boca para llamarle y la cierro de golpe al darme cuenta de algo: por primera vez en tres meses, no he empezado el día yendo al nivel de criopreservación para ver a mis padres.

Me desperté sintiéndome sola, triste y vacía por dentro... y vine aquí.

Con Elder.

Del mismo modo que Victria fue a refugiarse con Orion.

De modo que Orion no estaba en lo cierto. Mi verdadero refugio es Elder. Él es mi casa.

El nivel de navegación está totalmente silencioso; me voy a sentir como una idiota si, después de haberme tomado el trabajo de subir hasta aquí, Elder no está. Pero mientras atravieso la Gran Sala empiezo a oír ronquidos suaves. Me asomo por la puerta del dormitorio de Elder, que está abierta.

Dormido parece más joven, despojado de los años que el caos de ayer arrojó sobre su cara. La habitación está muy desordenada, con ropa tirada por todas partes a pesar de que Elder tiene una especie de cesto que le limpia la ropa automáticamente y al instante. En el aire flota un aroma almizclado que no es exactamente el olor de Elder, pero que me recuerda a él todavía más. Si cayera aquí desde cualquier otro lugar del universo, aun con los ojos vendados podría adivinar que es donde vive Elder.

Doy varias zancadas para esquivar la ropa y me siento en el borde de su cama, junto a sus pies. El colchón cede bajo mi peso y Elder parpadea.

—Amyyyy... —dice con voz pesada por el sueño, mientras una sonrisa se extiende por su cara—. ¡Amy! —exclama de pronto, repentinamente despierto—. ¿Qué frexo...? ¿Cómo...? ¿Por qué estás aquí?

Se me escapa una sonrisa.

—Mira lo que he encontrado —le digo, tirando el papel que encontré en mi cápsula sobre su regazo. Él se estira como un gato para alcanzarlo.

—¿Qué es esto? —pregunta mientras sus ojos recorren la página.

—Una lista de todo el personal militar que hay criopreservado en el nivel de abajo. La he comparado con el registro oficial y coincide.

Elder me mira con expresión perpleja.

—Es la siguiente pista que Orion me... nos dejó —explico.

—La pista anterior trataba de sumar cosas —dice Elder, mirando el papel con el ceño fruncido.

—Sí, ya lo sé. He contado los nombres y hay veintisiete. Pero cuando intenté acceder a las puertas de abajo con esa clave, no se abrieron. Probé en todas con números y con letras.

No sé qué esperaba obtener de Elder —¿que recordara de pronto otra puerta bloqueada en algún lugar recóndito de la nave?, ¿que cuente de nuevo los nombres y descubra que en realidad no hay veintisiete?—, pero él se limita a suspirar y me devuelve el papel. Aparta el cobertor y se levanta, y solo entonces me doy cuenta de que no lleva pantalones. De hecho, lo único que lleva puesto son unos calzoncillos de lino blanco, bastante más ajustados y cortos que los bóxers que solían llevar los chicos de la Tierra. Me quedo pasmada mirándolo; cuando entré aquí y fui directa a sentarme en su cama, no pensé en lo que podría llevar puesto, pero ahora...

Elder suelta una carcajada y me mira con cierto aire de suficiencia.

—¡Anda, cierra la boca y ponte unos pantalones! —protesto mientras le lanzo la almohada a la cara.

Aún estoy colorada mientras Elder —ya vestido— me conduce al tubo gravitacional del centro de Aprendizaje. Enciende su intercom para conectar el tubo, se da la vuelta y extiende una mano hacia mí.

¿Qué narices...?

—Ve tu primero; yo iré detrás —digo retrocediendo.

Él levanta una ceja, con los labios torcidos en media sonrisa.

—Vamos, Amy, monta conmigo.

Ya lo hice una vez, claro, pero entonces estaba atontada por el fidus. Además, eso fue antes de que... de que empezara a pensar que tal vez no sería tan terrible pasarme la vida encerrada en una nave si Elder se paseara en calzoncillos a mi alrededor más a menudo.

Antes de que pueda volver a protestar, Elder me acerca más a él y el calor de su cuerpo me envuelve. No se pega a mí —sabe que su contacto aún me hace sentir incómoda—, pero noto su brazo firme en torno a mi cintura y sé que nunca me dejaría caer. Se acerca al tubo sin soltarme, en una especie de giro de baile, y aprieta el botón de su intercom con la mano que le queda libre.

—¿Preparada? —susurra, y la palabra me roza la mejilla como una brisa de verano.

Asiento sin decir nada: no sé dónde se han quedado mis palabras.

El aire cobra vida dentro del tubo y empieza a moverse en espirales vertiginosas que me revuelven el pelo y nos pegan la ropa al cuerpo. Elder me estrecha más fuerte, da un paso y de pronto me encuentro suspendida con él en el vacío.

Durante un momento caemos por la oscuridad existente entre este nivel y el sucesivo. El corazón me late en la garganta, no solo por la sensación de velocidad y vértigo que da viajar en el tubo, sino también por la forma en que los brazos de Elder me rodean, acercándome más que nunca a él. En realidad, no caemos: más bien somos absorbidos por la fuerza del tubo, que nos arrastra hacia abajo mucho más rápido que la gravedad normal. Me acurruco contra Elder, cruzo las manos detrás de su nuca y entierro la cara en su hombro, pero su abrazo sigue teniendo la misma firmeza. Elder es lo único estable en este caos vertiginoso.

La luz estalla dentro del tubo: hemos salido del nivel de navegación y bajamos ya por el de alimentación. Nuestra trayectoria se curva para seguir el techo del nivel de alimentación, que es abovedado, y ahora ya no caigo hacia abajo, sino sobre Elder. Se me pasa por la cabeza escabullirme de sus brazos, pero mi cuerpo no quiere abandonar la seguridad de su abrazo.

Echo un vistazo por encima de su hombro y veo todo el nivel de alimentación extendido ante mí. No siento nada al verlo —ni odio ni amor—, así que cierro los ojos de nuevo y me pierdo la visión de los campos y los edificios que se precipitan hacia nosotros según nos acercamos al suelo.

Y entonces el viento se detiene, el pelo me cae sobre los hombros convertido en una maraña y los dos nos quedamos suspendidos en el aire unos segundos antes de tocar

suavemente la plataforma.

—¿Lo ves? —me dice Elder mientras me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja
—. ¿A que no ha sido tan terrible?

Doy un paso para salir de la plataforma, reprimiendo el impulso de atusarle el pelo yo también.

Cuando echamos a andar por el camino, nuestros hombros se rozan. Me hago a un lado y me adelanto un poco a él.

—Venga, vamos —le digo, incapaz de mirarle a los ojos.



Amy se apoya en la pared del nivel de criopreservación y observa cómo me acerco al panel de acceso que hay a la izquierda de la puerta.

—Ya te dije que la clave no es veintisiete.

—Déjame que vea la lista otra vez —le pido, y ella me pone el papel arrugado en la palma de la mano. Mi intercom empieza a pitar, pero lo ignoro.

—Estas puertas parecen escotillas de submarino —dice Amy, y el tono emocionado de su voz me hace alzar la vista.

Mi mente funciona a toda velocidad hasta que recuerdo lo que es un submarino: sí, uno de esos vehículos que viajaban por debajo del agua. Siempre pensé que eran una invención, que en realidad no habían existido; claro, tampoco me creía que el mar pudiera ser tan vasto y profundo como Amy me ha contado que es.

—Las cuatro tienen un cierre hermético —explico—. La puerta del puente de mando también es así, y las que conectan unos niveles con otros. Si ocurre un accidente que daña el casco de la nave, podemos sellar ese nivel y... —dejo que mi voz se apague y me concentro en la lista.

—Cuando era pequeña, mi padre me llevó una vez a visitar el interior de un submarino militar llamado *Pampanito*. Lo recuerdo bien; el nombre me parecía tan ridículo que lo repetí como un millón de veces mientras correteaba por aquellos pasillos tan estrechos: «¡Pampanito! ¡Pampanito! ¡Pam-pa-NI-TO!». Al cabo de un rato, mi padre intentó atraparme, pero las puertas eran tan bajas que se estampó contra el dintel de una y casi se desmaya —Amy suelta una risita que se apaga enseguida. Levanto la mirada hacia ella: sus ojos vidriosos están fijos en la pared.

Haría cualquier cosa para que volviese a estar contenta, así que decido entregarle las estrellas. Tecleo rápidamente la clave —*Fortuna*— y la escotilla exterior se abre. Amy y yo nos acercamos a la ventana de la compuerta interior y observamos los millones de puntitos que titilan en el cielo.

Recuerdo la primera vez que vi las estrellas. Pensé que su visión lo cambiaba todo; pensé que había cambiado algo en mí, que me había convertido en una persona diferente solo por ver aquellas chispitas que brillaban a millones de kilómetros de mí.

Ahora, sin embargo, no siento nada al verlas. Ya no creo en ellas. Después de decirles a los habitantes de la nave que les concedía la libertad de ser ellos mismos, traje aquí a los que mostraron interés por conocer las estrellas, las verdaderas estrellas. Vinieron pocos, muchos menos de los que yo esperaba. Y entonces me di cuenta de esto: si pasas toda tu vida encerrado en veinticinco kilómetros cuadrados limitados por paredes de metal, es fácil olvidar lo de fuera. Estar enjaulado en una nave resulta mucho menos doloroso si te convences de que no es una jaula.

Por eso no puedo contar a la gente que el motor no funciona.

Mis ojos tropiezan en la mancha roja que hay junto al teclado. Los borrones de color que Harley ha dejado por toda la *Fortuna* acabarán por desaparecer; las estrellas nunca lo harán. Aun así, si me dieran a elegir, me quedaría con los colores de Harley.

Y él murió por... La verdad es que no sé por qué murió. Solo sé que ya no está aquí y que lo echo de menos. Kayleigh, sin embargo, murió por haber descubierto una verdad; al menos, según Orion.

Las palabras que Orion escribió resuenan en mi mente, y agradezco que mis ideas se alejen por un momento de Harley y de la inutilidad de las estrellas.

Doy vueltas al acertijo que nos ha planteado. Orion parece saber más que nadie acerca del motor de la nave; si logro desentrañar esta pista del frexo, tal vez consiga llegar a la razón por la que el motor está parado e incluso ponerlo de nuevo en marcha. Todos los números has de sumar...

Miro de nuevo la lista que me ha dado Amy. Junto a cada uno de los veintisiete nombres aparece el número de la cámara correspondiente. ¿Y si sumara esas cifras?

Mil doscientos setenta.

—¿Qué haces? —pregunta Amy.

Tecleo 1270 en las cuatro puertas, empezando por la grande que hay al final del pasillo.

La última se abre.

La sala está en tinieblas y huele a polvo y grasa. Recuerdo lo que dijo Orion justo antes de que lo congelara: «Cuando los congelados despierten, nosotros seremos mano de obra gratuita o carne de cañón».

Quiero ver las armas con mis propios ojos.

Amy encuentra un interruptor y una luz parpadea en el techo, como si se resistiera a mostrarnos lo que contiene esta habitación.

Ya comprendo por qué Orion temía que al aterrizar nos convirtieran en soldados o en esclavos.

«¿Sabes qué es lo que de verdad te saca de quicio?», le dijo Orion a Amy cuando yo ya tenía la mano en el dial para congelarlo. «Que Elder está más o menos de acuerdo con todo lo que digo».

Pistolas, fusiles automáticos, armas de las que ni siquiera conozco el nombre. Cajas de granadas. Misiles: casi todos son del tamaño de mi antebrazo, pero hay tres más altos que yo. Todo está organizado en compartimentos, protegidos por gruesas bolsas de plástico rojo con el logo del Frex y otros símbolos estampados.

—No sabemos lo que podemos encontrarnos en Tierra Centauri —dice Amy, ya a la defensiva—. Tal vez el planeta esté habitado, tal vez no. Puede que haya monstruos o dinosaurios. ¿Quién sabe? Quizá los humanos seamos gigantes en el nuevo mundo... o quizá seamos hormigas.

—Ya. Y mejor ser una hormiga armada que una desarmada, ¿no? —digo retirando el plástico que protege una pistola.

—Mira, sé que esto tiene mala pinta...

—Esto confirma todo lo que Orion decía.

—¡No! —salta Amy.

Pero ¿cómo puede estar tan segura? Me parece ver cómo su mente se debate entre ideas contrapuestas: por un lado, cree a pies juntillas que su padre y el resto de la gente de Tierra Solar jamás usarían este armamento contra nosotros; por otro, no puede ignorar la evidencia que tiene ante los ojos, un arsenal de aspecto mucho más... potente de lo que esperaba.

Avanzo hasta el fondo de la sala, donde están las armas de mayor tamaño. Reconozco los torpedos y los lanzagranadas por algunas grabaciones de conflictos en Tierra Solar que Eldest me enseñó. En la pared hay una estantería llena de objetos redondos y aplastados como pastelitos. Me acerco a examinarlos: están hechos de polvo prensado y envuelto en plástico transparente.

Amy agarra uno.

—Se parecen a las pastillas higiénicas que usábamos en la Tierra para que no olieran los retretes, esas que se echaban en la cisterna.

Le da la vuelta para examinarlo y el grueso plástico que rodea el objeto cruje entre sus dedos. Entonces Amy me mira y advierte mi expresión perpleja.

—Ah, claro. Aquí los váteres no tienen cisterna...

En la parte inferior del bloque hay pegada una etiqueta con algo escrito en gruesas letras negras:

Compuesto químico-biológico de supresión agrícola
Para uso combinado con el misil prototipo nº 476
Alcance: +0,4 m²
Empleo: v. misil prototipo nº 476
FREX

Frex... La Financiadora de Recursos Externos. El organismo que subvencionó la misión espacial de la *Fortuna*.

En la estantería contigua hay bloques parecidos, pero estos son de color negro y en su etiqueta pone: «Compuesto químico-biológico antipersona».

La coloco de nuevo en su sitio con mucho cuidado. Necesito emplear todas mis fuerzas para reprimir el impulso de deshacerme de estas cosas, tirarlas con todas mis fuerzas por la escotilla exterior para que desaparezcan.

—¿Todavía crees que esto son armas de defensa? —digo. No quiero discutir con Amy, pero tiene que haberse dado cuenta de que esto es muy serio—. Esto sirve para hacer guerra química, Amy. Puede causar un genocidio.

—Mi madre es genetista, y su puesto es tan importante o más que el de mi padre en el ejército —replica ella de inmediato. Su tono es cauto, no sé si porque no quiere que yo siga cuestionando sus convicciones o porque ella misma está empezando a dudar—. Si el Frex quisiera borrar todo rastro de vida de Tierra Centauri, ¿por qué iban a reclutar a una bióloga? ¿Para qué querrían científicos que estudian la vida, si su intención fuera matarlo todo? Sí, hay veintisiete congelados que pertenecen al ejército; pero también hay otros setenta y tres que son civiles.

Asiento sin decir nada. Tiene razón, claro que la tiene. Pero eso no quiere decir que Orion se equivocara.

Amy se da la vuelta y observa el arsenal. De pronto, suelta una exclamación ahogada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Sin decir nada, ella se agacha para alcanzar un objeto semiesférico de color marrón claro que hay en la estantería.

—Por un momento me pareció media pelota de béisbol —explica mientras me lo ofrece.

Le doy la vuelta para leer la etiqueta pegada en la base:

Peligro: explosivo; causa irritaciones leves
Compuesto detonante Fórmula M
Alcance: 3 m²
Uso: presionar parte superior
Detonación en 3 minutos
FREX

Con mucha cautela, devuelvo el objeto a su estante y me vuelvo para mirar a Amy, que parece haber encontrado algo.

—¡Mira lo que había debajo! —exclama blandiendo un flexible—. ¡La siguiente pista!

Me inclino para mirar sobre su hombro, preguntándome si el mensaje tendrá que ver con el arsenal que acabamos de descubrir o si estará relacionado con los problemas del motor.

—¿Por qué esta vez habrá usado un flexible en vez de una tarjeta de memoria? —reflexiono en voz alta.

Amy se encoge de hombros. Eso carece de importancia: hemos encontrado otra pista, estamos un paso más cerca de encontrar lo que Orion ocultó antes de que lo congeláramos. Y también —espero— estamos un paso más cerca de descubrir su secreto.

Un secreto que tal vez nos permita reparar de una vez el motor.

Apenas me atrevo a pensarlo, pero es innegable que Orion sabía muchas más cosas de las que todos pensábamos, y me da la impresión de que todas tienen que ver con la avería. Ese terrible secreto del que no hace más que hablar puede ser la clave; tiene que serlo.

—¿Listo? —me pregunta Amy, y desliza los dedos por la pantalla del flexible.

Pero en vez de mostrar una imagen de Orion sentado en unas escaleras, la pantalla sigue negra. Me acerco un poco más. Los dedos de Amy se tensan hasta combar el flexible.

—¿Por qué no se enciende? —dice—. ¿He hecho algo mal?

Estoy abriendo la boca para decir que no cuando una hilera de letras blancas empieza a desfilar por la pantalla.

Has llegado hasta aquí. Me alegro. No esperaba menos de ti.

En primer lugar quiero plantearte una pregunta: ¿por qué la nave transporta un arsenal como este?

—Eso es justo lo que me gustaría saber —murmuro.

—¿Eh? —pregunta Amy sin dejar de mirar la pantalla.

—Nada.

Tiene que haber alguna razón. Seguro que te estás haciendo la misma pregunta que le hice yo a Eldest: si esta es una misión pacífica de exploración, como él afirmaba, ¿por qué estamos armados como si fuéramos a entablar una guerra?

Elder nunca me dio una respuesta convincente. Me dijo que las armas nos harían falta cuando aterrizáramos, y que los mandos criopreservados tenían sus razones para transportar un arsenal así. Pero las armas solo sirven para una cosa: matar. Haya lo que haya en Tierra Centauri, cuando aterricemos serán ellos o nosotros.

Y en cualquiera de los dos casos, nosotros, los nativos de la nave, nos encontraremos justo en medio.

Las últimas palabras se desvanecen y la pantalla se emborrona. De pronto, la imagen se aclara y aparece Orion sentado al pie de una escalinata. Esta grabación es diferente de las demás, no solo por el texto que la ha precedido, sino porque aquí Orion es mucho más joven: no tendrá más de veinte años. La cámara está torcida, y Orion alarga un brazo para enderezarla. Cada pocos segundos mira a su alrededor como si temiera ser descubierto.

ORION: Acabo de descubrir el gran secreto.

—Aquí es más joven —dice Amy.

—Se parece a mí.

—Para nada.

Sí que se parece a mí.

Orion se endereza y acerca la cara a la cámara.

ORION: Esto es más grave que lo de los clones o lo del fidus. De hecho, es la razón por la que necesitamos fidus.

—También suena como yo.

Orion traga saliva y se queda callado un rato. Amy me mira de reajo con expresión preocupada, pero no le hago caso: estoy mirando cómo Orion se muerde el labio inferior.

ORION: Eldest no quiere que nadie descubra este secreto. No creo que tuviera intención de contármelo jamás, pero...

Ahora habla en un susurro agitado. Amy y yo nos inclinamos hacia delante sin atrevernos a respirar.

ORION: Hacía falta reparar una avería en el casco de la nave. Eldest me ordenó que enviara al primer navegador Devyn, pero preferí hacerlo yo. Y entonces vi... vi lo que Eldest no quería que viera. Se ha puesto más furioso que nunca. Otras veces he pensado que incluso podría... Y ahora sé que es capaz de... Tal vez tenga que...

La cámara se desplaza hacia la izquierda de la escalera y enfoca un montón de ropa y varias cajas cerradas esparcidas sobre un catre.

ORION: Llevo ya un tiempo preparándome. Desde que vi ese infierno de hielo en el nivel inferior, desde que averigüé que somos clones. Sé que soy reemplazable; en cualquier momento, Eldest podría cumplir sus amenazas.

La cámara vuelve a enfocar su cara, que ahora muestra una expresión desafiante. «Sí, se parece a mí», pienso.

ORION: Yo conozco los secretos de Eldest, pero él no sabe nada de los míos. No sabe dónde me he escondido. Ha tratado de seguir mis pasos con el localizador de intercoms, pero yo sé cómo trucar la señal; ahora mismo, Eldest cree que estoy en el hospital.

Se lleva la mano a la oreja izquierda y la roza, pero no aprieta el botón del intercom.

ORION: Eldest no sabe nada de este lugar. Pero no es suficiente; tal vez tenga que...

Sus dedos se cierran alrededor del intercom y sus uñas raspan la piel dejando rastros rosados. Miro a Amy de soslayo: con los labios fruncidos en un mohín de preocupación, acaricia su pulsera con la yema del dedo índice.

ORION: Pero el secreto tiene que seguir siéndolo... Nadie debe averiguarlo. Ni siquiera debería saberlo yo. Es... demasiado.

Orion se levanta y empieza a caminar en círculos. Sus pies entran y salen del encuadre; su voz se aleja y se acerca al mismo ritmo.

ORION: Ya no sé qué frexo está bien y qué no. ¿Digo la verdad? ¿O es mejor vivir en una mentira? ¿Y si...?

Se oye el roce amortiguado de sus pasos a medida que se aleja de la cámara.

ORION: No puedo taparlo. Tal vez haga falta que alguien se entere; a lo mejor, en el futuro es necesario que... Pero no, la red de flexibles no es segura...

Aguzo el oído: sobre el ruido de pisadas se oye un murmullo, como si Orion mascullara para sí algo que no logro entender. Entonces alza la cámara y las imágenes se emborronan. Unos segundos después, Orion vuelve de nuevo la cámara hacia su rostro, que ahora está en sombra.

ORION: Voy a dejar esta grabación para que alguien la encuentre. Si me pasa algo, si Eldest... En fin. Si me ocurre algo malo, supongo que tiene que haber alguien que sepa todo esto.

Orion respira hondo y abre la boca para decir algo.

La grabación se corta de golpe.

—¿Ya no hay más? —pregunta Amy.

—No, mira: todavía queda algo.

En la pantalla vuelven a aparecer letras blancas.

Esto ocurrió hace mucho tiempo, pero no por ello deja de ser cierto. Amy, has visto la verdad con tus propios ojos. Has visto las armas. Sabes... tienes que saber que si necesitamos un arsenal como este para aterrizar en Tierra Centauri, es que no merece la pena aterrizar allí. Cierra de nuevo esta sala, olvida la clave y aléjate de aquí.



—Frexo... —masculla Elder con amargura mientras se aparta de la pantalla.

Le interrogo con la mirada.

—Lo único que prueba esta grabación es que estaba loco —explica—, y que todo este asunto de las pistas no ha servido para nada.

—¿Para nada? —repito agarrando el flexible.

—Para nada. Pensé que Orion nos daría alguna indicación de cómo arreglar el motor, pero esta grabación solo habla de un gran secreto que Orion decidió no compartir con nosotros. Nos ha hecho recorrer toda la nave en busca de pistas que nos han traído hasta esta sala... solo para decirnos que salgamos de ella y volvamos a cerrarla. ¿Te parece que eso sirve para algo?

Suspiro, enrolló el flexible y me lo meto en el bolsillo.

—Pues yo tengo la mosca detrás de la oreja.

—¿Que tienes qué?

—Quiero decir que hay algo que me extraña en todo esto.

En la cara de Elder se dibuja una sonrisa pícara.

—Cada vez que hablo contigo me sales con alguna palabra rara.

—¡Eh! —le propino un puñetazo amistoso en el brazo—. ¿No habíamos dejado claro que el que habla raro eres tú?

Elder cierra la pesada puerta tras nosotros y se asegura de que queda bloqueada. No importa: no voy a olvidar el código así como así.

—Orion parecía asustado —digo mientras recorremos el pasillo.

—Estaba chalado. Por aquella época debió de ser cuando Eldest trató de matarlo, y está claro que se le fue la cabeza. Estaba paranoico...

—¡No me extraña! —salto.

Mi mano va sola hasta mi oreja y roza la suave piel de detrás, mientras recuerdo cómo Orion se arañó allí. ¿Cómo lograría convencerse para escarbar más hondo, para desgarrarse la piel y sacar los cables que se internaban en su cráneo? Miro el intercom de mi muñeca y trago una bocanada de bilis al pensar en cómo estos cables saldrían goteando sangre y... puaj.

—De todos modos, hay algo raro —prosigo—. Mientras que las demás grabaciones estaban en esos chismes de memoria, esta la cargó en un flexible. Ninguna de las otras tenía texto, y las imágenes que mostraban eran mucho más recientes. Esta grabación se hizo justo antes de que Orion fingiera su muerte. ¿No crees que alguien podría haberla... trucado, o algo así?

—Tal vez sí y tal vez no —Elder frunce el ceño—. Mira, ya sé que Orion hizo esas grabaciones para que tú las vieras y que por eso te sientes en deuda con él. Pero tenemos que aprender a vivir en esta nave del frexo sin las adivinanzas que nos dejó Orion —se pasa la mano por el pelo; normalmente lo hace cuando está pensando, pero ahora hay exasperación en su gesto, como si lo hiciera para contener las ganas de dar un puñetazo a algo—. Hay problemas muy serios, y esto no es más que una pérdida de tiempo. El motor no va a arreglarse solo. Las tonterías de Orion nos están desviando de los auténticos problemas.

Me muerdo el labio. Orion no nos dejó ninguna adivinanza: me la dejó a mí. Y todo este juego de pistas tiene que ver con la forma de salir de la nave, no me cabe duda. Puede que esté relacionado con el arreglo del motor, con la razón del retraso o con cualquier otra cosa, pero sé que es importante.

Además, ¿cuánto tiempo podremos continuar como hasta ahora?

—Espera —gruñe Elder dándose la vuelta.

Agacha la cabeza y aprieta el botón del intercom con tanta fuerza que casi me duele verlo. Durante unos segundos habla en susurros, pero de pronto suelta un grito que me hace dar un respingo:

—¿¡Qué!?

—¿Ocurre algo, Elder? —le pregunto tocándole un brazo. Él lo aparta bruscamente.

—¿Qué? —repite—. Voy ahora mismo.

Aprieta el botón para cortar la comunicación y me mira un instante antes de emprender camino hacia el ascensor.

—Tengo que irme —dice sin darse la vuelta.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —le interrogo mientras troto para ponerme a su altura—. Elder, ¿ocurre algo?

—Bartie ha vuelto a la carga —Elder estampa el puño en el botón de llamada del ascensor—. Amy, no puedo perder más tiempo con esto.

—No es perder el tiempo —musito.

La puerta del ascensor se abre y Elder extiende un brazo para impedir que se cierre de nuevo. Sus ojos buscan los míos.

—No estoy enfadado contigo —dice en tono sincero—. Pero estas «pistas» no van a arreglar la vida en la nave.

Entra en el ascensor y se va, dejándome sola en la sala fría y desierta. Una parte de mí desearía que Elder se quedase conmigo, pero sé que es necesario en otras partes de la nave. Mientras vuelvo lentamente al pasillo donde está el arsenal, me pregunto cómo serían las cosas si Elder no tuviera que dirigir la *Fortuna*. No puedo pedirle que renuncie a un liderazgo que lleva toda la vida esperando ejercer... Pero si no tuviera que ocuparse de la nave por encima de todo lo demás, tal vez lo creyera cuando dice que le importo.

Me saco del bolsillo el flexible. Puede que Elder tenga razón, y esto no sea más que una gymkana absurda.

Sin embargo, es todo lo que tengo. Es el primer atisbo de esperanza que veo desde que desperté hace tres meses, y tengo que aferrarme a él con uñas y dientes. Tengo que creer que me llevará a algo, a cualquier cosa.

Reproduzco de nuevo la grabación, tratando de leer entre líneas y aguzando el oído para captar algún matiz extraño en la voz de Orion, algo que arroje un poco de luz sobre todo esto.

La voz de Orion, tan parecida a la de Elder, resuena en el corredor: «Eldest no quiere que nadie descubra este secreto. No creo que tuviera intención de contármelo jamás, pero... Hacía falta reparar una avería en el casco de la nave. Y entonces vi... vi lo

que Eldest no quería que viera».

—No sé qué verías —susurro sin despegar los ojos de la cara de Orion—. Pero fuera lo que fuera, estaba en el exterior de la nave.

Y sin embargo, es imposible salir de aquí. Si lo hacemos, el vacío del espacio nos asfixiará, nos licuará los pulmones, nos sacará los ojos de las órbitas o qué sé yo; en cualquier caso, es imposible sobrevivir ahí fuera. A no ser... a no ser que alguna de las dos salas cerradas contenga trajes espaciales.

Dirijo la mirada a la sala de la escotilla. Claro, ¿cómo no va a haber algo que permita a los tripulantes de la nave salir por ahí? Quienes fabricaron la nave tuvieron que prever que, en algún momento a lo largo de los siglos, hiciera falta reparar algo en el exterior. En su primera grabación, Orion dijo que yo era su «plan de emergencia»; bien, pues supongo que este es el plan de emergencia de los diseñadores de la *Fortuna*. En este pasillo hay cuatro salas: una es el arsenal, otra lleva a una escotilla exterior... y otra tiene que contener trajes espaciales.

La idea es tan impactante que me deja sin aliento. Y entonces recuerdo otra cosa que ha dicho Orion: «... el secreto tiene que seguir siéndolo».

No. Quiero —necesito— llegar hasta el final de esto. Quiero saber lo que sabía Orion. Porque si se trata de algo que puede poner la nave en marcha, si es algo que puede llevarnos hasta el planeta, merece la pena explorarlo. Y si es algo que demuestra que jamás nos moveremos de aquí... Entonces, también lo quiero saber. Lo que me está matando es la incertidumbre, el no saber si podemos hacer algo para que esto cambie o no.

Vuelvo a reproducir la grabación.

Es verdad que hay algo distinto en esta pista. Las cosas no encajan: el que esté en un flexible en vez de en una tarjeta, el texto sobreimpreso, la juventud de Orion... Es como si alguien hubiera encontrado una antigua grabación y la hubiera modificado para fabricar una pista. Alguien distinto de Orion.

Y eso quiere decir que la verdadera pista está en poder de esa otra persona.



—Frexo —mascullo mientras Marae enumera todo lo que ha pasado desde que empezó el día. Solo he pasado dos horas con Amy, pero ha sido demasiado tiempo: no tendría que haber ignorado las llamadas a mi intercom.

Lo primero fue la reunión que Bartie convocó en el archivo en cuanto se encendió la lámpara solar. La segunda navegadora Shelby se enteró y llamó desde allí a Marae, quien trató de ponerse en contacto conmigo. Para cuando Marae y los demás navegadores de elite lograron llegar al archivo, Bartie ya había expuesto sus ideas sobre la forma en que debe dirigirse la nave, dejando claro que no me considera apto para hacerlo. Treinta de los asistentes firmaron el escrito con sus huellas dactilares.

Entonces Marae trató de «arrestar» a Bartie; sin embargo, a pesar de todo lo que le di para leer acerca de los conflictos civiles y la función de la policía, creo que no ha llegado a captar el concepto. Ella pensó que bastaría con gritar «¡Te arresto!» en voz muy alta para que Bartie abandonara. Evidentemente, no lo hizo, y para la hora del almuerzo todos los habitantes de la nave habían recibido el escrito en sus flexibles.

Lo que no habían recibido era el almuerzo. Así que tuve que ir a la ciudad, subirme a una mesa del Punto de Distribución y explicar a la gente que la entrega de comida se retrasaría unas horas por razones que aún no podía explicar. Mientras hablaba, Fridrick no dejaba de mirarme con una sonrisilla de suficiencia; su expresión me hizo recordar lo que me había dicho Bartie sobre las sublevaciones y la falta de comida. Aunque hice una llamada general por los intercoms para decir que a la hora de la cena habría ración extra, los ánimos no parecieron calmarse.

Y ahora, cuando pensaba que había logrado sobrevivir a este día, Doc me llama para comentarme que alguien entró ayer en su despacho y le robó todos los parches de fidus que tenía almacenados.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, frexo? —estallo, y Doc se sobresalta.

—Parecías muy ocupado...

Suelto un rugido de rabia. Esto explica muchas cosas: mientras corría antes de un lado a otro, observé que mucha gente intercambiaba comentarios disimulados, pero pensé que se debía al manifiesto de Bartie. Ahora, sin embargo, me doy cuenta de que se estaban pasando parches de fidus. Mucha gente deprimida —y otros que no lo están— pagaría lo que fuera por uno de ellos.

—Lo peor es que debió de ocurrir ayer —comenta Doc mientras yo observo el desorden de su despacho—. La última vez que estuve aquí fue ayer por la mañana, muy temprano; alguien entró, se llevó todos los mediparches y luego aprovechó para matar a Stevy con ellos.

Sus labios se tuercen en una mueca de amargura: no sé qué le disgusta más, si el robo o el caos que han provocado los ladrones en su despacho.

—Apliqué una concentración de fidus muy alta a esos parches —explica—. Lo hice a propósito, de forma que solo hiciera falta uno para aplacar instantáneamente a los pacientes. Lo malo es que la dosis es tan alta...

—... que solo hacen falta tres para causar una sobredosis mortal.

—Exacto. Con dos, todos los sistemas corporales se ralentizan y los órganos empiezan a fallar. Con tres, el paciente muere. No hubiera debido hacerlos tan potentes, pero pensé...

—Pensaste que no los manejaría nadie más que tú.

—Sí, Kit o yo: alguien que conociera los riesgos y pudiera calibrarlos.

Doc parece arrepentido. Pero yo soy tan culpable como él, si no más: al fin y al cabo, yo aprobé el uso de esos parches.

Los dos nos quedamos callados unos segundos y miramos alrededor. El despacho, siempre tan ordenado y limpio, está irreconocible: la mesa, tirada junto a la pared; el armario donde Doc guarda las medicinas bajo llave está reventado, y todos los parches, esparcidos por el suelo. No hay ninguno de color verde pálido.

Kit entra a la carrera.

—Ha llegado un informe —jadea.

—¿De qué? —pregunta Doc.

—De una muerte. Sobredosis. Los parches...

Nos ponemos en marcha de inmediato. Doc me lleva al vehículo eléctrico que utiliza el personal médico y me indica que me siente en la parte de atrás. Mientras cruzamos a toda velocidad el nivel de alimentación, pienso en lo mal que se han puesto las cosas desde que me he hecho cargo de la nave.

—¡Tienes que hacer algo! —grita Doc volviendo la cabeza—. Hay que lograr que los alimentadores te acepten como líder. ¡Usa este problema para demostrar tu fuerza!

Sí, claro. Nada más fácil.

Doc guía el vehículo por las calles de la ciudad hasta llegar al barrio de los tejedores.

—¿Por qué paramos aquí? —pregunto con el corazón encogido.

Antes de que Doc pueda responderme, alguien me agarra del cuello de la camisa y me saca del vehículo en volandas. Me tambaleo en la calzada, luchando por no perder el equilibrio.

—¡Hace falta tener chulza! —berrea Bartie.

Retrocedo, asombrado.

—¿Se puede saber qué...?

Bartie me interrumpe con un empujón que me hace recular hasta que mi espalda choca con el vehículo. Observo atónito cómo se saca un puñado de parches verdes y me los tira a la cara.

—¿Es esto cosa tuya? —chilla, con la nariz casi pegada a la mía.

—No sé de qué me hablas.

—Estos mediparches «especializados» están llenos de fidus, chulza de mierda —gruñe lanzándome salivazos a la cara.

—Sí, ya... ya lo sé —respondo mientras miro de reojo los parches esparcidos por el suelo.

—¿Lo sabes? ¿Ni siquiera vas a negarlo? ¡Lo sabes! ¿Cómo has podido permitir que Doc volviera a fabricar fidus? Dijiste... Prometiste no volver a usarlo jamás. ¡Estúpido chulza de frexo...!

—Y tú, ¿de dónde los has sacado? —contraataco.

No me gusta la forma en que está invadiendo mi espacio, sin dejarme aire suficiente para respirar. Intento recuperar posiciones, pero Bartie no retrocede.

—¿Cómo has sido capaz? —suelta con desprecio—. ¡Te paseas por toda la nave jactándote de lo grande que eres porque nos has librado del fidus, y luego te dedicas a pegar parches a la gente como si nada! ¿Que alguien se cruza en tu camino, que alguien te molesta un poco? ¡No pasa nada, le sueltas un parche y problema solucionado!

Bartie se da la vuelta y hace ademán de marcharse. Pero justo cuando me acerco a Doc, que está petrificado en la calzada, Bartie gira en redondo y me propina un nuevo empujón que vuelve a estamparme contra el vehículo.

—Eres peor que Eldest, ¿sabes? Al menos, él nos trataba a todos igual. ¡Tú estás eliminando a los que no te gustan! —me espeta.

Me vuelve la espalda y echa a andar.

—¡Eh, un momento! —estallo.

Él se detiene, pero no se vuelve a mirarme. Se queda parado, con la espalda rígida y las manos cerradas.

—¡No he hecho nada malo! —digo.

—¿Que no has hecho nada malo? —Se burla Bartie—. Eso cuéntaselo a Lil —remacha, y se aleja sin más.

La gente ha salido de las casas y nos mira en silencio. En cuanto Bartie dobla la esquina, todos empiezan a murmurar.

—¿Qué dice de Lil? —le pregunto a Doc mientras recojo los parches del suelo y me los guardo en los bolsillos; puede que la nave esté repleta de parches, pero al menos estos no caerán en malas manos.

Él me observa con el rostro fruncido en una mueca oscura. No me preocupa: sé que va dirigida a Bartie, no a mí.

—Lil es la muerta de la que hablaba Kit —responde.

Subo de dos en dos las escaleras del antiguo hogar de Harley. No sé qué espero encontrar dentro, la verdad. La casa está exactamente igual que el otro día:

desordenada y con olor a rancio. Cuando entro en el dormitorio principal, veo a Lil en el mismo lugar en que la dejamos Amy y yo.

En su frente se alinean tres parches verdes. Hay una palabra escrita en cada uno: «Seguid al líder».

—¿Te das cuenta de lo que significa esto? —dice Doc.

Al comprobar que no digo nada, él mismo contesta a su pregunta.

—Esto es un asesinato. Alguien ha matado a Lil por ti.

—¿Por mí? —balbuceo.

No logro despegar los ojos del cuerpo de Lil, que se hunde en el colchón como si fuera parte de él.

—«Seguid al líder». Es una advertencia para los que quieran desviarse.

—¡Pero si ella no había hecho nada! No estaba metida en el grupo de Bartie, jamás habló en contra de mí...

—Se negaba a trabajar —replica Doc.

Se sienta en el borde de la cama y empieza a despegar los parches de la frente de Lil. Al principio se quedan prendidos a su piel, y tiene que darles un tirón para que se desprendan con un ruidito rasposo.

—La gente que no trabaja, que no coopera en las tareas de la nave, se separa del líder. Si no trabajan, no te siguen —explica Doc, y se queda callado hasta que separo los ojos del cuerpo de Lil para mirarlo a él—. La mataron por ti —remacha lentamente, como si quisiera asegurarse de que el peso de esta muerte queda bien asentado sobre mis hombros.



No aguanto más aquí encerrada. Sé que no puedo salir a correr, pero al menos puedo escapar de este nivel, de este pasillo y estas puertas que parecen reírse de mí. Tengo que moverme, hacer algo.

Cuando llego al vestíbulo del hospital, me encuentro rodeada de un tumulto de pacientes indignados y enfermeros exasperados.

—¡No corres peligro! —le grita Kit, la aprendiz de Doc, a una mujer—. ¡Con uno solo no pasa nada!

—¿Cómo puedes estar tan segura? —protesta la mujer con voz pastosa por las lágrimas.

—¡Tú misma eres la prueba! —replica Kit perdiendo la paciencia—. No te ha pasado nada, ¿verdad?

—No, creo que no... Pero de todos modos...

Kit suelta un gruñido de frustración, echa a andar y casi me derriba.

—Perdona.

—No pasa nada. ¿Qué ocurre?

—Esos mediparches del frexo... La gente tiene miedo de que les pase algo, pero si se hubieran puesto demasiados, ya estarían muertos. Lo malo es que no les entra en la cabeza.

—¿De qué parches hablas?

Kit se lleva la mano al bolsillo de la bata y saca un cuadrado de color verde claro.

—Los hizo Doc para los pacientes deprimidos. Funcionan perfectamente... en la dosis adecuada. Si solo te pones uno, no pasa nada. Pero se ha corrido la voz de que

más de tres pueden matarte.

—¿Qué contienen? —pregunto.

—Fidus —contesta Kit con tono ligero, aunque se queda esperando mi reacción antes de seguir hablando.

Fidus... Pensé que ya habíamos acabado con ese asunto.

Una parte de mí está enfadada. No, enfadada no: furiosa. Pensé que Elder y yo estábamos de acuerdo en no volver a usar jamás el fidus. Elder ha roto la promesa que me hizo.

Pero otra parte de mí no olvida la escena de la ciudad, la forma en que la multitud se convirtió en una turba rabiosa.

—¡Vamos a morir todos! —chilla la mujer abalanzándose sobre Kit y aferrando las solapas de su bata.

Kit rodea con la mano una de sus muñecas y la mujer se relaja inesperadamente. Sus brazos caen a los lados y su cuerpo entero parece aflojarse.

—Vamos, vamos. Tranquilízate —la arrulla Kit, y la mujer no replica.

Es en ese momento cuando distingo el parche verde que tiene pegado en el dorso de la mano.

Kit la conduce a una silla, la sienta en ella y se vuelve hacia mí con aire satisfecho. Yo... yo no puedo evitar devolverle la sonrisa. Ha logrado solucionar el problema; tal vez, si Elder hubiera tenido unos cuantos parches como este ayer, en la ciudad, habría podido atajar la revuelta antes de que se le fuera de las manos. Y si yo hubiera llevado uno en el bolsillo cuando Luthor irrumpió en la sala de Narrativa...

—¿Podrías darme alguno de esos parches? —le pregunto.

Ella entorna los ojos.

—¿No me oíste antes? Son peligrosos; estamos tratando de recuperar todos los que nos robaron. Se supone que solo debemos administrarlos Doc, los enfermeros y yo.

Ah, interesante: no sabía que se los hubieran robado.

—¿Y si me das solo uno?

La frialdad de Kit parece derretirse de pronto. Creo que le doy pena; debe de pensar que estoy deprimida por ser una anomalía, y siempre me trata con esa amabilidad sofocante que se reserva para la gente con alguna discapacidad.

—No se lo cuentes a Doc —me susurra mientras me ofrece un parche con disimulo.

Lo deslizo en el mismo bolsillo donde guardo el flexible que encontré en el cuarto de armas.

Antes de salir del hospital, me ajusto la capucha. El parche de fidus hace que me sienta fuerte, así que no me molesto en ponerme la tira de tela. Echo a andar hacia el archivo: no sé muy bien qué quiero buscar, pero sé que Orion dejó todas esas pistas para que yo las encontrara. Y aunque alguien manipulara la última, tal vez Orion tuviera algún plan B para asegurarse de que yo recibía el mensaje. Hasta ahora, todas las pistas auténticas estaban ocultas en los cuadros de Harley o en el archivo; tal vez pueda retomar ahí el rastro.

Sin embargo, no va a ser fácil localizar una pista en el laberinto de estanterías, salas de exposiciones y muestras de artefactos que es el archivo... si es que hay alguna pista, claro. Por primera vez desde que me desperté, la *Fortuna* me parece gigantesca. Tengo las mismas posibilidades de encontrar lo que busco que una bola de nieve de sobrevivir en pleno infierno.

Se me escapa una sonrisa irónica: al fin y al cabo, el infierno de Dante estaba hecho de hielo.

Al aproximarme al archivo distingo un grupo de gente que se apiña en el porche. Me calo bien la capucha y meto la mano en el bolsillo para asegurarme de que el mediparche sigue ahí.

—La nave necesita una mano firme —dice un hombre.

Me detengo junto al pasamanos, vacilante. Decido darme la vuelta: así, si me miran, solo verán mi espalda.

—¿Qué tal Bartie? —propone una mujer—. O Luthor...

—Sí, puede ser uno de esos dos u otro. Cualquiera, siempre y cuando sea mayor y tenga experiencia.

Me aproximo un poco con disimulo: quiero oír bien todo lo que dicen.

—Elder lleva toda la vida preparándose para dirigir la nave —interviene otra mujer. Me entran ganas de aplaudir: al menos, alguien da la cara por Elder.

El hombre suelta una risa sardónica.

—Elder nunca escuchó a Eldest. Es completamente distinto de él.

Me vienen a la mente los tubos refrigerados llenos de clones que hay en el laboratorio de abajo: Elder y Eldest se parecen mucho más de lo que este hombre puede suponer. Por un momento, pienso que Elder se equivocó al no decir a la gente que es un clon; fue uno de los pocos secretos que decidió no revelarles. Pero enseguida me doy cuenta de que tiene derecho a reservárselo. Al fin y al cabo, ese secreto no le afecta a nadie más que a él.

—¿No os habéis dado cuenta de que las raciones son cada vez más escasas? Hoy ni siquiera hemos tenido almuerzo. Elder cree que puede controlarnos si controla nuestra comida, y si aun así nos rebelamos, echa mano de sus parches. Esos parches son un peligro; más de uno ya se ha muerto por su culpa.

—Lo que yo quisiera saber es por qué hay parches de esos en todas partes —añade una voz profunda de mujer—. Para mí que el propio Elder los repartió después del problema que hubo en el Punto de Distribución. Puede que haya dejado de echarlo en el agua, pero está haciendo todo lo posible para callar la boca con fidus a cualquiera que proteste.

—Doc dice que alguien robó todos los mediparches —protesta la única mujer que apoya a Elder.

—Sí, eso dice —replica el hombre con sarcasmo—. Pero Doc siempre le ha hecho la pelota a Eldest. Seguro que Elder le ha ordenado parchear a todos los alborotadores.

—Sí, pero... —protesta la mujer.

No aguanto más. Me doy la vuelta y subo los escalones a la carrera.

—¿Se puede saber qué os proponéis? —exploto—. Como sigáis difamando a Elder de este modo, vais a causar una revuelta.

El hombre que hay en el centro del grupo se encara conmigo, pero no parece preocuparle que los haya oído. De hecho, su expresión es más bien de orgullo.

—Esto no tiene nada que ver con revueltas de ningún tipo —dice tan lentamente como si hablara con una niña—. ¿No has leído el manifiesto de Bartie? —añade,

ofreciéndome un flexible que yo rehúso agarrar—. Estamos hablando de lo que es mejor para la nave, de cómo hacer que todos vivamos felices —hace una pausa—. La nave es más importante que cualquiera de nosotros, Elder incluido.

—¿Felices? —replico; cuanto más edulcorada es la voz del hombre, más furiosa me pongo yo—. ¿Y qué ha hecho Elder para que seáis infelices?

La mujer de la voz profunda sacude la cabeza.

—No es que Elder sea malo. Es que no lo hemos elegido nosotros.

—Bartie ha leído muchos de los libros del archivo —dice el hombre volviendo a tenderme el flexible, aunque yo no me doy por enterada—. En Tierra Solar había países que tenían sistemas distintos. Votaban, celebraban elecciones y cosas así. La gente podía elegir, tenía voz.

—Sí, pero atacar a Elder no es lo mejor en este momento —replico.

Sus argumentos parecen tan... tan lógicos que no sé cómo hacerlos entrar en razón. Si pudiera hacer que me escucharan de verdad, si lograra mostrarles lo mucho que Elder se está esforzando, tal vez no le criticarían tan a la ligera.

—Lo siento —responde el hombre—, pero tampoco podemos confiar en ti.

—¿Por qué no? ¡Yo también vivo aquí!

—Pero no eres una de nosotros —me espeta mientras sus ojos recorren los mechones rojizos que han escapado de la capucha.

Los oculto rápidamente y el hombre esboza una sonrisa de suficiencia: parece estar en su salsa. Yo, sin embargo, me noto cada vez más ruborizada.

—Lo único que sé —añade— es que antes de que tú aparecieras no nos hacía falta policía. Sin ti, todo iba bien.

Retrocedo dos escalones.

—Tal vez Elder fuera el líder que necesitamos si no tuviera tantas distracciones —dice la mujer de voz profunda, y me asombra la tranquilidad con la que propone eliminar la distracción que soy yo.

Bajo dos escalones más.

—Todo empezó con ella —remacha la otra mujer.

Mis dedos se cierran en torno al parche de fidus que llevo en el bolsillo, aunque un solo parche no podría detener a toda esta gente. ¿Por qué tuve que meterme en la discusión?

El dorso de mi mano roza la lista de Orion.

No: no dejaré que el miedo me impida encontrar la siguiente pista.

Me abalanzo hacia el archivo apartando con el hombro a la mujer de la voz profunda. El hombre se retira de mi trayectoria, pero sus ojos no se despegan de mí mientras empujo las puertas y entro en la sala principal. No me gusta esa mirada. Me recuerda demasiado a la forma en que Orion me mira, como si yo fuera un objeto y no una persona.

El archivo está casi desierto. Frente al flexible de Literatura hay un hombre alto y flaco que lee un ensayo de Henry David Thoreau, y otras cuatro personas se apiñan en una esquina frente a un texto sobre el levantamiento de los bóxers. Nadie mira el flexible de Ciencias, y eso me extraña. Desde que Elder retiró el fidus del suministro de agua, es la primera vez que no veo un grupo de gente ante ese flexible, analizando el croquis del motor para mejorar su eficiencia, sin saber que llevamos años varados.

Me dirijo con paso rápido hacia las salas de lectura; no creo que la gente del porche se moleste en seguirme, pero prefiero no pasar mucho rato aquí.

No entro en las salas de Referencia. Orion dejó las pistas pensando en mí; aunque alguien haya manipulado los acertijos haciéndose pasar por él, creo que tengo muchas más posibilidades de encontrarlos en las salas de Narrativa o Arte.

Tengo que creer que voy a encontrar algo. Tengo que creerlo.

Alguien debió de modificar el último mensaje: creo que borrarón partes y tal vez añadieran todo el texto. Pero Orion dejó un rastro mucho más elaborado. Se tomó tantas molestias para esconder cada una de las pistas... Tiene que haber dejado algún cabo al que agarrarme, alguna forma de llegar al próximo paso.

Recorro las estanterías con los dedos en busca de algún indicio. Vuelvo a hojear el *Infierno* de Dante, y luego el *Paraíso* y el *Purgatorio*. Repaso toda la bibliografía de Lewis Carroll, incluido el *Jabberwocky*, aquel poema absurdo que la señora Parker nos obligó a analizar.

No, esto es una pérdida de tiempo. Puede que Orion dejara la pista siguiente en un libro, pero no puede ser un libro que ya haya usado.

Me dejo caer en la única silla que hay en la sala. En medio de la mesa hay un libro, los *Sonetos* de Shakespeare: lo dejé yo ahí el otro día, cuando buscaba el libro de Dante y encontré este mal colocado en la sección de la D. Supongo que el nuevo archivero está demasiado ocupado redactando manifiestos y fomentando una revolución absurda como para molestarse en hacer su trabajo.

Lo agarro con un suspiro, me encamino a la estantería de la S y coloco el libro en un hueco entre *El rey Lear* y *Macbeth*. Luego me dirijo a la puerta: tal vez merezca la pena revisar el resto de cuadros de Harley, por si acaso.

Pero me detengo antes de salir. Orion tenía planes de emergencia para todo: ¿y si hubiera dejado pistas accesorias junto a las principales? Yo soy la única que utiliza realmente los libros de estas salas, y antes de que apareciera yo, el único era él. ¿Qué probabilidades hay de que alguien colocara mal un libro... y lo pusiera justo al lado del que contenía la primera pista?

Me abalanzo hacia la estantería de la S y saco el libro con manos temblorosas. Hojeo sus páginas, salpicadas de ilustraciones que muestran escenas de la vida en la época isabelina. En la primera hay un retrato del autor. Sonrío para mis adentros: la señora Parker decía que el destino de los personajes de Shakespeare estaba escrito en los astros, pero no creo que al autor se le ocurriera que algún día sus obras viajarían literalmente entre las estrellas.

Aunque ahora mismo no están viajando, exactamente.

Paso las páginas con avidez; sé que Elder me criticaría si me viera tratar el libro con tan poco mimo. Nada. Me fuerzo a recobrar la calma y leo los sonetos con atención, aunque hay muchos que no acabo de entender.

Al acabar, suelto un suspiro. Me dan ganas de estampar el libro contra la pared. Había puesto tantas esperanzas en él...

Tal vez Elder esté en lo cierto al decir que esto no tiene sentido.

Aun así, me llevo el libro a mi habitación del hospital.

La entrada del hospital sigue llena de gente, aunque la lámpara solar se apagará dentro de poco. En la tercera planta, sin embargo, no hay casi nadie. Me asomo a la sala común y solo veo a Victria sentada en un sofá que hay frente a la ventana. Cuando estoy a punto de saludarla, recuerdo la furia con la que me miró cuando nos encontramos en el cuarto de Harley y en el laboratorio, y decido marcharme sin decir

nada. Pero Victria ya me ha oído y se vuelve hacia mí. Esta vez, su expresión no muestra enfado.

Está llorando.

Pienso en decirle algo, pero no creo que quiera hablar conmigo. Mientras la puerta de cristal se cierra a mi espalda, oigo un bufido: está claro que me odia. Y entonces me doy cuenta de que en realidad ha sido un sollozo contenido.

Entro en la sala y me acerco a ella.

—Vete —me dice sin mucha convicción.

—¿Qué te pasa?

Ella vuelve el rostro hacia la ventana. Me siento a su lado y cruzo las piernas.

—No voy a irme hasta que no me lo cuentes.

Ella se queda callada un buen rato. Al ver que no me muevo, empieza a hablar, con la cara tan pegada al cristal que sus palabras forman una nube de vaho.

—Le echo de menos. Cuanto más empeora todo, más pienso en lo que habría hecho él.

—¿Te refieres...? ¿Te refieres a Orion?

Ella hace un ruido extraño, a medio camino entre un sollozo y una carcajada amarga, y se enjuga las lágrimas con la manga.

—En realidad, es una tontería —dice, más para la ventana que para mí—. Él era mayor que yo; supongo que me veía como una niña tonta. Pero a mí... siempre me han gustado las historias, los libros. Iba mucho por el archivo, y él siempre estaba allí.

Mis labios se curvan en una sonrisa triste mientras recuerdo la imagen que tenía yo de Orion antes de descubrir que era un asesino. En una ocasión, me vio llorar y me limpió la cara y las manos para consolarme; casi me gustaría que pudiera hacer lo mismo por Victria en este momento.

—Lo peor de todo —continúa Victria— es que nunca tuve la oportunidad de decírselo. Aunque creo que él lo sabía... Nos veíamos todos los días en el archivo, hablábamos y nos reíamos, pero nunca llegué a decirle lo que sentía. Y ya nunca podré hacerlo...

Me entristece pensar en lo mucho que tenemos Victria y yo en común: las dos deseamos revelar nuestros secretos a personas que no son más que un bloque de hielo.

—Si de verdad le querías —digo en voz baja—, creo que tuvo que darse cuenta aunque no le dijeras nada.

Victria se vuelve al fin hacia mí esbozando la sombra de una sonrisa. Ya no hay lágrimas en sus ojos.

—Lo que me gustaría es poder elegir —dice.

—¿Elegir?

—Si pudiera hacerlo, elegiría que Orion no me importara.

Las dos nos quedamos calladas un buen rato.

Si pudiera hacer que mis padres no me importaran, ¿lo haría? Las cosas serían mucho más fáciles: al menos, no me despertaría todas las mañanas con la sensación de que en mi interior hay un hueco que duele.

Y entonces pienso en Elder. Cada vez que me mira con esos ojos suaves que tiene, cada vez que se afana en hacer algo que yo le he pedido, me hago la misma pregunta: ¿le quiero? No lo sé. Pero al menos sé que la respuesta depende de mí.

—Creo que todo amor es una elección —digo.

Por eso no soy capaz de amar a Elder: porque no hay nadie más a quien pudiera elegir.

—Pero ¿por qué querría elegir esto? —replica Victria.

Las dos alzamos la mirada al oír un ruido. Se ha abierto la puerta del ascensor.

Mierda.

No puede ser.

Después de todo lo que ha pasado, ¿esto? ¿Este tipo no tiene nada que hacer salvo perseguirme, o qué?

—Fuera —gruño.

Luthor sonríe de oreja a oreja.

—Ah, qué bien: mis dos terneritas en la misma sala.

—Fuera —repito.

Sin hacer caso, Luthor se acerca al sillón. Yo me levanto de un salto, pero Victria se acurruca en el sillón.

—¿Sabéis? —dice Luthor en un susurro dulzón—, creo que el destino me ha traído aquí. Entro en esta sala y os veo a las dos juntitas...

Se acerca a mí, y yo contengo el impulso de retroceder y me meto la mano en el bolsillo. De todos modos, huir es imposible: nos tiene acorraladas frente a la ventana.

Extiende la mano y me acaricia el antebrazo con una suavidad que me repugna. Al llegar al codo, sus dedos se cierran y me acerca de un tirón a él. Mientras Victria contiene un grito de angustia, yo saco la mano del bolsillo y le doy una bofetada a Luthor.

Aunque le doy con todas mis fuerzas, el golpe no es suficiente para derribar a un hombre robusto; al menos, no lo sería sin un poco de ayuda. Luthor se derrumba sin soltarme el brazo, y la manga se me desgarrá antes de que pueda librarme de él. Lo observo: está tirado en el suelo boca arriba, completamente ido.

—¿Qué frexo has hecho? —susurra Victria. Sigue agazapada en el sillón, pero se ha asomado para mirar a Luthor.

—Kit me dio uno de esos mediparches nuevos —explico mientras ladeo la cabeza de Luthor con el pie para mostrarle su mejilla. Mi mano ha quedado marcada en rojo, y en mitad de la huella hay un cuadrado de color verde.

—¿Cómo has logrado sacarlo tan rápido?

—Bueno, digamos que desconfío de Luthor.

—Ya —Victria hace una pausa—. Yo también.

La observo con atención, tratando de penetrar en el cascarón tras el que se oculta siempre. Antes Luthor utilizó el mismo tono dulzón para referirse a las dos. Y ahora, aunque está fuera de combate, Victria sigue acurrucada, como si necesitara protegerse... o proteger algo que hay en su vientre.

—¿Estás embarazada? —susurro.

Es una pregunta absurda: casi todas las mujeres de la nave lo están. Si no se quedaron tras la época de apareamiento, las jeringuillas de Doc completaron el trabajo. Pero las personas que no estaban bajo los efectos del fidus —gente como Harley, Luthor, Elder o la propia Victria— podían elegir conscientemente si participar o no.

Victria asiente con la cabeza.

Doy una zancada para evitar el cuerpo inerte de Luthor y me siento en el sillón.

—¿Qué te hizo, Victria? —murmuro.

Ella sigue observando a Luthor, que parpadea lentamente con la mirada perdida. Estos parches son más potentes que las dosis de fidus que antes se administraban con el agua; creo que, en este momento, Luthor haría cualquier cosa que le pidiera. Si le condujera hasta el borde de la azotea y le dijera que continuara andando, lo haría. La idea me reconforta.

Victria ya no llora, aunque las huellas de las lágrimas son visibles en sus mejillas. Ha decidido contener las lágrimas, controlar su llanto, ya que no puede controlar el pasado. Se agazapa más aún, con las piernas dobladas y el mentón apoyado en las rodillas.

—Fue él —susurra cerrando los ojos.

Preferiría no entender lo que me está diciendo, pero la verdad es que ya lo sabía. Le rozo el hombro y ella se deja caer sobre mí con todo su peso, aún agazapada como si todas las partes de su cuerpo quisieran proteger su vientre. La envuelvo con los brazos y ella me deja hacerlo.

—Fue él —repite con voz lejana—. En la época de apareamiento.

—¿Luthor? —pregunto, con la voz entrecortada por el miedo a oír lo que va a decirme.

—Yo no quería —responde—. Se puso tan violento... —Levanta la mirada para encontrar mis ojos; los suyos están húmedos y enrojecidos—. Habló de ti. Dijo que si no podía tenerme a ti...

Si no podía tenerme a mí, la tendría a ella.

—Intenté... —dice Victria, y su voz se rompe. Da lo mismo: diga lo que diga, la comprendo.

Recuerdo el momento en que abandoné, en que decidí esperar a que todo acabara.

Pero yo me libré.

Victria no.

No me extraña que me odie.

Y ahora, viendo cómo todo su cuerpo se curva alrededor de su vientre, me doy cuenta de que para ella esto no ha acabado.

Ella lleva tres meses viviendo en una pesadilla que para mí solo duró unos minutos, protegiendo algo que debe de odiar y amar al mismo tiempo.

Estrecho su cuerpo y la pego todavía más a mí.

—Chsst. Ya ha terminado —la arrullo, aunque sé que no es verdad.

Le tiro de la mano izquierda hasta que logro desprenderla de su pierna, y ella me observa con intriga mientras enderezo sus dedos uno a uno. Tiene la mano fría y sudorosa, pero ya no tiembla. Enrosco mi dedo meñique alrededor del suyo.

—Esto es una promesa —le digo—. Te prometo que ya nunca estarás sola con tu secreto y tu dolor.

Su dedo no se cierra alrededor del mío; Victria no cree en mis palabras. Sus ojos recorren el cuerpo inmóvil de Luthor.

La idea se nos ocurre a las dos al mismo tiempo. Nuestras miradas se cruzan: Luthor no puede moverse. Está indefenso.

Por primera vez, las dos tenemos la oportunidad de recuperar un poquito de lo que nos quitó hace tres meses.

Y vamos a aprovecharla.

Victria se incorpora y se levanta del sofá. Al principio parece indecisa, pero al llegar junto al cuerpo de Luthor, se yergue y en su cara aparece un gesto de decisión.

Echa la pierna hacia atrás y le propina una patada a Luthor en el estómago.

Él resuella, pero no mueve un dedo.

Le da otro puntapié, y otro, y otro, y otro. De los ojos de Luthor empiezan a manar lágrimas, pero no hace ademán de protegerse ni siquiera cuando Victria le pateo los testículos.

Al fin, Victria se deja caer de rodillas a su lado.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —jadea golpeándole el pecho con los puños—. ¡Éramos amigos!

Me acucillo a su lado.

—Vamos, déjale ya —digo.

La agarro de los hombros para apartarla, pero ella se libra de una sacudida, oculta la cara entre las manos y se echa a llorar.

No soporto verla así. No puedo aguantar la idea de que, cuando Luthor despierte, tal vez recuerde lo que ha pasado y se venga de ella o de mí.

Me arrodillo y acerco mi cara a la suya. Sus ojos siguen fijos en el techo, pero parpadea más rápido: sabe que estoy a su lado, estoy segura.

—Quiero que recuerdes algo —le susurro al oído—. Quiero que recuerdes que sé dónde encontrar una pistola. Si no sabes lo que es, consúltalo en el archivo. Mi padre me enseñó a empuñar una pistola, a respirar mientras apretaba el gatillo, a disparar varias balas seguidas para acertar con la segunda o la tercera aunque las demás fallasen. Cuando tenía catorce años, fui con mi padre a cazar en los bosques de Colorado y maté un alce. Mi padre me llevó para que supiera cómo era, para que no me temblara el pulso si alguna vez tenía que disparar. Te cuento esto ahora para que sepas que no vacilaré en matarte si tengo que hacerlo.

Los ojos de Luthor bailan en las cuencas: está tratando de reunir energías suficientes para moverse, aunque no sé si pretende escapar o atacarme.

Me acerco aún más a él hasta percibir el olor de su piel. Cuando hablo, los pelillos de su oreja se agitan con mi aliento.

—Recuérdalo, porque no te lo voy a repetir.

Me levanto y le ofrezco la mano a Victria. Ella la toma, pero cuando estamos a medio

camino de la puerta, se libera, vuelve corriendo junto a Luthor y le propina un último puntapié en plena cara.

Lo dejamos ahí, maltrecho y ensangrentado, y salimos sin mirar atrás.



Un ruido me despierta. Abro los ojos y me doy cuenta de que es mi intercom.

—¿Te has levantado ya? —pregunta Amy con excitación.

—Estoy a punto —respondo desperezándome—. ¿Pasa algo?

—No, tranquilo. Pero quiero que vengas al nivel de criopreservación.

—Amy, ¿todavía sigues con esas pistas del frexo? —protesto mientras me pongo los pantalones—. No tengo tiempo para esas cosas. Tengo que centrarme en el problema del motor y en la gente: mira lo que ocurrió ayer mientras estábamos abajo.

—No seas respondón y baja.

—¿Respondón?

—¡Venga, Elder! —exclama—. ¡Ya verás cómo esto te interesa!

—¿Estás segura?

—Elder, ¿te acuerdas de la grabación que vimos ayer?

—¿La que se cortaba al final? Amy, alguien manipuló ese mensaje. Y si no es así, entonces es que Orion estaba chalado del todo. En cualquiera de los dos casos...

—Eso no tiene importancia; en la grabación había muchos datos interesantes. ¿Te acuerdas del momento en que Orion dice que Eldest ha empezado a darle miedo? Dice que todo empezó cuando salió de la nave.

Estoy a punto de montar en el tubo gravitacional, pero eso hace que me detenga en seco.

—¿Después de salir...? —balbuceo.

—Viera lo que viera, estaba fuera de la nave.

—Y eso significa que... —empiezo a decir, pero no me atrevo a terminar la frase.

Amy lo hace por mí:

—... que detrás de otra de las puertas tiene que haber trajes espaciales.

Amy me espera paseando impaciente por el descansillo del nivel de criopreservación.

—¿Por qué has tardado tanto? —me pregunta, y sin darme tiempo a contestar, me agarra del brazo arrastrándome hacia el pasillo del fondo.

—Me los leí todos ayer por la noche —dice, sacándose del bolsillo un libro fino.

—¿Qué es esto? —pregunto mientras le doy la vuelta para leer el título.

—Los sonetos de Shakespeare. Espabila, Elder, no te quedes atrás. Bueno, el caso es que me leí el libro entero dos veces, y a la segunda caí en algo muy interesante.

—¿Como qué?

—Ve a la página ochenta y siete.

Sostengo el libro en una mano y con la otra voy pasando despacio las páginas. Amy se detiene y me observa dando pataditas de impaciencia, pero yo no quiero estropear este tesoro de Tierra Solar. Vuelvo la página ochenta y cinco y...

—¿Dónde está la ochenta y siete? —pregunto. Vuelvo a la página anterior: ochenta y cinco. La paso: ochenta y nueve.

—Ahí le has dado —responde Amy con una sonrisa pícar—. La han cortado tan cuidadosamente que es casi imposible darse cuenta de que falta, a no ser que la busques.

—¿Y esto es una pista? —pregunto ofreciéndole el libro para que lo guarde.

—No, creo que la pista estaba en la página que falta. Alguien modificó el mensaje que Orion me dejó en el arsenal para convencerme de que abandonara la búsqueda. Creo que fue esa misma persona quien se llevó la hoja.

—¿Cómo te diste cuenta? —pregunto, tratando de recordar si alguna de las pistas

anteriores remitía de algún modo a Shakespeare.

—Mirando en la sala de Narrativa —contesta ella, y cuando yo abro la boca para insistir, me corta—. En fin, eso es irrelevante, Elder. Lo que importa es el soneto que contenía la página desaparecida.

Abre el libro, lo hojea y me lo tiende abierto por la página ochenta y cinco.

—Aquí está el soneto número veintinueve —pasa la hoja y me muestra la ochenta y nueve—. Y aquí está el número treinta y uno. De modo que falta el treinta.

Amy deja caer el libro al suelo, y me sobresalto al verla tratar con tanto descuido ese tesoro. Ella no se da cuenta: está concentrada examinando las dos puertas que no hemos logrado abrir.

—Los códigos deben contener al menos cuatro dígitos. Prueba a teclear 0030 —dice señalando con la cabeza la puerta que hay a la derecha de la de la escotilla.

—No va a funcionar, Amy...

Sin decir nada, se acerca a la puerta del fondo y teclea la clave en el panel. Nada.

Me acerco a la puerta que me ha señalado y tecleo yo también.

Nada.

—¿Lo ves?

Amy recoge el libro del suelo y vuelve a examinarlo.

—Estaba segura de que funcionaría...

Miro el libro por encima de su hombro.

—De todos modos, no sé por qué te empeñas en decir que los sonetos están numerados. Yo veo letras, no números.

—Son números romanos, tonto —replica Amy, y de pronto vuelve la cabeza para mirarme a los ojos—. ¡Son números romanos! No hay que teclear 0030 sino xxx, con un cero delante para completar los cuatro dígitos.

Se abalanza a la puerta del fondo y teclea 0XXX.

Nada.

—¿Por qué los romanos usaban letras en vez de números?

—¡Inténtalo en aquella! —Me urge Amy sin hacer caso de mi pregunta.

—Amy, no te hagas ilusiones. Orion estaba loco; todo este juego de pistas es una locura.

—Inténtalo de una vez.

Suelto un bufido y tecleo 0XXX en el panel de acceso.

¡Bip! Clic.

—¡Frexo! —exclamo asombrado.



La puerta se abre de par en par, y solo cuando tomo aliento me doy cuenta de que llevo un rato sin respirar. Estaba segura de que funcionaría, pero al mismo tiempo no me lo puedo creer.

En la pared de la sala hay siete cubículos y cada uno contiene un traje. Las botas reposan debajo entre una maraña de tubos y cables, y en unos estantes altos se alinean los cascos, resplandecientes a pesar de la fina capa de polvo que los cubre.

Elder se abalanza dentro y recorre con las manos el traje más cercano; el tejido tiene aspecto de papel pintado, pero se desliza entre sus dedos como la seda. Debe de ser una especie de mono interior, porque detrás se distinguen varias piezas rígidas que parecen partes de una armadura de plástico.

—¿Sabes cómo funcionan estas cosas? —dice Elder mirándome con los ojos brillantes.

—Ni idea. ¿Por qué iba a saberlo?

—Bueno, estos trajes son de Tierra Solar y tú vienes de allí.

Suelto una carcajada sin humor.

—¡Toda la nave se fabricó en Tierra Solar, y yo no tengo ni idea de su funcionamiento!

—Pero...

—Mira, un manual.

En la pared hay una gruesa pantalla de vidrio y metal de la que sale un cable; supongo que en otros tiempos funcionaría como guía visual del uso de los trajes, pero ahora el cable está pelado y el vidrio roto. Sin embargo, justo debajo hay un compartimento con un grueso libro negro. Dando gracias mentalmente porque el

papel sea tan duradero, lo saco y empiezo a hojearlo. Solo un tercio de las páginas están en inglés, y lo que pone es tan complicado que me pongo bizca solo de leerlo. Al llegar a la parte final del libro, suelto una exclamación de alegría: es una guía ilustrada paso a paso. Supongo que los diseñadores de la nave quisieron asegurarse de que sus tripulantes pudieran utilizar los trajes aunque su lenguaje evolucionara.

Al ofrecerle el manual a Elder, advierto que tenía otro libro debajo, tan pequeño que quedaba completamente oculto.

—¿Qué es eso? —me pregunta sin prestar demasiada atención, absorto en los diagramas que tiene ante los ojos.

—*El Principito* —leo en voz alta, preguntándome si contendrá algún mensaje de Orion.

Al examinarlo veo que la esquina de una hoja está doblada, así que lo abro por ahí. Los colores están desvaídos por el tiempo, pero aun así logro distinguir el dibujo: es una especie de rey gigantesco, vestido con una túnica de estrellas, que está sentado sobre un pequeño planeta.

Debajo hay un párrafo con una frase subrayada una y otra vez:

A mí —dijo el Principito— no me gusta condenar a muerte.

—Vaya, qué alentador —murmuro.

La frase me trae a la cabeza la forma en que amenacé ayer a Luthor; está claro que el principito no había conocido a nadie como él. Miro a Elder. Debería contárselo, pero ahora no es el momento de hacerlo.

Algo cae del libro y al recogerlo veo es que un papel doblado. Lo abro y las manos me tiemblan al reconocer el tacto sedoso del papel.

Es el soneto xxx, el que se perdió. O el que robaron.

Además del poema, en la hoja se ven muchas rayas y una nota.

—Mira esto —digo volviéndome hacia Elder.

Pero no me hace caso: los trajes absorben toda su atención. Se me escapa una sonrisa. Parece un niño al que le hayan dicho que puede elegir todos los helados que quiera. Me guardo la hoja y examino el manual; no voy a lograr que Elder se interese ahora por pistas ocultas en libros antiguos.

—Hay dos tipos de trajes —explico al cabo de un rato—: unos para expediciones largas y otros para expediciones de duración limitada. Los marrones son más ligeros y fáciles de usar, pero solo te protegen durante dos horas como máximo.

—Con eso me vale —responde Elder acercándose a uno de los cubículos.

Cuando descuelga el traje me doy cuenta de que en realidad no es marrón, como mostraba la pintura, sino de un dorado oscuro. Resplandece a la luz escasa de la sala, y cuando Elder lo sacude, del tejido sale una nube de polvo que amortigua el brillo.

—Los trajes de protección limitada tienen una capa interior que bloquea las radiaciones exteriores y limita la baja temperatura —explico—. Encima de esa capa hay que ponerse la coraza exterior, que protege el cuerpo y también sirve de barrera para las radiaciones. Creo que las piezas de fuera se unen solas al colocarlas; cuando están todas en su sitio, hay que ponerse los guantes y las botas. La verdad es que parece simple; siempre pensé que ponerse un traje espacial sería mucho más complicado que esto.

—Bueno, los de protección extensa parecen bastante más complejos. Pero si Orion dice la verdad cuando afirma que el problema es evidente, solo me hará falta ponerme uno de los limitados —dice Elder—. ¿Me echas una mano?

Ya se ha quitado el pantalón y la camisa, que están hechos un gurrño a sus pies, y se está subiendo la cremallera del mono dorado.

—Eh, para un momento. ¡No! —protesto mientras avanzo hacia él.

—¿Qué te pasa?

—¡Que no vas a salir ahí fuera! Quítatelo de la cabeza, Elder. No pienso dejarte salir de la nave con un traje de papel de aluminio que has aprendido a ponerte gracias a un tebeo. No.

—Amy, yo...

—NO.

—Pero...

—¿Es que no te acuerdas de cómo murió Harley? ¡El espacio no es una granja del nivel de alimentación! Te puede matar, Elder. Matar. ¿Y esto? —digo, agarrando un pellizco del tejido dorado entre los dedos y soltándolo de nuevo—. Esto no puede protegerte en condiciones. ¡No puedes enfundarte en un mono y salir de la nave así,

sin más!

Elder me lanza una mirada dubitativa, como un niño coartado por una madre hiperprotectora. Me da lo mismo.

—Eres demasiado importante para correr un riesgo así —digo inclinándome hacia él.

—Recuerda la grabación, Amy —responde él con voz grave—. Es la única manera de saber a qué se refería Orion.

—¿Tú no decías que Orion estaba chalado?

—Sí, pero...

—Además, es muy posible que alguien modificara la grabación, alguien que no quería que encontráramos esta sala, y...

—¡Amy, ahora tenemos trajes! ¡Imagínate! —me interrumpe Elder, emocionado ante la perspectiva de salir a las estrellas.

Sin embargo, a mí esto me asusta tanto como a él le emociona.

—¡Los trajes no cambian nada! —digo, aunque en el fondo sé que los trajes lo cambian todo—. Deja que salga yo, Elder —susurro—. Y si no yo, otra persona. No puedes arriesgarte tanto.

Elder me mira con una sonrisa de oreja a oreja; ahora sí que me siento como una madre que presenciara cómo su hijo de dos años se dirige en línea recta hacia una hoguera.

—Ah, esto me conmueve —dice—. Veo que en el fondo te preocupas por mí.

—¿Serás...? ¡Pues claro que me preocupo por ti, idiota!

Acerca su cara a la mía con un gesto rápido y me da un beso en la frente.

—Entonces ayúdame a ponerme este trasto.

Suelto un gruñido de impotencia, pero está claro que no puedo detenerle. Tendré que conformarme con ayudarlo a ponerse el traje lo mejor posible. Me viene a la cabeza una película que vi hace mucho en Tierra Sol... en la Tierra, sobre un caballero al que su dama ayudaba a ponerse la armadura. La dama introducía un pañuelo en la coraza, una prenda de amor para que el caballero se acordara de ella. Yo no tengo ningún pañuelo a mano y ni siquiera estoy segura de amar a Elder, pero le ajusto las piezas

del pecho con tanta energía que se le escapa un gruñido de protesta.

Vuelvo a mirar el manual: no me acaba de entrar en la cabeza que alguien pueda salir al espacio solo con unos leotardos dorados y un cascarón de plástico. Sí, sabía que el equipamiento de los astronautas había avanzado mucho desde los trajes de michelín del siglo veinte, pero esto más parece un disfraz que otra cosa. Aunque es verdad que, en los vídeos que me enseñaron antes de embarcar acerca del ensamblaje de la *Fortuna* en el espacio, los obreros llevaban trajes parecidísimos a este.

Elder se enfunda una bota y luego la otra. Le llegan a media pantorrilla. Cuando pulso los botones que tienen en la parte superior, el tejido se pega completamente a sus piernas. Ya calzado, avanza un poco tambaleante hasta el centro de la sala y se da la vuelta para que yo lo inspeccione.

—Bueno, parece bastante resistente —admito.

—Solo quedan la mochila y el casco —dice Elder levantando un brazo hacia el estante de arriba.

—Espera, la mochila primero.

Le meto los brazos por los tirantes. En cuanto la mochila queda situada a su espalda, se pega con un chasquido a la coraza.

Enchufo los cables que salen de la mochila en las entradas que hay en el hombro del traje.

—Esto es un subsistema de soporte vital básico, un SSVB —explico mientras encajo un tubo en el casco—. Proporciona todo lo necesario para sobrevivir: aporta oxígeno, expulsa el dióxido de carbono, regula la presión...

Engancho un cable metálico a una arandela que hay en la parte del pecho.

—Y esto es el cordón umbilical que te unirá a la nave. Voy a enganchar el otro extremo a la escotilla; según el manual, hay una pieza especial para asegurarlo.

Elder asiente. Su cara está pálida y brilla por el sudor.

Se me pasa por la cabeza darle un beso por si acaso.

Pero en vez de hacerlo, le encajo el casco en la cabeza y me aseguro de que queda bien sellado. El SSVB solo tiene dos posiciones —encendido y apagado—, así que abro el panel de encendido, lo conecto y vuelvo a deslizar el panel en su sitio.

—Estás respirando oxígeno puro —digo en voz bien alta—. Espera a acostumbrarte antes de salir.

Elder trata de asentir con la cabeza, pero el casco pesa tanto que su cuerpo se dobla por la cintura. Me muerdo el labio, preocupada.

Echo a andar hacia la escotilla exterior y Elmer me sigue con pasos torpes. Cuando llego, engancho el extremo del cable metálico a un gancho que hay en el suelo.

—Vuelve conmigo —susurro junto al casco de Elder; no sé si me oye, pero me da igual.

Regreso al pasillo y cierro la puerta de la sala a mi espalda. Me doy la vuelta para mirar el interior de la sala por el ojo de buey y veo que Elder se despide de mí con la mano.

Tecleo el código lentamente, dejando pasar unos segundos antes de introducir el último número. ¿Estoy haciendo bien? ¿Merece la pena que Elder arriesgue la vida por descubrir el secreto de Orion?

Suena un chirrido metálico: la puerta ya está sellada. Echo una última mirada al traje dorado bajo el que se oculta Elder. Por un instante, me invade el deseo irracional de arrancar el panel de la pared para que no se abra la escotilla exterior.

Demasiado tarde: se ha abierto.

Elder ya no está.



Los brazos y las piernas me pesan como si caminara por una piscina de barro líquido. Todas las sensaciones llegan amortiguadas al interior del traje. Amy sella la puerta del pasillo; su rostro preocupado asoma por la ventana, con los rasgos distorsionados por el vidrio. La puerta hace un chasquido al cerrarse, un ruidito que siento más con la piel que con los oídos.

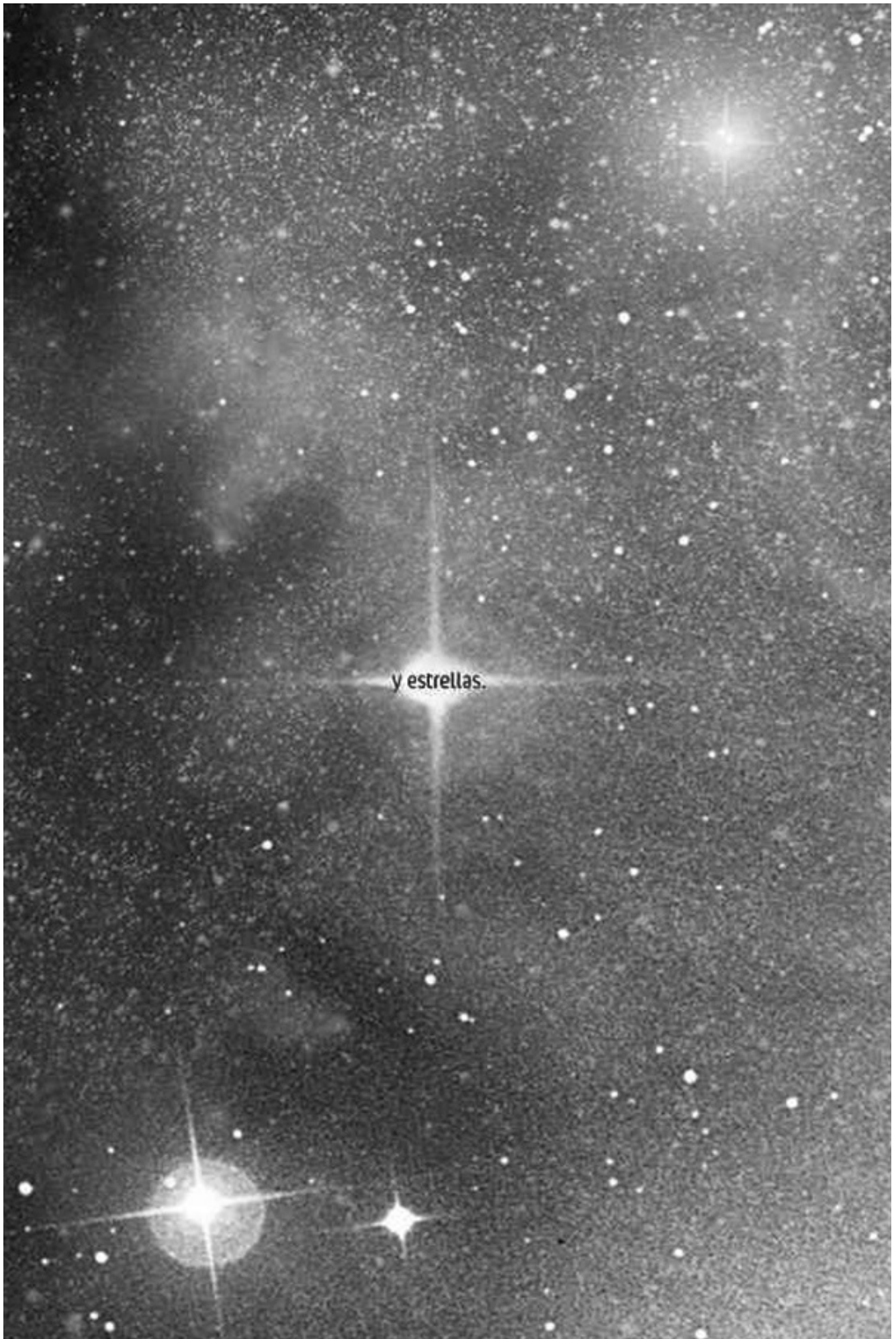
Me quedo solo. No oigo más que el rumor del sistema de apoyo vital, un susurro lejano que se arremolina en mis oídos.

Y entonces, la escotilla exterior se abre y el universo entero explota a mi alrededor. Salgo despedido de espaldas sacudiendo locamente los brazos y las piernas para tratar de enderezarme. El esfuerzo me deja sin aliento, y por un momento no puedo respirar. Justo cuando empiezo a dejarme llevar por el pánico, en el casco entra una bocanada de oxígeno.

El cable que me une a la *Fortuna* se tensa y mi cuerpo rebota suavemente. Vuelvo a dominar mis movimientos. Levanto la mirada: estoy sumergido en el cosmos.

silencio





Un millón de soles se esparcen, traspasando la oscuridad como alfileres. La nave parece resplandecer. La recorro con la mirada en busca del terrible secreto que Orion anunció.

Mis ojos acarician su familiar silueta: un óvalo, rematado al frente por un pico cubierto de hexágonos de cristal —el puente de navegación—. Bajo el puente debe de estar el nivel de alimentación. Observo el casco bruñido y me recreo en la idea de que hace un momento estaba al otro lado tocando remaches polvorientos. En la parte inferior, más o menos a la altura del nivel de criopreservación, hay una gruesa franja de metal que rodea la nave hasta donde me alcanza la vista. La franja solo se interrumpe por delante: ahí, un pico acristalado —una especie de versión en miniatura del puente de mando— sobresale de la nave. La puerta grande que hay al fondo del pasillo debe de ocultar un observatorio.

No veo nada fuera de lo normal, a excepción, tal vez, de ese observatorio cuya existencia desconocía. Me inclino hacia delante —todo mi cuerpo se mueve— y escruto el casco. No se ven grietas ni marcas extrañas. No sale vapor ni luz de las toberas, pero eso ya me lo esperaba. ¿Este es el gran secreto que Orion se resistía a revelarnos? ¿Que la nave no avanza?

Si es así, esto podría ser una gran decepción. Pero ¿cómo voy a sentirme decepcionado en el espacio?

Me estiro todo lo que puedo: aquí no hay paredes con las que chocar. Enfoco la mirada más allá de la *Fortuna* y me olvido de los acertijos de Orion. Recuerdo la primera vez que vi estrellas de verdad a través de la ventana de la escotilla. Entonces me parecieron hermosas, pero esa palabra ya no sirve para contener todo lo que siento ahora. Veo las estrellas como parte del universo, y tras haber pasado la vida rodeado de paredes, el estar aquí, en el vacío, me llena de un terror y una reverencia repentinos. La emoción corre como una riada por mis venas y amenaza con ahogarme. Me siento tan insignificante... Soy un punto diminuto rodeado por un millón de estrellas.

Por un millón de soles.

A siglos de aquí está Sol, y orbitando en torno a él está Tierra Solar, el planeta en el que nació Amy. Y alguna de estas estrellas es el sistema binario Centauri, donde el nuevo planeta gira esperando a que lleguemos.

Un millón de soles. Tan cerca.

Cualquiera de ellos podría alumbrar un planeta. Cualquiera de ellos podría darnos un hogar.

Pero están todos fuera de nuestro alcance.

La idea hace que me sienta entre revuelto y mareado. Es una sensación extraña que empieza en mi estómago y me emborriona la visión.

Las estrellas ya no me parecen soles. Ahora son ojos.

Ojos burlones; ojos que parpadean para reírse de mí, danzando para siempre en lugares a los que nunca podré llegar.

Trato de apartarlos a manotazos, pero los brazos no me obedecen.

El cuerpo no me obedece.

Y entonces lo oigo. Es un rumor que se va haciendo más fuerte: bop... bop... bop...

Una alarma. Y suena dentro de mi casco.

Inspiro hondo, o al menos trato de hacerlo. No puedo respirar: no hay aire. Boqueo, pero es imposible. Ante mis ojos empiezan a aparecer manchas negras. Algo raro le pasa al SSVB que llevo a la espalda. No está suministrando suficiente oxígeno.

Mi primer impulso es pedir ayuda. Me llevo la mano a la oreja, y mis nudillos chocan con el casco antes de darme cuenta de que no puedo conectar mi intercom.

El cable que me une a la nave no mide más de veinte metros, pero la *Fortuna* me parece tan inalcanzable como los millones de estrellas que me rodean. Lo agarro y empiezo a desplazarme a tirones, nadando en el vacío hacia la seguridad de la escotilla.

Mi corazón late al mismo ritmo que la alarma.

Cuanto más pienso en no respirar, más deseos siento de hacerlo.

Doy un tirón al cable y las manos me resbalan. Me suelto, y el impulso me hace dar vueltas en dirección opuesta.

Hasta este momento he estado de cara a la nave. Pero ahora veo lo que tenía a mi espalda y me doy cuenta de la razón por la que la nave resplandece. Esto... jamás habría esperado ver esto. ¿Cómo pudo Orion guardar este secreto? ¿Cómo ha podido nadie callarse esto? Es... es todo lo... es...

En mitad del universo, suspendida en el vacío ante mí, hay una enorme esfera.

Un planeta.





Miro el espacio más allá de la escotilla. Mis ojos no ven las estrellas: están fijos en el cable que debe traerme a Elder de vuelta.

Cuento los segundos. Entonces, el cable se sacude.

A Elder le ha pasado algo.



No puedo respirar, pero ahora no es por falta de oxígeno: se debe a que todos mis órganos —pulmones, corazón, cerebro...— se han detenido por un instante al ver la esfera azul y verde que flota ante mí.

Más lejos, pero infinitamente más cerca que los millones de estrellas que me rodean, están Centauri A y Centauri B, las dos estrellas que forman el centro de este sistema solar. Comparadas con las demás, son tan grandes y brillantes que parecen derretirse en mis ojos como dos bolas de hielo.

Pero yo no las miro.

Solo miro el planeta.

Este era el secreto de Orion. No era que el motor estuviera roto, ni que nos fuéramos a quedar varados en el espacio para siempre.

El secreto era este: ya hemos llegado.

Hemos alcanzado nuestro destino. Ahí —ahí mismo— está el planeta que será nuestro hogar.

Resplandece tanto que me hace daño mirarlo. En el agua azul parecen flotar enormes extensiones de tierra verde; por encima, aquí y allá, se ven espirales de nubes deshilachadas. En la parte de la esfera donde no llega la luz de los soles, se ven destellos blanquecinos que iluminan por un momento la oscuridad, y me pregunto si serán rayos. En el centro, donde la luz solar es tan potente que el planeta parece relucir desde dentro, se distingue claramente la silueta de un continente. Un continente, frexo. Tiene un lado roto como el cascarón de un pollo recién nacido, y en las grietas nacen líneas oscuras que serpentean hacia el interior. Son ríos, decenas de ríos; aunque, vistos desde aquí, tal vez sean demasiado grandes para llamarlos así. Entre las desembocaduras hay dedos de tierra que se internan en el mar, con islitas desperdigadas justo fuera de su alcance.

En esa zona hará buen tiempo todo el año, pienso. Podremos recorrer los ríos en barco y nadar cuando queramos.

Porque ya me veo allí, ya me veo viviendo en el planeta.

En un planeta que se asoma todas las noches a un cielo poblado por millones de estrellas, y mira todos los días a un cielo con dos soles.

Quería gritar, chillar de alegría. Pero no tengo aire suficiente.

No tengo aire.

He gastado demasiado tiempo mirando el secreto de Orion.

El bop... bop... bop... se desvanece. Ya no hay nada que advertir.

Porque el aire se ha acabado.

Lo veo todo ribeteado de negro. La cabeza me late al ritmo del corazón, que suena tan fuerte como sonaba antes la alarma. Doy la espalda a mi planeta, agarro el cable con las dos manos y voy avanzando hacia la escotilla, moviendo una mano y después la otra. La nave bota ante mis ojos, pero no es ella: es mi cuerpo el que se sacude. Aterrado, lucho por no perder la conciencia. Mis pulmones se debaten en busca de aire, pero no queda aire ya. Me estoy ahogando en la nada.

Ya queda menos.

Las manos me resbalan. Si vuelvo a soltarme, no podré alcanzar la nave. No podré regresar con Amy.

Si tengo que morir, al menos puedo hacerlo mirando el planeta. ¿Pensaría esto mismo Harley? ¿Llegaría a ver Tierra Centauri antes de asfixiarse? ¿Se arrepentiría en el último instante de haberse suicidado entre las estrellas cuando estaba tan cerca de nuestro planeta?

Me miro las manos con asombro. ¿Cuándo he dejado de moverlas por el cable? Estoy flotando en dirección a la nave —el impulso de antes es suficiente, aquí en el espacio—, pero si no voy más deprisa, no llegaré vivo a la *Fortuna*. Obligo a mis brazos a moverse, a arrastrar mi cuerpo hacia la escotilla con más empeño que antes. La

desesperación me mordisquea los músculos. Mi boca se abre y aspira vacío. Mi garganta se convulsiona.

Tengo que llegar.

Todo mi cuerpo se estremece; no sé si es por agotamiento o por falta de oxígeno. Un tirón más... Sí. La escotilla. Mis dedos se engarfan en el borde de la abertura. Ahí, al otro lado de la puerta, está Amy. Tuerzo la cabeza y veo emborronada su cara que me mira tras el cristal. Mi cuerpo se tensa con una arcada; salgo despedido hacia arriba y reboto contra el techo de la sala. Las manchas negras de mis ojos son cada vez más grandes.

La escotilla se cierra lentamente, tan lentamente...

Me vuelvo justo a tiempo de atisbar el planeta, ahí, una línea apenas visible entre el casco de la nave y la oscuridad del espacio...

La escotilla se cierra con un chirrido.

Y yo lo veo todo negro.



En cuanto noto que la escotilla se cierra, trato de abrir la puerta de la sala. Es imposible: los sistemas de seguridad bloquean el cierre hasta que la sala recobra la gravedad. Vuelvo a mirar por la ventana y veo cómo el cuerpo de Elder cae con un golpe seco.

Aporreo la puerta con los puños, pero él no se mueve. Se queda tirado en el suelo, con los rasgos ocultos por el casco.

Una eternidad más tarde, suena un chasquido en la puerta. Entro a la carrera, me arrodillo junto a Elder y le doy la vuelta para que quede boca arriba. Sus brazos y sus piernas son pesos muertos; trato de levantarlo, pero la coraza exterior me molesta.

Primero el casco, decido. Cuando tiro de él, la cabeza de Elder resbala por el borde y cae al suelo con un golpe sordo.

—Elder... —digo—. ¡Elder!

Le doy un par de bofetadas con la esperanza de que reaccione. No lo hace.

Conecto mi intercom y llamo a Doc.

—¡Baja al nivel inferior! —le chillo, mientras forcejeo con los cierres de la coraza pectoral para liberar el torso de Elder.

—¿Te pasa algo? —pregunta Doc con voz agitada, como si ya hubiera echado a correr.

—¡A mí no, a Elder!

—Estoy en el nivel de navegación. Voy para allá.

—¡Date prisa!

Pongo una oreja en el pecho de Elder: no respira. Mi pelo se derrama sobre su cara y

un mechón se cuelga en su boca entreabierta, pero él no se inmuta.

Me inclino sobre su cara, sin saber si lo que voy a hacer funcionará. Le echo la cabeza hacia atrás, le tapo la nariz con dos dedos y exhalo dentro de su boca. Una vez, en un curso de natación que hice mientras vivía en Florida, me enseñaron a hacer esto con un muñeco. Pero el tacto frío, resbaladizo y artificial de aquel maniquí no tenía nada que ver con la cálida humedad de la boca de Elder. Le lanzo dos bocanadas de aire —puf, puf—, y luego me siento sobre los talones, entrelazo las manos y presiono su pecho.

Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos.

Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos.

Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos.

Uno, dos.

Puf. Puf.

Uno, dos.

Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos.

Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos.

Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos.

Nada.

Unodosunodosunodosunodosunodosunodosunodosunodos.

¿Por qué no funciona? ¿Lo estaré haciendo mal? Apenas recuerdo nada de la hora escasa de técnicas de reanimación que nos dieron en aquel cursillo. ¿Y si le estoy haciendo daño?

Agacho la cabeza y vuelvo a echar aire en su boca. Me trago un sollozo: no pienso llorar.

Elder no está muerto. No voy a permitirle que se muera.

Puf.

Alzo la cabeza para tomar oxígeno y justo al hacerlo noto un roce leve: sale de la boca de Elder. Coloco la mejilla frente a sus labios. Sí, ahí está. Aire. Su pecho se agita con un movimiento rítmico. Pego la oreja a su torso.

Oigo un golpeteo: son los latidos aún débiles de su corazón.

Dejo descansar mi cabeza sobre el pecho de Elder y me recreo en el calor de su cuerpo, en los sonidos de su cuerpo que no quiere abandonar la vida.



—Uffff —resoplo. Me da la impresión de que alguien me ha separado las costillas y las ha vuelto a pegar después con celo.

—¡Elder! —exclama Amy inclinándose sobre mí.

—¿Qué ha pasado?

Mi voz suena rara, demasiado aguda. Noto un frío extraño en las fosas nasales, y al llevarme ahí la mano me doy cuenta de que un tubo se introduce por una de ellas para inyectar oxígeno.

—Creo que te moriste un poquito —responde Amy, con un amago de carcajada que se desvanece antes de salir de sus labios.

Tiene los ojos enrojecidos como si hubiera llorado o como si llevara mucho rato conteniendo las lágrimas. Me quedo quieto un momento y repaso mentalmente todas las partes de mi cuerpo. Miro alrededor: estamos en el hospital.

—Me siento como un montón de estiércol —sentencio.

—Sí, suele pasar cuando te mueres un poquito —responde Amy volviéndose hacia la puerta.

La agarro de la muñeca.

—No te vayas.

—Tengo que avisar a Doc. Me pidió que le avisara cuando despertaras.

—Espera un rato —digo mientras me saco el tubo de la nariz.

—¡Eh, no hagas eso! —protesta Amy—. Es oxígeno.

—Tengo todo el que necesito. ¿Lo ves? —repongo, y doy una buena bocanada de

aire.

Amy arruga el ceño, pero no protesta cuando tiro de ella para que se siente en el borde de la cama. Me muerdo el labio y lo suelto enseguida: tengo los labios doloridos, y cuando me los humedezco noto el regusto metálico de la sangre.

—Pensé que te había perdido —susurra Amy.

Sus dedos me rozan la mejilla y se detienen en la magulladura que me hizo Stevy hace unos días. Me retira un mechón de pelo que me tapa los ojos. Sus manos están frescas, y son tan livianas que apenas las siento.

—Estoy bien —contesto con una sonrisa—. Mejor que bien.

—¿De verdad?

—Amy... —murmuro, pero me interrumpo para inspirar y saborear el aire—. Amy, hemos llegado. Estamos al lado del planeta. Lo hemos conseguido.

Una arruga se dibuja entre sus cejas.

—Amy, lo vi mientras estaba fuera: vi Tierra Centauri.

Ella sacude la cabeza, como si mis palabras fueran pequeñas cuentas que repiquetearan dentro de su cráneo.

—Amy, vamos a aterrizar muy pronto.

Ella me mira sobresaltada, y luego su mirada se pierde.

—Podremos reanimar a mis padres —dice lentamente—. No tendré que pasarme toda la vida en esta nave. Podré estar de nuevo al aire libre, ver el sol...

—Los soles —corrijo—. Tierra Centauri tiene dos soles.

—De acuerdo, los soles. ¡Los soles, Elder! —exclama, y la luz de sus ojos me recuerda a las dos esferas ardientes que iluminan el nuevo planeta.

—Bueno, qué, ¿te parece bien que haya salido fuera de la nave? —le pregunto con una sonrisa—. ¡Solo he tenido que morirme un poquito para que tú tengas al fin un planeta!

Lo he dicho con la esperanza de arrancarle una carcajada, o al menos una sonrisa; lo que no me esperaba era que me diera un golpe en el brazo.

—¡Serás idiota! —dice golpeándome de nuevo—. ¿Para qué quiero un planeta si tú no estás?

Sus ojos se agrandan cuando cae en la cuenta de lo que acaba de decir. Hasta ahora, Amy ha cambiado de tema cada vez que hemos estado cerca de hablar de amor. Pero ahora, en vez de retraerse, se aproxima más a mí. Su melena roja le cae sobre los hombros y me roza el pecho. La brillante alegría con la que ha recibido la noticia es reemplazada por una expresión cálida y tranquila, como una llama lenta pero duradera.

—No querría aterrizar sin ti —dice con voz grave.

Mi brazo se extiende como si tuviera voluntad propia, se enrosca alrededor de su cintura y la atrae hasta pegar su cuerpo al mío. Siento cada centímetro de su piel; el corazón le late con tanta fuerza que me extraña que no tiemble la camilla.

Me mira: parece aterrada, pero no hace ademán de apartarse.

Sus labios apenas rozan mi boca magullada. En su beso hay dulzura, inocencia y promesas.

Alguien carraspea cerca de nosotros.

Amy da un respingo, mira hacia la puerta con sorpresa y se desliza, con el rostro encendido, hasta una silla que está pegada a la pared.

—¿Cómo te encuentras, Elder? —pregunta Doc mientras se acerca a mí.

Al ver el tubo de oxígeno en el suelo levanta las cejas, pero me toma el pulso y me enfoca con una linternita en los ojos sin decir nada.

—Estoy bien —repito.

Cuando al fin se convence de que digo la verdad, Doc se sienta al lado de Amy.

—Bien, bien —dice, con una aspereza extraña en su voz normalmente inexpresiva—, ¿te importaría contarme cómo frexo se te ocurrió hacer esa tontería?

Abro la boca para contestar, pero no me salen las palabras. Miro a Amy con disimulo, preguntándole si Doc sabrá algo de lo que he descubierto. Ella encuentra mi mirada y sacude la cabeza con disimulo.

—No trates de ocultarme nada —insiste Doc alzando un poco la voz—. Es evidente lo que hacías cuando te ocurrió esto.

—¿De... de verdad?

Doc me fulmina con la mirada.

—Sé perfectamente qué es el traje que llevabas puesto. Sirve para salir de la nave. Orion utilizó uno en cierta ocasión para reparar algo en el casco. Y ahora, vosotros dos encontráis los trajes y no se os ocurre otra cosa que salir al espacio a jugar —Doc suelta un resoplido de exasperación.

—No salimos a... —protesto, pero Amy me mira con los ojos muy abiertos para indicarme que no diga más.

—Mira, Elder, te comprendo —dice Doc, ahora con la misma voz monótona que usaría normalmente para preguntarme cómo estoy y ofrecerme un mediparche tranquilizante—. Querías saber cómo eran las cosas ahí fuera. Pero tendrías que haberte dado cuenta de que esos trajes son muy antiguos. No creo que ninguno ofrezca una mínima garantía de seguridad —hace una pausa, con la mirada fija en la pared—. Elder, eres demasiado valioso. Orion está fuera de combate y la gente ya no toma fidus; no podemos correr ningún riesgo más. Al menos, en lo que a ti se refiere.

Oculto la cara entre las manos; me sorprende verlo así: nunca antes se había dejado llevar así por las emociones.

Bip, bip-bip.

Me llevo la mano al intercom para apagarlo.

—¿Has recibido una llamada? Contéstala ahora mismo —me espeta Doc, sin rastro de la emoción que lo embargaba hace un momento—. Haber cometido una bobada no te exime de tus obligaciones.

—Sí, lo sé —respondo algo molesto mientras aprieto el botón.

La expresión de Doc se suaviza. Abre la boca —supongo que quiere disculparse—, pero yo levanto la mano para indicarle que se calle: el intercom ya ha conectado.

En cuanto acaba la llamada, me levanto. Amy me mira con reproche, pero no le hago caso.

—Amy... —digo, tratando de decirle con la mirada las palabras que no puedo pronunciar—. Tenemos que hablar luego sobre eso.

Ella asiente.

—Ahora me tengo que ir —añado dirigiéndome hacia la puerta.

Antes de que salga de la habitación, Amy me agarra del codo.

—¿Es grave? —pregunta, y aunque solo son dos palabras, el tono de su voz las convierte en un ruego.

Pero no puedo quedarme junto a ella.

—Marae ha muerto.



La habitación se queda vacía sin Elder. Trato de recordar lo que sé de Marae. Era la navegadora primera, algo así como la contramaestre de Elder. La imagen que guardo es la de una mujer alta y decidida con un corte de pelo austero y ojos penetrantes, pero sé poco más de ella.

Ya no podré conocerla.

Ni ella podrá conocer el nuevo planeta.

Siento cierto remordimiento en el estómago: no debería sentirme tan contenta cuando acaban de matar a alguien. Pero es que hemos llegado... ¡La nave va a aterrizar al fin!

Al pasar junto a la puerta de la sala común, me asomo para echar un vistazo por la ventana y sustituyo en mi imaginación las colinas uniformes y los bloques coloridos de la ciudad por bosques, océanos y cielo.

Ya hemos llegado.

Sigo andando con una sonrisa de satisfacción. Odio a Orion por todo lo que hizo después de desconectar mi cápsula, pero no puedo negar que fueron sus pistas las que nos permitieron a Elder y a mí dar con el nuevo mundo.

Y las que casi mataron a Elder, añadido para mis adentros.

Mi mano se levanta sola y las yemas de mis dedos me rozan la boca. Ese beso... No pensé en lo que hacía; me limité a actuar por impulso, y ahora no logro olvidar el tacto de sus labios contra los míos. ¿Dije la verdad al afirmar que no querría desembarcar sin él en el nuevo planeta?

Sí.

Pero si la nave aterriza... Cuando la nave aterrice, todo será diferente.

Eso es tan cierto como nuestro beso.

Sacudo la cabeza: no puedo pensar en esto ahora.

Echo el cerrojo de mi habitación y me saco del bolsillo el soneto de Shakespeare que encontré en la sala de los trajes. Me gustaría echar también una ojeada al libro de *El Principito* que encontré allí abajo, pero ahora mismo no soporto la idea de volver al nivel de criopreservación. La imagen de Elder tirado en el suelo frente a la escotilla es demasiado reciente; aún me estremezco cuando recuerdo el instante en que pensé que era demasiado tarde.

Recorro el borde de la página con el dedo. No creo que fuera Orion quien cortó esta hoja; alguien está manipulando las pistas, estoy segura. Tiro el papel sobre mi mesa y empiezo a dar vueltas por la habitación. Si el gran secreto de Orion es el planeta, no tiene sentido seguir dando vueltas a esta pista. Al fin y al cabo, el planeta es la solución del misterio.

Pero Orion dijo que tenía que tomar una decisión. Tiene que haber alguna otra cosa, algo aún más importante que el planeta.

Me siento como una marioneta manejada por Orion. Lo malo es que algunos hilos se están empezando a enredar... y alguien ha cortado otros.

Inspiro hondo para borrar de mi mente el recuerdo de los labios sin vida de Elder mientras le hacía la respiración artificial.

¿Sería realmente un accidente? Si alguien está boicoteando las pistas, es perfectamente posible que esa misma persona haya agujereado los tubos del oxígeno. Si bajara al nivel inferior y comprobara todos los trajes espaciales, ¿descubriría que todos sufren pequeños desperfectos en piezas fundamentales?

Me revuelvo en la silla y acerco la hoja del soneto. Pienso seguir con el juego de Orion aunque haya alguien que quiera detenerme.

El soneto, como el resto de los que hay en el libro, es difícilísimo de entender. Pero a diferencia de los otros, este está subrayado:

OXXX

Cuando en dulce silencio pensativo
convoco a los recuerdos del pasado,
peno la falta de lo que he buscado
y gimo por las horas que he perdido.

Con mis áridos ojos anegados,
pienso en la noche que oculta a mis amigos,
en amores que ha mucho me han herido,
en la ausencia de paisajes bienamados.

Me duelo con dolores del recuerdo,
repaso una a una entre sollozos
 cuitas que padecí y que aún padezco,
 y con pesar antiguo y nuevo lloro.
 Pero si pienso en ti, mi amor sincero,
 mi pérdida no es tal, mi pena es gozo.

TUBO

Me enderezo sin apartar la mirada de las anotaciones y los subrayados. Todos hablan de algo escondido y olvidado. ¿Y lo del tubo? El único tubo que conozco es el gravitacional, y nada podría ser más ajeno a un soneto de Shakespeare que ese artefacto futurista que absorbe a la gente para depositarla en los distintos niveles de la nave.

Recorro con el dedo las extrañas líneas que hay junto a los versos finales. Me recuerdan a una escalera.

¡Una escalera! En todas las grabaciones de Orion se veían escalones.

El tubo gravitacional se instaló mucho después de que la nave despegara, y los primeros tripulantes de la nave tendrían que desplazarse de alguna forma entre los niveles. Tiene que haber algo, alguna escalera oculta que todo el mundo haya olvidado. Repaso las palabras subrayadas: «oculta» y «ausencia» deben de referirse a que está muy bien camuflada. Orion se refugiaba allí, y según dice en los vídeos, ni siquiera Eldest conocía la existencia de su escondite...

Pero ¿dónde está?



Mi mente da tantas vueltas como el torbellino de aire que me envuelve, de camino al nivel de navegación. Amy nunca me había besado así, nunca me había mirado de ese modo.

Me gustaría recordar lo que acaba de ocurrir una y otra vez, pero cuando llego a la puerta del puente de mando y veo la expresión solemne de la navegadora segunda, hago un esfuerzo por desterrar de mi mente todo lo que no tenga que ver con Marae.

—La encontramos aquí —dice Shelby abriendo la puerta.

La sala de máquinas está llena de navegadores que aparentan trabajar, pero cuando Shelby y yo entramos en el puente, noto decenas de ojos clavados en mí. Nuestros pasos resuenan sobre el piso de metal. La única luz de la sala proviene de una lámpara que está junto a la mano de Marae.

Aparto la mirada; aún no me siento capaz de enfrentarme a su cadáver. Mis ojos enfocan el techo abovedado. Al otro lado de esas planchas metálicas hay un planeta, siempre lo ha habido. Marae no tenía ni idea de lo cerca que estuvo de él.

Está sentada, y su torso cae sobre la mesa. Tiene los brazos extendidos y los ojos abiertos. Bajo su cara se esparcen flexibles llenos de diagramas y gráficos; al caer, uno de sus brazos arrugó un plano impreso del motor.

En su nuca, justo debajo del nacimiento del pelo, hay tres parches verdes. Cada uno tiene escrita una palabra en letras negras.

Seguid.

Al.

Líder.

—Esto no tiene ningún sentido —susurro.

Si el asesino ataca a la gente que no me apoya, ¿por qué ha matado a Marae? Fue mi defensora más firme desde el principio; me guardaba una fidelidad a prueba de bomba, y arrastró tras ella a los demás navegadores. Aceptó sin dudarlo mi sugerencia de que encabezara la policía de la nave. Marae ha sido para mí lo mismo que Doc era para Eldest.

—¿Quién te ha hecho esto? —murmuro.

Ha tenido que ser alguien con una posición muy elevada; si no, no habría podido acceder al puente. Otra posibilidad es que Marae confiara en él o ella lo suficiente como para dejarle entrar. Hago un repaso rápido: además de los navegadores, en este nivel pueden entrar algunos científicos, como Doc y Kit, los técnicos, e incluso Fridrick, el gerente de distribución de alimentos. Con tantos parches sueltos por la nave, cualquiera de ellos podría haber hecho esto.

Shelby suelta un gemido sofocado a mi espalda. La miro: tiene la vista clavada en el techo del puente. Me gustaría decir algo para consolarla, pero no me salen las palabras.

—Ahora eres la navegadora primera, Shelby —es lo único que se me ocurre decir.

Ella aprieta la mandíbula y hace un gesto de asentimiento; no quiere deshonorar a Marae mostrando debilidad. Será una buena navegadora primera.

Vuelvo a mirar la bóveda de metal, tan parecida a la del nivel de criopreservación o a la de la gran sala del nivel de mando. Cuando salí al espacio —sonrío y paladeo las palabras: «cuando salí al espacio»—, me dio la impresión de que el puente tenía una cubierta de vidrio. Aunque no, no puede ser vidrio: tiene que ser algún otro material que resista la entrada de la nave en la atmósfera de un planeta y el impacto de asteroides, cometas y meteoros. Supongo que es algo más fuerte, un policarbonato, tal vez. Resplandecía a la luz de los dos soles del planeta.

Y sin embargo, aquí el techo es de metal.

Lo mismo que en el nivel de mando. Allí, las placas metálicas escondían una pantalla de falsas estrellas que se podían descubrir activando unos controles hidráulicos... Mis ojos bajan por la pared hasta detenerse en el interruptor que hay al lado del escáner biométrico de la puerta. Aprieto la mandíbula hasta que los dientes me rechinan: no sé por qué me extraña que aquí también haya secretos.

Y estoy más que cansado de los secretos y las mentiras. Antes no podía contar a todo el mundo que el motor de la nave estaba roto, porque habría acabado con la poca esperanza que les queda; pero haber descubierto el planeta lo cambia todo.

—Bloquea la puerta del puente —le ordeno a Shelby.

Ella vacila una fracción de segundo, y luego se da la vuelta y cierra la puerta.

—Bloquéala —insisto.

—El cierre de esta puerta es hermético. Si se conecta, aísla completamente esta sección del resto de la nave.

—Lo sé.

Shelby pasa el pulgar por el escáner y la puerta se ajusta con un chasquido. Pulsa un botón y una fila de pilotos se ilumina en cascada. Parece indecisa, incluso asustada; los pilotos arrojan sobre su cara más sombras que luces. Debe de asustarle estar encerrada aquí conmigo.

Y con lo que queda de Marae.

—Hoy salí de la nave —le digo, sin despegar la mirada de los ojos inmóviles de Marae.

—No entiendo, Elder.

—Salí al espacio por la escotilla de las estrellas —explico, y ella suelta una exclamación ahogada—. Amy y yo encontramos varios trajes espaciales. Y lo que vi... Deja que te lo enseñe, Shelby.

Echo a andar hacia la pared opuesta. Al pasar junto al cuerpo de Marae, me detengo, agarro con mucha delicadeza su torso y lo ladeo hasta que su rostro frío queda dirigido al techo. Es el último regalo que puedo hacerle.

Al llegar a la pared, paso el dedo por el escáner que he visto antes. Es igual que el que hay junto a la puerta de Eldest en el nivel de navegación; debió de instalarse en el mismo momento. Ni estos paneles metálicos ni los de la gran sala formaban parte del diseño original. Supongo que los instaló el primer Eldest para tapar la verdad.

—¿Comando? —pregunta la voz del ordenador en mi intercom.

—Abrir —respondo con una sonrisa que no puedo reprimir.

El techo se parte por la mitad.

Shelby grita y cae de rodillas tapándose la cabeza con las manos: cree que el casco de la nave se está rajando, lo mismo que creí yo cuando el techo de la gran sala se separó para mostrar las falsas estrellas. Piensa que el puente va a explotar por la descompresión y que los dos saldremos disparados al espacio, y que allí moriremos rápida y dolorosamente, con la piel azul por la falta de oxígeno y los órganos internos reventados.

Me acerco a ella con una tranquilidad que parece ponerla aún más nerviosa y me acucillo a su lado.

—Levántate —le ordeno, alzando la voz para hacerme oír sobre el ruido de los engranajes—. Merece la pena ver esto.

Le ofrezco una mano y ella la agarra y se levanta, aún temblorosa. Sus ojos buscan en los míos alguna respuesta, pero yo levanto la cara hacia el techo y veo por el rabillo del ojo que ella hace lo mismo.

El universo entero se ofrece a nuestros ojos, centelleando a través de los hexágonos de vidrio que cubren el puente. El universo, un sinfín de estrellas separadas por abismos negros... y el planeta.



A la hora del almuerzo, aprieto el botón del distribuidor automático, pero no sale nada. Vuelvo a apretarlo. Nada.

En el primer momento le echo la culpa a una avería del distribuidor de mi cuarto, pero cuando salgo al pasillo oigo la voz de Doc. Grita tan fuerte que entiendo perfectamente sus palabras a pesar de que está encerrado en su despacho.

—¡Me da igual lo que opines de la gente que vive en el hospital, Fridrick! —berrea—. ¡Merecen comer como todo el mundo!

Vuelvo a meterme en mi habitación e intento enfrascarme en el soneto, pero tengo el corazón en un puño. Un problema más para Elder... y para la nave entera. Me planteo si debería llamarle para avisar de lo que pasa, pero decido que la muerte de Maraë es más grave que saltarse un almuerzo.

Al final decido ir al tubo gravitacional para buscar la escalera perdida. Hay dos salidas del tubo: una en la ciudad y otra en este lado del nivel. Prefiero empezar por la más cercana; solo de pensar en ir yo sola a la ciudad se me revuelve el estómago. Además, esta entrada se encuentra al lado del archivo, un sitio frecuentado por Orion, lo que aumenta las posibilidades de encontrar ahí la escalera. *Si es que existe*, añade una vocecilla en mi cerebro. Espero haber interpretado los datos correctamente...

La entrada del hospital está tan concurrida como de costumbre, así que me cubro el pelo y agacho la cabeza antes de abrirme camino entre la gente. Casi todos vienen a quejarse por los parches, aunque hay algunos que parecen enfermos de verdad: una mujer delgadísima, con los ojos hundidos y las mejillas cóncavas; un hombre que no deja de vomitar en una palangana que sostiene en el regazo...

En cuanto salgo del edificio, levanto la cabeza para aspirar una bocanada de aire reciclado y veo un grupo de gente junto al estanque. Entre ellos están los que criticaban ayer a Elder en la escalera del archivo.

—... y han vuelto a saltarse el almuerzo —dice una voz.

Es Bartie: está en el centro del grupo, subido a un banco. Reprimo el impulso de abalanzarme sobre él y empujarlo al estanque. Hasta hace unos días me parecía un chico agradable e incluso tímido, pero ahora parece estar siempre en el centro de un tornado a punto de desatarse.

Empiezo a andar con la cabeza gacha y al cabo de unos pasos choco con una pareja que se dirige al estanque.

—¡Disculpa! —dice la mujer en tono amable.

—¿Adónde vas? —pregunta el hombre.

Me quedo congelada por un instante: conozco bien esa voz.

Luthor.

Tendría que haber echado a correr, pero mi vacilación le permite agarrarme del hombro. Echo un vistazo a su cara por entre los pliegues de la capucha: la paliza que le dimos Victria y yo le ha dejado marcas entre moradas y verdosas, tiene un ojo hinchado y se le ha partido el labio.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —dice, y me doy cuenta de que no me ha reconocido—. Bartie está hablando sobre la forma de instaurar un sistema más justo en esta nave.

Hace ademán de pasarme el brazo por el hombro; yo me escabullo y, al hacerlo, la capucha resbala y me quedo expuesta. La mujer da un respingo, como si ante sus ojos acabara de aparecer Quasimodo; Luthor entrecierra los ojos y me sonrío enseñando todos los dientes. El corte del labio se le abre en una grieta de un rojo brillante, pero él no parece darse cuenta. Sus dedos se cierran sobre mi hombro con tanta fuerza que se me escapa un gemido.

—Vámonos —dice la mujer—. La anomalía no está invitada.

Luthor abre los dedos sin avisar y me empuja hacia atrás, y yo me tambaleo mientras los dos se dan la vuelta y siguen andando hacia el estanque.

—¡De todos modos, no quería ir! —berreo, y ellos se detienen. Antes de que puedan darse la vuelta, echo a correr hacia el tubo gravitacional.

Es una suerte que solo Elder pueda usar esta entrada del tubo, porque eso hace que nadie más venga por aquí. Me inclino hacia atrás para seguir la trayectoria del tubo que recorre la pared y el techo antes de desaparecer por un agujero.

Parece absurdo, pero mi primer impulso es activar el intercom de mi muñeca para volar hacia Elder. No puedo olvidar el sabor de sus labios.

Sacudo la cabeza y me fuerzo a concentrarme en la superficie de metal. Normalmente evito acercarme a las paredes: si estoy lo bastante lejos, puedo entornar los párpados hasta que los remaches se emborronan, e imaginar que el metal pintado de azul claro es el cielo. Pero cuando me aproximo, no puedo ignorar el olor del metal —ese regusto acre que me cosquillea en el fondo del paladar, tan parecido al olor de la sangre—, y siempre acabo por tocarlo para convencerme de que es frío, sólido e inamovible.

Empiezo a dar golpecitos como hacía mi padre en la pared de casa cuando quería colgar un cuadro, pensando que el ruido puede darme alguna pista. Por un instante me veo golpeando esta misma pared sin dejar de llorar, arañando la pared en mi desesperación por escapar de aquí. Entonces fue Orion quien me encontró y me consoló, y yo pensé que había encontrado un amigo. Un amigo, no un asesino.

Hago un esfuerzo por atender al sonido de mis nudillos contra el acero. Tap, tap. Tap, tap. Tap, tap. No, aquí no hay nada. Tap, tap. Tap, tap. Tap, tap. Esto es absurdo; parezco una chalada. Tap, tap. Clonc, clonc.

Me quedo petrificada. Ahí, en el lado izquierdo de la plataforma del tubo, la pared hace un ruido hueco. Me acerco aún más.

Y entonces la veo. Polvorienta, mínima, apenas visible: una rendija en la pared.

La recorro con los dedos: es el borde de una puerta. No se ve ningún picaporte ni bisagras, así que debe de abrirse hacia dentro. Empujo sin éxito. Me apoyo con todo mi peso y hago fuerza hasta que los pies me resbalan por la tierra del camino dejando dos rayas rojizas.

La puerta se abre un poco y vuelve a atascarse.

Oscuridad.

Me retuerzo para colarme por la abertura. A la escasa luz que se cuela, logro distinguir un picaporte grande. El suelo es de metal con relieves. En la pared, a la altura de mis ojos, hay una caja que debe de ocultar un panel de mandos.

Y frente a la puerta arranca una escalera.

Me apoyo en el interior de la puerta y empujo hasta cerrarla. De repente, me entra el pánico y tironeo del enorme picaporte hasta abrir una rendija.

Inspiro el aroma a plantas y tierra del nivel de alimentación y me relajo: puedo salir de aquí cuando quiera.

Me encierro de nuevo y suelto un suspiro que resuena como un grito en el aire inmóvil y polvoriento.

La oscuridad es absoluta. Palpo la fría pared hasta encontrar la caja de plástico que vi antes, levanto la tapa y encuentro al tacto un interruptor que me recuerda a los que había en la Tierra para encender la luz. No sé por qué me sorprende: esta zona sigue exactamente igual que cuando construyeron la nave.

Sin embargo, al conectarlo no se enciende una luz en el techo: son las propias escaleras las que empiezan a brillar. Mis pasos resuenan cuando me acerco para examinarlas. En los pasamanos hay sendas hileras de luces LED, y una franja iluminada marca la arista de cada peldaño. El efecto me recuerda a los adornos de Navidad.

Mis pensamientos se congelan.

Antes, si me venía a la mente la palabra «Navidad», me acordaba inmediatamente de mi pasado en la Tierra y me hundía en la tristeza por haber perdido aquella vida para siempre.

Ahora pienso en esa palabra y solo siento un malestar vago, una especie de dolor fantasma que viene de una parte de mi vida ya amputada.

Respiro hondo y poso la mano en la barandilla. Mis dedos parecen traslúcidos por el resplandor. Subo el primer peldaño y miro hacia arriba: la escalera zigzaguea una y otra vez. Trato de contar los giros, pero la distancia y la penumbra no me dejan distinguir el final; la *Fortuna* es tan alta como un rascacielos. La última vez que fui a Nueva York, mis padres y yo tratamos de subir a pie el Empire State Building y solo llegué al piso cuarenta, que no era ni siquiera la mitad. Esta escalera tiene que ser al menos el doble de alta, si lleva desde el nivel de alimentación hasta el de mando.

¿Y para bajar al nivel de criopreservación? ¿Dónde estará esa escalera?

Retrocedo y me pego a la pared. Al otro lado de estas planchas de metal está el espacio, y más allá, nuestro planeta. Resulta extraño tocar esta superficie. El muro del nivel de alimentación es mucho más fino; se nota por muchas cosas, como su temperatura —al tocarlo se nota el calor del otro lado— o lo poco que pesa la puerta. Pero esta pared parece exageradamente gruesa. Está recorrida por vigas verticales cuya parte superior traza una curva más abrupta que las del nivel de alimentación, y los remaches son tan grandes que no puedo cubrirlos con la mano extendida.

Apoyo la palma en el metal, y al separarla veo que está cubierta de un polvillo rojizo. La superficie está muy fría, y me produce una sensación de solidez pesada.

En el nivel de alimentación —grande, aireado e iluminado— me siento atrapada, encerrada. Aquí, sin embargo, pegada a una gruesa pared de metal, en un pasillo angosto y mal iluminado que huele a polvo y metal, me siento más cerca del exterior.

Más libre.

Tardo poco en encontrar otra escalera, un túnel descendente en este espacio a medio camino entre el corazón de la *Fortuna* y el universo. Es más estrecha y empinada; supongo que llevará al nivel de criopreservación. Me muero por explorarla —estoy segura de que desemboca en la única sala en la que no hemos entrado—, pero no puedo hacerlo yo sola. Me da mala conciencia explorar la nave sin Elder.

Doy la vuelta y regreso al descansillo por el que he entrado. Orion pasó mucho tiempo aquí para esconderse de Eldest; no puedo ni imaginarme lo asustado que estaría para encerrarse aquí por propia voluntad, privado hasta de la luz de un sol falso durante días y días. ¿Cuánto tiempo resistiría hasta no poder aguantarlo más, hasta volver camuflado de archivero al nivel de alimentación? ¿Dónde se sentaría a pasar las horas, junto a la pared exterior o junto a la que da al interior de la nave?

Hiciera lo que hiciera, encontró un escondrijo perfecto. Nadie más conoce la existencia de estas galerías.

Una vez acompañé a mi madre a Atlanta, donde tenía que impartir una conferencia sobre temas de genética. El congreso duró varios días, que yo pasé en la piscina del hotel. El último día, cuando iba a subir a mi habitación para hacer la maleta, me di cuenta de que el ascensor se había estropeado. Estuve media hora buscando las escaleras hasta que las encontré tras una puerta con un letrero minúsculo; me había pasado una semana entera yendo de acá para allá, sin pensar que en algún lugar tenía que haber una escalera.

Los habitantes de la *Fortuna* han pasado años yendo de acá para allá sin saber nada acerca de estas escaleras. Y si se han olvidado de ellas, ¿qué más pueden haber olvidado?



Vuelvo a pasar el dedo por el escáner y los paneles metálicos del techo se empiezan a cerrar. Shelby no despega los ojos de ellos hasta que conectan con un chasquido.

—Hemos llegado —dice, y en su voz hay una música extraña—. Hemos llegado.

—Sí.

Nos miramos sonrientes un momento, pero entonces los ojos de Shelby resbalan hasta el cadáver de Maraë. Lo miro yo también: aunque sus ojos vacíos enfocan el techo, ya nunca verá el planeta. Esa idea me produce una sensación extraña, casi de culpabilidad.

—Yo mismo lanzaré el cuerpo de Maraë a las estrellas —digo—. Mientras, trae a los demás navegadores de elite al puente para iniciar el proceso de aterrizaje.

Shelby asiente.

—Todos los navegadores de elite estamos entrenados para aterrizar. Hay simuladores, y las instrucciones se han transmitido de unos a otros desde...

—... desde que la nave despegó de Tierra Solar.

—Siempre hemos estado preparados para esto, aunque creíamos que no ocurriría hasta dentro de varios siglos.

—¿Cuánto tiempo necesitáis para los preparativos?

Shelby observa los paneles de control, concentrada.

—En primer lugar, la primera navegadora debe analizar... —sus ojos encuentran los míos: acaba de darse cuenta de que ahora la primera navegadora es ella—. Tengo que analizar el grado de habitabilidad del planeta.

—Pensaba que eso lo dábamos por descontado.

—Bueno, las sondas previas que se enviaron desde Tierra Solar indicaban que el entorno era estable y apto para la vida humana. Aun así, el primer paso del proceso de aterrizaje es confirmar esos datos. Yo... la verdad es que estoy un poco preocupada. Si llevamos años orbitando el planeta, ¿por qué...? ¿Por qué no hemos aterrizado aún?

Tiene razón. La alegría que sentí al descubrir el planeta ha sido reemplazada paulatinamente por esta misma pregunta. Puede que llevemos aquí parados desde la época de la epidemia, cuando se instauró el sistema de los Eldest. ¿Cuál es la razón de que sigamos aquí?

—De acuerdo: antes de pensar siquiera en aterrizar, tenemos que asegurarnos de que es factible —le digo a Shelby.

—Lo analizaré yo misma. Dentro de unas horas podré darte información, Elder.

—Pero antes tenemos que despedirnos de ella.

Shelby se vuelve hacia Marae y asiente sin decir nada.

Se acerca a una esquina y trae una especie de caja negra que flota a varios centímetros del suelo. Es un carrito que se mueve por electromagnetismo; los navegadores y los científicos los usan para transportar objetos pesados. Shelby pulsa un botón y los lados de la caja se despliegan hasta crear una especie de bandeja alargada, con un panel de mandos que sirve para conectar el carro con el sistema de tubos gravitacionales. Han debido de usarlo para transportar alguna pieza mecánica, porque está lleno de raspaduras y manchas de grasa. Intento limpiarlo con la manga, pero lo único que consigo es extender la suciedad. No me gusta la idea de tratar el cuerpo de Marae como una pieza inservible de la que queremos deshacernos, pero tampoco me siento capaz de retrasar el momento de lanzarla al espacio. Abro la puerta del puente y busco en la sala de máquinas algunos trapos limpios para cubrir la bandeja.

Ya está. Tenemos que hacerlo.

Sujeto el cuerpo de Marae por los hombros y Shelby le agarra los tobillos. Estirada no cabe en la camilla, así que acabamos por doblarle las piernas y encorvar su espalda hasta dejarla en posición fetal.

La figura liviana de Shelby parece enorme al lado del cascarón que fue Marae; no sabía que la vida ocupara tanto espacio. Shelby se inclina sobre el cuerpo y por un momento me vienen a la cabeza las fotografías de los animales carroñeros de Tierra Solar.

—No sé cómo hacer todo esto sin ti, pero tengo que intentarlo —susurra Shelby junto a la cara de Marae. Ya no parece un animal carroñero: ahora parece una niña huérfana.

Se inclina un poco más; no sé si estará besando la mejilla blanquecina de Marae o susurrándole algo al oído. En cualquier caso, Marae ya no puede sentirlo.

Los navegadores se apiñan cuando salimos del puente empujando el carro. La mayor parte no ha visto jamás un cadáver: en la época de Eldest, la muerte era un procedimiento regulado y programado que siempre ocurría en el hospital.

Todos contemplan el cuerpo de Marae mientras yo agacho la mirada. Los dibujos rectilíneos del suelo se emborronan. Me froto la cara, enfadado conmigo mismo.

Hago un esfuerzo por alzar la cabeza y enderezar la espalda, y miro hacia delante. Solo la tensión en mi mandíbula delata lo mucho que me duele todo esto.



Si me quedo aquí acabaré por explorar las escaleras sin Elder, así que decido salir al jardín del hospital. Bartie y su gente han desaparecido, Luthor incluido; la única prueba de que se han reunido aquí es la hierba aplastada alrededor del banco. Me quito los mocasines y camino sobre la fresca hierba hasta llegar al borde del estanque. Querría llamar a Elder ahora mismo, pero no quiero molestarle en medio de algo importante. Me siento, apoyo el mentón en las rodillas y observo la superficie tranquila del agua. Aguzo la mirada; el estanque no es muy profundo y el agua está clara, así que logro distinguir las raíces de los lotos. Más allá, el agua se emborrona de lodo.

Me reclino apoyándome en los codos y la hierba me hace cosquillas en la nuca. Dejo que mis pies resbalen por la orilla embarrada hasta meterse en el agua y cierro los ojos. La lámpara solar no puede compararse con el sol de verdad, pero así, con los párpados cerrados, casi puedo creer que estoy en Tierra Solar.

Una sombra apaga el resplandor rojizo de mis párpados, como si el sol se hubiera ocultado tras una nube. Abro los ojos y veo la cara de Elder rodeada de luz.

—Hola —susurro sintiendo que me falta el aliento.

Se deja caer a mi lado, pálido y exhausto, y me doy cuenta de que ahora no puedo proponerle que vayamos a explorar las escaleras.

—¿Qué te pasa, Elder? —pregunto, y él me contesta con un ruido vago.

Me gustaría acercarme a él y decirle que siento mucho lo que está pasando, pero sé que las palabras no sirven de nada.

Elder se recuesta en la hierba y se queda mirando la cúpula metálica. Si este cielo fuera de verdad, si estuviéramos tumbados en un parque de la Tierra observando las nubes como dos niños, todo esto sería muy agradable. Pero esto no es la Tierra y las nubes son manchas de pintura, y aunque al otro lado del metal haya un planeta, en este momento me parece muy lejano.

—A Marae la han asesinado igual que a Stevy —dice—. Tenía las mismas palabras escritas en los parches.

—Lo siento —murmuro, consciente de la absoluta inutilidad de esas dos palabras.

—Quiero saber quién está haciendo estas cosas.

—Tal vez sea la misma persona que trató de ocultar la última pista de Orion —digo—. La misma que sabotó tu traje espacial.

—¿Por qué hablas de sabotaje?

Le miro la cara entre las briznas de hierba.

—Quien manipuló las pistas para desviarnos, bien podría haber pinchado los tubos del SSVB. Si te hubiera matado, no habrías podido contar a nadie lo del planeta... De hecho, estuvo a punto de conseguirlo.

Elder abre la boca para contestar, pero antes de que pueda hacerlo, le pita el intercom.

—Era Doc —dice al acabar la llamada—. Dice que Bartie está armando jaleo una vez más en el Punto de Distribución.

Suelta un suspiro y empieza a incorporarse. Me inclino hacia él, le acaricio justo encima del moratón verdoso de su mandíbula y Elder se apoya levemente en mi mano.

—Elder, tienes que convencerte de que no puedes hacerlo tú todo.

—Entonces, ¿quién va a parar a Bartie? ¿Quién va a asegurarse de que se distribuyen los alimentos? ¿Quién va a ayudar a los navegadores a preparar el aterrizaje, si es que los análisis del nuevo planeta nos dan luz verde?

En su voz hay un matiz de miedo y de dolor. Querría decirle que no se preocupe, que todo va a salir bien, pero no quiero mentir. Me inclino un poco más al mismo tiempo que lo hace él y nuestros ojos se encuentran.

Vamos a besarnos, pienso.

Bien.

Sus labios tocan los míos; aunque es un roce suave, siento la urgencia que hay en él. Abro la boca en un gesto de sorpresa y el beso se hace más profundo. Los brazos de Elder se cierran alrededor de mi torso y me atraen. Su cuerpo dice lo que él no se

atreve a decirme: que me necesita.

Alzo las manos y recorro sus brazos palpando el vello leve. Sus músculos se tensan bajo las yemas de mis dedos y se convierten en rocas que me estrechan aún con más fuerza. Mis manos bailan sobre sus hombros, se encuentran en su nuca y empiezan a revolotear haciendo remolinos entre su pelo.

Tocarle hace que me sienta bien de un modo extraño, primitivo: me recuerda que Elder está aquí, que es real, a pesar de lo cerca que he estado de perderlo hace un rato.

Enlazo los dedos tras su cuello y me impulso para colocarme sobre él. Uno de sus brazos resbala por mi espalda hasta llegar a mi cintura.

Y entonces, su boca se separa de la mía y me encuentro mirando a sus ojos. Puedo imaginar perfectamente el aspecto que tenemos en este momento, rodando sobre el césped junto al estanque. Debemos de parecer una pareja en plena época de apareamiento. Pero me da igual; esto no es lo mismo. Aquellos eran movimientos mecánicos, carentes de emoción. Esto, sin embargo...

Elder levanta la mano y me aparta un mechón de la cara, y yo cierro los ojos para disfrutar de su contacto. Sus dedos se enredan entre mi pelo y se cierran sobre mi nuca, y siento cómo me atrae para besarme de nuevo.

Pero no hace falta que me atraiga.

Este beso es más dulce, más lento, más suave. Siento sus labios más que su ansia.

Cobro consciencia de su cuerpo pegado al mío. Poso una mano sobre su corazón y siento cómo late con violencia, al mismo ritmo que el mío.

Mis manos resbalan por sus costados. La camisa se le ha salido del pantalón, y mis dedos acarician la piel de sus caderas.

A Elder se le escapa un gemido grave. Sus manos salen de entre mi pelo enredado, se apoyan en mis hombros y me empujan delicadamente. Nos separamos, aunque nuestros pies siguen pegados bajo el agua del estanque.

—¡Uf! —exclama dándose un manotazo en el cuello—. ¡No tengo tiempo para estas

cosas!

Retrocedo, molesta y ofendida, y entonces me doy cuenta de la forma en que Elder inclina la cabeza: alguien le está llamando por el intercom.

—Lo siento... —susurra levantando la cabeza, y me mira a los ojos—. Lo siento, Amy, yo... Es que se junta lo de Marae con lo del planeta y... ¡FREXO!

Doy un respingo de la sorpresa, pero enseguida me doy cuenta de que es otra llamada.

—¿Qué? —ladra Elder después de conectar el intercom.

Me siento ridícula aquí tumbada, así que me incorporo lentamente hasta sentarme. Observo el estanque mientras Elder sigue concentrado en su llamada.

No sé lo que quiero. Le dije a Victria que amar implicaba una elección, y también me dije a mí misma que no tenía por qué elegir a Elder.

Pero no puedo olvidar que mi corazón se detuvo cuando lo hizo el suyo.



Amy tiene un aspecto tan triste, tan solitario... Parece una niña abandonada. Y soy yo quien la ha abandonado, aunque siga sentado con ella junto al estanque. No hubiera debido besarla. Ha sido como probar el postre antes de empezar a cenar: solo me ha servido para desear más. Pero no he podido evitarlo. No sé qué pasa con Amy, pero con ella no soy dueño de mí.

Y sin embargo, es necesario que me controle. Con todo lo que está pasando, lo último que debo hacer es besarla. Yo tengo que concentrarme en el planeta y ella tiene que aclararse. Veo preguntas en sus ojos; sé que no se atreve a poner nombre a lo que hay entre nosotros.

Está sentada en silencio. Sus ojos rehúyen los míos, y sus mejillas están tan rosadas como sus labios.

Sus labios...

No.

Aparto la mirada.

—¿Qué pasa? —susurra.

Un rugido se abre paso en mi interior, y tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para acallarlo. ¿Que qué pasa? Pasa que no puedo responder de mí cuando ella está cerca; eso es lo que pasa. Me atrae tanto que ese sentimiento supera a todo lo demás, a todos mis pensamientos, instintos y restricciones. Temo que este deseo llegue a consumirme... y no solo a mí, sino a ella también.

—Me refiero a lo que pasa con los navegadores —aclara al ver que no respondo—. ¿Cómo reaccionaron cuando les dijiste lo del planeta?

Aprieto los puños. Está claro que Amy prefiere olvidar lo que acaba de ocurrir; tal vez la haya asustado mi mezcla de ansia y prudencia. *Frexo...* Me peino con los dedos y tironeo de los mechones con rabia, tratando de extraer de mi cerebro alguna idea coherente.

—Han empezado a hacer análisis —respondo—. Si los indicadores de habitabilidad de Tierra Centauri son adecuados, puede que empecemos el proceso de aterrizaje en unos días.

Ella entrecierra los ojos.

—¿Cómo que «puede»?

Si de ella dependiera, aterrizaríamos ahora mismo.

—Amy —digo con tanta seriedad como puedo—, no podemos desembarcar así, sin más. Tenemos que asegurarnos de que no hay ningún peligro en el planeta.

—¿A quién le importan los peligros? —exclama levantando las manos.

—A mí. Soy responsable de todos los habitantes de la nave.

—Solo serán un par de días, ¿verdad?

En el mejor de los casos..., pienso.

—Solo un par, no te preocupes —digo.

—De acuerdo —suspira—. Es que me preocupa que... Bueno, cuanto antes aterricemos, mejor.

—Amy, la nave no es tan terrible —protesto, alarmado por la angustia que trasluce su voz.

Ella me mira, atónita.

—Elder, la gente está furiosa. ¡A Maraë la mataron!

—Es... Sin fidus, la gente piensa que... Son...

—Cállate, Elder —me espeta Amy con tono helado—. Hay gente buena. También hay gente mala. El fidus no arregla nada: solo esconde lo bueno y lo malo tras una neblina de indiferencia.

—¿Y si...? —empiezo a decir, pero me quedo callado.

No me atrevo a decir lo que pienso: que quizá merezca la pena perder lo bueno si es el precio que hay que pagar para librarse de lo malo.

Marae habría estado de acuerdo.

—El agua está muy tranquila —dice Amy.

No me molesto en disimular mi asombro. ¿Qué frexo es esto? Primero nos besamos hasta quedarnos sin aliento, luego hablamos de un asesinato, ¿y solo se le ocurre comentar esto?

—¿No hay peces? —insiste.

Peces... ¿Tendrá chulza? En vez de pintar diagramas en una pared, montar guardia o perseguir a un asesino, le apetece hablar de peces. Claro: cuando es mi gente la que muere, no le importa tanto.

—No, ya no —respondo en un gruñido mientras me pongo en pie—. Antes había, pero ahora no quedan.

Ella levanta la vista y me interroga con la mirada.

—¿Te has enfadado?

—¡Pues claro que me he enfadado, frexo! —grito, y ella da un respingo—. Yo... lo siento. Lo siento, Amy. Es que estoy...

Amy me agarra la mano. Creo que quiere decirme algo, pero antes de que se decida a hacerlo, una voz nos sobresalta a los dos.



—Ay, disculpadme —dice Luthor—. No pretendía molestaros.

Su expresión es impasible, pero sus ojos parecen pegados a la tira de piel que asoma bajo el borde de mi blusa. Tironeo del tejido con tanta fuerza que por un momento parece a punto de rasgarse.

—¿Qué quieres, Luthor? —pregunta Elder de espaldas a él.

No sé si la impaciencia de su voz se debe a la interrupción o a que sabe lo involucrado que está Luthor en los planes revolucionarios de Bartie. Elder suspira y se da la vuelta.

—Luthor, ¿qué frexo te ha pasado? —dice al ver el ojo hinchado y el labio roto.

No puedo reprimir una sonrisa maligna.

—Nada importante —responde Luthor—. Nada que no pueda... solucionar por mi cuenta.

Hago un esfuerzo por disimular el miedo. Luthor baja la mirada, me mira fijamente durante unos segundos, se encoge de hombros y se aleja tranquilamente por el camino soltando una risita socarrona.

—Ese tipo es una alimaña —dice Elder—. Solo apoya a Bartie porque le gusta embrollar las cosas.

—Sí... —susurro. Cuando Luthor apareció, estaba a punto de contarle a Elder lo de las escaleras y los pasillos que descubrí esta mañana. Pero a Luthor se le da bien silenciar mis palabras...

Elder me mira con atención.

—¿Qué te ocurre, Amy?

No contesto.

—Amy, ¿sabes algo de Luthor? —insiste—. ¿Ha hecho algo malo?

Una mano cerrada en torno a mi muñeca, que me empuja hasta derribarme y me corta la circulación; unos dedos hincados en el hueco bajo la palma, justo por donde pasan las venas.

Bajo la mirada: es mi propia mano la que rodea mi muñeca.

Abro la boca.

—Cuéntamelo, Amy.

No puedo.

Ya es tarde. No podemos cambiar el pasado, y si le cuento lo que ocurrió, se va a poner furioso. No sabría explicar por qué nunca le he dicho nada; supongo que fue una mezcla de miedo a recordarlo y de preocupación por la reacción de Elder. Dejé pasar demasiado tiempo. Además, me siento un poco culpable: no debería haber salido en plena época reproductora. Y aunque en el fondo sé que eso no es verdad y que no fue culpa mía sino de Luthor, no logro olvidar...

Su cuerpo a horcajadas sobre el mío, inmovilizándome. Sus ojos, conscientes y burlones. La forma en que me mira aún, el peso de su mirada recreándose en todos los sitios que no quiero que vea. La manera en que sus pulgares acarician los demás dedos como si imaginara que son mi piel...

Elder me toca la mano y yo retrocedo.

Pero entonces recuerdo cómo retrocedió Victria ante mi contacto.

Si no puedo hablar por mí, al menos puedo hacerlo por ella.

No despego la mirada del estanque; me resulta más fácil contar esto al agua que al rostro rígido de Elder. Empiezo por el final, por el día en que Victria y yo usamos el mediparche para hacer pagar a Luthor lo que había hecho. Le cuento que Victria se quedó embarazada contra su voluntad. Sé que no debería revelar sus secretos, pero también sé que Elder, más que nadie en esta nave, debe saber lo despreciable que es

Luthor. Añado mis sospechas de que fue también él quien mató a la chica de la granja de conejos.

Luego hablo de las amenazas constantes de Luthor. Trato de mantener la cabeza fría mientras describo cómo me persiguió por los campos y la forma en que mi resistencia pareció excitarlo aún más, pero no puedo evitar que se me quiebre la voz.

Elder no me interrumpe ni una vez, y se lo agradezco en silencio mientras continúo mi relato.

—Se lo vi en los ojos, Elder. Estoy segura de que sabía muy bien lo que hacía. Lo sabía y se estaba divirtiendo —susurro, recordando la forma en que se relamió—. Sigue haciéndolo; para él, Victria y yo somos un juego. Él es el gato y nosotras somos ratones.

Miro a Elder por primera vez desde que empecé mi relato. Está sentado en el suelo, rodeado por una maraña de surcos rojizos. Cuando me ve observarlo, abre los puños y de sus manos caen dos puñados de tierra húmeda.

—Gracias por contármelo, Amy —dice, con una voz tan fría que me recuerda a Eldest.

Alargo la mano y le agarro del antebrazo. Sus músculos están tensos.

—He estado tan preocupado por Bartie y su revolución de pacotilla que no me he dado cuenta del mal que puede causar una sola persona —añade.

Intento encontrar su mirada, pero no despega los ojos del suelo.

—El otro día, en el archivo, fue él quien dijo que podía hacer lo que quisiera. Debíó de ser él quien le dio la idea a Bartie.

Elder se pone en pie.

—Gracias por contármelo, Amy —repite.

—Elder...

Sin hacerme caso, se da la vuelta y se aleja. En sus puños apretados se ven manchas verdes y marrones.



—Elder, hay un... Tienes que venir a la ciudad.

La llamada de Doc ha llegado en el peor momento. Quiero encontrar a Luthor para hacerle pagar todo lo que ha hecho. No he estado tan furioso en mi vida; desde que Amy me ha contado lo que hizo, noto la ira corriendo por mis venas. Ahora estoy algo más tranquilo que al principio, pero aun así...

—¡Frexo! —grito—. ¡Llevo horas corriendo de un lado de la nave a otro! ¡Estoy harto!

Doc se queda callado unos segundos.

—Dentro de poco no tendrás que hacerlo —dice al fin.

Por un momento creo que se refiere a que todos estaremos en el planeta, pero no puede ser. Todavía no se lo he contado. Solo lo saben Amy y los navegadores de elite.

—¿A qué te refieres?

—Elder, esto es el caos. Ha estallado un motín.

—¡Frexo!

—Creo que es cosa de Bartie, pero... Elder, necesito que vengas ahora mismo.

Tardo un rato en llegar a la ciudad desde el nivel de criopreservación, aunque me doy toda la prisa que puedo. Ya antes de entrar en la ciudad noto que algo va muy mal. Lo sé por el ruido: no suena el rumor habitual de la ciudad, esa corriente de voces, pasos y choques que resulta de la simple vida ciudadana. En su lugar, se oyen voces amortiguadas y pasos que resuenan por las calles.

Y entonces los veo.

Al fondo de la calle principal está el Punto de Distribución, y delante de él se apiña la gente. Todos miran algo que hay delante de ellos.

El cuerpo sin vida de Fridrick.

Tiene tantos parches pegados que parece un reptil cubierto de escamas. Se balancea suavemente, enganchado a una enorme tira de tela; debe de ser uno de los rollos de tejido que se fabrican en los telares. Los extremos de la tira salen de dos ventanas del tercer piso del Punto de Distribución.

En la parte central del tejido se ve una frase en grandes letras negras: Seguid al líder.

—¡Esto es una advertencia! —grita alguien.

Busco con la mirada a quien ha hablado: es Bartie, de pie frente a la entrada del Punto.

Y entonces caigo en la cuenta: la gente no estaba en silencio por la impresión de ver el cadáver de Fridrick. Callaban para escuchar a Bartie.

—¡Cualquiera que rehúse obedecer ciegamente al líder lo pagará muy caro! —grita, con un deje de sorna al pronunciar la palabra «líder»—. ¡Ya lo vimos con Stevy! ¡En cuanto se atrevió a protestar contra Elder, murió!

¿Protestar contra mí? ¡Si me atacó a puñetazos!

—¡Todos habéis visto cómo Fridrick se enfrentó a Elder! —prosigue Bartie—. Trató de salvarnos a todos controlando las reservas de comida... ¡y mirad lo que ha pasado! ¡Elder le obligó a repartir alimentos, y ahora no hay bastante comida! En cuanto a las protestas de Fridrick... —Bartie hace una pausa dramática y señala el cadáver con un aspaviento—. ¡Han sido silenciadas para siempre!

Si lo que se propone es iniciar una revolución, no le está saliendo demasiado bien. En las primeras filas de la muchedumbre suenan vítores, pero al menos dos terceras partes de la gente están en silencio. Parecen preocupados, pero no especialmente dispuestos a derrocar el único sistema de gobierno que han conocido.

Aun así, no voy a permitir que Bartie se dedique a difundir mentiras sobre mí.

Conecto mi intercom y hago una llamada general.

—Atención, habitantes de la nave *Fortuna* —digo.

La gente que hay en las primeras filas se calla y muchos se vuelven para mirarme.

—Como todos sabéis, el sistema de los Eldest ha funcionado en esta nave desde hace muchísimas generaciones. Yo decidí hacer las cosas de manera distinta a mi predecesor: preferí otorgaros la capacidad de decidir.

Bip, bip, bip.

—Atención, habitantes de la nave *Fortuna* —dice la voz de Bartie en mi oído.

Levanto la cabeza como impulsado por un resorte y veo que Bartie me observa.

—Elder no es el único que puede controlar el sistema de intercoms. Aun así, tiene razón en una cosa: nos permitió decidir, y eso es algo que debemos agradecerle —Bartie inclina la cabeza en mi dirección—. Porque nos dio la posibilidad de elegir un líder que no fuera él.

Todo el mundo está pendiente de sus palabras. ¿Cómo frexo ha podido infiltrarse en la red de comunicación? Solo algunas personas de los niveles más altos —Doc, la primera navegadora, yo mismo— tenemos permiso para emitir comunicados generales. Bartie debe de haber *hackeado* el sistema.

Pulso mi intercom de un manotazo.

—¡Orden de anulación! —digo, e instalo de inmediato otro enlace general de comunicación—. ¡Habitantes de la *Fortuna*! Tranquilizaos: este no es momento para motines ni disensiones. Esta mañana descubrí que nos hallamos mucho más cerca de Tierra Centauri de lo que podíamos suponer. Comenzaremos las maniobras de aterrizaje pronto, muy pronto. Solo tenéis que...

—¡MENTIRA! —ruge Bartie sin molestarse en conectar la red de comunicación, arrojándome la palabra como si fuera una piedra. Sus facciones están distorsionadas por la rabia.

—No es mentira —respondo con la voz distorsionada por el intercom—. Calmaos, por favor. La misión...

Bip, bip, bip.

—¡Al frexo con la misión! —berrea Bartie—. ¡Esto no es más que una nueva treta con la que Elder quiere manipularos! Mirad a vuestro alrededor, amigos: lo que veis es todo lo que tenemos. ¡La *Fortuna* es nuestro hogar, ya no tiene sentido tratar de llegar a ningún otro planeta! Solo tenemos esto... ¡y la libertad!

—¡Yo os di la libertad! —grito, sin acordarme de conectar el intercom. Me llevo la mano a la oreja, pero Bartie me ve y me deniega el acceso.

—Elder afirma que os ha dado la libertad, ¡pero mirad cuánto poder tiene! Toma todas las decisiones. Controla quién come y la cantidad de comida que se reparte. Doc trabaja a sus órdenes, y gracias a él ha vuelto el fidus a la nave. ¡Elder eligió por nosotros, y ahora todos pagamos las consecuencias!

Me viene a la mente el día en que lo encontré en el archivo. Tenía varios libros, entre ellos uno titulado *Funcionamiento de los sistemas de comunicaciones* y una historia de la Revolución Francesa. Debió de ser él quien lanzó aquel mensaje por la red de flexibles. Sí, Bartie ha montado todo esto. Pero si yo hubiera sabido manejarlo de otra manera, ¿habría podido atajar los acontecimientos antes de llegar a esta muchedumbre que se apelotona frente al cuerpo de Fridrick?

—¿Y qué pasa con la comida? —grita alguien.

Bartie empuja las puertas del Punto de Distribución.

—¡Coged lo que podáis, porque ya queda poco! —grita.

Esa es la gota que hace rebosar el vaso.

La gente se lanza en estampida al almacén. Varios rompen los cristales de las ventanas y empiezan a colarse por los huecos, y los que entran por la puerta van tan rápido que están a punto de arrollar a Bartie. La gente empieza a salir del edificio acarreando sacos de aspecto pesado y haciendo rodar barriles; los que se han quedado sin nada les plantan cara, rasgan los sacos y les arrebatan su contenido. El suelo tiembla tanto por los miles de pisadas que el cadáver de Fridrick se suelta de su precario asidero y se estrella en el suelo. Por un momento la gente se aparta, pero pronto se lanzan de nuevo hacia delante en su afán por acaparar alimentos.

Estallan las disputas. Al principio no son más que empujones de gente que trata de ganar posiciones, pero los empujones enseguida se convierten en puñetazos. Dos hombres pelean tan encarnizadamente que se olvidan de la comida; el más grande le asesta al otro un puñetazo en plena boca, y un arco de sangre brota como un surtidor por encima del tumulto. Los amigos del hombre herido se lanzan a defenderlo, y pronto hay tanta gente ensangrentada debatiéndose, gritando y asestando golpes que pierdo de vista a los dos primeros.

He visto este tipo de cosas en grabaciones y fotos de Tierra Solar, pero esto es diferente: esto es real.

—¡Fuera de mi camino, frexo! —berrea una mujer mientras persigue un barril de leche que rueda calle abajo.

—¡Los invernaderos! —chilla un hombre, y echa a correr hacia allí seguido de un grupo de unas veinte personas. Mierda. Van a acabar con todas las cosechas.

Trato de emitir una nueva comunicación general, pero la gente ni siquiera se da cuenta.

Un hombre aparta a una mujer de un empujón, y ella se tambalea y cae al suelo. Otro hombre sale en su defensa y golpea al primero. Antes de que pueda acercarme a ellos, dos hombres más se unen a la reyerta. La mujer se aleja a gatas cuando no la mira nadie. La bolsa que acarrea el primer hombre se rompe y su contenido —tomates y pimientos— se esparce por la calle. Algunas personas los agarran y empiezan a tirárselos a los contendientes. Cada vez se une más gente a la pelea.

Y entonces, uno de ellos se da la vuelta y me ve. Apenas he tenido tiempo de maldecirme mentalmente por estar aún ahí, cuando el tipo empieza a gritar:

—¡Ahí está Elder! ¡A por él!

Todos a una se vuelven, como un monstruo de muchas cabezas preparado para embestir.

—¡Fuego! —chilla alguien.

Por una de las ventanas del almacén sale un hilo de humo que se enrosca alrededor de la tela.

Echo a correr mientras todos miran la ventana, y al doblar la esquina conecto mi intercom.

—¡Amy! Ve a tu cuarto y cierra bien la puerta —le digo, y desconecto sin darle tiempo a replicar.

Me encamino hacia el tubo gravitacional por el camino más directo. A mi alrededor hay más personas que corren buscando refugio como yo. Un hombre empuja a la mujer que va con él hacia dentro de una casa, y se queda haciendo guardia en el umbral con un cuchillo de carnicero. Otra mujer se derrumba en las escaleras de entrada de su casa y empieza a gritar agarrándose el vientre.

Mientras subo por el tubo gravitacional, observo el caos que se extiende ante mis ojos. Las llamas se han propagado por todo el Punto de Distribución, y de él sale una columna de humo espeso que ya ha empezado a teñir el techo de gris.

Al llegar al nivel de navegación, tengo que esperar unos segundos a que mis ojos se acostumbren a la penumbra. Este nivel está mucho más oscuro que el de alimentación, y también más silencioso: si abajo el aire hervía, aquí la tensión lo inunda todo como una niebla espesa.

Shelby se abalanza hacia mí; debía de estar aguardando mi llegada.

—¿Qué hacemos, Elder?

Todo el nivel parece quedarse en suspenso a la espera de mi respuesta.

—Reúne a los navegadores de elite. Quiero veros a todos junto a la puerta del puente —digo.

—Pero... ¿qué pasa con el nivel de alimentación?

—Es una orden. Id al puente de inmediato.

La miro a los ojos tratando de adoptar la fría e impasible máscara de autoridad que tan bien le salía a Eldest. No sé si puedo hacer que mis rasgos adopten esa expresión, aunque mi carga genética sea exactamente la misma. Debería ser capaz, pero cuanto más lo pienso, más me siento como un niño que se probara los zapatos de su padre.

Y sin embargo, Shelby obedece. Conecta su intercom, transmite la orden a los navegadores de elite y echa a andar a zancadas hacia el puente.

Antes de seguirla, tengo algunas llamadas pendientes.

—Enlace de comunicación: Bartie —digo apretando mi intercom.

—¿Sí? —contesta segundos más tarde.

—Vas a destruirnos a todos.

—Tú abriste la puerta —replica Bartie con voz ahogada, como si él también estuviera huyendo del monstruo que ha creado—. Yo me limité a empujarlos para que pasaran.



Primero oigo los mensajes de Elder.

Luego veo el humo.

Y entonces lo percibo, allá a lo lejos: el ruido de un motín.

Cuando Elder me llama, siento alivio: al menos sé que ha escapado. Pero suena jadeante, como si estuviera corriendo, y corta la comunicación antes de que yo pueda decir nada.

Voy derecha al hospital, al ascensor, al nivel de criopreservación.

Aquí todo es frío y silencio.

Arriba todo es rabia, fuego y caos.

Pero aquí no: aquí solo hay hielo.

Saco a mis padres de las cámaras, disfrutando del frescor del metal en las palmas de mis manos y del golpe sordo que hacen las cápsulas al posarse en las bandejas.

—Hoy os echo mucho de menos —susurro.

Sé que es una estupidez, sé que no tiene sentido, pero aún hay una pequeña parte de mí que cree que mis padres pueden arreglarlo todo. Hasta un motín salvaje, hasta un grupo de gente desatada que está destruyendo el único hogar que han conocido. Hasta la vida de una chica —yo— atrapada en el ojo de esta tormenta.

Elder dijo que la nave aterrizaría pronto, susurra una voz en mi interior.

Y cuando desembarquemos en el planeta, habrá que despertarlos. ¿Por qué no hacerlo ahora?

¿Por qué no?

¿Por qué no?

¿Por qué no?



¿Qué frexo se supone que puedo hacer para frenar una revuelta? Si la gente escuchara, podríamos estar todos discutiendo los preparativos para el aterrizaje. Y sin embargo, ahí están, dispuestos a destrozar la nave a dentelladas.

Me abalanzo a la sala de irrigación.

—Enciende el programa de lluvia más fuerte que tengamos —le ordeno a Tearle, el navegador de guardia.

—Es peligroso, Elder —protesta—. A esa potencia, al agua puede formar riadas menores en las calles.

—Hazlo.

—¿Cuánto tiempo debo dejarlo conectado? —pregunta; parece reticente, pero ya ha empezado a manipular los mandos del panel de control.

—Yo te diré cuándo detenerlo.

Cruzo el corredor y entro en la sala de control solar. La lámpara funciona de manera automática, pero su temperatura se regula de forma manual. La responsable de hacerlo es una navegadora de aspecto ratonil que tiene más pinta de granjera que de otra cosa. Se llama Larin.

Saco mi flexible del bolsillo y accedo a las cámaras de vigilancia de la ciudad. En la pantalla aparece el Punto de Distribución: la lluvia cae torrencial sobre él, y las llamas ya empiezan a retirarse mostrando sus ruinas humeantes. Deslizo el dedo por la pantalla para dar paso a imágenes de las granjas, los invernaderos y la calle principal. Se ve gente peleando por todas partes. Las cámaras no captan el sonido, pero no me hace falta oírlos: ya sé cómo suena una revuelta.

—Quiero que cubras la lámpara solar —le digo a Larin, que ha estado esperando mis órdenes con expresión preocupada.

—¡Pero si es mediodía, Elder! —exclama, mirándome como si se me hubiera ido la cabeza.

Supongo que se me ha ido realmente. La lámpara solar nunca se apaga, pero una gruesa pantalla de metal la cubre cuando tiene que caer la noche. Todo está programado para que las noches duren ocho horas y empiecen exactamente cuando tienen que empezar. Y ahora no es el momento.

—Cubre la lámpara —insisto.

—Pero...

—Cúbrela.

Larin se pone en pie y cruza la pequeña sala hasta la pared donde están los controles. Sus dedos vacilan sobre un interruptor mientras mascullla algo.

—¿Cómo dices? —pregunto.

—Tal vez Bartie tenga razón —dice claramente.

Llego a su lado en dos pasos y pulso el interruptor de un manotazo. Bajo nuestros pies, todo el nivel de alimentación se oscurece de golpe. Aquí, sin embargo, tenemos luz. Acerco mi cara hasta pegarla casi a la de Larin. Si estuviera aquí Marae... Frexo, si estuviera Eldest...

Ella me sostiene la mirada unos segundos.

Y luego ladea la cara.

—Descubre la lámpara.

Larin extiende la mano rápidamente y pulsa de nuevo el interruptor. Se vuelve hacia mí y me observa; está claro que no ve el momento de que me vaya. Pero yo me quedo inmóvil.

La pantalla del flexible muestra imágenes de gente que mira hacia arriba, tratando de distinguir la lámpara solar entre la lluvia torrencial. La lámpara nunca se había apagado fuera de su hora; al menos, los he sorprendido lo suficiente como para que dejaran de luchar.

—Cubre la lámpara otra vez.

Larin vacila, pero al final lo hace sin decir nada.

La pantalla del flexible no muestra más que negro.

Conecto mi intercom y hago una llamada general.

—Atención, habitantes de la *Fortuna*. Todas las personas de la nave están convocadas a una reunión en la gran sala del nivel de mando esta tarde, cuando oscurezca. Todos estáis convocados, sin excepción.

—Descubre —le ordeno a Larin tras cortar la comunicación.

Ella me obedece de inmediato, pero no despega los ojos de mí.

Pulso el mando de mi intercom una vez más. Estoy seguro de que Bartie tardará poco en lanzar una llamada general diciendo a la gente que no tienen por qué acudir a la gran sala solo porque yo lo ordene, o algo así.

—Orden de anulación de Eldest —digo—. Código de autorización: cero cero ge. Desactivar todas las comunicaciones. Excepción: emisor de Eldest.

Salgo de la sala, me dirijo a la de irrigación, ordeno a Tearle que detenga la lluvia y luego me encamino al puente. Ahora Bartie no puede hacer llamadas; nadie puede excepto yo. Al menos, Amy estará encerrada en su habitación.

Mientras atravieso el nivel de navegación, siento los ojos de todos clavados en mí. Los navegadores dejan de trabajar cuando yo paso y se quedan mirando cómo me alejo por el pasillo.

Hace solo unos días me habría parecido ver dudas y preguntas en esas miradas, y eso me habría pesado hasta aplastarme.

Ahora no. Me da igual cómo me miren: estoy tomando en mis manos la autoridad que debería haber sido mía desde el principio.

Por primera vez en mi vida, me siento como un auténtico Eldest.

Shelby me espera en el puente junto a los demás navegadores de elite. Entro sin dudarlo y cierro la puerta a mi espalda.

—¿Qué muestran los análisis? —pregunto.

Si hace falta aterrizar para detener esta mierda que Bartie llama revolución, aterrizaremos. Pero no quiero hacerlo a ciegas.

Shelby maneja su flexible para mostrarme los resultados de las pruebas. La observo conteniendo a duras penas mi irritación. Sé que es irracional, pero no puedo evitar culpar a Orion de mucho de lo que ha ocurrido. Tal vez entre esas pistas del frexo haya algo que pueda ayudarnos a llegar al planeta sin problemas, pero el muy loco escondió la información.

Al fin, Shelby me ofrece el flexible.

—Todos los datos apuntan a que el planeta es habitable. Tiene agua, atmósfera respirable, vegetación... Nada indica que no podamos aterrizar —dice.

Sin embargo, hay un tono extraño en su voz.

—¿Has detectado algún otro problema?

—Según los registros, en el puente debería haber sondas destinadas a realizar análisis más precisos —contesta—. Las hemos buscado por todas partes, pero no aparecen.

—¿Para qué las necesitamos, si los primeros análisis dan buenos resultados?

—Técnicamente, no hacen falta. Y sin embargo, el procedimiento establecido indica que deben usarse. Además, me preocupa... Elder, ¿por qué hemos pasado todo este tiempo orbitando el planeta? ¿Por qué los responsables de la nave no aterrizaron al llegar aquí? Por otra parte, no solo faltan las sondas: también han desaparecido las cajas de comunicación.

—¿Las cajas de qué?

—Antes existía un sistema que permitía a la nave comunicarse con Tierra Solar. En los registros hay diagramas y manuales que muestran cómo manejarlo y repararlo en caso de avería... Pero no lo encontramos por ninguna parte. El problema no es una interrupción momentánea de las comunicaciones con Tierra Solar, sino una interrupción permanente.

Los demás navegadores se remueven detrás de Shelby. Parecen preocupados; algo no marcha bien.

—En cualquier caso, eso ya no tiene importancia —repongo—. Hemos llegado a un punto en el que necesitamos aterrizar. Podemos hacerlo, así que lo haremos.

Shelby asiente.

—¿Estáis todos preparados para hacerlo? —pregunto.

—He repasado las simulaciones con todos los navegadores de elite —contesta Shelby enderezando la espalda—. Todos sabemos qué hacer.

Echo un vistazo a los enormes paneles de mandos que hay en la parte frontal del puente.

—Parece complicado...

—No lo es. De hecho, hay un piloto automático —Shelby se vuelve hacia los paneles y señala la parte central de uno de ellos, en la que solo hay cuatro o cinco controles—. La nave está diseñada para aterrizar sola si le damos la orden de hacerlo; el resto de mandos son solo por si algo no va como está previsto. Mira —dice señalando un botón negro—: este es el interruptor que inicia el proceso de aterrizaje.

—¿No dijiste el otro día que los motores de eyección estaban estropeados?

Shelby me mira con expresión cómplice.

—Lo están, pero no nos hacen falta. Hay un juego separado de eyectores para el aterrizaje, con su propio depósito de combustible; son capaces de proporcionar un impulso corto pero muy potente, justo lo que hace falta para desviar la nave y penetrar en la atmósfera del planeta. No importa que los eyectores principales estén rotos; ya no los necesitamos...

Se interrumpe y se queda mirando al vacío por un momento, con los ojos brillantes: está empezando a darse cuenta de lo mucho que han cambiado las cosas.

—Entonces, solo hace falta apretar este botón para que la nave aterrice. ¿Es así?

—Más o menos, aunque es un poco más complicado. Una vez iniciado el proceso, hace falta manejar ese regulador para dirigirnos a un buen punto para el desembarco. Por otra parte, cabe la posibilidad de que alguna cosa no vaya del todo bien; en ese caso... —Shelby abre los brazos y abarca el resto de los paneles—. Pero no hay por qué preocuparse. Los controles funcionan, y los navegadores y yo sabemos manejarlos. Los registros indican que los mandos manuales se usaron al menos seis veces desde el despegue de la nave: hace varias generaciones, tuvimos que atravesar un cinturón de asteroides, y nuestros antepasados tuvieron que ajustar la ruta antes de la epidemia.

Me mira a los ojos y una sonrisa involuntaria le ilumina la cara.

—Este trasto va a aterrizar por fin —dice.

—Desde luego —contesto—. Pero antes de que lo haga, quiero enseñar a todo el mundo lo que han estado a punto de perderse.



Mientras encierro a mis padres en sus cámaras una vez más, pienso en todo lo que me gustaría decirles. Sin embargo, solo pronuncio una palabra:

—Pronto.

Me planteo si ir a mi habitación, porque estoy hambrienta. Pero dudo que haya nada para mí en el distribuidor automático, y no logro conectar con Elder para preguntárselo. Por un momento pienso que no tendría que haber bajado aquí en ascensor, que debería haber explorado las escaleras de Orion; estoy muerta de ganas de comprobar si realmente llevan a la sala en la que aún no hemos entrado. Sin embargo, aunque nadie más que yo sabe de la existencia de esos pasillos, me da miedo volver allí yo sola.

Al final decido volver a la sala de la escotilla. Tal vez pueda distinguir el planeta por el ojo de buey, si me coloco en el ángulo adecuado.

Qué raro, pienso al llegar a la puerta de la sala.

La clave que la abre puede ser la palabra *Fortuna* o el código numérico 46377333. Sin embargo, la pantalla del panel de acceso muestra que alguien ha tecleado el 46377334. Los números se desvanecen para dejar paso a un mensaje: CÓDIGO ERRÓNEO. Mientras las dos palabras se desdibujan para dar paso de nuevo a las cifras, me pongo de puntillas para atisbar el interior de la sala.

Hay alguien tumbado boca abajo.

Contengo la respiración mientras corrijo la clave. La puerta de la sala se abre.

El corazón se me cae a los pies: sé quién es. Aprieto el botón de mi intercom una y otra vez para llamar a Elder, pero el aparato no hace más que soltar pitidos. Observo el cuerpo tirado en el suelo. Estoy revuelta y me falta el aliento.

—¿Luthor? —susurro.

Intento llamar a Doc, también sin éxito. No importa: el cuerpo ya ha empezado a oler. Es tarde.

Le doy la vuelta y veo los cuadrados verde pálido que se alinean en sus brazos desde la muñeca hasta el codo.

Busco el mensaje que Elder me dijo que había visto en otros cadáveres: *Seguid al líder*. Pero no veo nada escrito; aquí solo hay parches y muerte.

Miro los ojos vidriosos y fijos.

El cuerpo tieso, helado. Lleva muerto bastante tiempo.

Debió de morir aquí abajo, seguramente antes de que Elder lanzara el mensaje sobre el planeta. Murió sin conocer la esperanza. Murió solo, sin poder ver la luz de las estrellas, rodeado de muros opacos, sobre un frío suelo de metal.

No puedo hacer nada. Está muerto.

Vuelvo la cabeza para mirar el panel de acceso. Supongo que quien arrojó aquí el cuerpo pretendía introducir la clave correcta para que la escotilla se abriera y el cadáver saliera despedido al espacio. Sin embargo, se equivocó al teclear el último dígito.

Me muerdo el labio mientras me pregunto quién puede haber hecho esto. De todos modos, si lo averiguo, ¿qué voy a hacer? No sé si este crimen merece un castigo. Luthor intentó violarme y lo logró con Victria, y estoy segura de que habría vuelto a hacerlo en cuanto se le presentara la oportunidad. Instigó una rebelión por puro amor al caos, no porque le inspirara ningún ideal de democracia. Nunca mostró arrepentimiento; hacía lo que hacía con plena conciencia de ello. Era un mal bicho, lo sabía y le gustaba serlo.

Me viene a la mente la ira que inundó los ojos de Elder cuando le conté todo lo que Luthor había hecho. Después de eso, se marchó y no lo he vuelto a ver desde entonces.

No. NO.

Me fuerzo a pensar en el futuro.

Desembarcar de la nave.

Respirar aire fresco.

Abrazar a mis padres, ya despiertos.

Escapar de estas paredes.

Doy la espalda al cuerpo y camino hasta la puerta de la sala con movimientos lentos y deliberados. La cierro, evitando cuidadosamente posar los ojos en el ojo de buey para no ver el cuerpo.

Empiezo a teclear la clave alfabética:

F-O-R

Me detengo.

Bajo mi blusa noto el roce de la cruz de oro que llevo colgada al cuello; pesa como si quisiera arrastrarme hacia abajo. Me parece notar las miradas de censura de mis padres a través del hielo y el acero que los cubren. Estoy a punto de encubrir un asesinato.

El asesinato de una persona despreciable que merecía morir.

Sí. Pero una persona, al fin y al cabo.

Se lo merecía.

Recuerdo la cara surcada por las lágrimas de Victria.

No puedo hacer nada por él: ya está muerto.

Podría decírselo a Elder.

Pero ¿y si mis sospechas son ciertas y es Elder quien...?

Mis dedos vuelan sobre el teclado hasta completar el código.

La escotilla se abre. El cuerpo de Luthor desaparece.

Se ha ido.

Para siempre.



Llego al nivel de mando unos minutos antes de que la lámpara solar se apague, esta vez a su hora. Entro a la carrera en el cuarto de Eldest, abro el armario y saco la toga ceremonial. Examino los hombros salpicados de estrellas y la tierra firme del dobladillo: esta toga simboliza todos los sueños y esperanzas que ha alimentado mi gente a lo largo de los siglos. Y esta noche voy a hacer que esos sueños se cumplan.

Conecto mi intercom y lanzo una llamada general.

—Todos los habitantes de la *Fortuna* deben acudir de inmediato al nivel de mando — digo, y apago enseguida. No quiero perder más tiempo en hablar.

Levanto la toga, meto la cabeza por el cuello y dejo que el tejido resbale hasta asentarse en mis hombros. La otra vez que me la probé, parecía demasiado grande para mí. Esta noche, sin embargo, camino erguido y sin miedo, y la toga me encaja a la perfección.

Ya se oye el ruido de la gente al entrar en el nivel. No creo que Amy venga; se expondría demasiado. Y aunque por un lado me alegro de pensar que estará a salvo en su cuarto, por otro me pesa no poder alejarme de los demás habitantes de la nave para llevarla conmigo al puente y estar un rato allí los dos solos.

Los pasos de la gente resuenan sobre el suelo de metal. Sus voces quiebran el silencio, muy diferentes de los susurros cautelosos que sonaban en la gran sala la última vez que Eldest convocó allí una asamblea.

Aún tardarán un rato en llegar todos. Oigo las voces de Shelby y sus navegadores, organizando a la gente para asegurarse de que haya sitio en la sala. Los navegadores van a aprovechar para situarse cerca de las personas que más problemas causan. Me siento en la cama de Eldest mientras espero y trato de calmar el ritmo de mi respiración. Preferiría no tener que hablar delante de todo el mundo, pero sé que tengo que explicarme. Debo hacerlo.

Alguien llama a la puerta, y al abrirla veo a Shelby. Se desliza en el dormitorio y

cierra la puerta tras de sí. Estoy preguntándome cómo habrá sabido que me encuentro aquí, y no en mi cuarto, cuando me doy cuenta de que debe de haberlo dado por supuesto. Esta es la habitación de Eldest, y por mucho que no quiera aceptar su nombre, ahora ocupo su lugar.

—Yo... ah —balbucea al verme.

—¿Sí?

—Eh... ¿Crees que es prudente que te vean así?

—¿Cómo? —pregunto siguiendo su mirada—. Ah, ¿con la toga? Eldest se la ponía, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Para qué querías verme?

—Creo que han llegado todos, Elder —dice adoptando una postura marcial.

Por un instante me da la impresión de que la toga va a engullirme. Me fuerzo a erguir la espalda y me encamino hacia la puerta, que se desliza ante mí.

El silencio barre la muchedumbre como una ola que empieza a mi alrededor y se extiende rápidamente por la sala. Hay muchísima gente; no tenía ni idea de lo mucho que imponen casi tres mil personas mirándote fijamente.

Sus ojos me siguen mientras recorro el trecho que me separa del estrado preparado por los navegadores.

—¡Hace falta tener chulza! —berrea alguien al otro lado de la sala.

La gente se aparta para abrir un camino. Y por ese camino, cómo no, se acerca Bartie.

—¿Con qué derecho te pones esa ropa? —me espeta, totalmente congestionado.

—Me la pongo porque soy... —me interrumpo.

No puedo decir que soy Eldest: siempre me he negado a aceptar el título. Y esta es la toga de los Eldest.

De todos modos, no importa que no se me ocurra ninguna contestación ingeniosa, porque en cuanto Bartie llega a mi altura, me pega un empujón que me lanza contra la pared.

—¿Qué frexo...? —protesto, pero mis palabras quedan ahogadas por la voz de Bartie.

—¿Vamos a soportar esto? —ruge volviéndose hacia la multitud—. ¿Vamos a aguantar que este niño nos ordene venir a todos para desfilar ante nosotros con la toga de los Eldest? ¡Él no es Eldest! ¡No es nuestro líder!

Y la gente le vitorea.

No todos, es verdad, pero suficientes para que sus gritos y silbidos formen un remolino que mi memoria absorbe como una esponja.

—Nos merecemos un nuevo líder. ¡Un líder que nosotros elijamos!

La toga me resbala de los hombros.

Agarro a Bartie de un codo y le hago girar en redondo hasta encararlo.

—¿Qué frexo te crees que haces?

—Tu trabajo —responde en tono burlón.

—¡Estoy haciéndolo yo!

—Ah, ¿sí?

Bartie me vuelve a empujar contra la pared y empieza a hablar en un tono más bajo. Todos le escuchan, sin excepción. Cuando yo pido silencio, la gente deja simplemente de hablar; ahora, sin embargo, no están solo callados, sino que están atentos. Atentos a todas y cada una de sus palabras.

—¿Qué has hecho tú desde que Eldest murió? Nada.

—¡Retiré el suministro de fidus!

—¡No todo el mundo quería vivir sin fidus! ¿Y qué hiciste por esas personas? Dejaste que se acurrucaran en sus casas. Permitiste que murieran en las calles. ¿Te has dado cuenta de toda la gente que falta en esta sala? ¿Has reparado en los que no van a trabajar, en los que están asustados y solos, en los que se han rendido? ¿Piensas en ellos?

—¡Claro que pienso en ellos!

Bartie retrocede un paso y me recorre de arriba abajo con la mirada.

—No puedes ser Eldest si sigues siendo Elder —sentencia finalmente en voz calma, pero lo bastante alta para que todo el mundo lo oiga—. Y no puedes ser Eldest si te preocupas más por Amy que por la nave —añade en un susurro que solo puedo entender yo.

No sé si lo que acaba de sacarme de quicio es su mueca de desprecio o la conciencia de que tiene parte de razón. Sea por lo que sea, cierro el puño y golpeo a Bartie con todas mis fuerzas.

Él me mira con sorpresa durante un segundo, pero enseguida se recobra y me lanza un puñetazo a la barbilla. La cabeza me sale despedida hacia atrás con tanta fuerza que el cuello me cruje y me muerdo la lengua. De mi boca sale un hilo de sangre que salpica los bordados de la toga.

La gente se abalanza hacia nosotros y el silencio de antes se rompe. Los seguidores de Bartie se colocan a su espalda y empiezan a corear su estribillo: «¡Sé tu propio líder! ¡Sé tu propio líder!». La voz de Shelby se mezcla entre los gritos, dando órdenes a los navegadores. Intento acercarme a ella para ayudarla, pero Bartie me da otro puñetazo en el estómago que me deja sin aliento. Shelby se abalanza hacia nosotros, pero no sirve de mucho: mientras ella se interpone entre Bartie y yo, otro de los alborotadores me embiste hasta estamparme contra la pared una vez más. Un relámpago de dolor me recorre el brazo mientras doblo la pierna para atizar un rodillazo en el estómago a mi atacante.

Echo a correr hacia el estrado y me subo de un salto.

—¡Ya basta! —grito.

La gente no parece estar de acuerdo conmigo.

Sí, soy un líder. El líder de una masa histérica de humanos que me odian o me ignoran.

Conecto mi intercom de un manotazo. Se me escapa una mueca; debo de haberme hecho daño en el codo.

—Comando directo: distorsión tonal de nivel dos. Aplicar a todos los habitantes de la nave.

De pronto todos me miran, algunos de ellos con la expresión que reservaban para Eldest.

—Fin de la variación tonal —digo apagando el intercom—. ¡No os he convocado

para dominaros! —grito—. ¡Os he llamado para...! Frexo, seguidme y lo veréis.

Me abro camino a empujones entre la gente y abro la escotilla que da acceso al nivel de navegación. Sin volverme para ver si todos me siguen —no me hace falta—, bajo la escalera y me dirijo a la sala de máquinas. Shelby me llama y yo no le hago caso. Va a decirme que no puedo hacer esto, que esta es una zona prohibida. Pero la gente merece saber la verdad. Tienen que verla.

Abro de par en par la puerta de la sala de máquinas y la gente entra como una riada. Muchos lanzan gritos de asombro al ver el motor; hasta ahora, solo los navegadores de elite han entrado en esta sala. En el puente no cabe todo el mundo, así que Shelby y sus navegadores se adelantan para repartir a la gente por la estancia y cortan el acceso cuando ya no cabe nadie más. Otros navegadores acuden en su ayuda y se mezclan entre la gente asegurando que todos podrán entrar más tarde.

Deslizo el pulgar por el escáner biométrico y las pantallas que ocultan el techo transparente se retiran. Los puntitos de las estrellas pronto dan paso al resplandor del planeta, que se derrama por los bordes de los cristales como una promesa de vida. Me olvido de la gente. Solo veo esa esfera verdiazul cubierta de espirales blancas. Esto es el mundo, el mundo entero. Y es nuestro.

—¡Hemos llegado a casa! —grito.

Durante un segundo se hace un silencio tan absoluto que resuena en mis oídos.

Inmediatamente después, vuelve el caos. Pero ahora no está hecho de chillidos y disputas, sino de gritos de alegría. Algunas personas se lanzan hacia delante con los brazos estirados; la cubierta transparente está demasiado alta para que puedan alcanzarla, pero aun así se estiran como si tocándola pudieran sentir la realidad del planeta. Los navegadores se apresuran a crear una barrera para proteger los paneles de mando.

Shelby organiza a la gente en grupos que se van rotando para entrar en la sala. Algunas personas se niegan a alejarse de la ventana y los navegadores tienen que sacarlos a la fuerza. Otros, sin embargo, no reaccionan con alegría. Victria, por ejemplo, observa el planeta un momento y luego se echa a llorar y sale corriendo del puente. Una mujer se saca disimuladamente un parche verde del bolsillo, se lo pega en el interior de la muñeca y se va mientras la droga vacía de inteligencia su mirada. Hay quien nos mira de soslayo a los navegadores y a mí, con la sospecha dibujada en el rostro. Sí, las estrellas que les mostró Eldest eran de mentira, pero ¿de verdad creen que puedo falsificar un planeta entero? Tal vez no puedan creer que existen otros mundos más allá de la nave.

Bartie es uno de los últimos en marcharse.

—¿Estaremos ahí mañana? —pregunta señalando el planeta.

—Sí.

Asiente lentamente con la cabeza, y con cada movimiento veo cómo la incredulidad se va convirtiendo en confianza. Creció pensando que la nave aterrizaría cuando él fuera viejo, y luego Eldest le dijo que nunca llegaría a hacerlo. Si no viera el planeta con sus propios ojos, no creo que pudiera convencerse de su existencia.

—Cuando desembarquemos, ¿quién mandará? —pregunta volviéndose hacia mí.

—¿Cómo?

—¿Seguirás estando tú al mando, o lo hará alguna de las personas congeladas?

Esta es una idea nueva. Creo que a nadie, yo incluido, se le había ocurrido pensar en lo que haremos más allá del aterrizaje.

—Yo no... no lo sé. O... No, seré yo. Seguiré siendo el líder.

Bartie levanta una ceja.

—Pero dirigir una expedición de colonos no es lo mismo que dirigir una nave, ¿no? Tal vez necesitemos un nuevo dirigente.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Bartie aparta la mirada.

—Quiero que reflexiones, que reflexiones de verdad —dice lentamente—, sobre si eres el líder que necesitamos.

—¡Claro que lo soy!

—¿Por qué?

Debería ser una pregunta fácil, pero al ir a contestarla me doy cuenta de que no sé qué decir. Lo primero que se me ocurre es que nací para hacer este trabajo, pero no es un argumento convincente. Amy me ha hablado mucho de la historia terrestre, y sé que los herederos de los tronos no siempre eran los mejores dirigentes.

Me gustaría decir que solo yo estoy dispuesto a hacerlo.

Pero no sería verdad.



No hago caso de la llamada en la que Elder convoca a todo el mundo al nivel de mando; no creo que se refiriera a mí al hacerla. Mi presencia le perjudicaría más que otra cosa, y no se me ocurre nada más imprudente que meterme en una sala abarrotada de habitantes de la nave. Así que bajo al nivel inferior y me paso más de media hora con la cara pegada al ojo de buey de la escotilla, pensando que allá hay un planeta que me espera.

No me muevo hasta que oigo pasos, y luego una puerta que se abre al otro lado del nivel.

Mi primer impulso es esconderme, pero luego me recuerdo a mí misma que poca gente tiene acceso a este lugar y decido acercarme a la sala principal. Al llegar veo que la puerta del laboratorio está abierta.

—¿Quién está ahí? —digo.

Dentro suena un ruido como de algo que se arrastrara. Me asomo por el vano y veo a Victria arrodillada frente al tubo de crionización donde está Orion. Su melena oscura está enmarañada en la nuca; cuando alarga una mano para meterse un mechón tras la oreja, veo que está temblando. La silla en la que suele sentarse está caída a su lado, como si la hubiera apartado en un esfuerzo por acercarse más a Orion.

—¿Cómo puedes soportarlo? —pregunta con voz ronca.

—¿El qué?

—Tus padres siguen congelados, ¿verdad? ¿Cómo aguantas las ganas de reanimarlos? Los tienes tan cerca...

Me quedo callada. En su voz hay algo extraño, algo que no me gusta.

—Podría hacerlo —susurra—. Podría hacerlo ahora mismo. No puede ser tan difícil despertar a alguien congelado. A ti te despertaron... Además, ¿por qué no iba a

hacerlo? Pronto aterrizaremos. Puedo sacarlo de aquí...

Me detengo y la observo. Así que Elder les ha contado lo del planeta.

—¡Le necesito! —exclama Victria en un tono mucho más agudo—. ¡Le necesito!

—¿Por qué?

—¡Porque estoy asustada, frexo! ¡Tengo miedo! —grita. Se mete una mano temblorosa en el bolsillo y saca un parche verde claro.

—Victria, Doc dijo que esos parches son peligrosos.

—Todo el mundo tiene y los usan —contesta ella con voz cantarina, como si fuera un eslogan—. Uno solo, solo uno.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunto con cautela; según Kit, los parches que corrían por la nave eran robados.

Victria se encoge de hombros y trata de abrir el envoltorio del mediparche, pero el plástico se deforma en vez de romperse. Lo tira al suelo y se sienta de golpe, y al hacerlo le caen del bolsillo muchos más parches, al menos una docena. Levanto las cejas pero me quedo en silencio, aunque me gustaría saber por qué tiene tantos. Ella se abraza las piernas y oculta la cabeza entre las rodillas.

—¿Qué te asusta tanto? —pregunto mientras recojo los parches del suelo y me los guardo en el bolsillo.

—Era enorme...

—¿El qué?

—El planeta.

Se me hace un nudo en la garganta. ¿Se lo habrá enseñado Elder a todos? ¿Por qué no me dijo nada? Si lo hubiera sabido, tal vez habría decidido correr el riesgo de ir... ¿Y por qué no me lo enseñó antes a mí sola?

—Era muy bonito —añade Victria levantando la cabeza, y sus ojos se quedan prendidos en mi melena roja—. Pero también era... distinto. Extraño.

—Te gustará —le aseguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno... Para empezar, allí no estaremos rodeados de paredes.

—A mí me gustan las paredes —murmura Victria.

Y entonces me doy cuenta de que, para ella, esta nave no es una jaula que la confina. No: para ella, estas paredes son las paredes de su casa. Lo que la aterra es el exterior, el espacio libre e ilimitado.

—Orion decía que no sabemos lo que puede haber ahí abajo. Podría ser cualquier cosa.

—Todos los análisis indican que el planeta es habitable... —empiezo a decir, pero ella me corta.

—A veces Orion me enseñaba grabaciones prohibidas —dice estirando las rodillas y clavando sus ojos asustados en los míos—. En Tierra Solar había dinosaurios, ¿sabes? Monstruos que te podían comer. Animales más grandes que las personas. Simas, volcanes, tornados, terremotos...

—E incluso lobos feroces —completo con una sonrisa. Victria, sin embargo, no se da cuenta de que es una broma y asiente con vehemencia.

Lleva un rato frotándose el vientre, y por un momento me recuerda al buda de barriga reluciente que había en mi restaurante chino favorito. La primera vez que Jason y yo salimos, fuimos allí a cenar; por aquel entonces, yo ni siquiera sabía que existía una nave llamada *Fortuna*.

—No puedo respirar, no puedo respirar —empieza a repetir Victria como si fuera una letanía.

—Ven, siéntate en la silla —le digo ofreciéndole una mano.

Victria sacude la cabeza con tanta energía que todo su torso se mueve. Sus brazos se mueven en sacudidas, y en su frente han aparecido gotas de sudor que resbalan por sus mejillas. Se abraza de nuevo las piernas y empieza a balancearse, resollando como si le faltara el aire.

—¡Me muero! —jadea.

—No, no te mueres —replico, haciendo un esfuerzo por que mi voz suene tranquila—. Solo es un ataque de ansiedad, Victria. Tienes que calmarte. El niño...

—¡El niño! —chilla ella, y empieza a balancearse más rápido—. ¡No puedo tener un hijo! ¡No podremos vivir ni aquí ni allí! —Victria boquea y los tendones se marcan

en su cuello.

—Victria... ¡Victria! Cálmate, por favor. Dime qué te pasa —le suplico—. Victria, ¿qué te asusta tanto?

Me responde con una retahíla incoherente de la que solo logro entender varias palabras: «morir», «Orion», «planeta» y «no».

Me meto la mano en el bolsillo y saco el mismo parche que Victria intentó abrir antes. Bajo el envoltorio, el tejido tiene un tacto extrañamente resbaladizo. Es tan fino que resulta difícil creer que pueda dejar a alguien fuera de combate... y que tres sean capaces de matar a cualquiera. Lo saco y, de una palmada, se lo pego a Victria en el dorso de la mano.

Deja de balancearse de inmediato. Sus brazos se aflojan y caen dejando sueltas las piernas, que se estiran frente a ella.

—¿Estás bien? —susurro.

Ella parpadea.

—Vamos —digo mientras me levanto.

Le ofrezco una mano y ella la toma y se incorpora. Se queda de pie ante mí, con los hombros caídos y la mirada extraviada. El pelo, sudoroso y enredado, se le pega a la cara; me inclino para retirar varios mechones sueltos y se los meto tras la oreja izquierda, donde tiene el intercom. No reacciona cuando la toco. Ni siquiera parece darse cuenta.

—¿Victria? —digo—. ¿Victria? —repito en voz más alta.

Silencio. Victria parpadea.

La agarro del brazo y la llevo al ascensor.

Al entrar en el vestíbulo del hospital, veo que está más abarrotado que nunca. Dos enfermeros abrumados tratan de contener a un grupo de gente que pretende abrirse paso hacia las habitaciones, y varios aprendices de Doc revolotean de paciente en paciente. Cerca de mí, un hombre aferra los brazos de la silla en la que está sentado. Los agarra con tanta fuerza que ya los ha deformado un poco.

—¿Qué ocurre? —le pregunto a Kit cuando pasa corriendo a mi lado—. ¿Ha habido

un accidente o algo así?

Ella niega con la cabeza, pero no se detiene.

Doc nos ve a Victria y a mí desde el otro lado del vestíbulo y se abre paso hacia nosotras. La gente se le acerca con gesto suplicante al verle pasar, y Doc va entregando un parche verde a cada uno.

—¿Qué pasa aquí? —le digo cuando llega a mi altura—. ¿Son heridos del motín de antes?

Él niega con la cabeza.

—Elder no piensa las cosas. Jamás reflexiona antes de actuar. No se le puede contar a la gente todo de una vez: muchos no son capaces de digerirlo.

Se vuelve hacia el hombre que aferra los brazos de la silla, saca un nuevo parche del bolsillo de su bata y se lo pega en el brazo. Las manos del hombre se aflojan y una expresión de tranquilidad ausente se adueña de su rostro.

—La llevaré a su habitación —ofrece Kit apareciendo a nuestro lado. Agarra a Victria de un codo y la conduce hacia los ascensores.

Aunque sé que debería encerrarme en mi cuarto, me doy la vuelta y avanzo hacia la puerta del hospital. Necesito un poco de aire fresco, aunque sea reciclado.

Todo está oscuro, pero no me hacen falta luces para llegar al archivo. El suelo está embarrado; supongo que Elder usó el chaparrón para detener la revuelta, porque desde entonces no ha vuelto a llover. Conozco este sendero mejor que los caminos por los que salía a correr, allá en la Tierra. Podría describir de memoria cada trecho: la tierra mullida que rodea el hospital, las flores que me acarician las piernas en las curvas del jardín, el fresco aroma del agua al pasar junto al estanque, la leve pendiente que conduce al archivo...

Casi puedo entender por qué la gente del hospital ha reaccionado así, y me invade un sentimiento de maravilla al pensar que hay otro mundo más allá de este. Incluso yo, que he respirado el aire de las montañas Rocosas y he nadado en el océano Atlántico, he llegado a convencerme de que no había nada tras estas paredes.

He llegado a olvidarme de la Tierra.



No quería quedarme dormido; mi intención era echar una siesta rápida, y luego buscar a Amy para llevarla al puente y enseñarle el planeta. Sin embargo, me despierto a la mañana siguiente con una sonrisa en los labios y mal sabor de boca.

Ya está: hemos llegado. Al fin.

Me visto rápidamente. Antes de salir de mi habitación, me detengo y miro atrás.

Llevo tres años viviendo en este cuarto, desde que Eldest me sacó del nivel de alimentación y empezó a entrenarme para que le sucediera. He llegado a odiarlo: Eldest me encerraba dentro cada vez que hacía alguna tontería, y más tarde, cuando murió, estar aquí me recordaba lo solo que me encontraba. Pero también he llegado a quererlo. Sonrío mientras recuerdo la forma en que Amy rebotó al sentarse en el colchón cuando vino a buscarme aquella mañana.

Amy... No veo el momento de ofrecerle lo que tanto desea, lo que pensé que le había arrebatado para siempre.

Pero aunque estoy impaciente por avanzar hacia el futuro, no puedo dejar de pensar en todo lo que voy a dejar atrás.

Un recuerdo:

Era mi primera noche en esta habitación, y estaba tan asustado que no me podía dormir. Entonces Eldest entró, se sentó en el borde de la cama y me dijo que él se había sentido igual en su primera noche de aprendizaje.

Otro recuerdo:

Eldest y yo nos habíamos peleado. Fue hace tiempo, y yo ya estaba enfadado con él pero aún no le tenía miedo. Él me gritó y yo le contesté en el mismo tono, y entonces levantó la mano y me abofeteó. Yo salí corriendo del centro de aprendizaje, me encerré en mi cuarto y me pasé más de una hora escondido entre la cama y la mesilla. Al final, un delicioso aroma a pollo asado con setas se coló por las rendijas de la puerta y no tuve más remedio que salir. Cuando aparecí, Eldest me dejó cenar sentado en el suelo de la gran sala y me puso una película de Tierra Solar para entretenerme.

Otro recuerdo:

Yo tenía cinco o seis años, y la familia de granjeros con la que vivía por entonces decidió hacerme una fiesta. Era una celebración de despedida —al día siguiente tenía que mudarme con otra familia—, pero yo era tan pequeño que no me daba cuenta.

La madre se llamaba Evie. Doc debía de darle inhibidores de fidus, porque era una mujer encantadora y divertida, que siempre sabía qué decir para que todo el mundo se sintiera bien. No tenía nada que ver con la Evie mortecina y enganchada a los parches que conozco ahora.

En cualquier caso, prepararon un festín en mi honor: cordero con gelatina de menta, mazorcas de maíz, galletas con miel, boniatos asados con azúcar morena, frambuesas... y de postre, una tarta.

Era gigantesca, tan alta que Evie tuvo que empuñar el cuchillo con las dos manos para cortarla. Tenía una cobertura blanca y quebradiza sobre la que Evie había escrito: «Para Elder, con amor». Cuando me ofreció el trozo que tenía mi nombre escrito, vi que se le caían las lágrimas.

Cuando estaba a punto de comer el primer bocado, un hombre viejo entró en la cocina. Yo no sabía quién era, pero todos los demás parecían conocerle, porque dejaron los tenedores en la mesa y se apartaron como si fueran a levantarse. Yo los imité.

—¡No vengo a interrumpiros! —dijo el anciano con una carcajada, y la tensión se hizo añicos como el cristal.

Evie le sirvió un trozo de tarta —justo el que ponía «amor»—, y el anciano acercó una silla y se sentó a mi lado. Era muy divertido; estuvo un rato haciendo como que no sabía manejar el tenedor para que yo le enseñara a hacerlo. Y cada vez que yo se lo explicaba, él lo dejaba caer, lo agarraba del revés o intentaba meterse un bocado de tarta en la oreja, en lugar de en la boca.

Recuerdo a todo el mundo llorando de risa cuando el anciano se dio por vencido, soltó el tenedor y agarró el pastel con las manos. Me dio un codazo, y yo lo miré y me eché a reír al ver un pegote de crema en su nariz. Agarré un puñado de tarta y me lo estampé en la cara.

Y entonces todos empezamos a comer la tarta con las manos, agarrando puñados sin más cada vez que queríamos repetir. Había migajas y crema por todas partes —en el mantel, en nuestro pelo, bajo nuestras uñas...—, pero a nadie le importaba.

Fue el día más feliz de mi vida.

A la mañana siguiente, Evie me despertó y me ayudó a meter mis cosas en una bolsa de tela. Me tocaba pasar un año con los carniceros; ya no habría más tarta para mí.

—¿Quién era el señor que vino ayer? —le pregunté.

Evie estaba llorando mientras doblaba mi ropa, pero se echó a reír ante mi pregunta.

—¿Quién va a ser? ¡Eldest, tontorrón!

Cierro los ojos y recuerdo cómo la cobertura del pastel se quebraba entre mis dientes, y el tacto denso y dulce del bizcocho en mi boca.

Los abro y miro la cama. A los pies está estirada la manta raída que Eldest guardó para mí... o para sí. La recojo, entierro mi cara en ella y pienso en todo lo que Eldest fue y en todo lo que no fue; en todo lo que esta nave ha sido y ya nunca volverá a ser.

Por un momento, olvido que hoy es el día en que abandonaremos la nave, cierro los párpados y respiro el aroma de un millar de sueños.

Bip, bip, bip. Conecto mi intercom para responder la llamada.

—Estamos listos para comenzar el aterrizaje, Elder —dice Shelby.

Esbozo una sonrisa mientras salgo de mi habitación.

—Vámonos a casa —murmuro.



Me despierto temprano. Después de vestirme, intento llamar con el intercom, pero sigue sin funcionar. Me gustaría ver a Elder, pero sé que tiene que ocuparse del aterrizaje.

El aterrizaje. En el nuevo planeta. Exhalo un suspiro entrecortado, a medio camino entre la alegría y el alivio. Ya no importan ni el estúpido juego de Orion ni la revolución de pacotilla de Bartie. Ahora tenemos un planeta en el que pensar.

Voy derecha al nivel de criopreservación. Llevo tres meses viniendo aquí, pero hoy es distinto. Antes lo hacía porque pensaba que nunca volvería a ver a mis padres con vida; pero ahora, mientras me apoyo en el lado opuesto del pasillo y observo sus cuerpos congelados, me siento como una impostora.

Tal vez se deba a que sé lo cerca que estoy de encontrarme con ellos de verdad.

Hay tantas cosas que me apetece contarles en este momento... Quiero decirles que ahora soy mucho más fuerte que antes, hablarles de Harley, Luthor y Elder, revelarles todos mis recuerdos, mis miedos y mis pensamientos.

Pero también sé que no hace falta, porque ya casi hemos llegado.

A lo lejos suena el ruido inconfundible de una puerta cerrándose de golpe. No es la del laboratorio de genética, así que tiene que ser una de las que hay en el pasillo del fondo.

Una de las puertas bloqueadas.

Ahí está. Quien ha hecho ese ruido es la persona que ha manipulado las pistas de Orion; tiene que serlo.

Echo a correr hacia el pasillo, decidida a atraparlo, pero al llegar no veo a nadie.

Y entonces me doy cuenta: bajo la puerta del arsenal escapa un rayo de luz.

Contengo el aliento. Si el intruso está en el arsenal, tiene todas las armas a su disposición. Yo estoy desarmada, a no ser que el puñado de parches que se le cayeron a Victria cuenten como armas.

Avanzo con sigilo. Sé que debería huir, pero tengo tan cerca a la persona que ha estado jugando con nosotros...

Empujo un poco la puerta y, cómo no, se abre con un chirrido. Contengo el aliento.

Sin embargo, al asomarme no veo a nadie. Por si acaso, me acerco a la estantería más cercana, donde se almacenan las armas cortas. En la parte superior hay pistolas. Cuando amenacé a Luthor no iba de farol: soy hija de militar, sé lo que es un arma y cómo usarla. Agarro una de las bolsas herméticas, rompo el sello con un dedo y la vuelco. Una vaharada de olor a grasa y metal se extiende a mi alrededor cuando la pistola me cae en la palma de la mano. Es menuda y tiene el cañón corto, pero puede disparar balas del calibre treinta y ocho.

La munición está en otra caja, también sellada. Agarro con fuerza la empuñadura mientras cargo la pistola; es demasiado gruesa para mi mano, pero el arma es de acción doble. Solo necesito rozar el gatillo para dispararla.

Una vez armada, examino la sala detenidamente. Me paro a mirar detrás de cada armario y cada estante, pero no veo a nadie.

Y entonces caigo en la cuenta de algo: lo que me alertó fue el ruido de una puerta al cerrarse. El intruso tal vez empezara en esta sala, pero luego debió de salir y cerró de golpe otra de las puertas de este pasillo. Una puerta bloqueada.

Salgo del arsenal, retrocedo y echo un vistazo por el ojo de buey de la sala de la escotilla. Luego entro en la sala de los trajes espaciales. Sigo sin ver nada extraño. Me acerco a la puerta grande del fondo y pego una oreja, pero el metal es demasiado grueso para oír nada.

¿Qué habrá ahí detrás? Tal vez pueda quedarme haciendo guardia; quien haya entrado tendrá que salir en algún momento. No me he cruzado con nadie de camino aquí, y las demás puertas de este nivel no pueden haber hecho ese ruido porque son deslizantes. El intruso tiene que estar aquí dentro.

Pero si sabe cómo abrir estas puertas, seguramente conocerá también las escaleras ocultas. El tramo descendente que descubrí debe de llevar hasta este nivel... y dado que no desemboca en ninguna parte que yo haya visto, es muy posible que conduzca

al interior de esta última sala. Si subo ahora mismo al nivel de alimentación y voy corriendo a las escaleras, tal vez descubra quién ha boicoteado las pistas de Orion, y de paso podré enterarme de lo que hay tras esta puerta. Cómo me gustaría que Elder estuviera conmigo...

Ya he recorrido medio pasillo cuando recuerdo que me he dejado abierto el arsenal. Aunque estoy armada, prefiero evitar que los demás me imiten, así que retrocedo. Estoy empujando la puerta cuando veo un destello en la estantería de los explosivos: es un flexible encendido. Dejo el arma en un estante y lo agarro.

La cara de Orion llena la pantalla.

<<cargando grabación>>

En esta grabación no aparece la escalera. Orion está sentado en un sillón atornillado al suelo, y a su espalda se distingue un panel de controles alargado y cóncavo. La sala está en penumbra, pero al fondo hay algo que brilla. Debe de ser el puente de mando, aunque es mucho más pequeño de lo que me esperaba.

ORION: Amy, ya casi has llegado al final. Estás a punto de enfrentarse a la decisión que debes tomar. ¿Has visto ya el planeta?

No, aún no lo he visto. Pero sé que está ahí.

ORION: ¿Te das cuenta ahora de la razón por la que debes ser tú quien decida? Tú has vivido en un planeta; nadie más en la nave ha experimentado eso. Eres la única que puede decidir si vale la pena.

Orion se toca el cuello y sus dedos resbalan sobre la cicatriz irregular donde estuvo el intercom que ahora rodea mi muñeca.

ORION: Antes... antes de Eldest y de todo lo demás, antes de esta cicatriz, yo pensaba que la verdad era muy importante. Ya no estoy tan seguro. Tal vez sea mejor que no salgamos de nuestra ignorancia. Yo, desde luego, sería más feliz si no supiera lo que sé.

Y pensar que desprecié los mensajes de Orion, deslumbrada por el descubrimiento de Elder... Hasta hace un momento, el planeta me parecía mucho más importante que este misterio. Ahora, sin embargo, me come la intriga.

ORION: Pero tal vez haya razones para revelar la verdad. La nave

es ya muy vieja. Eldest me envió fuera para ayudar a repararla, y sé lo deteriorada que está. Así que tal vez haya llegado la hora... Puede que sea el momento de dejar la nave.

Se inclina hacia delante y levanta la cámara. El objetivo oscila y enfoca por un momento una pared llena de aparatos con el suelo de metal, antes de girar para mostrar el panel de mandos. Descansa ahí unos segundos y luego se eleva hacia una superficie hecha de hexágonos transparentes. La imagen se aclara poco a poco hasta mostrar una esfera resplandeciente de un color verde azulado que asoma sobre el horizonte de la nave.

Rozo la pantalla con la yema de los dedos y los colores de la esfera se emborronan en ondas que me recuerdan al mar.

ORION: Cuando descubrí que la Fortuna estaba orbitando Tierra Centauri, mi primer impulso fue comunicar la verdad a todo el mundo. Intenté decírselo, traté de esparcir la noticia a los cuatro vientos. Y Eldest quiso matarme por ello.

Se vuelve hacia la ventana y observa el planeta. Su cicatriz se ve ahora en primer plano.

ORION: Pero no lo logré. Me escapé y estuve escondido mucho mucho tiempo. Y luego me refugié en el archivo y me camuflé en la sociedad de la nave. Pero allí, en el archivo, encontré aún más secretos, más mentiras. Y eso hizo que decidiera ocultar la verdad como había hecho Eldest.

Su cara vuelve a llenar la pantalla.

ORION: En cualquier caso, siempre podéis recurrir al plan de emergencia. Si tenéis que aterrizar a pesar de todo, podéis hacerlo. Tal vez te hayas dado cuenta ya, pero la última cosa que necesitas está aquí dentro. En la Fortuna.

Orion mira fijamente la pantalla como si me acabara de dar una pista crucial. Pero la nave es enorme, y todo el mundo está haciendo preparativos para marcharse. ¿Cómo voy a encontrar una pista en tan poco tiempo?

ORION: Pero si podéis evitarlo... Si hay alguna forma de sobrevivir sin aterrizar, debéis quedaros aquí a toda costa. No puedo proteger esta verdad para siempre, lo sé. Créeme: si hay alguna posibilidad de que la nave prosiga como lo ha hecho hasta ahora, tenéis que hacer todo lo posible para evitar el desembarco.

¿Pero qué dice ahora? Creía que todo este juego de pistas estaba encaminado a presentarme una disyuntiva para que yo tomara una decisión. Ahora, sin embargo,

está decidiendo por mí.

ORION: Da igual que las cosas vayan mal en la nave: mientras la lámpara solar funcione y haya algo de comida, quedaos ahí. No mováis la Fortuna de donde está. Amy, tú eres mi plan de emergencia particular, pero un plan de emergencia es solo el último recurso. Solo debes conducir la nave al planeta si no quedan más rec...

El sonido se interrumpe y la cara de Orion se disuelve en un manchurrón de estática. El corte me sorprende tanto que estoy a punto de dejar caer el flexible, con el estómago retorcido por el miedo. La pantalla se oscurece y aparece un letrero blanco que desfila lentamente:

SEGUID AL LÍDER

La imagen se corta.

El eslogan, la forma en que se ha interrumpido el discurso de Orion, el hecho de que la grabación esté en un flexible y no en una tarjeta de memoria... También han manipulado esta pista. No sé si el mensaje de Orion sería mucho más largo —si hubiera seguido, ¿me habría revelado la clave para abrir la última puerta?—, pero estoy segura de que no fue él quien introdujo esa frase.

Vuelvo a examinar la sala de armas. Cuando la registré antes, buscaba a una persona. Ahora busco algo raro, fuera de lugar... y lo encuentro. Un estante vacío que antes contenía explosivos.

—Dios mío —murmuro, llevándome la mano de forma inconsciente a la cruz de mi cuello.

Salgo corriendo de la sala. Tengo que ir al nivel de navegación ahora mismo; necesito hablar con Elder. Si de algo estoy segura es de que ese «seguid al líder» no se refiere a él.

Y también sé otra cosa: si intentamos aterrizar, los explosivos robados nos matarán a todos.



El nivel de navegación está atestado a pesar de lo temprano que es. Echo un vistazo a la sala con la esperanza de distinguir la melena rojiza de Amy entre las cabezas de los navegadores, pero no la veo. Claro, ¿cómo iba a estar aquí? Aunque sea la persona con la que más me apetece compartir este momento, es una locura pensar en ella ahora mismo; tengo que concentrarme en el aterrizaje. Pero es que las cosas están cambiando tan rápidamente... Amy fue la primera persona a la que hablé de Tierra Centauri, pero puede ser la última que vea tras el aterrizaje.

Suspiro e intento ordenar mis ideas. No es el momento de ponerse sentimental; es el momento de llegar a nuestro destino.

Los navegadores me aplauden mientras avanzo por el pasillo de su nivel. Muchos se acercan a mí para estrecharme la mano, darme palmadas en la espalda o agradecerme simplemente que estemos hoy aquí. Cuando entro en la sala de máquinas, los navegadores y científicos que están ahí reunidos se levantan y me dedican una ovación.

Los miro a todos, feliz.

Esto es todo lo que siempre he soñado.

Shelby y su grupo me esperan en formación ante el puente de mando. Cuando me acerco a ellos, todos se cuadran.

—Yo... eh... —baluceo, y solo entonces me doy cuenta de que todo el mundo aguarda expectante mis palabras.

Frexo.

—Yo... lo que quiero decir... —trago saliva y cierro los ojos—. Quiero decir que la *Fortuna* no es nuestro hogar. Ninguno de nosotros eligió nacer en una nave y vivir atrapado entre muros de metal que nos protegen del vacío. Sin embargo, ahora tenemos elección: podemos aterrizar. Podemos decidir que ya es hora de arriesgarnos,

de abandonar este cascarón, de ver lo que el resto del universo puede ofrecernos. Podemos elegir nuestro futuro. ¡Vámonos a casa!

—¡A casa! —grita Shelby, y todos la corean entre gritos y silbidos de alegría.

Ha llegado el momento.

Shelby abre el puente de mando y se queda a mi lado, observando cómo el resto de los navegadores de elite pasan y ocupan sus puestos. Todos se mueven con aire grave, ceremonioso: estamos haciendo historia y lo sabemos.

Ahora más que nunca echo de menos a Amy. La primera vez que la vi congelada en su cápsula, supe que me cambiaría para siempre. Pero no solo me ha cambiado a mí: su presencia también ha modificado el destino de todos los habitantes de la nave.

Cuando el último navegador entra en el puente, Shelby se vuelve hacia mí con una sonrisa. Doy un paso.

—¡Elder!

Miro hacia atrás: un navegador se acerca a la carrera.

—Elder, es esa chica... La del pelo rojo. Está en este nivel.

—¿Amy?

Asiente.

—Está golpeando la puerta de la sala de energía y llamándote a gritos.

—Elder... —me llama Shelby desde dentro del puente.

Retrocedo y echo a andar hacia la sala de energía.

Y entonces...

... una explosión sacude la nave.

Pierdo el equilibrio y caigo, ensordecido. Mi cabeza golpea el suelo, pero no llego a perder el conocimiento. Algo me arrastra hacia lo que queda del puente. Alguien suelta un chillido que se interrumpe bruscamente; me doy la vuelta justo a tiempo de ver una silla que se precipita por la sala y pasa justo por encima de mí, desgarrando mi túnica y la piel de debajo. Empiezan a sonar gritos que se mezclan con un clamor metálico: todas las mesas y las sillas han salido disparadas y entrechocan en el aire. Siento un dolor intenso en la pantorrilla, y al mirarla veo que se me ha clavado un destornillador. Extiendo el brazo y lo saco de un tirón, sin dejar de deslizarme por el suelo.

Hago un esfuerzo por levantar la cabeza.

La cristalera del puente ya no está.

Las tiras metálicas que unían las piezas hexagonales están rotas y retorcidas, como los árboles de Tierra Solar que he visto en cuadros y fotos de escenas invernales. El vacío del espacio absorbe todo el aire del puente y la sala de máquinas, y la fuerza de succión arrastra todo lo que está suelto en las dos estancias: sillas, mesas, maquinaria... y personas.

Los peor parados son los navegadores de Shelby; algunos han logrado aferrarse a las mesas de mandos o las sillas atornilladas al suelo, pero faltan muchos. Alrededor del boquete de la cristalera se ven bultos ensangrentados: la explosión que ha destrozado el puente se ha llevado también por delante a la gente más cercana.

Un navegador —Prestyn— se levanta, tropieza y sale despedido. Su cuerpo choca contra las tiras rotas de metal y se queda clavado en una. De la herida empiezan a brotar esferas rojas de sangre que se alejan rápidamente.

Me pongo a gatas, deslizándome cada vez a mayor velocidad hacia el puente, y me estampo contra la pared justo al lado de la puerta. El impacto me deja sin aliento, pero al menos ha detenido mi avance. Me pongo en pie, pegado a la pared, y trato de respirar un aire cada vez más enrarecido. En cuestión de minutos, nos quedaremos sin oxígeno.

Me agarro con fuerza al marco de la puerta y asomo la cabeza. Lo que antes era la cristalera es ahora una boca voraz que lo engulle todo.

Veo a Shelby: está agarrada a una silla fija al suelo. El pelo se le pega a la cara y tiene los ojos inundados de lágrimas.

—¡No! —grita—. ¡No lo aprietes, Elder!

Se refiere al botón que tengo al lado de la mano.

El botón que sella la puerta del puente.

Si lo aprieto, salvaré la nave... y perderé a Shelby.

Extiende un brazo hacia mí, desesperada, pero está demasiado lejos, justo fuera de mi alcance. No puedo llegar hasta ella. Es demasiado tarde.

—¡No, no, no, no, no! —suplica estirándose un poco más.

Nuestras manos están a milímetros. Si hago un último esfuerzo, tal vez pueda agarrarla y sacarla del puente antes de cerrar...

Pero no puedo hacerlo. No puedo arriesgar toda la nave para salvar a una persona.

—No —susurra.

Aprieto el botón.

La puerta del puente se cierra de golpe y, de pronto, el aire se detiene.

Pasan unos minutos antes de que la gente empiece a incorporarse. Algunas personas sangran; otras tienen huesos rotos o dislocados por los impactos. Pero lo peor no es eso: lo peor es la expresión de sus caras, esa mueca de horror que no creo que llegue a borrarse nunca.

Todos guardamos silencio, pero nuestro silencio no es nada comparado con el que reina al otro lado de la puerta.



Nunca he corrido tan rápido como en el camino desde el ascensor hasta el tubo gravitacional. Y sin embargo, presiento que no voy a llegar a tiempo.

Cuando al fin logro que me dejen pasar en la sala de energía, suena una explosión al otro lado de la puerta, en la sala de máquinas.

Chillidos.

La sala de energía, que está llena de gente, cae en una especie de horror mudo. La puerta se hunde hacia dentro igual que si un monstruo tirara de ella, pero el metal reforzado aguanta. Aun así, mucha gente sale de su estupor y echa a correr en dirección opuesta para ponerse a cubierto, convencidos de que la nave los protegerá aun cuando se está desgarrando ante sus ojos.

Los demás contemplamos la puerta, inmóviles.

En las esquinas de las paredes y el techo empiezan a brillar luces rojas intermitentes. Por la megafonía suena una voz femenina que dice en tono casi alegre: «Rotura de casco en el puente».

Todos esperamos. Una mujer abre la boca para decir algo, pero la fulmino con la mirada y desiste. Escuchamos el silencio, preguntándonos si habrá alguien vivo al otro lado de esa puerta.

Si estará Elder.

Algo golpea una hoja de la puerta. Una mujer grita y un hombre suelta un taco desde el pasillo de detrás. La puerta vuelve a sacudirse, pero ya no parece como si un monstruo quisiera arrancarla de cuajo. Ahora da la impresión de que alguien trata de

abrirla desde dentro.

Por un resquicio aparece una mano.

—¡Están vivos! —grita la mujer.

Como si nos hubiera dado el pistoletazo de salida, todos nos abalanzamos hacia la puerta, metemos los dedos por la grieta y tiramos para forzar el mecanismo averiado. La puerta cede unos centímetros. Redoblamos nuestros esfuerzos hasta que la hoja se desliza hasta el final con un chirrido.

Lo primero que veo es la sangre que gotea de un desgarrón en su hombro y colorea su piel tostada. El flequillo sudoroso se le pega a la frente. Aparta de un manotazo los fragmentos de un mueble y entra tambaleándose en la sala de energía.

—Elder —digo en un susurro roto.

Aunque las lágrimas me cosquillean en los ojos, no permito que caigan. He estado a punto de perderlo otra vez. Solo cuando vi ayer su cuerpo inmóvil frente a la escotilla me di cuenta de lo mucho que me importaba, pero ni siquiera entonces supe poner nombre a mis sentimientos.

Una parte de mí rechazó a Elder cuando me di cuenta de lo mucho que yo significaba para él. Esa parte entretejió palabras en mi alma, ideas como «duda», «desconfianza», «deseo» o «riesgo». Pero esas palabras se han ido desgarrando como hebras que cedieran en una tela ya raída.

Y ahora, al ver su rostro lleno de pesadumbre, dejo de pensar con palabras.

Detrás de él, los navegadores recorren la sala. Algunos gritan de alegría al descubrir a compañeros supervivientes, otros se lamentan en voz alta por los que han muerto al otro lado de la puerta sellada.

Pero yo solo quiero mirar a Elder. Sus ojos encuentran los míos.

Me tiemblan las manos; todo mi cuerpo está trémulo. Me gustaría lanzarme a su encuentro, pero no puedo moverme. Es él quien se mueve primero: atraviesa renqueando el umbral —¿por qué cojea?— y me abraza con fuerza. Me derrumbo contra él.

—Dios mío, Elder... —murmuro contra su pecho. No parece gran cosa, pero para mí es una plegaria.

Él me acaricia el pelo. El mundo gira vertiginoso alrededor de nosotros: gente que entra y sale de la sala de máquinas, gritos, sollozos...

—¿Cómo lo supiste? —pregunta Elder con la nariz enterrada en mi pelo.

Su pregunta —una sucesión lógica de palabras razonables— está tan lejos de lo que siento en este momento que al principio no la entiendo. Me despego de él para mirarle a la cara, y él me pasa un brazo por los hombros y me conduce entre la gente hasta salir de la estancia. Nos detenemos en un rincón tranquilo del pasillo. Por encima de su hombro atisbo cómo el caos causado por la explosión amaina poco a poco. Kit ha llegado con un equipo de enfermeros que llevan a los heridos a un lado de la sala y hacen salir a los demás. Varios ingenieros examinan la puerta del puente para asegurarse de que está bien sellada.

—La explosión... —dice Elder estrechándome de nuevo—. Tú lo sabías, ¿verdad? Viniste para avisarme.

—Encontré otra grabación de Orion en el arsenal.

—Orion... ¿Fue él quien hizo esto? —pregunta Elder, confuso; aún no se ha recuperado del todo de la explosión.

—No, no fue él. Pero hay otra persona, alguien que ha visto todas sus grabaciones y conoce las claves de las puertas bloqueadas. Creo que Orion pretendía decirnos cómo abandonar la nave, pero alguien averiguó su secreto antes que nosotros y está tratando de ocultarlo para siempre.

Le ofrezco a Elder el último flexible que he encontrado. En la primera grabación, Orion afirmaba que había que tomar una decisión y la ponía en mis manos. En esta, sin embargo, suena casi tan inseguro como en la escena que grabó justo después de escapar de Eldest. El planeta asustaba a Orion; claramente, quien ha colocado la bomba cree que sus miedos son fundados y está dispuesto a todo con tal de evitar que aterricemos. Y por ahora ha tenido éxito: tras la explosión del puente, no creo que podamos llegar a Tierra Centauri, por cerca que nos encontremos.

Elder se concentra en el mensaje de Orion. Su rostro muestra una expresión complicada, una mezcla de pena, ira, desconfianza y algo que tal vez sea dolor. Pero cuando yergue la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos, no veo nada en ellos.

—Esto ya no tiene importancia —dice—. Sin el puente de mando, no podemos ir a

ninguna parte.

Tal vez le hiciera falta decirlo para convencerse de ello, porque en cuanto las palabras abandonan su boca, parece derrumbarse. Los dieciséis años que ha pasado atrapado en esta nave y las décadas que le quedan en ella lo golpean como un mazazo. Ahora todo recae sobre sus hombros: la nave, la gente, los muertos, la desesperanza... Y de pronto me doy cuenta de que hace años que acarrea ese peso.

Elder vuelve la cabeza hacia la sala de máquinas.

—Shelby se quedó allí —dice—. En el puente de mando.

Y solo con esas dos frases, el estómago se me retuerce de puro terror. Intento aislar el miedo, ahogarlo en las aguas de mi alma, agarrarlo y dejarlo sumergido hasta que deje de debatirse.

—¿Por qué? —murmura Elder mirándome a los ojos.

No pregunta por qué han volado el puente. Lo que pregunta es cómo han podido sacrificar a personas como Shelby para hacerlo.



¡No, no, no, no, no!, suplica Shelby.

Las palabras giran dentro de mi cabeza. Sé que nunca saldrán de ahí.

Amy me besa.

No, no, no, no, no.

Me dice que alguien ha hecho esto por unas palabras estúpidas que Orion grabó cuando tenía mi edad. Que quien lo ha hecho quería asegurarse de que nadie abandona la nave jamás.

No, no, no, no, no.

Me conduce al tubo gravitacional, me lleva al nivel de alimentación, me muestra la puerta camuflada y me habla de las escaleras que se ocultan al otro lado.

No, no, no, no, no.

La puerta se abre con un chirrido, pero yo solo oigo una voz.

No, no, no...

¡BUM!

Una nueva explosión sacude el suelo y hace que se estremezca el hospital. Algunas tejas de la parte superior se desmoronan y rebotan por las paredes hasta hacerse añicos contra el suelo. La puerta se abre y por ella sale un torrente de personas envueltas en humo denso y oscuro. De las ventanas superiores salen varias escalas de emergencia por las que empiezan a bajar personas; cuando están cerca del suelo, se dejan caer y salen disparados hacia el archivo.

—¿Qué frexo pasa aquí? —exclamo mientras Amy me agarra del brazo. El suelo todavía se agita bajo nuestros pies.

—¿Qué sentido tiene poner una bomba en el hospital? —dice.

Solo sale humo de las ventanas de la planta baja. No se ven llamas por ninguna parte.

Miro a Amy: nunca la había visto tan pálida.

—Dios, Elder. La bomba no estaba en el hospital...

—... sino en el nivel de criopreservación —remato.

—Mis padres —susurra con la mirada extraviada—. Elder, hay una escalera que baja... Estoy segura de que lleva al nivel inferior. Sé dónde está. Puedo...

—Ve —digo. La agarro de los hombros y la miro a los ojos hasta que noto que vuelve a la realidad—. Ve con ellos, Amy, pero ten cuidado. Puede que quien ha hecho esto siga allí abajo.

Ella traga saliva.

—No creo que la explosión haya podido destruir por completo el nivel de criopreservación, Amy. No, seguro que no. Ya verás cómo tus padres están bien.

Empieza apartarse, pero sus dedos no sueltan la manga de mi túnica.

—Vete, Amy —insisto con voz suave—. Puedo arreglármelas solo. Ocúpate de tus padres y deja que yo me ocupe de la nave. Eso sí... —hago una pausa—. Amy, si ahí abajo ves algo o alguien extraño... Si crees que corres peligro, vuelve conmigo de inmediato.

Ella asiente con un cabeceo breve y echa a correr sin despedirse.

Yo me vuelvo hacia la nave.



El corazón me retumba en la garganta y tengo ganas de vomitar. He estado tan preocupada por otras cosas —Elder, los asesinatos, el secreto...— que casi olvido la más importante: mis padres.

Atrapados en el hielo, durmiendo en sus cámaras del nivel inferior.

Indefensos.

Me lanzo por las escaleras, apoyándome en la barandilla para bajar los peldaños de dos en dos. Cuanto más bajo, más espeso se hace el humo. Tiene un olor fuerte como de metal quemado, tan penetrante que me corta la lengua. En el aire flota un polvillo amarillento que pica como un enjambre de avispas. Me lo sacudo con las mangas y me subo el cuello de la blusa hasta cubrirme la boca y la nariz. Espero que el pelo me proteja el resto de la cabeza y la cara.

Resbalo en la arista de un escalón, pero me agarro al pasamano y consigo evitar la caída. Justo a tiempo: dos peldaños más allá, se abre el vacío.

Me inclino hacia delante con cuidado. Tal como sospechaba, la bomba ha estallado en el ascensor que une el nivel de criopreservación con el hospital. La explosión ha destrozado las escaleras de chapa con tanta facilidad como si fueran de papel.

El nivel inferior ha quedado aislado.

Durante un momento de locura, me planteo si saltar. No creo que esta escalera lleve directamente al nivel inferior, porque algo más abajo se adivina una superficie de metal; supongo que en alguna parte habrá una trampilla que permita seguir descendiendo. Entre la escalera y el ascensor hay una columna muy gruesa en la que me parece ver una escotilla. Pero el polvo amarillento me impide distinguir los detalles, y todas las superficies que veo están llenas de picos. No, no creo que deba saltar.

Examino el panorama, con los ojos llorosos por el humo, pero no veo más que un

revoltijo de chatarra, vigas retorcidas y remaches reventados.

La garganta me arde y toso, preguntándome qué me estará haciendo por dentro ese polvo amarillo. Hace frío aquí, más que en cualquier otra parte de la nave.

Me doy la vuelta y subo por donde he venido. El corazón me retumba en los oídos y estoy empapada en sudor. Jadeo recordando cómo Victria creyó asfixiarse abrumada por la idea de salir de la nave. Ahora me invade el mismo pánico, pero el mío está causado por el miedo de quedarme atrapada para siempre entre estas paredes.

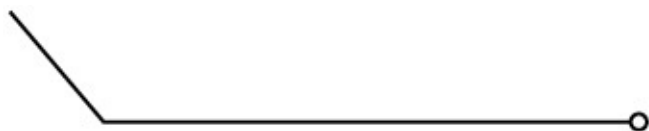
Al llegar al nivel de alimentación, veo que Elder está frente al archivo, rodeado de gente, y me abro paso hasta él. No me molesto en ser educada: aparto a la gente a codazos sin hacer caso de sus protestas, y al llegar a Elder, le agarro de un brazo y le obligo a alejarse conmigo hasta un rincón.

—No he podido llegar al nivel inferior —le digo, y luego le cuento todo lo que he visto.

Él asiente como si ya se lo esperara. Su mirada está vacía.

Él perdió la esperanza al ver lo ocurrido en el puente. Yo acabo de perderla al ver su mirada.





[61] ELDER

No parece prudente quedarse dentro del hospital, así que montamos un hospital de emergencia en el archivo. Doc, que estaba junto al ascensor en el momento de la explosión, tiene un brazo en cabestrillo y una herida en un pómulos. Aun así, se mueve rápidamente de un paciente a otro, repartiendo instrucciones a los enfermeros allá por donde va. Es raro el paciente al que no le entrega un parche verde claro, pero prefiero no darme por enterado.

La verdad es que no me vendría mal uno a mí también.

Aparecen Kit y varios enfermeros con los navegadores que han sobrevivido a la explosión del puente, causando una nueva oleada de actividad frenética: un vendaje para este, unos puntos para aquella... En lo que todos coinciden es en el cuadradito verde que acaba por aparecer en su brazo.

Hay menos heridos de lo que esperaba, al menos en apariencia. Sin embargo, veo algo en los ojos de la gente —una chispa de desesperación— que va creciendo a medida que se dan cuenta de que las bombas no solo han matado a nueve de los nuestros, sino que también han acabado con la posibilidad de llegar al planeta.

Varias horas más tarde, recorro el hospital con una patrulla de mantenimiento. Como Amy avanzó, el ascensor que llevaba al nivel de criopreservación está destrozado: los cables se han roto y la cabina se ha estrellado en el fondo del foso. No parece haber más daños.

Aprovechando que los ánimos se han calmado, hago una llamada general para convocar a todo el mundo en el jardín. Eldest los habría reunido en el nivel de mando, como siempre, pero yo prefiero no alejar a la gente de su entorno cotidiano, y menos si eso supone acercarlos al lugar donde estuvo el puente de mando. Las ceremonias de sucesión de los Eldest siempre se han celebrado frente a la estatua del jardín; dado lo que voy a decir, parece el sitio adecuado.

—¡Eh, espera! —grita Bartie cuando estoy a medio camino.

Aunque no le contesto, aminoro el paso para dejar que me alcance.

—¿Es verdad? —dice al llegar a mi altura—. Los navegadores heridos dicen que el puente de mando ha explotado.

—Sí, es verdad —farfullo.

Acelero de nuevo; prefiero dar por terminada la conversación.

—¿Vas a decirlo? —pregunta Bartie acomodando su paso al mío—. Creo que deberías contar a todo el mundo lo que ha pasado con el puente, decirles que ya no podemos salir de la nave.

—¡No fastidies, Bartie! —contesto con sarcasmo—. Y yo que pensaba echarme una siestecita y comer algo... En serio, ¿no te parece que es buen momento para ver alguna grabación entretenida en el archivo?

Bartie levanta las manos como si se rindiera, pero su expresión es de enojo.

—¡Parece que nunca haces nada si no te lo dice alguien! ¿Cómo iba a saber que pensabas hacer eso?

—Eres un hipócrita del frexo —le espeto—. Estás tan preocupado por ver mis fallos que ni siquiera te das cuenta de mis aciertos.

Él resopla, y en ese sonido me parece oír todo el menosprecio y la dureza con los que me han juzgado los habitantes de la nave desde que Eldest murió. Y yo no puedo —no quiero— soportarlo más.

—¿Quieres ser Eldest? —digo en voz bien alta—. Muy bien. Ocupa el cargo. Así te enterarás de lo que es ver morir a tus amigos. ¿Sabes lo que he hecho hoy mientras tú estabas tirado por aquí? Fui al puente; estaba a punto de entrar en él cuando explotó. Vi cómo Prestyn, Hailee, Brittne y varios más se perdían en el espacio. Vi a Shelby agarrada a una silla, vi sus lágrimas mientras extendía el brazo hacia mí. Y la dejé morir para salvar la sala de máquinas y el resto de esta nave del frexo.

Me detengo, le doy la espalda y observo los campos del nivel de alimentación.

—¿Dejaste morir a Shelby?

—Me rogó que la salvara, y aun así cerré la puerta.

No, no, no, no, no.

Bartie se queda callado. Echo a andar de nuevo y él corre para alcanzarme.

—Tal vez tengas más madera de líder de la que pensaba.

—Vete al frexo.

—Oye, que estoy tratando de pedirte disculpas.

—¿Por qué? ¿Acaso soy un líder mejor por dejar que mueran varias personas? Mierda, Bartie. Esos eran los valores de Eldest, no los míos.

Acelero, y esta vez no permito que vuelva a alcanzarme.

Me detengo bajo la estatua del primer Eldest. Observo sus brazos alzados en un gesto de falsa benevolencia, sus rasgos desdibujados por el tiempo, y me pregunto cuánto de él habrá en mí. Se supone que portamos la misma carga genética, pero ¿habría tomado las mismas decisiones que yo? ¿Haría lo que estoy a punto de hacer?

No creo.

La gente llega a paso lento. La mayor parte conocen lo ocurrido; lo sé por su gesto de desamparo, su mirada teñida de ira y miedo. Los más afectados —familiares y amigos de los navegadores muertos— se sitúan cerca de mí.

Cuando veo que hay bastante gente, me subo al pedestal de la estatua. El jardín está atestado de gente entre la que veo muchas caras conocidas. Bartie está en el centro exacto de la muchedumbre; Doc y Kit esperan junto a la pared del hospital; Amy se ha quedado junto al estanque, algo apartada del resto. Lleva puesta la chaqueta y se oculta el rostro con la capucha, pero sé que es ella. Levanta la cabeza y nuestras miradas se cruzan por un instante; en sus ojos hay un calor que me da fuerzas para hablar.

—Hola... —digo. Es una palabra estúpida, pero no se me ocurre otra manera de empezar—. Debo daros malas noticias —prosigo, elevando la voz al darme cuenta de que la gente no me oye bien—. Yo...

Conecto mi intercom; prefiero hablar en tono normal.

—Debo daros malas noticias —repito—, aunque sospecho que la mayor parte de vosotros ya estáis al corriente de los horribles acontecimientos que os voy a describir.

Inspiro profundamente y busco a Amy con la mirada para imaginar que estoy hablando solo con ella.

—Hoy hubo una explosión en el puente de mando; no sabemos quién la causó, pero estamos seguros de que fue algo deliberado. En ella murieron nueve navegadores, entre ellos la navegadora primera, Shelby —aparto la mirada de Amy—. Además, los daños en el equipo hacen imposible que la nave aterrice en Tierra Centauri.

Hago una larga pausa y dejo que el silencio se extienda hasta llenar la nave.

—Cuando asumí el mando, decidí interrumpir el suministro de fidus en el agua corriente. Desde entonces he tratado de encontrar la forma de colaborar con vosotros para que todos pudiéramos coexistir sin ayuda de drogas tranquilizantes. Cuando descubrí que Tierra Centauri estaba a nuestro alcance, intenté llegar a ella para cumplir la misión que le fue encomendada a la *Fortuna* hace cientos de años.

Trago saliva y meuerzo a recorrer la multitud con la mirada.

—Sin embargo, he fallado en ambos empeños... y en todo lo que me he propuesto.

Se oyen exclamaciones de sorpresa, murmullos de enfado y confusión. Sin embargo, la gente vuelve a quedarse en silencio en cuanto abro la boca para continuar.

—Voy a deciros la verdad: creí que, como líder, podría influir tanto como lo hacía el fidus. Me equivoqué. Desde que asumí el papel de Eldest, la nave se ha sumido en el caos. Ha habido muertes; no me refiero solamente a las bombas de hoy, sino a las personas asesinadas por alguien que dice hacerlo en mi nombre. Y antes de eso, ya hubo suicidios que no supe evitar, lesiones y cosas aún peores.

Algunas personas han roto a llorar. Mis ojos buscan a Amy inconscientemente. Está completamente erguida, con la mirada fija en mí. Enderezo la espalda y alzo la barbilla.

—Por todo esto... —me detengo para inspirar hondo—. Por todo esto, presento hoy mi dimisión ante todos vosotros.

Mis palabras son recibidas con un silencio absoluto. La gente me mira con la boca abierta, sin saber cómo reaccionar. Dejo que el silencio crezca. Entonces, la gente

empieza a volverse buscando el punto al que dirijo yo la mirada.

Bartie.

Me mira sin decir nada.

Al cabo de un rato, cuando queda claro que nadie va a hablar, retomo la palabra.

—Si nadie más se ofrece para dirigir la nave, seguiré haciéndolo yo lo mejor que pueda. Esto es todo lo que os quería decir.

Desconecto el intercom, me doy la vuelta y me alejo.



La gente se marcha poco a poco. Esto no ha terminado aquí, estoy segura. Si Bartie no ha aprovechado esta oportunidad es porque estaba demasiado sorprendido. O tal vez tenga algún motivo oculto para esperar... No me fío de él. Si no escapamos pronto de esta nave, se hará con el control... o destruirá la nave en su empeño.

Cuando ya no queda nadie más que yo, echo a andar hacia la estatua. Siempre pensé que no se parecía nada a Elder, pero ya no estoy segura.

Elder aparece entre las sombras del pedestal y empieza a andar a mi lado.

—¿Cómo podías saberlo?

—¿El qué?

—Que Bartie no reclamaría el mando de la nave para él.

Sus ojos buscan los míos.

—No lo sabía —dice, y yo intento disimular mi sorpresa.

Aunque los técnicos de mantenimiento han permitido reocupar el hospital, tuerzo al otro lado y conduzco a Elder hacia el archivo.

—He estado pensando —le digo sin dejar de andar.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo distinto que eres de Orion.

Elder resopla.

—Lo digo en serio —insisto—. Orion tenía planes de emergencia por si fallaban sus planes de emergencia. Tú no eres así; tú vas solucionando los problemas a medida que surgen, tratando siempre de actuar con justicia.

—Tal vez debiera hacer planes de antemano. Puede que las cosas funcionaran mejor.

—No puedes preverlo todo, Elder. Orion no podía suponer que algún chalado volaría el puente —lo miro de reojo y veo su ceño fruncido—. Tampoco podías preverlo tú —añado, pero creo que no lo convenzo.

Subimos en silencio las escaleras del archivo. El recinto está desierto; las cosas que se guardan aquí simbolizan todo lo que hemos perdido, y no creo que la gente esté de humor para que se lo recuerden.

—Lo siento —dice Elder mientras cierra la puerta de entrada, dejando el recibidor en penumbra.

—¿El qué?

—Que ya no puedas escapar de la nave, que ya no puedas reanimar a tus padres... Todo eso.

Sí que puedo reanimarlos. No lo digo en alto, pero sé que es verdad: en cuanto me asegure de que aterrizar es imposible, los despertaré por más que Elder proteste.

—Bueno, por lo menos te tengo a ti —digo, y le agarro de la mano.

Él se aparta: no quiere gestos de consuelo.

—Todo ha sido culpa mía. No supe prever lo que ocurriría...

—¡No es culpa tuya! Nadie podía saber que las cosas iban a...

Dejo que mi voz se apague mientras pienso que, en realidad, sí hubo una persona que supo anticiparse: Orion. Tenía un plan para cada giro de los acontecimientos, para cada emergencia...

Algo se enciende en mi cerebro al pensar en esa última palabra. Me giro y señalo el flexible de pared más cercano.

—¿Puedes descargar el plano de la nave?

—¿Para qué? —replica Elder.

Sus ojos parecen implorarme que lo deje, que no le haga creer que aún queda esperanza.

Pero el hecho es que queda esperanza.

Lo llevo a rastras al flexible y no le dejo en paz hasta que empieza a teclear en la pantalla. Cuando el plano aparece, voy corriendo al otro lado de la sala, agarro una silla que está pegada a la pared y la coloco debajo de las maquetas de la *Fortuna* y los planetas que penden en el centro de la sala.

—En la grabación que encontré cuando descubrí que alguien se había llevado los explosivos —digo mientras me subo a la silla—, Orion decía que la última cosa que necesitaba estaba dentro de la nave.

—La *Fortuna* es enorme.

A su espalda, el flexible muestra el esqueleto de la nave. Sí, es verdaderamente grande...

—Ya lo sé, Elder. Pero ¿no te extraña la forma de decirlo? Orion no dijo que estuviera en la nave, sino dentro de la nave.

—¿Y qué? —replica Elder con voz átona.

Aunque su cuerpo está conmigo en el archivo, sé que su mente sigue en el jardín, presentando su dimisión, o tal vez en el puente, viendo a su gente morir. Ya no le importan los misterios de Orion.

Me pongo de puntillas para alcanzar la figura de la *Fortuna* que oscila entre las dos esferas de arcilla.

—Dentro de la nave —repito—. Dentro. ¿Te das cuenta?

La silla se tambalea bajo mis pies mientras rozo con los dedos la parte inferior de la maqueta. El otro día vi que colgaba de una arandela enganchada a una especie de garfio, así que no creo que sea difícil descolgarla. Empujo hacia arriba y la arandela resbala hasta quedar libre. Extiendo un brazo para evitar que caiga al suelo; la silla se ladea demasiado y empieza a caer, pero me aparto de un salto antes de que me arrastre. Aún estoy en el aire cuando el brazo de Elder me sujeta por la cintura y me deja suavemente en el suelo.

La maqueta es más o menos del tamaño de mi cabeza, y está cubierta de polvo. Soplo para limpiarla y salen despedidas varias pelusas que caen al suelo, demasiado densas para quedar suspendidas. Aun así, no queda limpia; el polvo está demasiado incrustado en los intersticios, especialmente en la cristalera del puente. Le doy la vuelta para colocarla de lado. En esta posición me recuerda a un pájaro sin alas, con un pico de cristal y una cola hecha de eyectores.

Le ofrezco la maqueta a Elder. Él la sopesa y la examina como si fuera un artefacto extraño, en vez de una reproducción del único hogar que ha conocido. Sus rasgos están contraídos en una mueca de concentración; las arrugas de su frente son tan profundas que parecen pintadas. Con un gesto lento y deliberado, posa el pulgar en el puente y aprieta hasta que los hexágonos transparentes se quiebran. Del dedo cae una gota de sangre, pero Elder no parece sentir ningún dolor.

—Ahora es más veraz —susurra devolviéndomela.

Le miro a los ojos, pero no veo nada en ellos.

—Mira, aquí hay otra cristalera —digo señalando la mitad inferior.

Elder se encoge de hombros con indiferencia.

—Sí, la vi desde fuera. Debe de ser un observatorio o algo por el estilo.

—Supongo que se accede a él por la puerta que no hemos logrado abrir. En cualquier caso, me extraña que se hayan esforzado tanto por impedir la entrada, si no es más que un observatorio...

Me acerco al flexible de pared; Elder no hace ademán de seguirme, pero observa mis movimientos. Dejo la maqueta en el suelo y aumento el tamaño de la imagen. Voy desplazándome por el plano con las dos manos hasta llegar a la sección donde se encuentran las cuatro puertas. El plano no especifica lo que es cada una —el arsenal, por ejemplo, carece de letrero—, pero tras la última puerta del pasillo sí que aparece una palabra:

Emergencias

—Orion no hacía más que decir que yo era su plan de emergencia —digo con voz entrecortada.

Me vuelvo para mirar a Elder y veo que sus ojos chispean.

Recorro con los dedos el puente roto y la cristalera de debajo. Son dos estructuras casi iguales, dos picos que sobresalen del casco. La única diferencia es que el del nivel de criopreservación es más pequeño.

Me fijo en la banda de metal que rodea el tercio inferior de la nave.

—Este... este no es el plan de emergencia de Orion —digo lentamente mientras doy vueltas a la maqueta—. Es el de la *Fortuna*. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes? ¡Es imposible que una nave de estas dimensiones no cuente con un plan de

emergencia, Elder! ¡Es imposible que no tenga una lanzadera de salvamento! Es evidente... ¡Hemos tenido la respuesta ante nuestros ojos todo este tiempo!

Agarro firmemente la banda de metal, tiro hacia abajo y el tercio inferior de la nave se separa del resto. Elder abre mucho los ojos.

—Entonces, el nivel de criopreservación... ¡todo el nivel puede independizarse de la nave, frexo! —exclama—. ¡No es un nivel, sino un medio de escape!

Le lanzo a Elder la parte que acabo de separar y veo cómo surca el aire, liberada del resto de la nave. Vamos a construir un hogar en el nuevo planeta.



Atrapo la lanzadera con una mano.

—No es posible... —murmuro examinándola.

Amy se echa a reír.

—¿Por qué no? ¡Piensa en cómo está diseñada la nave! Las partes más importantes están en el tercio inferior. Y las escaleras por las que intenté bajar hace un rato no llevaban directamente al nivel de criopreservación; terminaban en el techo del nivel. Supongo que habrá alguna abertura ahí para seguir descendiendo. De hecho —digo, tratando de recordar lo que pude percibir entre el humo amarillento—, vi una columna muy gruesa junto a lo que quedaba del ascensor y creo que en ella se abría una escotilla. ¿Para qué querría nadie poner una escotilla hermética ahí, si no fuera para permitir que ese trozo se independizara? ¡Quienes diseñaron la *Fortuna* no hacían nada porque sí!

A pesar de su entusiasmo, no puedo disimular mi escepticismo. Amy se da cuenta y suelta un gruñido de impotencia.

—¡Piensa, Elder! Sabes que tengo razón; sabes que esa parte de la nave se puede separar del resto. ¡Y también tienes que saber lo que significa! Podemos aterrizar a pesar de lo del puente. ¡Dejaremos aquí el cuerpo de la nave y nos marcharemos en el nivel inferior!

Una avalancha de posibilidades se precipita en mi mente y Amy sonrío, consciente de que me ha convencido.

—El nivel de criopreservación es enorme, mucho más grande de lo que hace falta para su carga —prosigue—. Tiene techos muy altos, supongo que para almacenar bastante oxígeno. Y sus dimensiones son más que suficientes para contener a todo el mundo...

De pronto caigo en la cuenta de algo.

—Amy, ¿cómo frexo vamos a llegar hasta allí, si el ascensor y la escalera están destrozados?

Ella sonríe de oreja a oreja.

—¿Te apetece darte un baño?

A duras penas puedo seguir su paso mientras corre hacia el hospital. No, no hacia el hospital: hacia el estanque que hay detrás.

—Me di cuenta por lo de los peces. Me extrañaba tanto que no hubiera ninguno en el estanque... —dice Amy sin dejar de andar, aunque a estas alturas est  casi corriendo.

—¿Qué peces?

— Las carpas chinas! Harley siempre pintaba carpas; cuando lo conocí estaba coloreando una, y hay otra en su último cuadro. En su cuarto había muchísimos lienzos con ese motivo.

— Y...?

Amy se detiene de improviso y no puedo evitar chocar contra ella.

—Pues que conocía esos peces, los veía a menudo. No podría haberlos retratado de ese modo si solo los hubiera visto en fotos. Y además, recuerda lo que me dijiste ayer: ya no quedan peces. Los hubo, pero ya no quedan.

—S , es verdad —confirmo—. Antes había.

—Entonces,  d nde se han metido?  No pueden haber escapado volando!

Me detengo y hago un esfuerzo por recordar. La época en que Kayleigh murió fue tan confusa... Recuerdo su cuerpo flotando en el agua, pero luego... Estuvimos mucho tiempo sin volver al estanque, y cuando lo hicimos, los peces ya no estaban.

—Tiene que haber algo bajo el agua —dice Amy—. Recuerda los planos:  sabes qué hay justo encima de la zona denominada Emergencias?

— El estanque? —pregunto, notando cómo la esperanza vuelve a burbujear dentro de mí.

 Tenemos otra oportunidad! Podemos llegar a Tierra Centauri aunque para ello

tengamos que dejar atrás la *Fortuna*...

—Exacto: el estanque.

Todo encaja a la perfección: mientras Amy lo explica, veo la lógica. Kayleigh debió de vaciar el estanque, lo que, evidentemente, causó la muerte de los peces. Antes de que pudiera hacer nada más, Eldest la encontró, la inmovilizó con los parches y luego relleno el estanque de nuevo. Todos pensamos que Kayleigh se había ahogado a propósito, pero en realidad...

Amy ha echado a correr otra vez y ya casi está en el estanque. Orion dijo que Kayleigh no se había suicidado. Y cuando Harley y yo encontramos su cadáver, estaba cubierto de mediparches. Me viene a la mente Evie, la placidez que la invadió después de que Doc le pusiera uno de sus parches de fidus; cuando Kayleigh murió aún no existían esos parches, pero había otros. Por ejemplo, parches que te hacen dormir mientras te ahogas. Me imagino a Eldest junto al estanque, observando cómo su secreto desaparecía bajo el agua y cómo Kayleigh se sumergía con él.

Amy se detiene en la orilla y se descalza de dos patadas. Se quita la chaqueta, la tira al suelo y desenrosca la tira de tela que le oculta el pelo.

—Date la vuelta —me dice, y me doy cuenta de que la estoy mirando como un pasmarote.

—Ah, bueno. No es que quisiera... Esto... —balbuceo notando cómo me suben los colores.

—Que te des la vuelta —repite ella en tono serio, aunque sus ojos sonríen.

Giro sobre mis talones y clavo la mirada en el suelo, intentando no escuchar los ruiditos que hace Amy al desvestirse.

Al cabo de unos segundos oigo un chapuzón y me vuelvo hacia el agua. Los pantalones y la blusa están arrebuados en el suelo; Amy debe de haberse quedado en bragas y camiseta. La cara se me enciende más aún al pensarlo, y por un momento me pregunto si parecería muy raro que metiera la cabeza en el agua para despejarme.

—¿Qué buscas? —le pregunto.

—¡Algún agujero! —responde.

El agua está muy clara, pero el movimiento de sus pies ha empezado a levantar una nube en el lodo del fondo. Amy se zambulle y desaparece durante casi un minuto;

cuando estoy empezando a preocuparme, reaparece en la superficie, toma aire y se sumerge otra vez.

En la superficie del agua estallan burbujas de aire. Observo el agua y distingo destellos de pelo rojo y piel pálida. Empiezo a contar los segundos.

Y entonces Amy reaparece, inspira profundamente y suelta todo el aire en un grito triunfal.

—¿Quién anda ahí? —dice alguien desde el camino.

—Mierda, mierda, mierda —masculla Amy a mi espalda poniéndose los pantalones.

Le echo una mirada furtiva mientras acaba de colocarse la blusa. Ya vestida, Amy da un paso y se sitúa a mi lado justo cuando Bartie y Victria aparecen tras un macizo de hortensias. No se ha llegado a quitar la ropa interior mojada, y su blusa se empapa poco a poco, pegándose a su cuerpo. Me resulta imposible no mirarla.

—¡Hola! —saluda.

—¿Qué hacéis? —pregunta Victria en voz baja.

Estudio su cara. Victria siempre fue la más tímida del grupo; tal vez por eso, hasta que Amy no me contó lo que le había pasado, no me llamó la atención lo callada que estaba últimamente.

Los puños se me cierran solos al pensar en lo que le hizo Luthor... y mientras eso ocurría. Las uñas se me clavan en las palmas. No soporto recordar lo que le pasó, lo que estuvo a punto de pasarle a Amy. Yo...

—Me apetecía darme un baño —dice Amy con una risita.

—Ya veo —responde Victria con sequedad.

Solo me reconforta pensar que Amy ha estado ahí para ayudarla. Y tal vez Bartie le haya echado una mano también; puede que sea un chulza y un traidor, pero al menos ha apoyado a Victria. Al menos, más que yo.

—¿Qué es eso? —pregunta Bartie apuntando al suelo.

—Huy... —exclama Amy, y se agacha para recoger dos parches verdes que han debido de caérsele del bolsillo al desvestirse. Se los guarda en un bolsillo.

—¿Por qué tienes parches de fidus? —le pregunto frunciendo el ceño.

Mi primer impulso es enfadarme con ella —al fin y al cabo, no ha hecho más que criticar el fidus desde que la conozco—, pero mi enojo se convierte enseguida en preocupación. Recuerdo la forma en que Evie arañaba las paredes de la nave. ¿Sentirá Amy la misma angustia? ¿Tendrá que refugiarse en el fidus por las noches, cuando yo no la veo?

Amy y Victria se miran con disimulo, como si pudieran entenderse sin palabras.

—Encontré unos cuantos y los recogí por si... por si los necesitaba —me mira y advierte mi expresión tormentosa—. ¡Eh, que no son para mí! —protesta.

Esto me inquieta más aún. De modo que los guarda para usarlos como arma por si alguien la ataca; alguien como Luthor, por ejemplo.

—Mira, tampoco es para tanto —dice Amy, y algo en su tono me dice que sabe más de lo que dice—. Bueno, ¿hay alguna manera de vaciar el estanque? —añade con voz cantarina.

Levanto una ceja en una pregunta silenciosa: ¿es aconsejable seguir con esto en presencia de Victria y Bartie? Amy se encoge de hombros como diciendo que no hay razón para no hacerlo. Si nuestras conjeturas son ciertas, dentro de muy poco todo el mundo se enterará de esto.

—¿Se puede saber qué os pasa? —pregunta Bartie en un tono a medio camino entre la exigencia y la risa.

—¡Podemos salir de la nave! —exclama Amy alegremente.

—¿Por dónde? —dice Victria.

—Por el estanque.

Victria examina a Amy con asombro, como si se preguntara si de verdad está tan loca como parece.

—¿Podemos salir de la nave... metiéndonos en el agua? —pregunta muy despacio, y Amy se echa a reír.

—No, claro que no. Primero tenemos que vaciar el estanque.

Victria me mira.

—¿Soy la única que piensa que esta conversación es delirante?

—Si queréis vaciar el estanque, será mejor que uséis esta bomba —interviene Bartie como si nada, señalando una caja negra disimulada tras un arbusto en la orilla opuesta.

—Es para emergencias —añado avanzando hacia él—. Si el hospital o el archivo se incendiaran, podríamos usar el agua del estanque para apagar el fuego.

—¿Sabéis cómo funciona? —dice Amy con los ojos brillantes.

No tengo ni idea; nunca he tratado de hacerlo.

—Pues claro —digo.

Estoy a medio camino de la bomba cuando advierto que Bartie viene tras de mí. *Frexo*, pienso.

—No sabes cómo conectarla, ¿a que no? —dice sonriente.

Lo fulmino con la mirada.

—Ah, no. Esto sí que no —mascullo.

—¿A qué te refieres?

—A que no voy a permitir que me trates como si siguiéramos siendo amigos.

Él asiente.

—Vale.

—La respuesta a lo otro también es que no.

—¿Eh?

—No tengo ni idea de cómo enchufar esa cosa.

Bartie me dedica una sonrisa pícara, la misma que ponía cuando echábamos carreras de mecedoras. Me arrodillo junto a la bomba; no parece muy difícil, pero cuando estoy a punto de girar la manivela, Bartie me detiene.

—No hagas eso.

—¿Por?

—Porque así solo conseguirás mojar todo lo que tienes alrededor. Si no quieres desperdiciar el agua, tienes que desviarla al depósito.

Estiro la mano hacia un interruptor que hay junto a la manivela.

—Ahí tampoco.

—¡Vale, frexo! —exclamo, exasperado—. Hazlo tú, ¿quieres?

Bartie se inclina, aprieta dos interruptores, gira una ruedecilla y la bomba se pone en marcha. Aunque enseguida empiezan a oírse ruidos de succión, pasa un buen rato hasta que vemos descender el nivel. Una vez que el agua empieza a bajar, el estanque parece vaciarse muy rápido. Las flores de loto se ladean con el movimiento del agua y sus pétalos rosados se manchan de barro. Sus largos tallos me hacen pensar en mechones de pelo enredados, y trago saliva recordando cómo flotaba el pelo de Kayleigh cuando la encontramos.

—¡Ya está casi vacío! —exclama Victria alegremente, y me doy cuenta de que es la primera vez que la veo sonreír en varios meses—. ¿No tendríamos que ver ya algo?

Amy salta a la hondonada sin esperar a que se vacíe del todo y se hunde en el barro hasta los tobillos. Echa a andar con esfuerzo hacia el centro del estanque.

—¡Está aquí! —grita, arrancando las raíces de un loto para revelar el asa de una escotilla—. ¡Aquí!

—Vaya... —murmura Victria, impresionada.

—¿Es esto otra maniobra para manipularnos? ¿Otra gran escena como la del puente de mando, cuando nos enseñaste a todos el planeta, quizá? —pregunta Bartie con acritud, y toda la simpatía que estaba volviendo a sentir hacia él se desvanece.

—No tengo nada que esconder —respondo—. Bajad con nosotros si queréis.

Mientras Amy empieza a forcejear con el cierre de la escotilla, yo salto al barro y empiezo a vadearlo. Victria y Bartie me siguen. La verdad es que me preocupa su presencia; no sé si es prudente dejar que nos acompañen, cuando ni siquiera sabemos lo que nos espera abajo. Pero cuando Amy ve mi expresión, cabecea para indicarme que todo va bien.

La ayudo a levantar la escotilla antes de que el estanque esté vacío del todo, y un poco de agua embarrada se precipita por el agujero. Me asomo y veo una escalerilla que se pierde en la oscuridad.

—Vamos allá —dice Amy.

Agita los pies para sacudirse el barro, y antes de que me dé cuenta, ya ha desaparecido en el agujero.

Yo entro el último. Una vez allí, entorno la escotilla; no me gusta la sensación de estar encerrado en un túnel tan angosto, pero me gusta aún menos la idea de que alguien nos siga aquí dentro. Así, si alguien decide entrar, al menos oiremos cómo levanta la tapa.

Los cuatro bajamos con rapidez, deseosos de llegar a algún lugar más espacioso. Cuando pasamos por la separación entre el nivel de alimentación y el inferior, la temperatura baja bruscamente. Jadeo con pesadez, y mi aliento tibio rebota en las paredes del agujero. Una gota de sudor helado me cae por la espalda haciendo que me estremezca.

—¿Dónde estamos? —pregunta Victria.

—En una escalera —contesta Bartie.

—Eso ya lo sé, so chulza. Me refiero a nuestra posición dentro de la nave.

—Ahora mismo lo veremos —interviene Amy desde abajo—. Mirad, ya hemos llegado.

Salgo del túnel de un salto y me reúno con los demás. A nuestros pies hay otra escotilla; al abrirla, una escalerilla se extiende automáticamente hasta el suelo de una sala que hay poco más abajo. Amy baja la primera y yo la sigo.

Estamos en otro puente.

Es como una reproducción en miniatura del de arriba. Esta cristalera es más pequeña, pero también deja ver el planeta. Mientras Victria se da la vuelta para no verlo, los demás nos quedamos mirando fascinados la esfera verdiazul. Está tan, tan cerca...

Bajo la cristalera se extienden los paneles de control, y tras ellos hay varias filas de mandos con pantallas. Recuerdo lo que me dijo Shelby: si todo marcha bien, basta con pulsar el mando del piloto automático que hay en el centro de los paneles y la nave aterrizará sola... siempre y cuando esta lanzadera funcione igual que la nave principal, claro.

Encima del piloto automático hay una pantalla de uso específico, ya cargada con una tarjeta de memoria.

—La última grabación —susurra Amy.

—¿Qué es eso? —dice Bartie agarrándolo.

Se lo arrebato y miro a Amy en una pregunta muda.

—Estamos todos en el ajo —murmura, y aunque nunca he oído esa expresión, no me cabe duda de lo que quiere decir.

Los tres se apiñan a mi alrededor mientras paso el dedo por la pantalla. Echo una mirada a los paneles hexagonales tras los que brilla el planeta y bajo la cabeza: el mensaje acaba de empezar.

<<cargando grabación>>

—¿Qué es esto? —pregunta Bartie pegándose aún más a mí.

Victria ahoga una exclamación, y Amy le pasa el brazo por los hombros mientras la cara de Orion llena la pantalla.

Está sentado en una silla, en la parte frontal del puente. Alzo la vista y la busco: es la que hay en el medio. Tras el hombro izquierdo de Orion asoma el planeta, tan brillante que se le ve a contraluz.

ORION: Ay, Amy... Preferiría que no encontraras nunca esto. De verdad. Porque ahora que ya has visto el planeta, ¿cómo voy a pedirte que le des la espalda?

Orion vuelve la cabeza para mirar por la cristalera y suspira. Victria suspira también.

ORION: Porque eso es lo que tengo que pedirte, Amy. Si no hay alguna razón de mucho peso que te lo impida, debes darte la vuelta, cerrar esa puerta y no volver aquí jamás.

Amy abre la boca, pero de ella no sale ningún sonido.

ORION: ¿Creías que el gran secreto era que estábamos aquí, con el planeta justo al otro lado de la cristalera?

Sacude la cabeza, y me doy cuenta de que Victria lo imita en un movimiento inconsciente y apenas perceptible.

ORION: No, el secreto no es ese.

Tuerce el torso y agarra un montón de papeles que estaba a su espalda.

—¡Son estos! —exclama Bartie señalando las hojas que reposan en el panel de mandos. Están polvorientas y arrugadas, pero no cabe duda de que son las mismas que nos muestra Orion en la pantalla.

Orion carraspea y empieza a leer, colocándose de perfil para que podamos distinguir el texto.

Amy, Victoria y yo nos inclinamos sobre el fajo de papeles que sujeta Bartie y leemos las palabras que Orion va pronunciando con voz grave y pausada.

Fecha: 328460

Situación de la nave: En destino

Registro de bitácora: La nave Fortuna ha alcanzado la órbita de Tierra Centauri 248 días antes de la fecha prevista para el aterrizaje. Los análisis preliminares muestran que el planeta es apto para la vida, y que sus niveles de gravedad, oxígeno en la atmósfera y agua líquida son aceptables. No obstante, los análisis adicionales han revelado que el planeta ya está habitado. Aunque no nos consta que se trate de formas de vida inteligentes, todo parece indicar que se muestran... agresivas.

Fecha: 328464

Situación de la nave: En órbita

Registro de bitácora: Todos los análisis realizados confirman la existencia de vida en el planeta. Las sondas visuales muestran que el entorno es habitable, pero no amistoso. El arsenal del que disponemos no parece suficiente para defendernos de las criaturas que pueblan la superficie.

Fecha: 328467

Situación de la nave: En órbita

Registro de bitácora: La tripulación se impacienta. Según nuestros científicos y analistas más cualificados, no nos hallamos en disposición de emprender el aterrizaje. La superficie del planeta es demasiado peligrosa. Se han interrumpido las comunicaciones con Tierra Solar. No podemos esperar ninguna ayuda externa, y una vez hayamos desembarcado, nos resultará imposible defendernos. Mi recomendación es que los habitantes de la nave continuemos viviendo en ella. Este entorno satisface todas nuestras necesidades, y los motores externos pueden redirigirse de forma que satisfagan las demandas internas de energía.

Fecha: 328518

Situación de la nave: En órbita

Registro de bitácora: Motín. A pesar de mis argumentos, la tripulación de la nave no ve la necesidad de posponer el aterrizaje. Se ha perdido un número significativo de vidas. No obstante, mis científicos han desarrollado un método para fomentar la obediencia.

Amy y yo nos miramos.

—Esto fue la epidemia, ¿verdad? —dice—. Aquí empezó el fidus. Este... «capitán» fue el primer Eldest.

Asiento mientras Bartie nos chista para que nos callemos.

Fecha: 328603

Situación de la nave: En órbita

Registro de bitácora: Hemos logrado reorganizar la vida a bordo de manera estable. La tripulación vuelve a comportarse con docilidad. En breve comenzaremos a trabajar para compensar la pérdida de tripulantes. En caso de que las comunicaciones con Tierra Solar se reanuden o recibamos cualquier otro tipo de ayuda exterior, podremos emprender el aterrizaje. Mientras eso no ocurra, desarrollaremos una política de conservación y reciclado que nos permitirá mantener las funciones internas de la nave durante innumerables generaciones.

Orion deja los papeles en el panel de control, justo en el lugar donde Bartie los ha encontrado.

ORION: Ya sabes por qué no podemos aterrizar. No soy ningún tonto; me doy perfecta cuenta de lo que pasó en esta nave. El primer Eldest hizo bien al vetar el aterrizaje. He visto el arsenal que portamos y tú lo has visto también, Amy. Las armas que hay son...

Orion sacude la cabeza como si le agobiara solo imaginarlas. Yo observo a Victria.

ORION: Amy, te habrás dado cuenta de que no se trata de un armamento normal. Si el primer Eldest dice que en Tierra Centauri viven monstruos que ni siquiera esas armas pueden eliminar...

Vuelve a sacudir la cabeza, abrumado.

ORION: Y además... Piénsalo, Amy. Piensa en las armas que hay almacenadas en esa sala.

Se inclina hacia delante hasta casi pegar la nariz a la cámara, y nosotros cuatro nos inclinamos también.

ORION: ¿De verdad crees que serían los mandos congelados quienes las empuñarán? No, frexo. No. Para eso estamos nosotros.

Se levanta, camina hasta la cristalera, se queda un minuto mirando hacia fuera y luego vuelve.

ORION: ¿Ves esto?

Agarra la cámara y la gira para enfocar unos huecos en el suelo. Los cuatro alzamos la mirada al mismo tiempo y las buscamos. Allí están, pegadas a la pared opuesta.

ORION: Ahí es donde estaban las sondas. Después de que el primer Eldest mandara las tuyas, cada Eldest que lo sucedió fue enviando una al acceder al cargo. Y todas han vuelto con mensajes alarmantes, pruebas claras de que no podemos vivir en Tierra Centauri sin luchar... y, muy posiblemente, perder. Lo queramos o no, si eso ocurre, los congelados nos obligarán a combatir.

—Debió de ser entonces cuando decidió matarlos —dice Amy—. Por eso empezó a desconectar a los militares. Aunque no te dieras cuenta, Elder, estabas empezando a acercarte a la verdad, y a Orion le daba miedo pensar en lo que podías hacer cuando la descubrieras.

La miro a los ojos.

—Es lo que nos dijo una y otra vez, Amy. Orion no nos engañaba.

—Nos contó más de una mentira —salta ella—. Diga lo que diga, sé que mi padre no...

—¡Chsst! —nos interrumpe Bartie con una mirada iracunda.

ORION: Las sondas se acabaron hace un par de generaciones. No sé cuánto tiempo seguirá funcionando el motor, cuánto más podremos quedarnos en la nave. Así que este es el plan de emergencia.

Extiende los brazos y hace un gesto que abarca todo el puente.

ORION: Si el motor falla, si las condiciones de vida se hacen insoportables y la Fortuna ya no puede acogernos... Entonces, y solo entonces, tendremos que abandonarla.

Mira directamente al objetivo y su mirada parece salir de la pantalla para clavarse en nosotros.

ORION: Amy, nada más verte me di cuenta de que valoras la verdad por encima de todo. Cuando te conocí estabas llorando junto a la pared, ¿recuerdas? Te dije que todo iría bien, pero me di cuenta de que no ibas a aceptar sin más mis palabras. Querías enfrentarte con la verdad por dolorosa que fuera.

Levanto la cabeza para mirarla: está aún más pálida de lo habitual.

ORION: Bien, pues la verdad es esta. Lo que hagas con ella depende de ti. Yo no soy capaz de decidir, Amy. Eldest pensó que yo sabía

demasiado, y le dio miedo pensar en lo que podría hacer con ello. En realidad, a mí también me asusta. Así que está en tus manos. Ahora que conoces la verdad, Amy, tienes que elegir.

Orion suspira. Amy contiene el aliento.

ORION: ¿Es tan insoportable la vida en la nave como para exponernos a los monstruos de abajo? ¿Merece la pena que arriesgues tu vida y las de todos nosotros? Si la respuesta es sí, revela el secreto e inicia el aterrizaje; puedes usar esta lanzadera en caso de necesidad. Pero si puedes convertir la Fortuna en tu hogar, si eres capaz de construirte una vida a bordo... quédate.

Amy suelta el aire en un suspiro entrecortado y Orion agacha la cabeza como si la oyera.

ORION: Este es el último recurso.

La pantalla se funde en negro.

<<fin de la grabación>>



Dejo resbalar el flexible entre los dedos y observo cómo cae al suelo.

—Entonces —dice Victria lentamente, mientras mira de soslayo la cristalera y el planeta—, ¿nos quedaremos aquí para siempre?

—No —digo yo sacudiendo la cabeza. No.

—La única parte dañada de la nave es el puente. Podríamos quedarnos... —la voz de Elder se apaga al notar cómo lo estoy mirando.

—¿Monstruos? ¿Os preocupa que haya monstruos en el planeta? —resoplo—. Mirad, haya lo que haya, a mí no me preocupa lo más mínimo. He visto el arsenal, por Dios. ¿Sabéis qué pienso? Que ese capitán era un cobarde, o tal vez que no quería abandonar el poder. ¿No os dais cuenta? Decidió por su cuenta que aterrizar era mala idea, y luego ocultó la existencia del planeta y se proclamó rey de la nave. ¡No era más que un megalómano! No le importaba nada salir de aquí; lo único que quería era seguir al mando. ¡Y logró convencer a todo el mundo de sus mentiras, incluidos vosotros!

Estoy jadeando de pura furia, pero no voy a parar ahora.

—No sé vosotros, pero yo pienso salir de esta mierda de nave —les espeto—. Me da igual que aparezca el coco y me devore nada más aterrizar. ¡Al menos, habré logrado dar un paso fuera de aquí!

—¡No! —exclama Elder—. Lo siento, Amy, pero las cosas no son así. Esto es ridículo. Me da igual que estés impaciente por llegar: esto es demasiado importante para tomar una decisión a la ligera. ¡No podemos aterrizar si hacerlo supone una muerte inmediata!

Un silencio atronador se adueña del puente. Me arde la cara; casi puedo oír a los otros repitiéndose mentalmente las palabras de Elder. Bartie lo observa con una especie de admiración intensa y furiosa. Sé que me estoy portando como una niña mimada que

se enrabieta para conseguir lo que quiere.

Sí, lo sé. Pero no puedo soportar que me muestren un planeta y luego me lo arrebaten.

—¿De verdad podéis resignaros a vivir en la *Fortuna* después de ver esto? —pregunto en un susurro, abarcando la cristalera con un gesto.

Elder fija sus ojos en los míos.

—No —contesta—. No creo que pueda.

Bartie carraspea. No sabría decir si está asustado o enfadado; en sus ojos hay ira, pero cambia el peso de un pie a otro como si estuviera incómodo.

—Yo opino que hay que votar —dice—. Si la gente no quiere aterrizar...

—¿Crees que elegirán quedarse? —pregunto con asombro—. ¿De verdad?

—Bartie, ahora mismo tenemos más posibilidades de sobrevivir en el planeta que en la nave, haya monstruos o no —interviene Elder, y Bartie se vuelve hacia él—. Ya no nos queda comida.

—Podemos replantar las cosechas y...

¡BUM!

—¿Qué es eso? —exclama Victria.

No ha sido un estruendo como los que causaron antes las explosiones; esto ha sonado más bien como si algo metálico y muy pesado cayera al suelo.

Pero estamos solos en este nivel.

Deberíamos estarlo.

Los cuatro avanzamos con sigilo hacia la puerta que lleva al pasillo, la única que no hemos conseguido desbloquear hasta ahora. Desde este lado sí que se abre. Salimos todos, y Elder la atasca con una silla para que no se cierre. Chico listo.

No hay nadie en el pasillo, y las demás puertas están cerradas. El estómago me da un vuelco: ¿y si el ruido ha venido de la sala donde están las cámaras de criopreservación? Mis padres... Me fuerzo a pensar con lógica a pesar del pánico que empieza a invadirme. El corazón me retumba en los oídos, y su ritmo acelerado me urge a correr. Inspiro hondo: no, a los congelados no les pasa nada. Si alguien hubiera

sacado una cápsula y la hubiera estrellado contra el suelo, habría hecho un crujido de cristal roto, no este estrépito de metal contra metal.

En la sala de criopreservación no se ve nada extraño salvo los restos de la explosión de antes, un montón de chatarra retorcida que se esparce frente al ascensor. La bomba ha arrancado de cuajo las puertas del ascensor, y ahora yacen a cierta distancia como soldados muertos en el campo de batalla. Sin embargo, el hueco está protegido por otra puerta de aspecto robusto que parece sellada; debe de ser el cierre de emergencia.

—La puerta del laboratorio está abierta —susurra Elder.

Los cuatro nos miramos y avanzamos lentamente hacia ella. Cuando estoy a punto de llegar al umbral, Elder se me adelanta. Estoy a punto de agarrarlo del brazo para apartarlo de un tirón —no necesito que se haga el héroe conmigo— cuando se detiene sin previo aviso.

—¿Doc? —dice. Parece sorprendido, pero me doy cuenta de que tiene el cuello tenso y los puños apretados.

Doc se vuelve despacio mientras Victria, Bartie y yo nos escabullimos por detrás de Elder para entrar en la sala. A su espalda distingo el origen del ruido: Doc ha abierto el tubo de crionización en el que está metido Orion, y el revestimiento de metal se ha estrellado contra el suelo.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta Elder.

Intento adelantarme para ver mejor lo que pasa, pero Elder me bloquea con un brazo.

—Sabía que estabais aquí —responde Doc, y le lanza un flexible a Elder.

Elder lo examina y me lo pasa; Victria y Bartie atisban por encima de mis hombros. En la pantalla se ve el localizador de intercoms. En el nivel inferior hay cinco puntos que titilan: Doc, Bartie, Victria, Elder... y Orion.

La boca se me seca de repente. Orion... Ese es mi intercom. Doc me lo entregó para rastrear mis movimientos.

—¿Qué haces, Doc? —insiste Elder con un tono extrañamente calmo.

Doc se vuelve hacia el tubo de crionización. El cristal ha tomado un tono blanquecino por la condensación, pero aun así distingo las venillas que recorren los ojos de Orion y su mano, apoyada en el cristal frente a la cara. Imagino mi imagen reflejada en sus pupilas.

Estos tubos se crearon en la nave, años después de que se fabricaran las cámaras en las que nos congelaron. Tiene una cobertura de metal que lo aísla como un termo, y su funcionamiento es mucho más sencillo. Más que un baño, es como una ducha: solo tienes que meterte dentro, aguantar el chorro de líquido y esperar a que alguien presione el botón rojo de fuera para iniciar el proceso de crionización. Busco el botón con los ojos, recordando el momento en que Elder lo apretó.

—Doc... —repite Elder con un matiz de amenaza en la voz.

Por fin, Doc se vuelve hacia él.

—Esta nave necesita un líder, y el único que nos queda es Orion.

—Elder es nuestro líder —digo interponiéndome entre los dos.

Doc me mira con una sonrisa triste e irónica al mismo tiempo.

—Podría haberlo sido... si hubiera tenido unos cuantos años más y bastantes distracciones menos. Distracciones como tú.

Balbuceo algo, demasiado furiosa para pronunciar nada inteligible, pero Doc se limita a sacudir la cabeza.

—Necesitamos alguien que asuma el control. Necesitamos un líder de verdad.

Suelto una carcajada seca que me sorprende incluso a mí.

—Te he dicho que Elder es el líder. ¿Y sabes qué? No va a dejar que las cosas vuelvan a ser como eran.

Él me contesta con una risita baja.

—Ay, Amy. A veces eres tan lenta, tan poco perspicaz...

Me vuelvo para buscar apoyo en Elder.

Él me devuelve una mirada vacua e indiferente.

—¿Elder? —exclamo con la voz entrecortada por el miedo.

Victria sale de detrás de él.

—Lo siento —dice mientras deja caer dos envoltorios de color verde pálido—. Yo... necesito a Orion.

En la mano derecha sostiene una pistola. Es pequeña, pero sé que puede disparar balas de gran calibre.

—¿De dónde la has...?

—Me la dio Doc. Sabía que yo necesitaba protección. Y cuando me dijo que podía reanimar a Orion, yo... no tuve dudas.

La contemplo, boquiabierta. Sabía que Victria tiene muchas caras: la amante sin esperanza, la víctima, la amiga olvidada... Lo que no sospechaba es que también fuera una traidora.

Camina de lado hasta situarse entre Doc y el tubo donde reposa Orion, sin dejar de apuntarme en ningún momento.

Elder y Bartie miran impertérritos al vacío. En sus cuellos hay sendos parches de color verde.



—No, no, no... —susurra Amy.

Sus palabras me recuerdan algo.

Pero todo se mueve tan lentamente...

—No os mováis —dice Doc.

Hago un esfuerzo por situarme, por entender...

—¿Estás bien? —susurra Amy.

¿Por qué me pregunta eso?

Doc... Tiene algo en la mano, una cosa que parece una naranja partida por la mitad. Pero es más bien amarillenta.

—Estoy dispuesto a detonar esto —dice—. Si no me dejáis otra opción, lo haré para proteger la nave aunque muramos todos. Pero también puedo pedirle a Victria que te mate... Sí, mejor eso. Es mucho más práctico.

—Yo no... no sé cómo hacerlo —murmura ella.

—Mira, es muy fácil: solo tienes que apuntar a Amy y apretar el gatillo. A esta distancia no puedes fallar.

Lo que dice tiene importancia, estoy seguro.

¿Pero qué significa?

Amy está llorando. Solo tiene una lágrima suspendida bajo su ojo derecho, pero la veo claramente.

No puedo hacer nada.

Las palabras flotan a mi alrededor. Gritos, súplicas.

—Si tanto te distrae su presencia, Victoria —dice Doc—, tal vez sea mejor matarlo ahora.

—¡No! —grita Amy colocándose delante de mí.

Me siento borroso por dentro.

Gris.

—¡Elder! —dice Doc con voz imperiosa—. ¡Muéstrame lo que tienes en el bolsillo!

Le obedezco.

Cables.

Son bonitos.

Rojo.

Amarillo.

Negro.

Cables.

—Colócalos en su sitio, dentro de la bomba de fidus —me ordena Doc—. Llevas tiempo deseando hacerlo, y tú lo sabes.

Sí, es verdad.

Deseo hacerlo.

Empiezo a andar hacia la bomba.

Algo me detiene, algo que tira de mí.

Trato de avanzar.

No puedo.

—Amy, no intentes detenerlo —gruñe Doc.

—Elder... —susurra la voz de Amy en mi oído—. Elder, resístelo. Resístelo. No tienes por qué volver al fidus. No te hace falta dominar la nave con una droga; puedes hacerlo solo. Resístete, Elder, sé tú mismo.

—Amy, para —dice Doc—. Si sigues te mataré, o tal vez lo mate a él. Sabes que soy capaz de hacerlo.

Mis piernas se mueven, primero una y luego la otra, y avanzo de nuevo.

Me acerco a la máquina de fidus.

Voy a colocar los cables en su sitio.

Siempre supe que acabaría por hacerlo.



Elder se detiene junto a la bomba de fidus. Tiene los cables en la mano, pero no parece capaz de conectarlos; mira los mandos de la máquina, inmóvil. Me pregunto cuánto tiempo los habrá llevado en el bolsillo. Debe de guardárselos cada día al vestirse, de la misma forma en que yo me pongo mi colgante o me cubro el pelo. Pero ¿por qué los lleva? ¿Quiere recordar cómo eran antes las cosas para no caer en los mismos errores? ¿O quiere recordar que es capaz de manejar a la gente como hacía Eldest, y que puede volver a hacerlo en cuanto quiera?

Doc se vuelve hacia el tubo.

—Orion me lo confió todo, y yo le dejé vivir —dice—. Le ayudé a escapar. Pasó mucho tiempo escondido, sin dejarse ver. Yo no sabía que vivía en el archivo; ni siquiera sospechaba que estaba tan cerca de mí durante todos esos años. Pero antes de que lo crionizarais, me reveló sus secretos, y no pienso traicionar su confianza como habéis hecho vosotros.

Camina hasta colocarse al lado de Elder. Intento acercarme a él, pero Victria se interpone. Le tiembla la mano; no está acostumbrada a empuñar un arma, y la culata asoma entre sus dedos engarfiados. Pero da igual: por torpe que sea, solo tiene que doblar el dedo índice para matarme.

La estudio con cautela. Tiene el miedo escrito en la cara, y por el cuello le caen regueros de sudor. No le gusta esto; estoy segura de que preferiría no hacerme daño. Pero es como un animal acorralado, y sé que puede hacer cualquier cosa si se siente amenazada. Me quedo inmóvil.

—Ay, Elder... Intenté avisarte, ¿sabes? —dice Doc, sacando delicadamente los cables de entre los dedos de Elder—. Te advertí una y otra vez que debías seguir al líder.

—¡Estás loco! —grito—. ¡El líder es Elder!

Doc se vuelve hacia mí y me examina. Me da la impresión de que está calculando si

merece la pena conservarme con vida, y no me fío nada de su conclusión.

—Yo también tenía la esperanza de que llegara a convertirse en un buen Eldest —repone—. Le di tres meses de plazo; pero a medida que la gente empezó a cuestionar su liderazgo más y más, fui dándome cuenta de que no servía. Y para rematarlo... apareció Bartie —dice, pronunciando el nombre con un desprecio infinito.

Miro a Bartie de reojo: sigue ahí plantado, tan atontado como Elder.

—Este insensato creyó que podía organizar una revolución —Doc suelta una risita seca—. Y la verdad es que mostró cierto talento cuando se introdujo en la red de flexibles y se infiltró en los intercoms. Pero a la hora de la verdad, es débil; no tiene las agallas necesarias para encabezar una auténtica revolución. Por otra parte, yo nunca hubiera permitido que las disensiones desembocaran en una rebelión. En cuanto volvamos a tener un líder, todas estas veleidades revolucionarias desaparecerán.

No me gusta nada el tono en que Doc pronuncia la palabra «desaparecerán».

—Traté de reconducir la situación —prosigue volviéndose de nuevo hacia mí—. Hice los parches de fidus y empecé a usarlos al ver que nadie más lo hacía. Elder podría haber usado esas muertes para poner a la gente en su sitio, pero... ¿acaso lo hizo? ¡No! —exclama, y le da un empujón a Elder que lo lanza contra la bomba de fidus—. Con el paso del tiempo, se fue haciendo cada vez más evidente que Elder debía dejar paso a otra persona. Tenía que seguir al auténtico líder; los avisos eran para él —dice golpeando el pecho de Elder con el dedo índice.

Elder no reacciona: sigue apoyado contra la bomba como un muñeco de trapo.

—¿Y Marae? —pregunto.

—Traté de razonar con ella. De todas las personas de la nave, ella era quien más razones tenía para apoyar a Orion. Pero no hubo manera: estaba empeñada en respaldar a Elder.

Doc deja los cables sobre la bomba —el fidus no es lo que más le preocupa en este momento— y avanza con paso decidido hacia el tubo de crionización.

—En cualquier caso, es demasiado tarde, Amy —dice con un suspiro de fatiga—. No sé si Bartie o Elder podrían llegar a convertirse en líderes algún día; lo que sí sé es que Orion ya lo es. Su único error fue confiarte a ti la decisión de aterrizar o no. No habría debido permitir que encontraras sus mensajes...

La cabeza me da vueltas.

—Pero entonces, ¿por qué me entregaste su intercom? —pregunto—. ¡Tenías que saber que ahí estaba la primera pista que me dejó!

Doc me observa.

—Lo hice porque él me lo pidió.

Y es verdad; así de simple. Por trastornado que esté, no cabe duda de que Doc es leal. No guardaba fidelidad a Eldest ni, desde luego, a Elder; ni siquiera creo que se la guarde a Orion. No, su fidelidad es hacia el sistema. Y si Orion es el líder de ese sistema, Doc lo obedecerá ciegamente aunque esté en desacuerdo con él.

Y sin embargo, esto no tiene sentido.

—Pero si tú me diste la primera pista —digo—, ¿quién sabotó el libro de poemas y la grabación de la sala de armas?

—También fui yo —contesta mientras examina un dial que hay en el panel de mandos del tubo.

—¿Tú? ¿Por qué?

Doc mira de arriba abajo como si no pudiera creer lo lenta que soy.

—No lo hice por mí. Si la nave aterriza en Tierra Centauri, puede que muramos todos sus habitantes. Todos, Amy. Sin embargo, soy una persona razonable. Cuando Orion despierte y se convierta en Eldest, podrá tomar la decisión final. Si elige aterrizar en la lanzadera, no me opondré. Lo que no me parece aceptable es que delegara en ti para una cuestión tan importante.

Y al fin entiendo por qué lo hizo: modificó el mensaje de la sala de armas y arrancó la página del libro porque no quería que mi búsqueda llegara a buen puerto. No quería que yo descubriera el secreto, pero tampoco era capaz de ignorar totalmente las instrucciones de Orion.

—¿Fuiste tú quien sabotó los trajes espaciales? —pregunto.

—Sí. Supuse que si llegabais hasta allí, uno de los dos los usaría.

—¿Y no te importaba cuál de los dos muriera?

—Si te sirve de algo —responde Doc volviéndose de nuevo hacia el panel de mandos

—, te diré que esperaba que fueras tú.

En realidad, no me sirve de mucho saberlo.

—Nunca llegaste a ver lo que yo quería mostrarte —continúa Doc mientras baja una palanca—. Te obsesionaste tanto con el mensaje de Orion que pasaste por alto mi mensaje.

—¿Ah, sí? ¿Y qué querías mostrarme?

—Que lo importante no es salir de la nave. Amy, nunca podremos salir de aquí, nunca. Orion esperaba que algún día, en un futuro lejano, podríamos aterrizar, pero ni siquiera él estaba en lo cierto. Recuerda el arsenal y los resultados de las sondas: es demasiado peligroso. Tenemos que quedarnos en la *Fortuna*. Debemos mantener el mismo orden que ha reinado desde el primer Eldest.

Suelto un bufido de desprecio.

—Sé que tú piensas de manera distinta, Amy —dice Doc tranquilamente, como si estuviéramos manteniendo una discusión amistosa—. Pero no puedes negar que el sistema de gobierno de los Eldest funciona.

—Eldest estaba desequilibrado —replico—. ¿No lo viste al final? Lo único que le importaba era el poder.

—Sí, sí —contesta Doc quitándole importancia—. A lo largo de los años ha habido aberraciones en muchos de los Eldest y los Elder; es algo documentado. Y es cierto que Eldest debería haber renunciado a su cargo cuando Orion maduró. La posición de Eldest debería haber pasado a Orion, no a Elder.

—¡Orion estaba loco! —grito, y avanzo hacia el tubo apartando a Bartie de un codazo.

No debería haber reaccionado así. Solo he conseguido que Victria agarre la pistola con más fuerza —al fin y al cabo, está enamorada de Orion— y que Doc se pegue al tubo.

—Ni está loco, ni es ya Orion —repite Doc apretando un interruptor—. Ahora es Eldest.

Vuelve la cabeza y observa a Elder, que sigue inmóvil donde lo dejó.

—Tú nunca quisiste ser Eldest, ¿verdad? —le dice—. Por eso te negabas a aceptar el nombre. En el fondo sabías que no dabas la talla. Sigues siendo un mocoso, más

preocupado por enamoramientos ridículos que por tus responsabilidades.

Elder asiente lentamente sin decir nada.

—¡No hables así de Elder! —explota—. ¡Orion no era más que un cobarde que asesinaba a personas indefensas!

—No olvides que fue él, no Elder, quien te dio tu precioso planeta. Aun estando congelado, Orion te manipuló para que recorrieras la nave en busca de sus mensajes. Solo un auténtico líder puede controlar así a la gente.

Doc parece tan calmado, tan razonable... Jamás pierde la compostura. Ha matado a varias personas en nombre de Orion, ha conspirado para derrocar a Elder, pero ni siquiera mientras lo explica hay fuego en sus ojos. Se limita a avanzar con paso tranquilo e imparable hacia la meta que se ha fijado. Nos ha colocado a todos en los puestos que cree que merecemos: Orion va a ser Eldest, Elder seguirá siendo Elder... y yo, como siempre, escapo a todas sus categorías. Esa, y no otra, es la razón de que haya ordenado a Victria que me apunte a la cara con su pistola.

De pronto, me invade la certeza de que no voy a salir de esta. No encajo en los planes de Doc porque no encajo en la *Fortuna*, y Doc no soporta que haya nada —nadie— fuera de lugar. Necesita que todo sea perfectamente homogéneo, sosegado, sometido a un Eldest de verdad. Y yo nunca seré así.

Estoy tan segura de que no voy a salir viva de este laboratorio que me sorprende que Doc no le ordene a Victria disparar ahora mismo. Pero en vez de hacerlo, se limita a teclear un código en el panel del tubo y luego se gira hacia mí.

—Amy, yo no sirvo para dirigir a la gente —dice—. Lo sé muy bien. Lo único que quiero es hacer lo que he estado diciendo a la gente que haga una y otra vez.

—Seguir al líder —murmuro.

—Exacto. Si no lo hacemos, no hay esperanza para nosotros. No podemos desembarcar en el planeta, y tampoco podremos sobrevivir aquí arriba sin Orion. ¿No lo ves? Necesitamos alguien que nos dirija. Bartie no vale y Elder tampoco. Tenemos que reanimar al Eldest; es lo único que nos queda.

—Yo solo quiero que Orion vuelva —murmura Victria, pero Doc ni siquiera la mira.

—Esto no es una cuestión de esperanza, sino de fe —digo. Mis palabras se dirigen a Doc, pero no lo miro a él sino a Victria—. Fe en que el nuevo mundo sea mejor que esta vida. Y aunque no lo sea, creo que merece la pena comprobarlo.

Del tubo de Orion sale un pitido estridente.

—Ya está —dice Doc—. El proceso de reanimación ha empezado.

—¿Qué? —exclamo.

—¿De verdad? —dice Victria volviéndose hacia Orion.

Esta es mi oportunidad. Elder no es el único que ocultaba cosas en el bolsillo: yo todavía guardo varios parches de fidus en el mío. Con un solo gesto rápido y preciso, saco uno, lo despojo de su envoltorio y se lo pego a Victria en el brazo. Cuando agarro la pistola, ella la deja ir sin oponer resistencia.

Doc me observa con expresión calculadora.

—Ya es tarde —dice en tono casi despreocupado—. El proceso se ha puesto en marcha.

Miro el piloto que hay sobre la cabeza de Orion: está verde.

—Aunque me dispaes, Orion despertará —añade Doc.

Me muevo un poco a la derecha para acercarme a Bartie. Pero aunque le despegara el parche del cuello, no podría ayudarme; los efectos del fidus tardarán un buen rato en desvanecerse.

—Amy, no hagas bobadas —dice Doc, en el mismo tono que usó hace meses para amenazar con mantenerme drogada el resto de mi vida—. No estás pensando con claridad.

—Eso no es cierto —replico—. Me niego a permitir que Orion controle la nave.

—Tal vez Elder decida no aterrizar. Lo sabes, ¿verdad?

Sí, lo sé. He visto en sus ojos el rechazo que le producía la idea, he oído sus protestas cuando propuse desembarcar de inmediato.

—Tengo fe en él —contesto.

Fe, y algo más.

Doc menea la cabeza con desaprobación, como si él fuera un profesor y yo una alumna especialmente torpe.

—No creerás que yo he puesto en Victria toda mi... fe, Amy —dice, y se saca una pistola del bolsillo.

La empuña con tanta torpeza como Victria, pero no creo que eso juegue a mi favor. Para acertar a alguien a esta distancia solo hace falta apretar el gatillo; el cañón apunta hacia mí, y eso es todo lo que le hace falta a Doc.

Me coloco en posición, alineando mis pies con mis hombros. Mi padre me enseñó a tratar las armas como herramientas peligrosas, no como juguetes; nunca he estado tan agradecida a esas tardes de sábado que pasamos en la galería de tiro como lo estoy en este momento. Respiro hondo mientras siento el frescor del gatillo bajo el dedo.

—No me puedes matar —dice Doc.

—No, no puedo —respondo mientras aprieto el gatillo.



Todo está borroso y se mueve a cámara lenta. La pistola hace un ruido ensordecedor y de su boca sale una nube de humo que se desvanece rápidamente dejando un aroma a metal quemado. Doc se derrumba mientras su pierna estalla en una flor roja. Amy se lanza de un salto hacia delante y le pega un parche verde en el brazo.

Otra explosión. Otra arma. Esta es la de Doc.

Otra flor de humo y sangre.

Amy cae al suelo sujetándose un brazo. Entre sus dedos se escurren goterones de sangre granate.

Aparta la mano, aprieta su intercom y grita algo.

Luego se tambalea hasta llegar a Victria y se arrodilla junto a su cuerpo.

Lo veo todo, pero no soy capaz de reaccionar. Mi cuerpo pesa, los miembros no me obedecen. Amy chilla y solloza. Sus manos aprietan la mancha roja que se extiende por el pecho de la blusa de Victria. La manga de Amy también está manchada de rojo, pero ella no le hace caso.

Giro la cabeza y miro a Doc, que sigue inmóvil en el suelo. Nuestros ojos se encuentran y se quedan fijos. Su pierna también sangra, pero no parece importarle.

Me vuelvo hacia Amy y Victria.

—¡No! —grita Amy.

La mano de Victria se estira hacia Doc... No, hacia Orion.

—¡NO! —repite Amy, y se deja caer sobre Victria. La sangre brota entre sus dedos en

surtidores de color rojo vivo.

—No... —susurra.

La mano de Victoria cae al suelo.

Mi cara está mojada. Levanto una mano y me toco la mejilla. Las lágrimas resbalan por mis dedos como la sangre por los de Amy.



Tengo las manos bañadas en sangre. Aún está tibia, igual que el cuerpo de Victria. Alargo la mano para cerrarle los párpados, y una gota roja —no sé si de su sangre o de la mía— cae sobre su rostro y se escurre por su mejilla. Decido dejarle los ojos abiertos, fijos en Orion.

Me pongo en pie y me seco las manos en los pantalones. Estiro el cuello de mi blusa y examino la herida que tengo en el brazo izquierdo, justo debajo del hombro. Doc disparó mientras caía; su bala me rozó a mí... y mató a Victria.

Cierro los ojos intentando evadirme de la escena, pero el olor a pólvora y sangre me lo impide. Aprieto de nuevo mi intercom y Kit contesta de inmediato.

—Ya he encontrado la escotilla —dice jadeante—. Enseguida llego.

Despego el parche del cuello de Bartie porque es el que más cerca tengo. Sin esperar a que la luz vuelva a sus ojos, avanzo hacia Elder, dando un rodeo para esquivar el cuerpo de Victria. Le quito el parche también a él y observo la marca roja que le ha dejado en la piel.

Entierro la cara en el hueco que hay entre su pecho y su hombro. Le estoy manchando de sangre la túnica, pero no me importa; me limito a quedarme de pie junto a él, deseando que el fidus amortiguara mis emociones como hace con las suyas.

Cuando siento que sus brazos se alzan para rodearme, me dejo y rompo a llorar contra su pecho. Llora hasta quedarme sin aliento, pero no es suficiente.

—¿Qué frexo ha pasado aquí? —grita Kit desde el umbral, y su mirada atónita salta entre Bartie, Doc y nosotros dos para acabar posándose en Victria.

Se arrodilla junto al cuerpo sin hacer caso de la sangre que le empapa las perneras.

—Ya no puedes hacer nada —le digo.

Sus ojos recorren rápidamente la sala, y por un momento temo que esté demasiado asustada para reaccionar. Pero no es eso: en realidad está calibrando todo lo que ha ocurrido y lo que falta por hacer. Se inclina sobre Victria y le cierra los ojos. He oído decir más de una vez que las personas muertas parecen dormidas, pero en el caso de Victria no es verdad. Cuando sus ojos estaban fijos en Orion, transmitía calma y serenidad; ahora, con ellos cerrados, solo parece muerta.

Kit se mete la mano en el bolsillo y me lanza dos parches amarillos.

—Antídotos para el fidus —explica, mientras se desplaza hacia Doc.

—No se lo pongas a él.

Ella hace ademán de protestar, pero al ver mi expresión asiente sin decir nada.

—Bueno, es mejor que siga adormecido por el fidus —dice en tono preocupado—. Así le resultará más fácil resistir el dolor.

—No es por eso —replico con voz cortante—. Pero no se te ocurra quitárselo.

Ella me mira con expresión perpleja, con una mano suspendida sobre la herida de Doc, y al cabo de unos segundos asiente lentamente. Se inclina sobre la pierna herida, corta el pantalón y examina el balazo: ha entrado justo debajo de la rodilla, donde apunté. Del orificio aún sale un hilillo de sangre.

Abro el envoltorio de uno de los parches amarillos y se lo froto a Elder en el cuello hasta que pestañea y hace una mueca de dolor.

—¿Ya estás de vuelta? —murmuro.

Él asiente, y una expresión sombría se adueña de su cara. Su mirada vaga por la sala hasta detenerse en el cadáver de Victria; me pregunto si el fidus le habrá dejado entender lo que ha pasado delante de sus ojos.

—Le disparaste —dice mirando a Doc.

Sí. Y si no lo hubiera hecho, tal vez él no me hubiera disparado a mí y Victria siguiera viva.

—Tuve que hacerlo —respondo, más para mí que para él.

Elder asiente. No logro descifrar su expresión. ¿Me culpará por la muerte de Victria?

—¿Te duele mucho? —pregunta finalmente mientras se inclina sobre mi brazo.

—¿Tú también estás herida? —interviene Kit mientras rocía un espray en la pierna de Doc.

La espuma burbujea y toma un tono rosado mientras Kit extiende una venda ancha.

—No es nada —repongo.

—Tiene una herida de bala en el brazo —dice Elder.

Me saca el segundo parche amarillo de entre los dedos y avanza hacia Bartie, que mira a Victria con fijeza. Los ojos de Bartie no se despegan de ella durante el minuto que tarda en recobrar el dominio de sí mismo; cuando al fin logra moverse, trata de decir algo, pero los sollozos se lo impiden. Se abalanza hacia ella, pero Elder lo sujeta antes de que se deje caer y los dos se quedan abrazados. La muerte de su amiga de la infancia ha disipado todas sus diferencias, al menos por el momento.

—Vamos a ver —dice Kit, y me sobresalto al oírla a mi lado; no me había dado cuenta de que hubiera acabado con Doc.

Corta el cuello de mi blusa, lo retira del hombro y me rocía la herida con espray.

—¿Es grave? —pregunta Elder desasiéndose de los brazos de Bartie.

Kit saca un parche morado y empieza a desenvolverlo.

—¡No! —exclamo.

—Es para el dolor.

—No quiero parches.

Ella se encoge de hombros y empieza a vendarme el brazo. La herida apenas sangra ya; puede que ni siquiera haga falta coserla. Fue Victria quien se llevó la peor parte.

—Vamos —le dice Elder a Bartie.

—¿Adónde vais? —pregunto.

—A lanzar a Victria a las estrellas —responde Bartie.

—Dejad que os ayude —les pido, mientras Kit ajusta mi vendaje con un tirón que me arranca un gemido.

Bartie levanta a Victria por los hombros y Elder se agacha para agarrarle los pies.

—Podemos hacerlo solos, Amy —dice Elder con voz suave, y me dirige una mirada que implora comprensión.

Necesitan despedirse de ella los dos solos. Quieren recordarla tal y como era antes de que congeláramos a Orion y se ahogara en su amor por él; antes de que yo apareciera.

Avanzan silenciosos hacia la puerta y se alejan en dirección a la escotilla. Lo único que queda aquí de Victria es una mancha de sangre.



Bartie cierra con fuerza la puerta del pasillo y yo tecleo el código. Los dos nos quedamos mirando por el ojo de buey cómo nuestra amiga de infancia se pierde entre las estrellas.

Cuando la escotilla exterior se abre, el cuerpo de Victria se eleva en el aire y se desliza hacia fuera, atraído por el vacío. Su pelo negro le oscurece la cara; sus brazos y sus piernas parecen estirarse hacia mí mientras se aleja más y más.

Y entonces desaparece.

Kit se aproxima a nosotros mientras la escotilla empieza a cerrarse. A su lado, Doc cojea, aún con el parche verde adherido al cuello. Se apoya en Kit para avanzar, pero ella apenas puede con él.

—Deja que te ayude —le dice Bartie pasando el otro brazo de Doc por encima de sus hombros. Tiene la voz pastosa por el llanto contenido.

Nuestros ojos se encuentran. Lo ocurrido entre nosotros en los últimos tres meses no puede ocultar lo que ha pasado en la última media hora. Bartie y yo somos amigos de nuevo.

—Que no se le quite ese parche —le digo, y Bartie asiente.

Kit y él conducen a Ooc hacia el pasadizo del estanque. Por un momento pienso en ir a ayudarlos —les va a costar acarrearlo por las escaleras—, pero no quiero ayudar a Doc. De hecho, me gustaría no verlo nunca más.

Vuelvo al laboratorio. Amy observa la cara de Orion, de pie frente al tubo.

Me resulta difícil ordenar todos los recuerdos de lo que ha sucedido mientras estaba bajo los efectos del fidus; es como si hubiera pasado todo ese rato sumergido en un

jarabe espeso. Pero hay algo que tengo claro: Doc mató a Marae y a todos los demás porque no soy tan buen líder como habría sido Orion.

Amy dijo que Orion había previsto un plan para todo. Empiezo a pensar que yo debería haber hecho lo mismo, porque en este momento no sé qué hacer.

—Guardaste esos cables —dice Amy cuando me detengo a su lado—. Los que habías arrancado de la bomba de fidus. Los has llevado encima todo este tiempo. Cuando Doc te lo dijo, fuiste derecho a la bomba y...

—Estaba atontado por el fidus —replico—. No era dueño de mis actos.

—Pero guardaste los cables todo ese tiempo.

Sí, lo hice.

—¿Y no tiene mérito que renunciara a usarlos?

—Bueno, un poco —repite Amy con la sombra de una sonrisa.

Nos quedamos mirando a Orion en su tubo.

—¿Qué significan estos números? —pregunta Amy señalando una pantalla pequeña.

Observo cómo las cifras cambian vertiginosamente.

—Son una cuenta atrás.

—Ya. Me lo temía.

Me inclino y examino el panel de control. Parece que Doc logró iniciar el proceso de reanimación; Orion debería despertar dentro de veintitrés horas y cuarenta y dos minutos. Intento detener el reloj, pero la pantalla no responde cuando muevo el interruptor.

—Apágalo y ya está —dice Amy agachándose a mi lado.

—No podemos desenchufarlo sin más —replico; si algo he aprendido en los últimos meses es eso.

—Pues haz que pare de otro modo.

—No puedo —respondo toqueteando los mandos. Junto a la pantalla hay un teclado—. Creo que Ooc ha introducido una clave que bloquea el sistema.

—Resetéalo.

Reflexiono un momento.

—No puedo hacerlo, Amy. Sería peligroso. Si la regeneración ya ha comenzado, cortarla bruscamente podría dañar el organismo de Orion.

—Solo lleva unos veinte minutos. No creo que sea tan grave.

Sin embargo, no puedo olvidar la forma en que le congelamos, sin preparación alguna. Eso tuvo que perjudicarle bastante; si hacemos cosas raras ahora, es muy posible que lo matemos.

—Me da igual que sea peligroso —insiste Amy—. ¡No puede descongelarse!

—Amy, no es tan sencillo. La maquinaria de crionización no esta diseñada para revertir un proceso ya iniciado.

—No quiero que despierte... —dice Amy en un susurro casi inaudible.

La miro y me muerdo el labio, porque yo... yo sí quiero que lo haga.

No sé si es porque compartimos el mismo ADN o porque entiendo que haya actuado como lo ha hecho. Tal vez sea por las armas que he visto en el arsenal o por los registros de bitácora que nos dejó en el segundo puente; incluso puede que se deba a que, en el fondo, me parece que Ooc tenía razón al afirmar que Orion sería mejor líder que yo. Sea por lo que sea, la verdad es que Orion ya no me parece tan trastornado.

Amy me apoya una mano en el codo. Aparto la mirada del reloj.

—No pude matarlo —dice.

La observo; no sé a qué se refiere.

—Doc... Me apuntaba con un arma —explica—. Y luego te apuntó a ti. No sabía a cuál de los dos dispararía primero.

Le rozo el vendaje con delicadeza.

—No es más que un rasguño —dice—. Pero mientras nos apuntaba, pensé que tenía que matarlo si no quería que nos matara a nosotros. Y sin embargo, no lo hice. No fui capaz.

—¿Por qué me...?

—Mira, Elder —me interrumpe—, en el fondo de mi alma, sé que Orion no es digno de vivir. Hay algunas personas que no merecen una segunda oportunidad. No he olvidado la sensación de ahogarme en mi cápsula; no pasa un día sin que lo recuerde.

Fui yo quien le hizo eso. No fue Orion; fui yo.

—Después de eso murieron dos personas de la misma forma en que yo estuve a punto de morir, y el culpable de eso fue Orion.

—Amy, no puedo detener la reanimación.

—No merece vivir.

—¿Serías capaz de matarlo tú?

Amy desvía rápidamente la mirada. No fue capaz de matar a Doc, pero su odio por Orion es mucho más profundo.

—Tienes razón: hay personas que no merecen una segunda oportunidad. Pero Orion... —vacilo, sin saber bien cómo explicarlo—. Vale, Orion hizo cosas terribles. Pero no se lanzó a asesinar por diversión o por crueldad. Tenía motivos; lo hizo por miedo.

Amy se muerde el labio inferior. Sé lo que piensa: está comparando a Orion, que pensaba que tenía razones para obrar así, con Luthor, que actuaba a sabiendas de que hacía mal.

Me gustaría rodearla con mis brazos y borrar la preocupación que hay grabada en su cara, pero sé que las cosas no son tan fáciles. Me vuelvo hacia el tubo.

—No puedo detener el proceso, pero tal vez pueda alargarlo.

Amy se hace a un lado para dejar que me concentre en los mandos. Siento dos pares de ojos clavados en mí: los de Amy me suplican que mantenga congelado a Orion, y los de Orion me suplican que lo reanime.

—Sí, es posible —declaro al fin—. Sé cómo retrasarlo.

—Hazlo.

Tecleo unos cuantos números, ajusto el dial y la cuenta atrás aumenta cuarenta y ocho horas más.

—¿Podemos hacer esto indefinidamente? —pregunta Amy—. ¿Podemos añadir más tiempo una y otra vez?

Asiento.

—De acuerdo, pues eso es lo que haremos —repite con expresión decidida—. No tiene por qué llegar a despertarse.

Amy fija la mirada en los ojos saltones de Orion y lo observa con una intensidad fiera. Yo la observo a ella: no logro reconocer a esta chica con tanto odio en el corazón.



Cuando Elder y yo asomamos por la trampilla del estanque, hay una multitud esperándonos.

—¿Es verdad? —grita alguien.

—¿El qué? —pregunta Elder.

—¿Hay otra forma de salir de la nave?

Bartte me ofrece una mano y tira de mí mientras subo los últimos peldaños.

—Tuve que decírselo —aclara—. Todo el mundo se dio cuenta de que había una escotilla en medio del estanque.

—¡Si, es cierto! —exclama Elder.

—¿Nos tenemos que marchar todos? —dice un hombre.

Miro alrededor para tratar de localizarlo, pero no soy capaz, la gente parece dividida. Alrededor del socavón lleno de lodo que en tiempos fue un estanque hay personas que se abrazan, llorando de alegría por las palabras de Elder. Más allá, sin embargo, la gente parece retraída, y lanzan miradas suspicaces mientras susurran ocultándose la boca con la mano. A pesar de que están lejos, distingo unos cuantos parches verdes. Algunos los manosean sin llegar a abrirlas; otros miran al vacío, con los parches ya pegados en los brazos.

—¡Voy a convocar otra asamblea! —dice Elder.

Aprieta su intercom y hace una llamada general para pedir a los dos mil setecientos sesenta y tres pasajeros de la nave que acudan de inmediato al jardín del hospital.

Pero no: ya no son dos mil setecientos sesenta y tres. Voy restando de memoria: Victria; Luthor; los navegadores de élite; la gente que murió en la revuelta; los que

Doc asesinó con sus parches... La población de la *Fortuna*, que tan inamovible me parecía, es en realidad muy frágil.

Bartie se aproxima a Elder con paso inseguro.

—¿Puedo...? ¿Te importaría que dijera algo yo también en la asamblea?

Elder lo mira con una sonrisa irónica.

—Qué, ¿ya estés listo para montar otro motín?

—No —responde Bartie muy serio.

Elder me mira, y me doy cuenta de que me está pidiendo un poco de privacidad. En cuanto me alejo, los dos acercan las cabezas y empiezan a hablar en susurros. Veo la tensión en los rasgos de Elder mientras escucha a Bartie; cuando terminan, se sacuden las manos con una determinación que me asusta.

Me da la impresión de que pasan horas antes de que todo el mundo se reúna por fin en el jardín. La gente acude a paso lento, cruzando los campos de alrededor. Me llevo la mano al pelo y caigo en la cuenta de que no llevo puesta la tira de tela ni la capucha. Pero me da igual; esta gente ya no me da miedo. Hoy he disparado a un hombre y he visto morir a una mujer. Además, bajo mis pies hay una lanzadera que me llevará lejos de aquí. Lo que opinen de mí estas personas me deja indiferente.

Me quedo de pie junto al estanque, en el lado más cercano a la pared. La gente se acumula en torno al agujero y se sitúan a mi lado. Algunos hacen una mueca de disgusto al verme, pero la mayor parte me ignoran. Una chica me roza con el brazo sin querer y me pide disculpas. La miro, asombrada: no ha dado un respingo ni ha puesto cara de asco al tocarme.

Elder se mete en la hondonada y camina hasta llegar a la abertura del centro.

En una ocasión, Victria me dijo que no podemos elegir a quién amamos. Aún no sé si eso es cierto, pero ya no me importa: con elección o sin ella, sé dónde está mi corazón.

Todo el mundo se asoma a la orilla del estanque para observar a Elder. Está de pie, metido en el barro hasta los tobillos, y cambia el peso de un lado a otro en actitud inquieta. A pesar de los moretones verdosos que le cubren la cara, nunca me ha parecido más fuerte ni más noble que en este momento.

Se lleva la mano al intercom y lo conecta para que todos puedan oírle claramente. Al

principio balbucea algo que no logro entender, pero enseguida empieza a hablar con voz fuerte y clara.

—En los siglos que han pasado desde que despegó la *Fortuna*, hemos ganado muchas cosas. Otras, sin embargo, han quedado sepultadas por el olvido. Esta es una de ellas —Elder señala la trampilla con un amplio gesto—. Durante muchos años, hemos creído que bajo nuestros pies había otro nivel de la nave. Estábamos equivocados: no se trata de otro nivel, sino de una lanzadera de emergencia. Al final de esta escalerilla hay un segundo puente. El nivel inferior puede separarse del cuerpo de la nave y llevarnos a nuestro nuevo hogar en Tierra Centauri.

Miro a mi alrededor: todo el mundo tiene los ojos clavados en él.

Elder carraspea y explica brevemente cómo funciona la lanzadera. Luego, tras una leve vacilación, les habla también de las advertencias de Orion y de los peligros que pueden aguardarnos en el planeta.

—Sé que es una perspectiva muy difícil —añade, y levanto la mirada bruscamente al oírlo—. Cuando despeguemos en la lanzadera, dejaremos atrás la *Fortuna* para siempre. Sé que esta nave ha sido vuestro hogar; también ha sido el mío. Pero la *Fortuna* ya no es estable. Como todas las máquinas, empieza a faltar... El nivel inferior es grande, y procuraremos encajar en él todo lo que podamos necesitar allá abajo. Hacedos a la idea de que solo podréis llevar las cosas más esenciales. Las que no lo sean tendrán que quedar atrás.

Elder le indica a Bartie que se acerque y se aparta del centro del estanque. La gente se concentra en el recién llegado.

—Yo también quiero comunicaros algo —dice. No puede usar su intercom porque Elder aún tiene restringido el acceso, pero alza la voz todo lo que puede—. Lo que Elder os ha contado es la verdad. Hoy he entrado con él en la lanzadera; la he visto con mis propios ojos. Lo que os ha dicho acerca de dejar cosas atrás también es cierto. Y yo... —traga saliva—. Yo seré una de esas cosas que se queden atrás. La *Fortuna* es mi casa, y no quiero otra. No voy a marcharme. Y si vosotros queréis quedaros conmigo, podéis hacerlo.

La boca se me abre de puro asombro. Me vuelvo esperando ver un mar de rostros escandalizados o escépticos ante la locura que Bartie acaba de proponer, y descubro que mucha gente asiente. Están de acuerdo con él...

Necesitan estas paredes.

—¿De verdad podemos quedarnos? —grita alguien.

—¿No será peligroso? —dice otra persona.

—Es un suicidio —murmuro yo, pero no me atrevo a decirlo en voz alta.

Elder se acerca a la orilla y hace gestos a alguien para que se acerque. Una mujer joven se aproxima y se agacha para hablar con él, volviéndose de vez en cuando para mirar a Bartie y a la gente que lo rodea. Al cabo de unos minutos, Elder asiente y vuelve al centro del estanque.

—Según los científicos, las funciones internas de la nave pueden durar al menos una generación, y tal vez sea posible mantenerlas indefinidamente si se conserva la biosfera y se ahorra energía.

Un rumor de conversaciones estalla entre la gente. Elder levanta un brazo y todos se callan inmediatamente.

—Se trata de un momento muy importante. Lo que decidáis ahora no tendré vuelta atrás —se interrumpe y toma aire—. Tenéis el resto de vuestra vida en las manos; solo vosotros podéis decidir qué hacer con él.



Al final de la tarde, Amy sube al nivel de mando y me acorrala en un rincón de la gran sala.

—¿Te has vuelto loco? —me espeta.

—No puedo obligarlos a marcharse si no quieren —contesto, moviendo los hombros para tratar de despejar algo de la tensión que han acumulado durante el día.

—¡Es un suicidio colectivo! La *Fortuna* no va a durar para siempre. ¡En cuatro o cinco generaciones, todos morirán!

—Ya he hablado de ello con Bartie —respondo, y me dejo caer en una de las sillas de plástico azul que he traído del centro de aprendizaje—. Cuando la nave ya no pueda mantenerse en funcionamiento, se...

—¿A qué narices te refieres? —salta Amy—. ¿Se matarán unos a otros? ¿Se envenenarán con yogures caducados?

No tengo ni idea de a qué se refiere.

—Doc tiene almacenados muchos tipos de mediparches. Los negros...

—¿Los negros matan? —completa ella, escandalizada.

—Sí, de forma indolora y humana.

Amy cierra los puños y empieza a caminar en círculo por la gran sala.

—¡Esto es absurdo! —explota—. ¡No puedes dejar que se queden! ¡Tienes que obligarlos a venir! ¡Se morirían lentamente y...!

—He hablado con los científicos —la interrumpo—. La nave no está tan mal; le queda suficiente energía para dos o tres generaciones, como mínimo.

—¿Y después?

Y después... los parches negros.

—Es su decisión, Amy.

—¡Pero tú eres el líder! ¡Haz que vengan!

Espero a que deje de andar y me mire.

—Amy, tengo que escuchar todas las opiniones, y muchas no coinciden con la tuya.

Ella mueve la mandíbula como si estuviera masticando las palabras y se sienta enfrente de mí.

—¿Cuántos quieren quedarse?

—Unos mil.

—¿¡Mil!? —exclama poniéndose en pie de un salto.

—Aproximadamente.

—Eso es...

—... más de un tercio de la nave.

—¿Y prefieren morir en una jaula a vivir en un planeta?

—Este es su hogar, Amy. Sé que a ti te resulta inconcebible, pero es así.

Ella vuelve a sentarse lentamente.

—Deberías obligarlos a venir —repite.

Abro la boca para replicar, pero ella sigue hablando.

—Aunque entiendo que algunos prefieran quedarse; al fin y al cabo, nunca han conocido otra cosa...

—Amy, tenemos que dejarles que decidan por sí mismos —le toco la rodilla para hacer que me mire a la cara—. Pero tú y yo, Amy... Tú y yo nos marchamos.

Una sonrisa tímida le ilumina la cara, y se inclina hacia mí apoyando los codos en las rodillas.

—Ay, Elder —dice con una voz suave, como un suspiro de alivio—, ya verás cómo te gusta vivir en un mundo sin paredes. Vas a ver tantas cosas... Árboles enormes, altos como torres. Y ese estanque... ya verás lo ridículo que te parece, comparado con los océanos. El cielo... Un cielo de verdad, Elder, con aves y nubes.

Me echo a reír.

—¡Estoy harto de ver aves! Tenemos gallinas, ¿recuerdas?

—¡No! —exclama Amy con una voz llena de música—. Estas gallinas ni siquiera son como las de verdad. ¡Me refiero a pájaros de verdad, pájaros que pían tan fuerte que te despiertan por las mañanas, pájaros que planean, que vuelan!

Se levanta de un salto y se pone a dar vueltas, con los brazos extendidos. Cuando se cansa, se detiene delante de mí y me mira con ojos brillantes.

—¡No te imaginas lo maravilloso que será!

Ella ve pájaros y océanos. Ve libertad.

Yo veo el arsenal, con sus pilas de explosivos, y oigo la voz de Orion:

Si puedes convertir la Fortuna en tu hogar, si eres capaz de construirte una vida a bordo..., hazlo.

—Sí —respondo haciendo un esfuerzo por sonreír—. Será estupendo. Amy se derrumba en la silla y se queda mirándome.

Sé lo que piensa: *No tienes ni idea.*

Pero yo no logro quitarme de la cabeza una contestación: *Tú tampoco.* Tierra Centauri no es Tierra Solar; Amy no puede saber qué hay ahí abajo. Nadie sabe nada salvo Orion, y lo que descubrió lo dejó aterrado.

—¿Y si estuviera en lo cierto? —pregunto.

En realidad, no quería decirlo en voz alta. Amy se da cuenta inmediatamente de a quién me refiero.

—Aun así, valdrá la pena —responde, sin detenerse siquiera un segundo para cuestionar su postura.

—Pero...

—Pero nada: valdrá la pena. Lo que hay allá abajo... tal vez sea realmente peligroso, tal vez no sobrevivamos. No lo sé. Lo único que sé es que tengo que comprobarlo. No voy a morir en esta nave; no puedo vivir rodeada de paredes. Ya no.

No, ya no. Tal vez se hubiera resignado antes de ver lo que hay más allá de la cristalera, antes de tener el planeta al alcance de la mano. Pero ya no hay vuelta atrás.

—Puede que sea mejor que algunos se queden, al fin y al cabo —añade, ahora más seria—. Así no habrá tantos problemas.

La miro fijamente y ella entrecierra los ojos.

—Orion va... va a quedarse aquí, ¿verdad? —dice—. No podemos llevarlo con nosotros, claro...

—Amy, no puedo dejarlo aquí.

—¿Qué?

—Orion viene.

—Si lo dejamos aquí, podrían reanimarlo. Así viviría aquí, en la nave. Contengo el aliento unos segundos.

—Habré que reanimarlo de todos modos —digo al fin—. No podemos parar la cuenta atrás, solo alargarla.

Amy se levanta, aparta su silla de una patada y empieza a pasear de un lado a otro. Cada vez que da la vuelta, su melena sale disparada como un machete rojizo.

—Bartie y yo hemos llegado a un acuerdo. Doc se quedará en la nave y será castigado, pero antes le harán un juecío.

—Un juicio —me corrige Amy automáticamente.

No quise preguntarle a Bartie cuál creía que sería su castigo. No creo que lo condenen a muerte; necesitan un médico en la nave, y Kit ha decidido venir a Tierra Centauri. Pero Bartie estaba más próximo a Victria que yo, así que no creo que tenga mucha clemencia con Doc.

—De modo que habéis hecho un trato para repartiros a los malvados, ¿no? Bartie se queda con Doc y tú con Orion.

—Algo así —contesto.

Bartie necesita a Doc, pero ni él ni yo sabemos qué hacer con Orion. Si despierta en la nave, Doc lo apoyara para minar el poder de Bartie. Si viene al planeta, seguro que causará problemas cuando despierte. Ni Bartie ni yo estábamos dispuestos a desconectarlo o arrojarlo por la escotilla, así que al final cedí yo.

—¡No es justo! —protesta Amy—. ¿Por qué tiene que venir? No hará más que complicar las cosas, ¿no lo ves? Aun estando congelado ha habido personas que han muerto por su culpa, y gente dispuesta a poner explosivos y asesinar en su nombre. ¡Imagina lo que puede pasar cuando despierte!

—Amy, siempre dijimos que lo reanimaríamos al llegar a Tierra Centauri para que los congelados lo juzgaran.

—¿Por qué obligarlos a hacerlo? ¡Déjalo aquí!

Podría hacerlo, claro que podría. Sería mucho más sencillo. Pero también sé que Orion quiere aterrizar; lo sé porque, aunque no lo quiera reconocer, él y yo estamos ligados. Las pistas que preparó para Amy, el mero hecho de dejar la decisión en manos de ella... Al fin y al cabo, nos dio la posibilidad de salir de aquí, y eso, en última instancia, me indica que él deseaba escapar de la *Fortuna* tanto como yo.

Aunque se lo merezca, no puedo condenarlo a pasar la vida entre las paredes de esta nave.

—Pediré a los congelados que lo juzguen y me atenderé a su decisión —digo.

Amy aprieta tanto los labios que se le dibuja una línea blanca alrededor.

—No será tan sencillo, y tú lo sabes.

—Orion viene al planeta.

—Si lo haces, las cosas cambiarán entre nosotros dos. ¡No puedo creerme que estés dispuesto a arriesgarte!

—Yo no me puedo creer que seas capaz de negarle a nadie la posibilidad de salir de aquí, ni siquiera a Orion.

Ella para en seco como si mis palabras la hubieran golpeado, me mira y luego echa a correr hacia el tubo gravitacional.

Entro en el cuarto de Eldest sin encender la luz. La toga está hecha un rebujo en el

suelo.

La dejo estar.



El último día que paso en la *Fortuna*, guardo todo lo que tengo en una bolsa pequeña. La ropa que heredé de Kayleigh, muerta por haber descubierto el secreto que Orion no supo guardar. El cuaderno en el que escribí cartas a mis padres cuando pensé que no volvería a verlos. Mi oso de peluche.

No guardo mi tira de tela: en el planeta ya no tendré por qué esconderme. Mientras la doblo y la dejo encima de la mesa, observo esta habitación que fue mi casa durante tres meses. Pensé que tendría que pasar aquí el resto de mi vida... o que, tal vez, algún día me mudaría al nivel de mando con Elder.

Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta. Puede que Elder tenga razón; tal vez Orion no merezca ahogarse en su tubo. Sin embargo, tampoco merece conocer el nuevo planeta. Hago un esfuerzo por recordar las cosas por las que creí amar a Elder, pero solo recuerdo su expresión obstinada y el tono de su voz cuando se negó a dejar a Orion en la *Fortuna*.

Salgo de la habitación con mi bolsa en una mano y el último cuadro de Harley en la otra. En la lanzadera no hay mucho sitio para el arte, pero le haré un hueco.

La lámpara solar se enciende justo cuando llego al borde del estanque. El barro del fondo se ha cuarteado con el calor de la lámpara, y las flores de loto se han convertido en un amasijo de hebras marchitas.

Soy la primera en bajar. Encajo mi bolsa y el cuadro en un rincón apartado del puente y me siento frente a la superficie de hexágonos transparentes. Más allá del puente, la lanzadera está abarrotada de cosas; todas las salas están abiertas y llenas de equipaje y suministros.

Todas salvo el arsenal, que Elder ha decidido mantener cerrado a pesar de la falta de espacio. No sé si es porque teme que alguien robe algún arma, o porque quiere ocultar por ahora la potencia de las armas que llevamos. Sea por lo que sea, me parece bien.

En cualquier caso, las demás estancias están ocupadas por cajas y más cajas de provisiones, suficientes para mantenernos un mes. Carrafas de agua, medicamentos, ropa, herramientas, plantones de los invernaderos...

Elder y Bartie se repartieron el ganado, y Elder mandó sacrificar a muchos de los animales grandes para llevarnos la carne salada y ahumada. Los más pequeños — conejos y gallinas— van en jaulas, y cerca de las cámaras de criopreservación hay una especie de corral para los demás.

Solo queda que entre la gente.

Vienen en grupos de dos o tres. Algunos llevan muebles hechos a mano: una cuna antigua, una mecedora, una rueca... Otros traen bolsas de tela, cuchillos de carnicero o instrumental científico. Otros entran con las manos vacías, se detienen ante la cristalera y lloran de alegría. Y otros van derechos a la sala de las cámaras, sin molestarse en mirar ni por un segundo lo que los aguarda.

Al verme, muchos sonríen, me abrazan y tocan mi piel pálida y mi pelo rojo. Otros fruncen el ceño y afirman que solo vienen porque alguien —su amigo, su amante, su madre.— se ha empeñado en ir, y están dispuestos a arriesgar la vida con tal de no separarse de ellos.

Unos bajan deprisa las escaleras, saltan al suelo, dan vueltas por el puente, se acercan a la cristalera y tocan con un suspiro las piezas transparentes. Otros resoplan cuando sus pies tocan el suelo del puente, con los hombros hundidos bajo el peso de sus pensamientos y la tez arrugada por el miedo, la inquietud y la pena. Pero lo más importante es esto: todos vienen.

Elder entra el último.

—Ya está —dice—. Han entrado todos.

Todos los que quieren venir.

Me mira indeciso. Echo a correr hacia él y le rodeo el cuello con los brazos. No me importan nuestras diferencias, me da igual que nos hayamos peleado; en este momento, no recuerdo nada de eso. Elder me abraza tan fuerte que mis pies se despegan del suelo y luego vuelve a dejarme con delicadeza.

—Estoy muerto de miedo —susurra en mi oído.

—Yo también.

Se separa de mí y me mira a los ojos.

—¿Qué te pasa?

Me quedo callada, y al cabo de unos segundos desvía la mirada. Sabe bien qué me pasa.

—Debo llevarte, Amy.

—No tienes por qué.

Elder se aparta sin contestarme y pulsa su intercom.

—Comenzaremos la separación en unos minutos —dice—. Voy a conectar el piloto automático; aunque he recibido instrucción sobre el funcionamiento de la lanzadera, prefiero...

Le dejo hablar tranquilo, aunque sé muy bien que su instrucción se limita al momento en que Shelby le mostró los controles. Aun así, es el que más información tiene; solo los navegadores de elite sabían de estas cosas, y todos murieron en la explosión del puente principal.

—... Por favor, asegurad vuestras pertenencias y acomodaos en algún sitio seguro durante el aterrizaje —remata Elder antes de desconectar su intercom.

Se oye el roce de casi dos mil cuerpos buscando una buena postura. Elder cierra la puerta del puente. Está muy erguido, y su rostro muestra una expresión dura. Parece un general antiguo a punto de encabezar a sus tropas, solo que en esta batalla no hay armas ni corazas.

Me indica que le siga con un gesto y nos acercamos al panel central.

—Merece la pena, ¿no es verdad? —pregunta con los ojos clavados en el planeta.

Me inclino hacia la cristalera para verlo mejor. Sus verdes y azules brillan bajo las espirales deshilachadas de las nubes. Distingo lagos y montañas, una franja amarillenta que debe de ser un desierto, una cenefa de puntos verdes que parecen islas. Es lo más bello que he visto.

Pero entonces miro a Elder y me contagia su inquietud.

Vuelvo a observar la superficie de Tierra Centauri. *¿Qué habrá allí?*, me pregunto.

Me viene a la mente la mirada vidriosa de Victria.

La muerte es absurda, inesperada, imparables. Tal vez en Tierra Centauri la evolución se haya detenido en los dinosaurios, y nos encontremos con un lugar lleno de gigantes carnívoros. O puede que su civilización esté mucho más adelantada que la de mi Tierra, y que sus habitantes se rían de nuestras armas mientras nos masacran. Es evidente que en el planeta hay vida vegetal, pero ¿y si son todas las plantas son venenosas? ¿Y si todo ese azul es agua salada?

—Merece la pena —afirmo.

Alargo un brazo para tocar a Elder, pero él atrapa mi mano primero, la aprieta fuerte y luego la deja ir.

—¿Qué fue aquello que le dijiste a Doc sobre la fe? —pregunta.

—No me acuerdo —respondo con una carcajada nerviosa—. Estaba muy ocupada intentando que no me matara.

—Fuera lo que fuera, tenías razón —sentencia Elder.

Su mano se posa en el botón del piloto automático.

—¿Preparada?

—Sí.



BETH REVIS (Carolina del Norte, EEUU). Escritora norteamericana de fantasía y ciencia ficción, principalmente dedicada a un público juvenil. Ha saltado a la fama gracias a su primera trilogía publicada «Across the universe» que ha sido un *bestseller* entre el público americano y por el momento ha sido traducida a más de 20 idiomas.

Beth Revis vive en la actualidad en Carolina del Norte, con su marido y su perro, y cree firmemente que todavía quedan muchas cosas sorprendentes por descubrir en el universo.